Rumbo a perderte



Serie Rumbo · 2

SOL DE CASTRO

RUMBO A PERDERTE

SOL DE CASTRO

© 2024, María Soledad Cortés Fernández de Castro
Derechos reservados
No se podrá reproducir ninguna parte de esta publicación, ni almacenarla en un sistema de recuperación de datos o transmitirla en cualquier forma o por cualquier procedimiento, electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin autorización previa de los titulares del *copyright.*

Edición y corrección: Paola C. Álvarez edición y servicios S. COOP. AND.
Ilustración de la cubierta: Undrey

Canciones en el interior:
pág. 21, 71, 285: © *Somewhere Only We Know*, 2003 Island Interscope, interpretada por Keane.
pág. 67: © *So, This Is Love,* 1950 Walt Disney Records, interpretada por Ilene Woods.
pág. 77: © *Titanium,* 2012 Sony Music, interpretada por David Guetta, Sia.
pág. 179, 186: © *Adiós,* 2007 Sony Music, interpretada por Gustavo Cerati

Biografía

Sol de Castro nació en León, Guanajuato, México en 1984. Estudió Marketing y Administración de Empresas, pero su corazón siempre fue de letras. En el año 2011, emigró a España por amor, y en el año 2014, abrió una escuela de español para extranjeros en Alicante, donde compartió su pasión por la lengua española con alumnos de todas partes del mundo durante 7 años. Después del caótico año 2020, y con la llegada de su segunda hija, decidió, finalmente, emprender su carrera literaria y escribir su primera novela. Amante de la música, el mar, los niños y el yoga. Vive cerca de la playa, cuida a su familia, escribe y lee sin descanso.

www.soldecastro.com
Instagram: @soldecastro.es
TikTok: @soldecastro6

Para ti, que mantienes la llama encendida,
aunque todo se derrumbe a tu alrededor.

«Si quieres hacer reír a Dios,
cuéntale tus planes».
Amores Perros

«[25] Porque todo el que quiera salvar su vida la perderá;
y todo el que pierda su vida por causa de mí la hallará.
[26] Porque, ¿qué aprovechará al hombre
si ganare todo el mundo y perdiere su alma?».
Evangelio Mateo 16:25-26

«Deja que las cosas se rompan,
deja de esforzarte por mantenerlas pegadas.
Deja que la gente se enoje.
Deja que te critiquen,
su reacción no es tu problema.
Deja que todo se derrumbe,
y no te preocupes por el después».
Elizabeth Gilbert

ÍNDICE

PRIMERA PARTE
I. ¡No, por favor!
II. La mejor
III. Bridezila
IV. Los reyes del baile
V. En pie de guerra
VI. *So this is love*
VII. La mesada
VIII. Ocaso
IX. Feliz cumpleaños
SEGUNDA PARTE
X. El abismo después del cielo
XI. Las batallas perdidas
XII. El día de la incredulidad
XIII. Troya va a arder
XIV. Entre un zombi, un monstruo y una bruja
XV. Sin vuelta atrás
XVI. *Decir adiós es crecer*
XVII. La vida da muchas vueltas
XVIII. El sol de las diez de la mañana
TERCERA PARTE
XIX. Una brisa de esperanza
XX. La retirada
XXI. Tulum
XXII. Navidad
XXIII. ¿A qué le tienes miedo?
XXIV. El camino del amor
XXV. Mantenerse en rumbo
Epílogo
Agradecimientos

PRIMERA PARTE

(Antes y ahora)

AHORA
I. ¡NO, POR FAVOR!

Abril 2022

Después del control de seguridad, camino por un corredor avasallado por publicidad de *Visit México*. Me sorprenden los diseños, pero no recuerdo qué agencia de las grandes lleva la campaña. Me propongo investigarlo con el teléfono en la mano mientras sigo el pasillo que desemboca en la sala de espera. Busco un lugar frente a los ventanales y me dirijo hacia ahí. De pronto, unas voces masculinas acompañadas de risas estridentes me sacan de mis pensamientos. Me giro por instinto. Detrás de Álvaro, que está hablando por el celular con alguien de la oficina para darle instrucciones, veo a un grupo de seis o siete jóvenes con ambiente festivo. De inmediato los reconozco y el mundo se detiene. ¡¿Qué?! ¡¿En serio?! ¡No, por favor!

Nos separan tres o cuatro metros de distancia, pero antes de que yo pueda desviar la mirada, él ya me ha visto. Tiene el mismo pelo, esa melena corta despeinada hacia adelante que le da un toque bohemio y contrasta con su *outfit* impecable: camiseta blanca de algodón, *sneakers* del mismo color, pantalones caqui y una gorra Von Dutch mal puesta.

No recuerdo la última vez que lo vi, ¿a quién quiero engañar?, claro que me acuerdo. Fue en la cena benéfica del Club Deportivo Legazpi, hace tres años. Entonces nos separaban diez mesas y una pista de baile. Yo sabía que él estaría ahí, así que, en cuanto llegué, me esforcé en buscar su lugar, delimitar el área de peligro y evitar a toda costa un cruce de miradas que pudiera terminar en algo más. Ya me había pasado antes, para ser exactos, siete veces. Sí, llevo la cuenta y no sé si debo avergonzarme, porque cada encuentro con él, por accidentado y breve que sea, me deja sumida en la miseria durante semanas, orbitando alrededor de su idea y de la forma tan triste en que terminó todo. Eso sin mencionar que me muero de celos porque siempre está con una diferente.

Hoy, la vida me toma por sorpresa y no tengo un plan. Quiero desviar los ojos, fingir que no me duele, es una historia tan vieja que… «¡Qué tontería! ¡Eso ya es pasado!», me reafirmo e, intentando demostrármelo a mí misma, levanto la mano para saludarlo como a un conocido cualquiera y le sonrío sin entusiasmo. Él aprieta los labios en una media sonrisa y levanta las cejas. Lo veo vacilar, ¿va a acercarse? No, no es necesario, ¿para qué? ¡Ya nos saludamos, sale, *bye*! Volteo hacia mi equipaje de mano y me distraigo colocándolo junto al de Álvaro, que sigue hablando por teléfono a unos pasos de mí. Me acomodo el pelo detrás de la oreja y me subo los lentes por el entrecejo. Sin mirarlo, lo sé, se dirige hacia mí y, cuando levanto los ojos, ya lo tengo delante.

—Zoe —pronuncia con la voz firme, luego me da un beso en la mejilla.

Yo suelto el aire que estaba conteniendo y disimulo alegría.

—Santiago.

—¿Qué onda? ¿Cómo estás? —pregunta esbozando una media sonrisa que todavía le marca un hoyuelo en el lado izquierdo de la cara.

—Bien, ¿y tú? —respondo como un témpano de hielo, aunque por dentro todo haya comenzado a arder.

Su voz, más grave de lo que recuerdo, me colma de una sensación extraña. Ya no tiene el rostro delicado de antes, se le ha ensanchado la mandíbula y su nariz parece más grande. Se nota que se ha afeitado por la mañana, pero su vello facial ha aumentado. Me sorprendo pendiente de todos esos pequeños detalles y me recrimino al mismo tiempo. Pasé demasiadas horas memorizando sus rasgos, ¿cómo podría olvidarlos? Él interrumpe mis pensamientos con una sonrisa traviesa mientras se mete las manos en los bolsillos. «¿Por qué no te quedaste calvo y engordaste diez kilos como la mayoría? No, tú no, tú tenías que ponerte más guapo y varonil que nadie», le reprochó en silencio.

—Bien, aquí, de despedida de soltero, ¿y tú?

—Vinimos a ver un cliente de la agencia donde trabajo —le explico, señalando con los ojos a Álvaro, que sigue al teléfono. Él me sonríe, ¿tímido, burlón? No lo sé. Desvía la mirada para recuperarla después y suelta sin antesala:

—Oye, te quería felicitar por la boda, me enteré de que se van a casar.

—Sí, gracias. —Le sonrío, avergonzada—. En octubre.

—Me da mucho gusto, te ves muy bien.

Sin preverlo, me sonrojo y, para disimular, vuelvo a colocarme el pelo detrás de la oreja izquierda. Sonrío, pero esta vez con cierta coquetería involuntaria. «¿Qué pasa aquí? ¿Qué es todo esto? ¡¿Me veo muy bien?! *Oh my Gosh!*». Las alarmas ya han saltado y no tengo idea de cómo debería reaccionar. Él me interrumpe después de bajar la mirada.

—El anillo es muy bonito.

Estoy a punto de sufrir un colapso nervioso. «¡¿El anillo es muy bonito?! ¡Claro que es bonito! ¡Es un diamante de dos quilates!». Lo miro extendiendo la mano frente a mí. Es un teatro, una estrategia para salir de esta situación sinsentido en la que nunca pensé terminar. Él desvía la mirada. Me percato de que Álvaro ha colgado su llamada y se está acercando a nosotros. Santiago le da la mano.

—Buen día, Santiago Moralba. Mucho gusto.

—¡Buenas! Álvaro Cervantes —lo saluda con entusiasmo, porque nunca perdería la oportunidad de un contacto nuevo, y me señala con los ojos—, su jefe.

Después de un momento anodino de sonrisas huecas, Santiago levanta las cejas y se dirige a mí.

—Me voy con estos, están todos con *hangover* y necesitan vigilancia —afirma, volteando hacia ellos. Hace una pausa y, con una expresión dulce en la cara, da un paso hacia mí—. ¡Muchas felicidades, Zoe! —Me abraza tan fuerte que siento que voy a desfallecer en sus brazos, luego me dedica una sonrisa tan ardiente que casi me ciega.

Me apresuro: «¿Qué te pasa, Zoe? ¡Reacciona!», pero cuando intento hablar, mi voz suena menos firme y más infantil de lo que me gustaría.

—Gracias, Santi. Cuídate.

Él baja la mirada y se gira para unirse al grupo. Entonces vuelvo a ser consciente de mí, de la sala de espera, de la gente, de Álvaro, que está como un pasmarote a mi lado sin apenas parpadear. Siento la sangre a galope por mi cuerpo, mis manos que palpitan, el corazón acelerado y la respiración confundida. Podría desmayarme aquí mismo. «¿En qué momento terminé así?

¡Esto es surrealista!», me censuro.

Me acomodo en el asiento negro intentando controlar mis movimientos. Repaso mis sandalias planas de piel y diseño geométrico, el pantalón de lino marfil que conjunta con el chaleco abierto y el top olivo de tejido ajustado. Todo en su sitio, sin una sola arruga. ¿Quién me hubiera dicho esta mañana mientras me vestía que esta sería la imagen que tendría cuando me reencontrara con Santiago?

No puedo creerme que hayan pasado nueve años, que yo esté a punto de casarme y que sea la primera vez en todo este tiempo que vuelvo a escucharlo hablarme con tanta confianza. Y yo… «¡reaccioné como una tonta!, lo llamé Santi, incluso. Me salió del alma, lleno de ternura, no pude evitarlo». Un escalofrío me recorre y decido centrarme en la realidad, porque sigo aquí, en la sala de espera del Aeropuerto Internacional de Cancún con Álvaro a mi lado. De pronto, entre el barullo del lugar, él me interrumpe con una expresión burlona:

—¿Fue tu galán?

—¿Eh?… No… Bueno, sí, pero éramos unos niños.

—¡Uy! ¡Esos son los peores! —responde entre risas mientras yo comienzo a indignarme con la situación. «¿Fue todo tan obvio? ¿Y a este señor qué demonios le importa?». Decido quedarme en silencio para marcar el límite, pero él continúa—: Claro, como ya te vas a casar y te va a perder para siempre.

Me quedo mirándolo estupefacta. «¿Cómo se atreve? ¡Totalmente inadecuado!», lo ataco en mi mente, luego me propongo ignorarlo sin apenas expresión en la cara, me giro hacia mi bolsa y saco el celular para llamar a David y distraerme de toda esta pantomima.

Al desbloquear el teléfono, veo dieciséis mensajes de Rosy, la mamá de David, para insistir en la decoración en tonos coral y en el pianista de la hora de la cena. «¡Maldita sea! ¡Es mi boda! ¡Me he endeudado de por vida para pagar la mitad y que no vengas a darme órdenes! ¿Qué me falta hoy? ¿Que me cague un pájaro?». Me levanto con el teléfono en la oreja esperando escuchar a David al otro lado de la línea.

—Dime, corazón, ¿qué pasa?, ¿ya vienes de regreso? —contesta con premura, casi sin entusiasmo.

—¡Hola, corazón! —le saludo aniñando el tono—. ¿Te interrumpo?

—Bueno, estoy en la constructora, ¿qué pasa? —responde casi murmurando.

—Es tu mamá, ya te dije, tienes que hablar con ella; nosotros somos los que vamos a elegir todo lo de la boda, se la pasa enviándome mensajes con lo que ella eligió y no, así no funciona.

—Corazón, solo quiere ayudarte y dar ideas. Dile que no te gusta y ya está —me explica, condescendiente.

—David, no es eso, es porque tus papás van a pagar la mitad de la boda y lo sabes —le contesto endureciendo la voz.

En ese momento, la azafata desde el mostrador da el aviso de abordaje y sin saberlo le da a David la oportunidad de huir de la conversación.

—Ya te tienes que ir, luego hablamos —se despide anodino y concluye—: No te estreses por eso, ya sabes que mi mamá te quiere mucho.

Escucho el sonido intermitente del fin de la llamada. «¡Voy a matar a alguien! ¡Lo juro!». Y mientras me acerco por la maleta, observo cómo Santiago y sus amigos se colocan en la misma fila de embarque que tengo en mi pase de abordar. Me río de mí, ya solo me falta coincidir con él

dentro del avión. Álvaro me alcanza la maleta y me pregunta mi número de asiento. Menos mal, lo había olvidado, tenemos los asientos contiguos y aprovecharemos el vuelo para revisar algunos presupuestos.

Ya dentro del avión, Santiago se ha quedado en las primeras filas y se arremolina cuando yo paso de largo sin fijarme en él. El peligro ha terminado, además, no traemos equipaje en la bodega, así que no habrá posibilidad de coincidir en la banda de recogida. Suspiro, puedo y espero sobrevivir a este encuentro. Me acomodo en mi asiento con la *laptop* que he sacado antes y desbloqueo el teléfono para distraerme, pero Álvaro, que ya se ha abrochado el cinturón, me recuerda, sin decirlo, que estamos en horario laboral y comienza a hablarme del proyecto de Tulum.

—Yo creo que Joana se llevó una muy buena impresión de nosotros.

—Bueno… sí, creo que la convencimos con los presupuestos y el plan de promoción.

—Lo único que me hace dudar es la figura del agente comercial, creo que no le pareció buena idea.

—Necesita alguien local que conozca cómo funcionan las cosas aquí, es más barato que poner puntos de promoción por todas las ciudades.

—Pero es el hándicap… Conseguir gente eficiente y comprometida es lo más difícil —agrega Álvaro con desilusión, y la forma en que lo dice me incomoda.

—No creo que sea tan difícil si le paga lo justo —contesto con mohín, porque le he pedido dos aumentos que no me ha dado.

—Si lo dices por el aumento, ya te lo dije, estamos trabajando en la expansión y voy a necesitar a alguien que ocupe el puesto de coordinadora, con todo lo que conlleva. Debes tener paciencia —agrega con un toque paternalista, luego concluye—: Además, con la boda y todo eso, no va a ser tan sencillo, bajarás el ritmo.

Su afirmación me enfurece. «¡¿Yo?! ¡¿Bajar el ritmo?! ¡No hay otra Zoe Villafaña Jáuregui en toda la ciudad! Nadie con mi experiencia ha tenido mis resultados. Incluso ahora estoy segura de que, si Joana se decanta por nuestra propuesta de *marketing*, será por mí, porque dominaba cada punto: los presupuestos, los planes de medios, el *marketing* digital, la idea de venta a través de presentaciones *pop-up*». Frunzo el ceño y me quedo callada. Él se reacomoda en el asiento. El silencio es un arma muy poderosa si sabes usarla.

—Zoe, sabes que eres indispensable en mi equipo, que siempre has sido mi caballo ganador, pero soy mayor que tú y tengo experiencia. Tu vida va a cambiar mucho y no has dimensionado cuánto.

«Estúpido dinosaurio machista. Voy a casarme, no a quedarme inválida», lo atacó en mi mente. No sé qué está intentando decirme, pero le voy a volver a demostrar que ninguna otra ejecutiva me llega a los talones, ni siquiera la arrastrada de Regina Rentería, y que cuando Joana acepte nuestra propuesta, el Complejo Ikal será otra estrellita en mi currículum.

La azafata me distrae de mis pensamientos para pedirnos paciencia porque la pista está colapsada y tardaremos veinte minutos más en despegar. Cuando termina el comunicado, los primeros acordes de una canción me noquean como un golpe en toda la cara.

I walked across an empty land.
I knew the pathway like the back of my hand.

I felt the earth beneath my feet.
Sat by the river and it made me complete.
Oh, simple thing, where have you gone?
I'm getting old, and I need something to rely on.
So, tell me when you're gonna let me in.
I'm getting tired, and I need somewhere to begin[1].

Álvaro se pierde en su teléfono y yo siento que el oxígeno se está acabando, que me asfixio, que todo esto es una pesadilla de la que estoy a punto de despertarme porque dos casualidades de este calibre no pueden sucederme el mismo día. La canción continúa, lo inunda todo y, en ese momento, una notificación vibra en mi celular: «Santiago_moralba ha solicitado seguirte». ¡Ay, no inventes! ¡No es real! ¡Esto no me puede estar pasando! ¡¿Qué se supone que debo hacer?! Dudo con la canción taladrándome los oídos y casi sin querer confirmo la solicitud. Me quedo mirando la pantalla, estupefacta, muerta de miedo, como si supiera que lo que va a suceder cambiará el rumbo de mi vida para siempre. Y sucede: «Santiago_moralba te ha enviado un mensaje».

Santiago: LA canción. ¡Qué loco!

Le llaman intuición y es esa milésima de segundo en el que tu futuro se muestra ante tus ojos y te ciega. La he tenido otras veces y casi nunca fue buena, así que ahora solo quiero volver a la seguridad de mis pensamientos lógicos, alejarme de visiones y tonterías, pero soy incapaz de contenerme y mis dedos aprovechan la oportunidad para teclear sin permiso:

Yo: Sí, loquísimo.

Al instante, apago el celular y abro la *laptop* para distraerme con algo menos peligroso.

ANTES
II. LA MEJOR

Otoño 2010

Lo conocía desde que era niña, aunque el primer recuerdo nítido que tengo de él es en la clase de natación, cuando él tenía ocho años y yo, siete. Él, como siempre, buscaba la forma de divertirse y jugaba a parecer un muerto que flotaba boca abajo mientras los demás nos reíamos y el instructor perdía la paciencia. Después de eso, me acuerdo de él en los torneos de fútbol, jugaba en el mismo equipo que Ulises, mi hermano, pero esas memorias están llenas de neblina. Nuestra vida corría alrededor de todos los eventos del Club Deportivo Legazpi. Sus padres y los míos se conocían y con frecuencia nos encontrábamos en fiestas, bautizos o comuniones. Cuando ya estábamos juntos, fue muy divertido buscar pruebas de todas las veces que habíamos coincidido de chiquitos.

A mí, en especial, me encantaba aquella foto del noveno cumpleaños de Ulises, donde Santiago y yo salíamos juntos en una esquina. Había una gran mesa decorada con motivos de Spiderman, Uli, en el centro con el pastel enorme y yo, con una diadema de mariposas, riéndome a carcajadas mientras observaba las muecas que Santiago ponía. La verdad es que ni siquiera me acuerdo de ese día, pero esa foto nos describía mejor que ninguna otra: él era el centro de atención y sabía hacerme reír.

Todo comenzó cuando yo entrenaba tenis con un grupo de seis preadolescentes que hervían en hormonas. Teníamos trece años, creo que yo todavía no me fijaba en chicos, que casi no hablaba con ellos porque todos eran como Ulises: obsesionados con ganar y demostrar que eran mejores. Así que no tenía grandes ilusiones, pero las niñas del equipo de tenis sí y todas morían por Santiago Moralba. Yo no le daba importancia, su cara me parecía tan familiar que no entendía el revuelo. Recuerdo que le rogaban a Jaime, el entrenador, que nos dejara salir temprano para poder ir al campo de fútbol antes de que terminara el entrenamiento de los niños y sentarse en la banca para verlo pasar. Siempre me convencían de acompañarlas porque cuando yo estaba, él las saludaba. Era todo mentira, me saludaba solo cuando iba en el grupo de Ulises, las demás veces me ignoraba. A mí no me importaba, yo no tenía otra cosa que hacer hasta las siete de la tarde, que mi mamá venía a recogernos.

Entonces cumplí los quince y ese año, en septiembre, mi mamá me acompañó a comprar unos conjuntos de tenista muy bonitos. Las camisetas se ajustaban muy bien a mi pecho, que ya era redondo, y las pequeñas faldas a juego me marcaban el trasero. Ya no era una niña y la imagen que me devolvía el espejo me gustaba muchísimo. Recuerdo que mi mamá no me dejaba usar maquillaje para los entrenamientos, me atemorizaba con granos espantosos, pero todas las demás parecían payasos con sombras de colores y brillos labiales. Después de hacer el berrinche número veinte por ese motivo, pensé que no iba a luchar más, al final, yo me sentía bien, me veía bien y, además, era la mejor del equipo.

Faltaban dos meses para el torneo de noviembre y comenzamos a entrenar todos los días, yo estaba cansada y aproveché el interés de mi papá para quejarme a la hora de la cena.

—¿Cómo van los entrenamientos? —me preguntó con la expresión seria.

—Bien, aunque Jaime se está pasando, ahora quiere que entrenemos todos los días.

—Bueno, si quieres ganar, es lo que tienes que hacer.

—Quiero ganar, como siempre, pero no sé si vale la pena —le contesté con la apatía típica de la adolescencia.

—¿Ah, no? ¿Entonces, qué vale la pena? ¿Ser una mediocre como todos? —Me miró fijamente, luego bebió de su copa de vino y terminó la conversación.

—Voy a ganar, ya lo verás, voy a ser la campeona juvenil este año —le dije, segura de mis palabras para volver a captar su atención.

No sabía cómo había terminado haciendo esa promesa, ni siquiera si era posible cumplirla, era la mejor del equipo, pero tendría que jugar contra las mejores de otros clubes, jugadoras que no conocía, y eso ya no era tan sencillo. Tenía que concentrarme, tenía que darle a la raqueta hasta no fallar ningún golpe.

A la mayoría de la gente le molesta cuando lo digo, así que intento ser humilde y nunca sacarlo de mi cabeza, pero fui educada para ser la mejor. Mi mamá era muy estricta conmigo, tenía una disciplina inquebrantable, horarios para todo, orden y pulcritud. Había que hacer las cosas bien o repetirlas hasta que estuvieran perfectas. La gente piensa que eso es cansadísimo, imposible, pero no, es lo normal cuando siempre has hecho las cosas así. Por supuesto que estaba en el cuadro de honor, que mi ropa era impecable, que mi pelo largo con rizos en las puntas y brillo dorado no era accidental, pero ahora tenía que concentrarme en ser la campeona de tenis y lo iba a lograr, estaba segura, hasta que apareció Santiago.

Él faltaba mucho a los entrenamientos de fútbol. Supongo que prefería quedarse en casa con sus videojuegos y su hermano, así que inventaba cualquier pretexto para no ir, pero cuando iba, el revuelo a su alrededor era excesivo. Había nacido para ser el chico popular, así de simple. Con el tiempo, desarrollé la teoría de que la gente popular o, mejor dicho, carismática, nace con esos genes, sin pedirlo o merecerlo, sin esforzarse siquiera. Vienen al mundo con caras angelicales y personalidades divertidas que no se toman nada en serio, ni siquiera a ellos mismos, y ahí es donde está su magia.

Los días que él sí asistía a los entrenamientos se apresuraba a terminar temprano y, con un séquito de babosos, venía a ver el final de nuestros partidos de práctica. Solían sentarse en la banca frente a mí y eso me incomodaba mucho, aunque lo que más me molestaba era que mi contrincante se desconcentraba tanto que era imposible que el spin fuera fluido. Íbamos tres a cero, Daniela ya ni siquiera se estaba esforzando, solo volteaba a ver al grupito de indolentes que se reían como monos. Me enfurecí, desesperada, lancé la raqueta contra la red mientras buscaba mi botella de agua. Jaime sonó el silbato y se aproximó a mí con mala cara. Escuché un «¡Uuuh!» de fondo que provenía del grupo y los fulminé con la mirada, pero cuando me giré, ya tenía a Jaime frente a mí.

—¡Inaceptable! ¡¿Qué te pasa?

—Es que… ¡Es imposible practicar así! —le respondí, negando con la cabeza, al tiempo que observaba cómo Daniela se acercaba a coquetear con ellos a través de la malla.

—¡Ignóralos!

—Yo los ignoro, son ellas las que no se concentran —agregué, todavía molesta, luego recapacité y suavicé la voz—. ¿No les puedes pedir que se vayan?

—Lo que pasa a tu alrededor no es tu problema, tú tienes que centrarte en tu juego. En el

torneo habrá mucha más gente, mucho más ruido.

—Yo estoy concentrada, ¡son ellas! ¡Habla con ellas! Pídeles que se concentren.

—¡Bah! Me tienen harto, no les interesa, quizás Estefanía es la única que pude reaccionar —afirmó, desilusionado. Volteó hacia el grupo y una sonrisa juguetona se le dibujó en la cara—. ¿Sabes lo que de verdad funcionaría? Que tú hablaras con Santiago, que le pidieras que no viniera a verte.

—¡¿Qué?! —le contesté, mitad sorprendida, mitad indignada. Me giré también en dirección al grupo y lo vi ahí, de pie, observándome fijamente con una leve sonrisa.

—El grupo viene porque él viene a verte a ti y estas tontas se alborotan pensando que vienen por ellas.

Entorné los ojos, me dirigí a la otra esquina por mis cosas e intenté salir de ahí lo más rápido que pude.

Santiago Moralba González venía a verme entrenar. El payaso del grupo que se había convertido en el rompecorazones por el que suspiraban todas mis amigas, al que le escribían cartas de amor o le tomaban fotos a escondidas. Yo no había reparado en él, era una niña, tenía la cabeza puesta en mis obligaciones, en que mis padres estuvieran contentos conmigo. De un día para otro, no podía sacármelo de la cabeza. La verdad es que no era feo, cómo negar lo evidente, y cuando sonreía con esa boquita muy bien delineada, se le marcaba un hoyuelo en el lado izquierdo, ¡tan lindo! ¡Maldita sea! A mí también me gustaba, aunque yo no le hubiera dado vueltas o aceptado en público. Me sentí mal porque Daniela era mi amiga y ella decía que estaba enamorada de él. Me pasé varias noches pensando qué hacer, pero no saqué ninguna conclusión.

Una semana después, me lo encontré en la salida del club, en las bancas donde solíamos esperar a que pasaran a recogernos. Me saludó casi en un murmullo y se sentó a mi lado. Noté que me empezaban a temblar las manos y apreté la raqueta que tenía en el regazo para disimular. En un segundo, pasé de los nervios a la rabia al recordar que tenía casi un mes arruinando los entrenamientos con sus risitas. Sin pensarlo demasiado, lo encaré.

—¿Por qué siempre vienen a molestar a los entrenamientos?

—Eh… ¿nosotros? —titubeó, luego se aclaró la garganta—. No queremos molestar, solo vamos a ver.

—¿A ver qué? —le contesté, amenazándolo con la mirada. Recordé las palabras de Jaime y una seguridad se apoderó de mí, conocía la respuesta, ¿sería él capaz de aceptarla?

Hizo una pausa, agachó la cabeza y agregó con seriedad:

—No sé los demás, yo… yo voy a verte a ti, pero si tanto te molesta, ya no voy.

Sentí que una suave brisa me rozaba la cara. Una ternura inexplicable me subió por el cuello y me dio lástima, porque mientras yo había optado por pelear, él lo había aceptado, se había atrevido a confesarme que le gustaba. Entonces, no supe cómo ni por qué, se me ocurrió darle un beso en la mejilla. Se quedó de piedra, con la cabeza baja, sin decir una palabra. Pensé que tenía que decirle algo para tranquilizarlo.

—A mí también me gusta verte, o sea, no en los partidos porque todo se arruina y nunca terminan bien —le revelé endulzando la voz, luego hice una pausa y concluí—: ¿Sabes? Quiero ganar el torneo.

—¿Por qué? —preguntó, sorprendido.

—Porque me puse esa meta y tengo que lograrla.

—¡Guau! —exclamó sin dejar de mirarme.

—Mira, podemos hacer un trato: si no vienes a ningún partido, cuando gane, vamos al cine o a dar una vuelta al centro comercial.

—¿Y si no ganas?

—Si no gano, no vamos a ningún lado porque voy a estar tan enojada que voy a querer matar a alguien.

Una risa exagerada le salió de dentro y concluyó con desfachatez extendiéndome la mano:

—¡Me late! Porque sí quiero andar contigo, pero no quiero morir.

En ese momento, su madre tocó el claxon de su camioneta y él se despidió con la mano antes de irse.

§

No volví a verlo por el club, ni en los entrenamientos de fútbol ni a la salida. Estaba cumpliendo su promesa y eso hacía que su idea me gustara cada vez más. Tenía quince años, aunque intentara ser lógica y enfocarme en mis metas, los tiempos muertos eran muchos y yo los ocupaba en fantasear con él. ¡Íbamos a andar! Eso había dicho cuando cerramos el trato, así que ya tenía un motivo más para no perder ni una sola pelota, para persuadir a mi papá de entrenar el fin de semana conmigo, y yo podía ser muy convincente cuando me lo proponía.

Y así, entre entrenamientos y partidos de práctica, llegó el torneo. Seis días de nervios y confusión. Es lo que sucede cuando estás preparándote con tanto ahínco para algo, que cuando llega, parece que no es real y pasa ante tus ojos como una fantasía. Los primeros partidos fueron tan fáciles y las contrincantes tan lentas que recuerdo que sentía que la raqueta era más ligera y manejable que nunca. En los cuartos de final, yo seguía en mi nube, todo se deslizaba sin contratiempos, pensaba que era un sueño, de esos buenos de los que no quieres que nadie te despierte, hasta que llegó la semifinal el viernes por la tarde.

Había estado pendiente de todos los partidos, de todas las jugadoras y ya tenía identificadas a dos que no serían como las demás. Una de ellas, altísima, con la espalda muy ancha y las piernas de hierro; la doble de Serena Williams. Tenía los brazos musculados y pegaba unos golpes que hacían temblar la pista. Pensé que sería mi contrincante en la final, pero no, nos enfrentábamos en la semifinal y la ganadora iría contra otra jugadora menos contundente. Las competiciones son así, y quizás también la vida, la suerte es la mitad de la victoria o de la derrota. Mi verdadera final era esta, vencer a Andrea Domínguez en semifinales. Antes del partido, comencé a sentirme muy nerviosa, al contrario que los otros juegos, la raqueta pesaba más, el espacio parecía más reducido y sentía que me faltaba el aire. Las chicas del equipo se sentaron con mi familia y abrieron dos cartulinas con mi nombre. Me hicieron reír, pero esa sensación desapareció cuando vi cómo iban llegando los chicos del equipo de fútbol y se sentaban junto a mi hermano Ulises. Entonces se me nubló la vista, era una adolescente y, aunque fuera muy obstinada, no podía evitar hacer dramas por cualquier cosa. Él me había prometido que no iba a venir y si no era capaz de cumplir su promesa, ¿qué clase de persona era? Jaime se acercó a darme las últimas indicaciones, supongo que mi cara le manifestó que más que táctica necesitaba apoyo moral.

—Te lo repito por milésima vez: lo que sucede alrededor de la cancha no es tu problema. Ni siquiera Andrea, ella no es tu rival, ella es quien te va a dar la pelota con la que vas a jugar, a

divertirte, a disfrutar, como en los últimos partidos. —Me miró a los ojos con ternura mientras me ponía la mano en el hombro—. No importa, Zoe, de verdad, no importa si ganas o pierdes, lo que importa es que disfrutes.

Debo confesar que sus palabras me calmaron. No tenían nada que ver con mi forma de pensar, con lo que esperaban todos los que estaban ahí, incluso los miembros de la junta directiva que habían venido a ver el partido, porque si yo ganaba, ganaba el Club Deportivo Legazpi y eso era bueno para todos. Pero a veces lo único que funciona es cambiar drásticamente la perspectiva.

Entré a la pista y me concentré en la pelota, en seguir su baile. No fue un partido fácil, duró casi tres horas y terminé con la ropa empapada en sudor, creo que nunca he sudado tanto en mi vida. Gané cuatro a tres y todo el mundo festejó como si ellos hubieran ganado.

Al día siguiente, la final fue un mero trámite. Estaba nerviosa, pero sabía que iba ganar, no tenía ninguna duda. Durante toda mi vida, hay momentos concretos en los cuales he tenido la capacidad para ver la realidad y el futuro con nitidez. No sé de dónde viene, si es perspicacia y mente analítica o algo divino, pero en algunas situaciones he tenido muy claro que mis circunstancias son las mejores y que no hay otra opción posible. Esta fue una de esas ocasiones, así que solo hice lo que tenía que hacer y gané tres a uno. Las gradas estaban llenas, algunos de mis tíos y primos vinieron a verme, incluso Luz, una nueva amiga que tenía de la prepa. Subí al podio, levanté la copa y me bañaron en champán. Jaime estaba tan contento que me cargó en hombros mientras mi papá sonreía más que nadie. Se acercó a mí entre la gente que me felicitaba y todos lo dejaron pasar, entonces me abrazó muy fuerte y me dijo al oído:

—Eres la mejor, nunca lo olvides.

Se me llenaron los ojos de lágrimas, ni siquiera sé por qué, y volví a rodearlo con mis brazos.

Mi madre también estaba contenta, se le notaba en los ojos, me abrazó muy fuerte y dio un ramo de flores que yo misma la había acompañado a comprar esa mañana antes del partido. Me pareció muy ridículo porque si ya lo había visto, no era una sorpresa, pero qué importaba, yo estaba exultante.

El club tenía un edificio principal donde había una amplía recepción y muchos sofás, en el centro estaba dispuesta una escalera para subir a un restaurante y un salón de eventos. En uno de los costados del edificio, estaba la entrada a dos grandes vestuarios con duchas, casilleros y tocadores, y por un pasillo lateral se accedía a las cuatro pistas de tenis que desembocaban en la gran cancha semiprofesional de fútbol. A un costado, como formando un cuadrado con las pistas de tenis, estaba la piscina descubierta con otros vestuarios y duchas que se perdían entre jardines, plantas y caminos de cemento.

Ese día, después de ducharme y cambiarme en los vestuarios interiores, me apresuré para subir por las escaleras de la recepción al restaurante. El club había organizado una comida de cierre, estaría la junta directiva, los organizadores del torneo, los entrenadores, las semifinalistas, mis papás y Ulises. Cuando subía las escaleras, en el rellano, me encontré a Santiago sentado en el primer escalón.

Llevaba un polo rosa y los pantalones ajustados a la cadera con un cinturón amarillo. Olía muchísimo a Hugo Boss, mi hermano también tenía ese perfume y dejaba el baño apestando cada vez que se lo ponía. Me pareció muy divertido, ¿no había otro perfume en el mundo?; le sonreí burlona.

—¡Gané!

—Yo sabía que ibas a ganar —murmuró entre risas, titubeó unos segundos y me abrazó. Luego se giró y recogió una cajita del suelo—. Esto es para ti, a ver si te gusta.

Abrí la cajita con curiosidad y me encontré una pulsera de plata con un dije de una estrella. Sonreí avergonzada mientras él se acercaba para ayudar a ponérmela.

—Una estrella para otra estrella —dijo con una risilla divertida. Se quedó en silencio y con seriedad preguntó mirándome a los ojos—: ¿Entonces, ya andamos?

—Sí —respondí con alegría.

—¿Y vamos a ir al cine hoy?

—No, hoy no, tengo la comida del club, pero mañana por la tarde —le dije, apresurada, y le di un pequeño beso en los labios: mi primer beso.

Después nos abrazamos muy fuerte y yo subí la escalera con tres saltos para llegar a la comida que ya había empezado.

AHORA
III. BRIDEZILA

Abril 2022

Dos guitarras entonan una cancioncilla suave, un tanto melosa, que se cuela por la puerta cuando entramos a un gran salón con tres enormes ventanales y una mesa señorial en el centro, donde nos esperan todas las pruebas de la boda. El lugar debió de haber sido el comedor de la «casa grande» porque está junto a la cocina.

Elegimos esta vieja hacienda del siglo XVII transformada en hotel boutique y salón de eventos porque es propiedad de otros Arteaga, primos lejanos de David, y de alguna forma honramos la tradición. El lugar es precioso, perfectamente adaptado, con una pequeña capilla de estilo gótico. Dudo que me hubiera dejado convencer si no hubiera sido el caso, pero aquí estamos, David, su hermana Sofía, su mamá y la mía, estudiando las opciones para el banquete y la decoración.

Procuro contenerme, ser amable, pero todo se me está yendo de las manos. Para empezar, ¿qué demonios hace Sofía aquí?, ¿y por qué opina? Es mi culpa por dejarme avasallar, por nunca saber decirle que no a Rosy, que me preguntó «con toda confianza» si podía venir a la hacienda porque le hacía mucha ilusión y a última hora me coló a Sofía. Yo, intentando mantener mi territorio, le contesté que no había problema porque mi mamá también iba a venir. ¡Mentira monumental! Mi mamá ni quería venir y yo ni quería traerla. Así que aquí están todas opinando y decidiendo sobre una boda que no es la suya.

Mariana, la *wedding planner*, preparó una presentación muy profesional para mostrarnos las opciones, se esmera en contestar todas las dudas y rebajar la tensión. Escucha las opiniones de todas, pero en el momento preciso deja claro que somos David y yo quienes debemos elegir. ¡Qué hábil!, me sorprendo admirándola. Doy mis opciones, que son las opuestas a las que han elegido Rosy y Sofía, solo para fastidiarlas y que se note quién manda aquí. Rosy insiste en la decoración coral que le ha fascinado desde que la vio en una revista. Siento que la úlcera que tengo en el estómago me está matando, volteo a ver a David para buscar su apoyo, pero él está intentando disimular una sonrisa mientras mantiene una conversación por mensajería. «¿Qué es tan divertido? ¡Maldita sea!», me sulfuro. Me reacomodo en el asiento y yergo la cabeza para comprobar con quién habla. «Ing. S. González», leo en el encabezado del chat mientras él sigue atento a la pantalla. Veo aparecer el emoticono de una sonrisa avergonzada. Me quedo estupefacta.

—¿Con quién hablas? —lo interrogo casi acusándolo.

—Con nadie —contesta él, alarmado, mientras bloquea el celular y se oscurece la pantalla.

Mi cabeza escanea los nombres de los ingenieros que trabajan en su constructora, pero nadie se adapta a ese nombre. De pronto, me percato de que un silencio incómodo se ha colado en el salón y todas nos miran. La *wedding planner* intenta enfriar los ánimos.

—David, tú también puedes opinar —suelta una risilla amable y continúa—, la verdad es que cada vez los novios participan más en estos temas, no tienes por qué pensar que solo le corresponde a la novia.

—Bueno, a él nunca le han interesado estas cosas —la interrumpe Rosy—, siempre se ha

dejado aconsejar por mí.

Resoplo con una sonrisa circunstancial mientras mi madre me aprieta la pierna por debajo de la mesa. «¡Esto es irreal! ¡Los mato! ¡Juro que los mato!», vocifero para mis adentros, revolviéndome en mi silla. David le dedica una mirada a su madre y luego voltea con dulzura hacia mí.

—Corazón, lo que mi mamá y tú quieran, lo dejo en sus manos —sentencia, besándome en la mejilla. Luego se levanta con premura y agrega—: Tengo que hacer unas llamadas, las espero ahí afuera.

Estoy a punto de rugir, convertirme en Bridezila y no avergonzarme de nada. Me comería a Rosy viva y escupiría sus restos. Y David… *Oh my Gosh!* ¡Ese ha sido un golpe bajísimo! ¡¿Cómo se atreve?! ¿A quién tiene que llamar si tiene a la tal Samanta, la secretaria, para solucionarle todos sus problemas? ¡Dios mío, dame paciencia!

Mi mamá, que ha permanecido impasible casi toda la reunión, opinando únicamente para darme su apoyo, interviene con propiedad:

—Si me permiten, creo que sería mejor que se llevaran las opciones a casa para que le dieran una vuelta y decidieran más adelante —suspira, y voltea hacia Mariana para apaciguar el ambiente—. No creo que haya un problema por tomar la decisión ahorita o el lunes.

—¡Por supuesto que no! —asiente ella, triunfal—. Denle una vuelta y me llaman para cerrar la propuesta.

Rosy sonríe sin decir nada más, mira a Sofía, que se ha ausentado ya en su celular, luego se despide de Mariana haciendo alarde de su buena relación.

Salimos del salón, que desemboca en un rectángulo a cielo abierto, típico de esas construcciones, a donde dan otras estancias del lugar. Todas fingimos ser una familia excepcional. Rosy le da detalles a mi madre sobre la colecta que está haciendo para los centros de acogida de niños. David nos espera sentado en una banca de piedra dentro del patio central entretenido en su teléfono. Se pone de pie enseguida, se acerca a nosotras, me sonríe y me besa en la mejilla.

—Tenemos que hablar —le susurro.

—¿Ahorita? —contesta él a disgusto.

Afirmo con la cabeza y me detengo entre dos jardineras del patio interior. Ellas siguen su camino hacia la puerta, hablando entre risas huecas.

—No sé, es que la boda también es tuya —me quejo aniñando la voz—, podrías poner un poquito más de interés.

—Corazón, ya te dije, lo que tú elijas está perfecto.

—¡Deja de repetir eso! —levanto la voz, y él abre los ojos de más.

Agacho la cabeza, me recuerdo que ese camino con David no funciona. Ni los gritos ni los berrinches, mucho menos las palabras altisonantes. Se ofende sobremanera, no reacciona y nos toma días volver a la normalidad.

—Perdón, perdóname —me disculpo, bajando la cabeza—. Estoy muy nerviosa.

—Sí, ya veo —asiente con la expresión seria—. Necesitas descansar, apenas ayer llegaste de Cancún. No era necesario que tuviéramos la reunión hoy —me advierte, luego hace una pausa—. Mañana después del golf voy a ir a ver el fútbol con Leonel y compañía, creo que estaría bien que te quedaras en casa para relajarte y ya el domingo a las diez de la mañana paso por ti y nos

vamos al rancho, como siempre.

Asiento en silencio. Tiene razón, han sido días muy intensos y tengo que descansar, llenarme de energía para librar todas las batallas abiertas, pero, sobre todo, reorganizar mi cabeza. Despejarme y convencerme de que estoy haciendo lo correcto, de que esto es lo que siempre he querido, dejar de lado las dudas y los pensamientos innecesarios que vienen de un tiempo muerto. Porque sí, ilógica y estúpidamente, he recordado a Santiago mucho más de lo que me gustaría desde el encuentro en el aeropuerto, aunque nada en mi realidad tenga que ver con él y no haya habido más mensajes que los del avión.

§

El sábado por la mañana después de desayunar, me siento en el sofá con unas revistas de bodas para perderme en detalles y protocolos a tener en cuenta. Me detengo en un artículo en el que una psicóloga habla sobre la importancia de la comunicación en los preparativos de la boda. Dice que la celebración de la boda es un reflejo de las dinámicas de pareja, de los valores, expectativas y de la realidad social que viven o van a vivir los novios. Una punzada me ataca en el estómago. «¡Qué estupidez! Estos psicólogos ya no saben qué inventar», me digo con cinismo, pero cuando leo el encabezado de la siguiente página, contengo la respiración. «Si piensas que esto es una tontería, evalúa tu situación, encuentra similitudes entre lo que pasa en los preparativos y la forma en que funciona tu relación».

Desvío la mirada con tristeza, la boda para mí representa la unión definitiva con David, con quien he compartido los últimos ocho años de mi vida, a quien conozco muy bien y a quien quiero, pero si tengo que decir la verdad, no tiene nada que ver con el amor loco de las historias que se leen en los libros. A cambio, tenemos otras cosas: respeto, confianza, ternura. No entiendo por qué tendría que cambiar esto que funciona tan bien por algo más. Es cierto que tenemos áreas que mejorar, que me gustaría que fueran diferentes, como el sexo, que se nos olvida que existe y podemos llegar a estar casi dos meses sin propiciar un encuentro. La verdad es que estamos siempre estresados, cansados o tenemos que asistir a mil eventos. Nadie tiene ganas de hacerlo después de trabajar cuarenta o cuarenta y cinco horas, ir a una fiesta de cumpleaños, un desayuno, una cena benéfica y estar impoluto el domingo para comer en el rancho con la familia. Supongo que para eso son las vacaciones o la luna de miel en este caso, por eso elegimos Maldivas. Seguro que en ese paraíso sin tener que estar pendientes del celular podemos dar rienda suelta a la pasión y, con suerte, el acto puede durar más de diez minutos o no, qué importa, el sexo está sobrevalorado.

Regreso mis ojos a la revista y el artículo me ataca de nuevo. «¿Cómo es el tipo de comunicación que mantienes con tu pareja? ¿Te sientes libre de decir lo que quieras desde el respeto? ¿Toman acción después de hablar sobre temas delicados? Las conversaciones incómodas son fundamentales en una relación sana». Pongo los ojos en blanco, quisiera tirar esa estúpida revista por la ventana. Irónicamente, me doy cuenta de que es esa sensación la que más me frustra porque, si esto no tuviera nada que ver conmigo, no me importaría. «¿Conversaciones incómodas? —suelto una carcajada insolente—. ¡Imposible! ¡Eso no existe entre nosotros!», me respondo. El simple hecho de sacar temas espinosos hace que él se ponga a la defensiva o termine queriendo solucionar el problema a su manera, es decir, comprando algo o pagándole a

alguien para que lo arregle.

En estos momentos, nuestro principal problema es su mamá, que desde que decidimos casarnos se ha vuelto insoportable. Niego con la cabeza, me descalzo para subir los pies al sofá y me tapo la cara con una almohada. «Decidimos», me repito porque es un eufemismo. La realidad es que desde que Marcos le dio el anillo a Luz y se casaron en febrero, no hice más que lanzarle indirectas hasta que el mes pasado decidió complacerme. Organizó una escapada a Tequisquiapan para volar en globo aerostático, y cuando el vuelo iba a terminar, me pidió que me asomara al campo. En una pancarta enorme se leía la pregunta: «Zoe, ¿te quieres casar conmigo?», luego sacó el anillo y me lo puso en la mano, casi con lágrimas en los ojos. La verdad es que fue superromántico. Sentí que él era el amor de mi vida, pero por la noche en el hotel, el sexo insípido y que él se perdiera en su celular la mayoría del tiempo me hicieron pensar que los amores de la vida eran una estafa porque, ¿quién podía sentirse como una quinceañera después de ocho años de relación?

Aprieto la almohada contra mi cara para evitar comprobar que tengo los ojos vidriosos. Si es como dice este maldito artículo y la boda representa nuestra relación de pareja, esto es todo un teatro. Para David, es un mero trámite, otra cosa que tiene que hacer para contentarme, pero, sobre todo, para contentar a su familia. Sin que nadie me lo haya dicho, sé que Rosy también lo presionó para que diera el paso. Los hijos de todos sus amigos se están casando, ellos también quieren demostrar su poderío a través de la celebración, eso sin contar que su mayor ilusión es ser una abuela joven.

Me vienen a la mente las palabras que Álvaro me dijo en el avión anteayer: «Tu vida va a cambiar mucho y no has dimensionado cuánto». La verdad es que tiene razón, solo tengo que ver cómo ha cambiado la actitud de Rosy conmigo desde hace un mes y lo que me dijo en el rancho después de que David me diera el anillo.

—¡Ahora vas a saber qué significa ser la señora de Arteaga! —Sonrió con un deje de malicia —. Para bien o para mal, sé que eres la indicada para David, no solo por ser tú, sino por todos los años que llevas con nosotros.

No se esforzó en maquillar que todo este tiempo que había actuado como mi protectora, que me había incluido en planes y eventos, era una especie de preparación al cargo, y ahora ya no estaría bajo su tutela, sino bajo sus órdenes. Eligió la fecha de la boda y contrató a la *wedding planner* con el pretexto de que solo quería ayudar, que yo estaba muy ocupada con mi trabajo, que esa señora era la mejor y tenía lista de espera.

Obviamente, me sentí avasallada. Se lo dije a David, pero él actuó a la defensiva, insinuó que yo era una malagradecida y que ella solo quería ayudar. Cuando se lo conté a mi madre a la hora de la cena, me miró cabizbaja.

—Tienes que asumir que muchas de sus decisiones van a tener que pasar por la aprobación de Rosy, si no es que decidirá ella antes que tú. —Hizo una pausa y se reacomodó en la silla—. Es la realidad, no puedes pretender que el nivel de vida que vas a tener gracias a su familia sea a cambio de nada. —Suspiró—. La vida de las mujeres es así, cuando nos casamos, pasamos a formar parte de otra familia.

—¡Ay, mamá! ¿De qué hablas? Ya no vivimos en esos tiempos —me quejé con desesperación.

—Me gustaría decirte que no, pero te estaría mintiendo —sentenció, derrotada, mientras me

miraba con ternura, luego agregó—: Ahora que si lo que te importa es elegir todos los detalles de la boda, podemos pagar la mitad, yo tengo unos ahorros y tú puedes pedir un crédito. También sería una forma de marcar un pequeño límite desde ahorita.

Asentí y no dijimos nada más. Una semana después estaba en el banco pidiendo un crédito con el que me podría comprar una casa. Cuando le conté a David que queríamos pagar la mitad, se indignó, dijo que no era necesario, que él no necesitaba esas demostraciones. Lo acaricié en el cuello y le puse ojitos de perro triste.

—Es importante para mí, por favor.

—Está bien, pero tú se lo dices a mi mamá —se rindió sin darle más vueltas.

El siguiente domingo en el rancho, aproveché que estábamos comentando los preparativos y le solté la bomba como si estuviera hablando el tiempo.

—Rosy, te quería comentar que del presupuesto que dijiste para la boda, mi mamá y yo vamos a pagar la mitad —le expliqué con naturalidad, ella se irguió en su asiento y me miró confundida.

—¿Cómo? Pero… —carraspeó—. No es necesario, digo, sé que tú y tu mamá viven bien, pero no para permitirse esto, además, nosotros tenemos muchos compromisos, mucha gente que invitar.

—Bueno…, nos gustaría pagar la boda completa como es la tradición, pero siendo así, con tantos invitados de su parte, creemos que lo más justo es que paguemos solo la mitad.

—Si ya lo decidieron… —suspiró, incrédula.

Por supuesto que lo tomó como lo que era, una declaración de guerra, y supongo que esto no hará más que empeorar.

Tiro la revista a la mesa central de la sala. «Estúpido artículo», me digo después de sentir la incomodidad en todo mi cuerpo. Si hablara con la autora del texto, seguramente, me ordenaría que saliera huyendo. Claro, ¡qué fácil es juzgar cuando no has vivido situaciones traumáticas! Resoplo y tomo el celular que tengo al lado.

Termino navegando en una red social para evadirme, sin preverlo, me encuentro con una actualización en el perfil de Santiago. Es un pequeño vídeo en donde enfoca una miniatura de un Porsche blanco de 1975 y, acto seguido, se acerca a uno tamaño real para abrir la puerta. Me levanto del sofá de un salto con el corazón palpitándome acelerado. «¡Ay! ¡No manches, Santiago! ¡Todavía lo tienes!», me digo, atónita, porque en mi cabeza puedo rememorar el día exacto que se lo regalé. Le envío un corazón y apago el aparato. Siento un calor indescriptible en las yemas de los dedos. «¿Qué demonios acabo de hacer?», me censuro, luego me digo que no, que debo dejar los pensamientos mágicos, esto no tiene nada que ver conmigo, es una casualidad, es todo. Se compró el coche de sus sueños ahora que le va tan bien en sus talleres mecánicos y ese vídeo es una forma de demostrarse a sí mismo que lo consiguió, nada más.

§

Son las seis de la tarde y sigo en el sofá, dormitando mientras veo *Titanic* en la televisión por milésima vez. De pronto, mi celular vibra en la mesa del centro y lo desbloqueo con un dedo.

Luz: Reina, *I'm in town!* Totalmente imporvisado,
me vine sola al cumple de mi abuelita porque

Marcos tenía mucha chamba.
Le acabo de escribir a Rubén y nos vamos a ver
en una hora en un *rooftop bar*.
¡Ándale! ¡Di que sí, porfa!
¡Ven aunque sea un ratitio!
¡*Update* urgente!

Sonrío entusiasmada, nada puede hacerme más feliz en este momento de mi vida que ver, abrazar y reírme un ratito con el único par de personas confiables que hay en el mundo.

Yo: *I'm on my way!*

Me arreglo sin prestar mucha atención: unos *jeans*, una camiseta negra entallada y las sandalias de plataforma, luego me maquillo con rapidez y me dejo los aretes en la mano para ponérmelos en el elevador del edificio donde vivo. Antes de que me dé cuenta, ya he llegado al hotel y subo por otro elevador para encontrarme con ellos.

Al entrar, los distingo de inmediato, hay apenas cuatro mesas ocupadas, pero en ninguna se puede ver una camisa estampada como la de mi querido Rubencito.

—*My favorite bride-to-be!* —exclama él con tanto escándalo que los pocos clientes le prestan atención. Luego todo son abrazos y risas.

Hablamos de las trivialidades, del tráfico en la carretera, de los viajes de Rubén por toda la república para supervisar sucursales del banco donde trabaja y, claro, de los últimos preparativos de la boda. Entre toda esa palabrería nos rodea la sensación de ser felices y de estar con la gente correcta.

De un momento a otro, Rubén se queda petrificado con los ojos como platos. Una voz ronca con notas juguetonas nos interrumpe y los tres volteamos al unísono; entonces nos topamos con la sonrisa despampanante de Santiago.

—¡¡Increíble!! ¡Todavía existe el trío fantástico! —nos saluda.

«¡No inventes! ¡Otra vez en menos de una semana!», me alarmo. Estupefacta, contengo la respiración intentando sonreír. Si esto no es una broma, no entiendo tantas casualidades juntas, o quizás haya sido yo, que lo invoqué hace unas horas. Ajeno a todos estos pensamientos, él se acerca a Rubén, socarrón, y lo abraza con energía.

—¡Hombre, Rubén! ¡Por ti no pasa el tiempo! Igual de *fashion* que hace diez años.

Rubén suelta una carcajada, lo palmea en la espalda y le sigue el juego.

—Lástima que no pueda decir lo mismo sobre ti —se mofa con coquetería.

Santiago ríe y un segundo después se gira para saludar a Luz con un beso.

—Lucesita, tan linda como siempre. —Ella sonríe con timidez y me dedica una mirada arqueando las cejas.

Intento disimular que estoy al borde de un colapso nervioso, bajo la cabeza para recomponerme y cuando levanto la vista, él me saluda con un beso al tiempo que me toma por el antebrazo.

—Zoe —pronuncia con una sonrisilla traviesa.

—Santi. —Levanto las cejas y aprieto los labios.

Parece que el tiempo se ha detenido, no soy capaz de escuchar un solo ruido y advierto que todos los presentes nos observan. Él, tratando de deshacerse de la tensión, suelta con gracia:

—¿Me estás persiguiendo?

Me sale una carcajada sonora y estúpida, pero eso me sirve como válvula de escape. Luego, sin pensarlo dos veces, lo atacó con coquetería.

—¡¿Yo?! Si eres tú el que acaba de llegar.

—*Touché!* —Esboza una sonrisa pícara y me guiña un ojo, luego se gira a los demás para despedirse—. Bueno, los dejo. ¡Qué bueno verlos juntos diez años después!

Se da la vuelta, comienza a alejarse y los tres lo seguimos con la mirada, todavía incrédulos ante semejante despliegue. Cuando ya está a tres o cuatro metros de distancia, las expresiones risueñas que me dedican Rubén y Luz son un poema.

—¡¿Cómo que lo estás persiguiendo?! —pregunta Luz, exaltadísima.

—¡Confiésalo todo! ¡¿Qué fue eso?! —la secunda Rubén mientras se abanica con esa femineidad suya—. ¡¿Ya volviste a las andadas, zorra?!

Les cuento los sucesos de los últimos días rebajando la intensidad y omitiendo detalles como que ahora somos amigos en redes y hemos interactuado por ahí. Me esfuerzo para que las sensaciones que todavía me provoca se pierdan en los datos prácticos, pero ellos se miran burbujeantes y morbosos.

—Es todo, no hagan escándalo porque no va, ¡para nada! Recuerden que me caso en seis meses —concluyo con seriedad.

—Yo creo que esto va a tener cola… —Me mira Rubén ufano, da un trago a su mojito de fresa y asiente con la cabeza—. Es que, por favor, nunca te superó, es obvio.

—O a lo mejor sí y ya está listo para que seamos amigos —le contradigo, perdiendo mi vista en el horizonte.

Ellos intercambian una mirada divertida y ríen con descaro, luego Rubén se lleva la mano a la cara con expresión escandalosa.

—Reina, ¿de qué hablas? ¡Por Dios! ¡Tensión sexual al mil por ciento! —se carcajea—. Olía tus feromonas desde aquí.

—¡No digas tonterías, Zoe! —suscribe Luz—. ¡Es que te brillaron los ojos y todo! Tampoco te juzgo, hay que reconocer que está más guapo que antes, si eso es posible.

Con una sonrisa reprimida, me reacomodo en el taburete, le doy un sorbo a mi copa de vino y me aclaro la garganta para terminar con el numerito.

—Bueno, ya, se acabó la fiesta. —Me yergo con expresión seria—. Les repito que me caso en seis meses y a David le molestaría muchísimo esta conversación.

Ellos asienten con una mirada culpable. Después de todo este tiempo, David es también su amigo y se dan cuenta de lo injusto que resulta esto para él. Yo exhalo con normalidad, me evado de cualquier idea relacionada con Santiago y me digo que no es más que una situación aleatoria que no me afecta, porque tengo problemas mucho peores.

ANTES
IV. LOS REYES DEL BAILE

Noviembre 2010 – Junio 2011

Desayunábamos en la terraza el domingo por la mañana. Mi mamá me pidió que le pasara el jugo de naranja y cuando extendí el brazo para dárselo, ella fijó sus ojos en la pulsera que colgaba de mi mano.

—¿Y eso? ¿De dónde la sacaste?

—Me la regalaron —contesté, orgullosa.

—¿Quién? ¿Los del club?

Me salió una risilla avergonzada y el color me subió por la cara. Entonces mi hermano Ulises, que ya sabía todo, armó un escándalo.

—¡Su noviecito pedorro! ¡Uuuh! ¡Zoe tiene novio! —Volteó hacia mí y fingió un beso con lengua al tiempo que yo arrugaba una servilleta y se la tiraba en la cara. Mi mamá nos interrumpió.

—Ulises, por favor, no seas vulgar.

Mi padre dejó el periódico en la mesa y me miró endureciendo la expresión de su rostro.

—¿Y a ti quién te dijo que podías tener novio?

—¿No puedo? —le pregunté casi sin pronunciar las palabras.

—¿Quién es?

—Santiago Moralba.

—Con que el famoso Santi… —Ladeó la cabeza. Comencé a confundirme, a mi padre le gustaba hacer bromas sobre novios, pero ahora parecía que en realidad el tema no le gustaba—. Dile que se ande con cuidado, que sé dónde vive —sentenció con gravedad y un deje de sonrisa en la cara.

—¿No te cae bien? —le pregunté, nerviosa.

—¡Bah! Es un niño, no me cae ni bien ni mal. Lo veo por el club, comandando un grupo de imberbes y, claro, el gallito tenía que ir por la flor más bella —afirmó con la cabeza, después frunció el entrecejo y cruzó los brazos sobre el pecho—. No lo vi en la final.

—Es que le pedí que no fuera.

—Bien —concluyó, satisfecho. Deshizo los brazos, repiqueteó con los dedos en la mesa, luego se levantó y se fue.

Mi mamá aguantó la conversación y cuando mi papá desapareció, puso su mano sobre la mía.

—Tú y yo vamos a tener que platicar sobre esto.

—¿Por? —contesté haciéndome la tonta.

—Para que te quede claro cómo darte a respetar, aunque no eres tonta y me imagino que ya lo sabes. Habrá reglas y horarios.

—Quedamos en ir al cine hoy en la tarde —agregué yo, intentando cambiar el rumbo de la conversación.

—¡¿Solos?! —se escandalizó—. No, no. Mira, lo conocemos de siempre y a su familia, por eso mismo vamos a hacer las cosas con calma. Uli va a ir con ustedes.

—¡¡Mamá!! ¡¿De chaperón en pleno siglo XXI?! ¡No inventes! —se quejó.

—Vas a ir, no te estoy preguntando. Invita a quien quieras y los vigilas de lejos.

§

Esa tarde nos encontramos en la entrada del cine mientras en la esquina mi hermano disimulaba viendo la cartelera con un amigo. Surgió entre la gente sonriendo, el pelo oscuro le caía en la frente y le rozaba las orejas, traía unos pantalones negros ajustados y una sudadera gris con capucha. Al llegar, me abrazó con mucha fuerza y me dio un beso fugaz en los labios. Después no nos dijimos nada, solo nos miramos entre risas. En ese momento apareció Ulises y le dio un golpecillo en el hombro derecho.

—Nosotros nos vamos, pero tú, cabrón, no te pases. —Santiago sonrió nervioso y no dijo nada, en tanto yo intentaba mirar hacia otro lado, pero Uli llamó mi atención para indicarme con el semblante molesto—: Mándame un mensaje cuando termine la película y nos vemos aquí.

Ulises y yo nos llevábamos dos años y siempre habíamos estado muy unidos. Era mi hermano mayor y fue mi héroe durante mi infancia. Yo hacía todo lo que él ordenaba, incluso aprendí a luchar y a competir con uñas y dientes porque él decía que, si no le demostraba que era fuerte, no valía la pena jugar conmigo. Creo que ahí nació mi obsesión por ganar. Obviamente, perdía la mayoría de las veces, pero cuando ganaba, la sensación era tan maravillosa que solo pensaba en competir contra él para tener la posibilidad de sentir eso. Él, por su parte, se ponía fúrico cuando perdía y me dejaba de hablar por horas. Ahora éramos adolescentes y ya no compartíamos tantos juegos, las cosas estaban cambiando y ese día, cuando él se despidió con una cara larga, comenzó una nueva etapa en nuestras vidas.

Después de que mi hermano y su amigo desaparecieron, nos dimos la mano y fuimos a comprar palomitas. Elegimos una película de miedo y nos sentamos en la última fila. Recuerdo que me dolía la mano por tenerla todo el tiempo sujeta a la suya, pero él no me soltaba. Durante la película, él no paró de hacer chistes sobre la trama y yo, de reír a carcajadas, hasta que una señora que estaba delante nos regañó. Cuando la función terminó, salimos de la sala y él se detuvo a ver la publicidad de otra película. Después de unos minutos, desvió la mirada del *display*, volteó hacia todos lados y, asegurándose de que el pasillo estaba despejado, me abrazó por la cintura y me besó; primero en los labios, luego con su lengua en mi boca. Pensé que era muy extraño y me dio asco, hasta que cerré los ojos y fue como si bebiera algo que me daba mucho calor. El ruido de un cubo de basura que se caía nos asustó e hizo que el beso terminara, después solo nos abrazamos, como para darnos las gracias, y nos fuimos hacia la puerta de salida.

La felicidad de todo aquello terminó unos cuantos días después. Por un lado, mis papás estaban muy raros conmigo, interrogándome todo el tiempo, que dónde lo iba a ver, que qué íbamos a hacer; por otro lado, Ulises estaba muy distante. En ese momento no lo entendía, pero ahora lo tengo claro, yo era la campeona juvenil de tenis de la región y mi novio era el chico más popular, ¿en qué puesto lo dejaba eso a él? La envidia rodea siempre los buenos instantes, es una especie de hilo que te mantiene con los pies en la tierra, que equilibra el fulgor de lo que estás viviendo. Ojalá eso hubiera sido todo, pero no, fue peor. En el equipo de tenis, todas me dejaron de hablar porque le había robado el «novio» a Daniela; y en la prepa, en donde la fama de

Santiago también llegaba, aunque no estudiara ahí, me molestaban o me hacían preguntas rarísimas. Hubo una chica que bromeando me preguntó que cómo era su pene. ¿De verdad estaba pasando todo aquello? Menos mal que tenía a Luz, ella sí se alegraba por mí y escuchaba mis historias mientras fantaseaba en vivir lo mismo.

Así, me quedé prácticamente sin amigas, sin Ulises y casi sin padres, que ya solo aparecían para molestarme con pláticas incómodas y cuestionarios. Pero valía la pena, porque cuando veía a Santiago en el club o el centro comercial, todo era color de rosa.

§

Mi mamá me había advertido que los besos debían ser «decentes»; que si duraban mucho, iban a subir de nivel y que si me quedaba embarazada, mi vida se arruinaría para siempre; que tendría que cuidar a un bebé noche y día; que Santiago estaba muy chico, que no se casaría conmigo; y lo peor de todo, que me convertiría en madre soltera, en una mujer de segunda a la que nadie de buena posición querría. Me aterrorizó, nada me había dado tanto pavor en mi vida. Había tenido las típicas pláticas en la secundaria, donde te enseñan a poner condones, pero sentía que no era suficiente, así que comencé a investigar en internet y a leer en redes sobre cómo hacerlo sin quedarse embarazada. No es que pensara hacerlo, ¿o sí?, no lo sabía. Tenía mucha curiosidad y los besos que nos habíamos dado era lo más dulce y caluroso que había probado nunca. Quería más, mucho más, y yo siempre lograba lo que quería, aunque todo se fuera complicando.

Nuestra rutina consistía en vernos después de los entrenamientos, quedarnos hablando a la vista de todos, caminar disimulando hacia los vestuarios y, en lugar de entrar en ellos, salir por una puerta lateral que llevaba a un pasillo de servicio. Recuerdo que me dolían los labios de tanto besarlo. Él quería tocarme por debajo de la ropa, pero yo no quería ir tan rápido, no cuando casi todos los días un estúpido guardia de seguridad carraspeaba a la entrada del pasaje:

—Niños, este pasillo es un área de servicio, no pueden estar aquí.

Santiago se había hecho amigo de él, o eso decía, que lo veía en los baños y le preguntaba su vida, que se lo estaba trabajando para un día pedirle que, cuando nos viera, no nos interrumpiera.

—¿Y qué le vas a decir? ¿«Don Rogelio, déjenos echar pasión, por favor, no nos interrumpa»? —me burlé.

—No, tontita, le voy a dar dinero, le voy a decir: «Cómpreles unos dulces a sus nietos y no vigile el pasillo de servicio».

—¡Corrupto! ¿Tienes dieciséis años y ya estás pensando en arreglar las cosas de esa forma? —le regañé con desprecio.

—Mmm… Ya sé que es horrible. ¿Tú tienes una idea mejor?

—Cualquier idea es mejor que esa. ¿Sabes lo que va a pasar? Que terminará acusándonos y todo el mundo se va a enterar de que nos escondemos ahí.

§

Empezaba el mes de marzo de 2011 y nosotros acabábamos de cumplir cuatro meses juntos. En aquel tiempo nos parecía que estábamos a punto de casarnos, o algo así, porque él ya había venido a mi casa con mis papás tres domingos y yo, dos con su familia, uno de ellos a una

exhibición de automóviles antiguos de una asociación en la que su papá era presidente. Los coches eran muy importantes en su familia y me llenaba de orgullo que me hubieran invitado a acompañarlos. Me probé veinte *outfits* diferentes y al final salí con un vestido gris liso sin mangas que me llegaba a la rodilla y se ajustaba al cuerpo. Cuando me bajé del coche de mi mamá y él me abrió la puerta de su casa, se quedó viéndome sin pestañar, luego bromeó:

—¿Por qué no te vas, regresas, tocas el timbre otra vez y yo vuelvo a abrir la puerta? Quiero que este momento no se me olvide nunca.

Lo abracé con una sonrisa en los labios. Yo también quería que todo lo que vivíamos se quedara para siempre en mi memoria, no sabía que terminaría deseando lo contrario unos años después.

La exhibición fue muy interesante, pero lo mejor de todo fue ver cómo él compartía esa pasión por los coches con su padre y su hermano. Sabía tanto sobre eso que me impresionaba verlo hablar con seriedad cuando conmigo todo eran bromas y besos.

Entre semana, seguíamos encontrándonos después de los entrenamientos. Habían abierto un equipo de tenis para chicos a la misma hora que nosotras y yo intentaba convencerlo de dejar el fútbol, en el que no era muy bueno. Pensaba que así podríamos tener más tiempo para estar juntos, pero él se quejaba, decía que lo que necesitábamos era un poco de privacidad.

Un día de esos, Santiago me envió un mensaje por la mañana para decirme que se le había ocurrido un plan para poder estar a solas conmigo, así que cuando llegó la tarde, después del entrenamiento, yo quería los detalles.

—¡En los ensayos del Baile de la Rosa! —reveló, entusiasmado, y yo entorné los ojos.

El Baile de la Rosa era la cosa más arcaica, ridícula y aburrida que existía en el mundo, o eso afirmaba yo, porque en realidad no quería coincidir con las nefastas del equipo también ahí. El año anterior, en junio, cuando cumplí quince años, no pensaba lo mismo. En ese entonces, me moría por ser otra de las quinceañeras que se presentaban en el baile, con mi vestido blanco, mi tiara y mi pareja, pero la ilusión de toda esa parafernalia terminó cuando me obsesioné con el tenis. En enero, mi madre me preguntó si todavía quería participar. Ella quería que lo hiciera, ella misma había bailado con quince años, era una tradición en la ciudad, todas las quinceañeras de buena familia se lucían en ese evento. Yo me negué bajo protesta de que eso era casi medieval, porque, ¿cómo era posible que se perpetuara una tradición en donde se presentaba a las adolescentes como ganado para indicar que ya estaban en edad de merecer?

—Olvídalo, Santi —respondí, desilusionada.

—¡¿Por qué?! Ni siquiera has oído mi plan.

—Además, las inscripciones fueron en enero y ya no nos van a aceptar.

—Claro que sí, pídeselo a tu mamá, seguro conoce a alguien.

—¡OK! Y luego, ¿qué? Ahí también hay vigilancia y los ensayos son a la hora de la cena.

—Ese es el punto, como son a la hora de la cena, no querrán ir a recogerte: yo te llevaré a tu casa.

—¿Y te van a prestar el coche? Todavía ni tienes licencia.

—Es todo cerca, me lo van a prestar, segurísimo, porque tampoco querrán ir por mí.

—No lo sé. No me convence. Nos mandarán a alguien para vigilar. Eres muy tonto, vamos a tener que ir a ese estúpido baile y aguantar a todo el mundo para nada.

—A lo mejor no funciona, pero no lo sabremos si no lo intentamos. Vamos a los ensayos, nos

la pasamos bien, todos mis amigos van, te vienes con nosotros e ignoras a esas arpías.

—¿Y no te da flojera tener que aprenderte el baile y disfrazarte de pingüino?

—¡Nah! *We gonna have fun!* Además, seremos los reyes de baile.

Me quedé mirándolo, claro que no le molestaría ser el centro de atención por una noche más, yo también estaba disfrutando la parte que me tocaba, aunque ya no tuviera amigas. Le sonreí, le di un beso suave en los labios y acepté su propuesta.

Los ensayos eran dos veces a la semana por la noche. Nos juntaban a cincuenta adolescentes en la pista de un enorme salón de fiesta y nos colocaban en dos filas. El baile era más que ridículo, como en una película de los libros de Jane Austen, con pasos de izquierda a derecha, juntando las manos y dando vueltas. Todas se ponían muy serias y seguían las instrucciones de la coreógrafa sin rechistar mientras Santiago y yo nos reíamos. En los descansos o cuando sin querer volteaba a ver a las demás, las descubría mirándonos al tiempo que cuchicheaban. «¡Muéranse de envidia! ¿No tienen otra que hacer que examinar cada paso que damos?». Entonces me giraba para verlo y él me guiñaba un ojo.

Sin embargo, había días peores, días en los que peleaba con él después del ensayo, cuando estaba cansada y sus miradas hirientes hacían mella en mí.

—Por tu culpa tenemos que seguir viniendo a esta idiotez y ni siquiera te han prestado el coche ni una sola vez —le reclamé, enfadada, él intentó salir de la reprimenda con una burla:

—¿Tan urgida estás?

—No, *stupid!* Ese es tu papel.

—*Touché!* —rio.

—Estoy harta de ellas, no las aguanto ni un segundo más —me enfurruñé.

—No les hagas caso, se mueren de envidia.

—Ya lo sé y creí que no me importaba, pero lo hace, porque, ¿a quién le gusta que lo odien? —le expliqué con un deje de tristeza.

—Lo siento, *baby* —dijo con la expresión afligida mientras me pasaba un brazo por los hombros—. Voy a hablar con mis papás para que nos saquen. Pensé que sería divertido y, aunque nos reímos mucho, no vale la pena si luego te sientes mal.

—Es que ahora no quiero salirme del baile, será como demostrarles que me importan.

—*Baby*, es como te dice Jaime, lo que pasa alrededor del partido no es tu problema —me animó.

En ese momento, una sensación de ternura me colmó por dentro. Algunas veces me parecía que cuando yo hablaba, él no me escuchaba y solo se ocupaba en mirarme, me estaba demostrando que me equivocaba y eso me daba toda la fuerza que yo necesitaba para matar mil dragones o, al menos, seis arpías chismosas.

Así, entre ensayos y pruebas de vestido, llegó el día del baile. Todavía lo recuerdo envuelto en nubes de algodón, tan rosa y emocionante. La casa de Santiago estaba en un residencial en la montaña, a diez minutos en coche del club de golf donde vivía yo. A medio camino entre mi casa y la suya, estaba el salón de fiestas en el que se celebraría el baile, y aunque no tenía licencia, debido a la ocasión, terminaron prestándole el coche para venir a recogerme. Cuando tocó el timbre de mi casa, yo salí acompañada de mis papás. Él estaba ahí con su esmoquin y un moño azul en el cuello. Se veía guapísimo, casi irreal. No supe qué decir, me quedé pasmada mientras él tampoco reaccionaba. Mi papá se mofó de nuestra torpeza.

—Par de tórtolos a medio morir, ¿no se van a saludar o qué? —Entre risas nos abrazamos con suavidad, hasta que Santiago se separó y me dio la mano para acompañarme al coche. Mi papá negó con la cabeza y, antes de despedirnos, se entretuvo en tomarnos fotos—. Váyanse con cuidado, nos vemos en el salón.

Por fin estábamos a solas, supongo que pensaron que la presión del evento no nos daría tiempo de nada. Fueron muy ilusos porque aprovechamos todos los minutos que pudimos para tocarnos sin pudor, aunque no llegáramos a hacerlo. Mi vestido de quinceañera, palabra de honor de organza color marfil, era menos abultado que el de la mayoría y se arrugó mucho con el escarceo, pero no nos importó porque cuando llegamos al salón, todo el mundo se giró para vernos entrar de la mano. Éramos los reyes del baile, no había duda.

§

Después del baile y aquellos días de primavera de 2011, vino una madeja de enredos y mentiras para escondernos en cualquier rincón, tocarnos y besarnos hasta hacernos daño. Teníamos las hormonas por los cielos. En junio de ese año, en mi cumpleaños número dieciséis, Santiago consiguió que le prestaran el coche otra vez para ir a una reunión que había organizado en el *sushi*. Solo iban a estar Luz y los amigos de Santiago, a eso se reducía mi círculo social, pero él canceló todo el mismo día por la mañana y a mí me avisó cuando me recogía en la puerta de mi casa.

—¡¿Por qué?!

—Porque te voy a llevar a un lugar muy bonito a ver las estrellas —respondió con la voz muy dulce.

—¿Cuáles estrellas, exactamente? —pregunté entre risas ya dentro del coche.

—¡Todas! Las del cielo y también las que brillan dentro —sonrió mientras ponía su mano en mi pierna.

Condujo hasta el final de un *boulevard*, donde terminaba la urbe. Luego, tomó un pequeño camino de terracería mal iluminado que subía por la montaña más alta. Cuando llegamos a la cima, estacionó el coche entre dos árboles y observamos cómo la ciudad se extendía luminosa a nuestros pies.

—Nunca había estado aquí de noche —le confesé, emocionada.

—Yo tampoco —dijo mientras se quitaba el cinturón, bajaba del coche y yo lo imitaba.

Me acerqué a él y recargué mi cara en su pecho. Él me rodeo con fuerza, protegiéndome del fresco de la noche. Nos quedamos así un buen rato, sin decir nada, solo admirando la estampa. Poco a poco, me fue soltando para dejarme con un beso en la frente. Después, se giro en dirección al coche y sacó una cobija grande que fue a extender sobre el capó. Pegó un salto ágil y se sentó en ella, luego me dio la mano para ayudarme a subir.

Sin más preámbulo, quedamos uno frente al otro y nos fundimos en un beso muy apasionado.

—Cierra los ojos —me susurró al oído.

Pensé que intentaría quitarme el vestido negro ajustado que llevaba para la cena, pero sus manos ataron algo por detrás de mi cuello. Abrí los ojos y vi cómo me colgaba una estrella en el pecho igual a la que llevaba en la muñeca. Le sonreí con mirada radiante.

—Te quiero tanto, tantísimo.

—Y yo… Yo te amo —murmuró con seriedad.

Nos quedamos en silencio viéndonos en la oscuridad, entonces me pareció que descubría a otro Santiago, uno más profundo y temeroso, pero lleno de amor. Quise decirle que no tuviera miedo, que conmigo siempre estaría a salvo, no supe cómo y solo me aferré a su cuello.

Esa noche no vimos las estrellas como él había prometido, pero lo intentamos entre el calor y la inexperiencia.

AHORA
V. EN PIE DE GUERRA

Mayo 2022

Habíamos acordado la reunión de evaluación creativa a las nueve de la mañana, pero a las ocho cincuenta y cinco todavía no llega nadie y soy yo quien tiene que encender las luces y comprobar que el proyector funciona. No hay ni rastro del encargado de medio ni de las demás ejecutivas, que veré llegar a cuentagotas. Luego, si tenemos suerte, Álvaro aparecerá a las nueve y cuarto sin disculparse.

La primera en llegar es Regina, que me saluda falsísima con una sonrisa. Se acomoda en su lugar y me explica que tiene que enviar unos correos antes de la junta. Arqueo las cejas disimulando un gesto amable y la escudriño con detenimiento. Ella cree que no lo sé, pero ha estado hurgando en los archivos del proyecto de Tulum, más me vale tener todas las antenas encendidas si no quiero que me cause problemas.

Como lo he predicho, Álvaro es el último en llegar, nos saluda a los siete asistentes con gracia y todavía, antes de empezar, le pide a Maribel, la secretaria, que le traiga un café y le encargue el desayuno. Evaluamos el arte de los proyectos que están por seguir su curso este mes y comprobamos entre todos que las imágenes y los mensajes que deseamos transmitir sean contundentes. Nos detenemos en la campaña para una empresa de petroquímicos que, después de un escándalo sobre vertidos ilegales, ha iniciado una limpieza de imagen. Han emprendido acciones como puntos de recogida de electrónicos para reciclar, que, irónicamente, irán a parar a nuevos vertederos. Una de las ejecutivas se queja, dice que pueden circular noticias al respecto y entorpecer la campaña. Álvaro pone en blanco los ojos.

—Eso no va a suceder, Susanita. —La mira con condescendencia—. No creo que los periódicos y la televisión quieran perder los contratos de publicidad en los que vamos a invertir. Además, para cuando salgan esas noticias, la gente ya habrá comprado nuestro argumento. —Niega con la cabeza y concluye—: Lección básica de comunicación: dile a la gente lo que quiere escuchar mientras haces lo que necesitas.

Casi todas las ejecutivas asienten con la cabeza, he visto alguna de las nuevas que lo ha apuntado en su bloc de notas mientras yo lo escudriño con la mirada. ¡Maldito tiburón! ¡Esa es tu estrategia por excelencia! ¡¿Cómo no me había dado cuenta?! Usa eso con todo el mundo, incluso conmigo. Me dice que soy la mejor, me promete que seré la coordinadora, me da el proyecto más importante, pero cuando ve que Joana confía más en mí que en él, manda a la oportunista de Regina a vigilarme. Desvío la mirada y me alecciono, tendré que ser más astuta que él, ir con pies de plomo si no quiero perder ese proyecto.

Cuando termina la reunión, mientras recojo mis cosas, recibo una llamada de Mariana, la *wedding planner*. ¡Lo que me faltaba hoy! Hace tres semanas que solo le doy largas para evitar el conflicto. Por supuesto, Rosy habló con ella unos días después de aquella presentación e insistió en sus opciones, le dijo que solo le faltaba que yo aceptara y que se pusiera en contacto conmigo. Mariana, presta y expedita, me llamó el mismo día para cumplir sus órdenes.

—¿Entonces me das el OK? —me preguntó con delicadeza, como si fuera un mero trámite.

Yo aguanté la respiración mientras mi úlcera me mataba y decidí ganar tiempo.

—Mira, yo ahorita no puedo decirte nada, estoy hasta arriba de trabajo. Necesito pensarlo. —Tragué saliva y le pregunté con sinceridad—: ¿Ella te pidió que le confirmaras que yo había aceptado?

—No, no, directamente —añadió con un suspiro y luego de una pausa, bajó el tono de voz—. Creo que deberías hablar con ella y dejarle ver tus inquietudes, ceder en algunos detalles que no te importen, más que nada para evitar problemas innecesarios.

—Si te pregunta, dile que todavía lo estoy pensando, que no te he resuelto —la interrumpí yo, desconfiada. Me pareció que no era necesario darle más detalles sobre las rencillas que tenemos.

Hoy, al ver su nombre en la pantalla, sospecho que Rosy la ha llamado para seguir a tono con su comentario de ayer en la comida del rancho, cuando rehuí la conversación con el mismo argumento de que tenía mucho trabajo y que no le había dado vueltas al asunto.

—¡Ay, preciosa! Ponte las pilas porque hay algunas cosas que son más importantes que otras.

Declaración de intenciones en toda regla. Si antes lo había sugerido, ahora no hay duda, mi trabajo es insignificante para ellos, algo que hago por entretenimiento y que, como mi mamá me ha advertido, querrán quitar de en medio cuando nos casemos y tenga que fungir de esposa de David a tiempo completo en los eventos de beneficencia.

Sin saber cómo, en mi cerebro dos ideas se conectan y la estrategia de Álvaro se me presenta para seguir luchando.

Desbloqueo el teléfono y le devuelvo la llamada perdida a la *wedding planner*.

—Buenos días, Mariana. ¿Cómo estás? —la saludo, sonriente.

—Hola, Zoe. Muy bien, ¿y tú? —Traga saliva y va directa al grano—. Me acaba de llamar Rosy, que, por favor, confirme contigo las opciones, que quiere que esto esté cerrado hoy.

—Todos los detalles que ella eligió los dejamos, incluido el pianista, pero la decoración será la opción de los cristales, con blanco y azul —exhalo, y me dispongo a buscar una aliada—. A ella tendrás que decirle que será coral, ¿me entiendes?

—¿Estás segura, Zoe? —baja la voz, consciente de lo que esto significa.

—¿Habrá pruebas antes? ¿Alguna forma de que se entere antes del día de la boda?

—En principio no —susurra con decepción, y se sincera—, pero me estás pidiendo que le mienta a la persona que va a pagar y con la que trabajo en otros eventos, me estás comprometiendo mucho.

—Te recuerdo que yo voy a pagar la mitad de la boda —le respondo, altanera.

—Bueno… sí, pero… —duda ella.

—Pero nada, yo soy la novia y sin mí no hay boda —le rebato con aspereza. Suspiro, hago una pausa para después darle instrucciones tratando de dulcificar el tono de voz—. Por favor, haz lo que te pido, al final, cuando Rosy te reclame, que no creo que lo haga, le dices lo que pasó, ¿OK?

—OK, Zoe, como tú quieras —concluye ella bajando la voz, afectada, y cuelga el teléfono.

«Querías guerra, querida Rosy, pues ya la tienes, y prepárate para perder, porque yo siempre gano», me río ufana para mis adentros.

§

A las cinco cuarenta y cinco de la mañana suena el despertador. Necesito diez minutos para ponerme en marcha y completar toda mi rutina antes de irme al trabajo. Lo primero que hago, todavía en la cama, es revisar las notificaciones del móvil. Me desperezo y cuando ya tengo la pantalla enfrente, el corazón se me acelera: «Santiago_moralba te ha enviado un mensaje». Lo abro y me encuentro con una foto suya sentado en el capó del Porsche blanco del 75.

Santiago: Hoy me lo entregaron,
vas a pensar que estoy loco,
pero me gustaría que
fueras la primera en verlo.

«¡No, no, no! ¡No inventes, Santiago! Esto es lo que pasa cuando te metes donde no debes», me recrimino. La verdad es que todo es mi culpa, porque al encuentro en el *rooftop bar* le han seguido un intercambio de mensajes varias veces a la semana al que no le he puesto freno. Empezó diciendo: «¡Qué *cool* ver a los tres juntos! Fue como un viaje al pasado», siguió con memes y comentarios graciosos. Yo debería haber cortado el contacto, pero no lo hice. Le hablé de mi trabajo, de mis proyectos, incluso le pedí consejo. Luego le pregunté detalles de su vida, su perro y sobre el Porsche. Por supuesto, se emocionó muchísimo y me contó todo, hasta llegar a esta propuesta ilógica. «Mi Santi, ¿qué pretendes con todo esto?».

Me pregunto si debería ser sincera y romper cualquier ilusión que se esté haciendo de una vez o, simplemente, evadir su propuesta con elegancia y espaciar mis réplicas para que él entienda que cualquier intención que no sea amistosa es imposible.

Reviso su perfil, como vengo haciéndolo las últimas semanas, me detengo en las fotos donde aparece sonriendo de verdad y no es una simple pose: sus ojitos resplandecientes y ese hoyuelo que ahora es más pronunciado me hacen recordar lo mucho que lo quería. Apago el celular, me quedo viendo el techo de mi habitación todavía sin levantarme. Me digo que no quiero perderlo otra vez y ese pensamiento se me clava en el pecho, se me llenan los ojos de lágrimas, los cierro de golpe y me los limpio con la manga de la pijama. No quiero darle vueltas a esa idea, lo que significa es espeluznante, pero no puedo negarme que, en estas semanas, por increíble que parezca, he llegado a sentirme más conectada con él que con David.

Con Santiago puedo hablar de cualquier cosa sin temor a ser juzgada, sintiendo que lo que digo es importante y no una niñería o un capricho. Cuando recibo una notificación suya, el corazón me late descontrolado, sonrío incluso antes de leerlo porque sé que me voy a encontrar con una respuesta que ha pensado mucho o con un chiste que ha querido enviarme para hacerme reír a carcajadas. Con David es todo lo contrario. Cada mensaje suyo es como una mala noticia, algo que debo hacer o una cancelación envuelta en caramelos: «Corazón, preciosa, te quiero, princesa». No sé cómo hemos llegado hasta aquí.

Estos días que deberían estar llenos de ilusión se han convertido en un martirio. Voy a unir mi vida a la de David para siempre, pero lo siento más lejos que nunca. Cuando estamos juntos, solo hablamos de su trabajo, de los detalles prácticos de la boda número ochenta a la que iremos el sábado. Eso también; últimamente, no hacemos más que ir a bodas. Los domingos en el rancho convivo con toda su familia menos con él y cuando estamos solos, aprovecha cualquier pretexto para perderse en el teléfono.

Me incorporo en la cama, me cubro la cara con las manos como una muestra de la vergüenza que siento ante lo que voy a hacer. Enciendo el celular de nuevo.

Yo: ¿En dónde guardas el coche?
Si lo tienes en tu taller que
queda por mi oficina,
puedo darme una vuelta
a mediodía, a la hora de comer.

Me contesta al segundo con el emoticono de una carita con estrellas en los ojos.

Santiago: Te espero ahí
después de las 14:30.

§

Termino el presupuesto para un nuevo cliente y lo adjunto al correo electrónico que acabo de escribir. Cierro la *laptop* con cuidado al tiempo que me quedo indecisa, a mi alrededor, el barullo de la oficina se va apagando, la gente sale de a poco o se dirige a la pequeña cocina. Me levanto con delicadeza y camino hacia el elevador, que tengo que compartir con otros tres. Uno de ellos comenta el hambre que tiene, los demás lo suscriben. Una campanilla suena en mi bolsa indicándome que he recibido un mensaje, como estoy tan alterada por lo que voy a hacer, mi úlcera ruge; Toño, uno de los compañeros, suelta una carcajada.

—No dices nada, pero nos comerías vivos. —Me mira con los ojos entornados—. ¡Qué miedo quedarse encerrado en el elevador contigo!

Los otros dos se ríen nerviosos hasta que uno se atreve a pronunciar:

—¡Qué miedo Zoe en general!

Sonrío mientras niego con la cabeza. Por suerte hemos llegado a la planta baja y no tengo que continuar escuchando sus bromitas tontas, aunque la última ha sido tan molesta como halagadora. «Doy miedo, pero no a las personas correctas», me río para mí.

Cuando me subo al coche, reviso el celular, pienso que podría ser Santiago, pero me encuentro con un mensaje imprevisto:

David: Corazón, sobre lo que
me dijist el sábado
en la boda de Alejandro,
si quieres, podemos
ir al rancho
hoy en la noche.

Concluye con una carita feliz pero avergonzada y un corazón. Aprieto los labios, supongo que tenemos que intentarlo otra vez. Releo el mensaje pensando en la respuesta al tiempo que rememoro el momento en que provoqué esto y una sonrisa triste se me dibuja en la cara. Fue

después de la cena, cuando llegó la hora de bailar y sonó una canción empalagosa y reguetonera de Reik. Él me abrazó por la cintura y me besó con dulzura. Bailamos al ritmo de la música mientras nuestros cuerpos se pegaban como hacía mucho tiempo que no hacían, él se rio:

—Amor, me está entrando calor.

—Amor, amor… Eso es lo que deberíamos hacer. Ni me acuerdo cuándo fue la última vez —murmuré yo con una sonrisa pícara.

La verdad es que sí lo recordaba, había sido un mes y medio atrás, un sábado por la tarde en el rancho, por supuesto. ¿Qué puedo decir? Lo mismo de siempre, a excepción del inicio, en donde me esforcé por besarlo con pasión para recordarle y recordarme que lo amo, o algo así.

Niego con la cabeza intentando alejarme de la idea de David porque todavía no me creo lo que estoy a punto de hacer. Me voy a encontrar con Santiago en una situación que parece inocente, pero que puede salirse de tono en cualquier momento. Sé lo que significa, el riesgo que corro si alguien se entera; sin embargo, todo esto es superior a mí, a mi lógica y a mis deseos de ser perfecta. Siento que todas mis venas vibran al son de mi corazón acelerado. Enciendo el coche y apago la música. Allá voy, ¡qué nervios!, ¡qué emoción!, ¡qué todo!

Las calles desiertas por la hora de la comida me permiten llegar en menos de cinco minutos. En la entrada del taller mecánico, dos hombres en mono azul se ponen de pie con una torta en la mano. Bajo la ventanilla:

—Santiago me está esperando —le anuncio con seguridad a uno de ellos.

—Sí, pásele, güerita —me indica un lugar a la izquierda para que estacione el coche—, nomás me deja las llaves puestas por si tengo que moverlo.

—No creo, no me voy a tardar —titubeo, e intento justificarme ante mí misma. «Solo me va a enseñar el coche, no necesito mucho tiempo para eso», me digo al poner un pie fuera.

En ese momento, lo veo bajar por unas escaleras de metal en lo que parece la única oficina del taller. Guapísimo, como siempre, con ese aire de rebelde, una camiseta negra ajustada que le marca un poco los pectorales, los *jeans* grises desgastados con el corte perfecto, ni muy holgado ni muy estrechos, las *sneakers* grises y esa melena despeinada que le enmarca sus hermosos ojos rasgados y hundidos. Me sonríe con tanta intensidad que me deslumbra, entonces disimulo mi gesto, avergonzada, y agacho la cabeza.

—Zoey, ¡te estaba esperando! —Se acerca a abrazarme y el corazón me late tan fuerte que me zumban los oídos. Desvío la mirada y me armo de valor, ya estoy aquí, lo menos que puedo hacer es ser yo.

—A ver, quiero comprobar que esa foto no era un *photoshop* cualquiera —le contesto con cinismo y él ríe divertido.

—*Funny!* Te vas a caer *pa'tras*. ¡Está increíble!

Me sujeta por el codo y me conduce por un pasillo hasta una cochera interior que tiene su propio portón de metal. La entrada está abierta y al coche lo ilumina una claraboya que hay en el techo. Es pequeñito, con los faros redondos y el color blanco perlado. Las líneas azules y rojas de los laterales lo hacen parecer de juguete, casi idéntico al que yo le regalé.

—¡Guau! —me sorprendo—. Debe de costar una millonada.

—¡Uf! ¡Ni me digas! —suspira—. Por eso no lo voy a tener mucho tiempo, es un peligro que le pase algo, y en casa de mis papás no cabe. Pero cuando lo vi en venta, no pude resistirme a comprarlo por unos cuantos meses.

Sonrío, no sé qué decirle, siento que unas gotas de sudor me caen por la espalda y mojan mi blusa blanca. Él me observa con la vista iluminada, se queda unos minutos en silencio y, sin que lo prevea, me suelta con una voz muy dulce:

—Era mi sueño, ¿te acuerdas?

Asiento con la cabeza.

—Por eso quería verte… —me corrijo—, digo verlo. Creo que pocas veces podemos presenciar el momento en que alguien cumple un sueño. —Los ojos le brillan con tanta ilusión que no puedo evitar reconocer ese gesto de cuando éramos unos niños y todo era tan puro. Aprieto los labios, no quiero que el momento se acabe, pero me aterra continuarlo, lo que pueda seguir después. Desvío la mirada al coche y añado—: Bueno, dame todas las especificaciones. ¿Le funciona el radio? ¿A qué huele por dentro?

Él exhala parpadeando varias veces, como si se acabara de despertar de una fantasía.

—Sí, sí, claro —responde atropellado mientras me abre la puerta del copiloto.

Cuando ya me he sentado dentro, él da la vuelta por el frente y se acomoda en el asiento del conductor. Huele a una mezcla de cuero, ambientador de pino y abuelito, él no repara en eso, a cambio, habla con entusiasmo de todos los detalles del coche, la tapicería, el tablero, las diferentes funciones y el radio con esos números digitales que parecen una calcomanía. Me cuenta no sé qué del motor, de las revoluciones y de la gasolina. La verdad es que me importa un pepino, lo fascinante es escucharlo hablar así, como si no hubieran pasado nueve o diez años y siguiéramos siendo aquellos adolescentes. De repente, en medio de sus especificaciones, mi teléfono comienza a sonar. Abro la bolsa, cuando voy a sacarlo, veo el nombre de David y caigo en la cuenta de que me olvidé responderle el mensaje. Observo la pantalla en mi mano para después voltear a ver a Santiago con la expresión derrotada.

—Tengo que contestar.

Salgo del coche y me encamino a la salida del lugar en dirección al pasillo por el que hemos entrado.

—Hola —lo saludo, nerviosa.

—¿En dónde estás? ¿Estás bien? —me pregunta David, extrañado.

—En un taller mecánico, es que mi coche tenía un ruido raro —improviso sin darle vueltas a lo que estoy diciendo.

—¿Qué le pasa?

—Nada, es solo un sensor o algo así. Ya lo arreglaron, así que me voy de vuelta a la oficina —le explico con naturalidad, tratando de hablar casi en silencio.

—Menos mal —se tranquiliza—. Se me hizo raro que no me contestaras sobre lo de esta noche, pero si no es un buen día, lo dejamos para después y yo hago otros planes.

—Suena como si lo hicieras por compromiso —respondo endureciendo la voz.

—No es eso —se queja con fastidio—. A veces no tienes ganas y no quiero presionarte.

La situación me parece tan absurda que decido terminar con esa farsa sin miramientos.

—Siempre tan considerado, tienes razón, hoy no es un buen día —añado, tratando de disimular una sonrisa cínica que me ha aparecido en la cara. Hago una pausa y concluyo endulzando la voz—: Te tengo que colgar, corazón, me voy de vuelta a la oficina.

Cuando me giro para ver qué ha hecho Santiago durante el tiempo que ha durado la llamada, lo veo afanarse en colocarle una funda protectora al coche. Me acerco muy despacio mientras él

ignora mi presencia. Al terminar, se va hacia el fondo, se lava las manos en un grifo de agua que está en la pared y se seca en un pañuelo que lleva en el bolsillo. Luego camina para encontrarme con la expresión desenfadada, pero sin sonreír. Intuyo que me ha escuchado y como la magia que habíamos provocado ya no existe. Un olor a gasolina que antes no percibí envuelve la escena haciéndola mundana y sucia.

—Me tengo que ir —le advierto al consultar el teléfono en un gesto mecánico—. ¡Son casi las cuatro! Debo volver a la oficina.

—Pero todavía no comes —responde él con naturalidad—. Quería invitarte a comer después de enseñarte el coche. Se nos pasó el tiempo de volada.

Bajo la mirada. «¡Claro que no íbamos solo a ver el Porsche! ¡Tenía un plan! ¡Qué inadecuado! ¿Por qué demonios me puse en esta situación?», me reprocho con desasosiego. Tomo aire, no puedo entrar en este juego, aunque ya lo haya hecho, mintiendo con ese descaro. Intento sincerarme cuidando cada palabra que voy a pronunciar.

—Santi, sabes que eso no es buena idea. —Trago saliva—. Si alguien nos ve juntos, si David se entera…

—¿Qué? —pregunta él, encogiendo los hombros, como si no supiera de lo que le hablo—. Puede venir a comer con nosotros si quiere, hay un restaurante argentino aquí cerca, buenísimo.

—¡¿Quieres comer conmigo y con David?! —Lo miro sin disimular mi incredulidad—. ¿Así, en plan amigos?

—Sí, ¿qué tiene de malo? —responde él con sencillez mientras yo suelto una risilla cínica.

—¡¿Quieres ser nuestro amigo?! —levanto la voz, sorprendida.

—¿Por qué no? —contesta, fluyendo en la conversación como si de un baile se tratara—. Espera, ¿pensaste que esto era algo más? —agrega con una sonrisa burlona mientras nos señala con el dedo.

«¡¿Qué demonios acaba de decir?!», me pregunto estupefacta, como si me hubiera caído una jarra de agua helada. ¡Qué estúpida!, ¡qué ilusa! Quisiera morirme aquí mismo. ¿En qué momento pensé que él estaba intentando algo después de tantos años? Siento como el color me sube por la cara, no me lo puedo creer. Me digo que tengo que hacer gala de esa brillantez que tanto presumo y dejar claro que, para mí, nosotros somos solo historia.

—¡Ay, claro que no! —declaro, ufana, entre risas—. De hecho, quería preguntarte si querías ir a la boda, no estaba segura de enviarte la invitación sin avisarte.

—Será un placer acompañarlos —responde él como si nada al tiempo que yo sonrío altanera.

Le hago un gesto con la mano para indicarle que me voy por el pasillo, él asiente y se coloca a mi lado para retirarnos juntos. En medio del silencio incómodo, él contraataca.

—Estoy saliendo con una niña muy linda, si todo va bien, igual te la presento pronto y me acompaña a tu boda.

Me quedo en silencio unos segundos, esbozo la sonrisa más falsa que hay en el planeta, luego me ordeno acabar con sus tonterías.

—Ojalá que sí, que sea *the one and only* —le suelto al sonreírle con coquetería y me acerco a mi coche para abrir la puerta y largarme sin decir adiós.

ANTES
VI. *SO THIS IS LOVE*[2]
Julio 2011 – Mayo 2012

Habíamos empezado y ya no podíamos parar, aunque tuviéramos todo en contra porque la vigilancia era férrea. Supongo que lo llevábamos tatuado en la frente, que nos derretíamos cada vez que estábamos cerca y el olor de las feromonas nos delataba.

Aprovechábamos las vacaciones de verano en la alberca del club, tomando el sol o nadando para rebajar el calor que nos envolvía por dentro y por fuera. Un día, cuando ya no podíamos más con todo aquello, Santiago se volvió loco.

—Corre, corre lo más rápido que puedas —me ordenó después de salir del agua. Yo arrugué el entrecejo—. ¡Te voy a comer! —gruñó con una expresión bestial.

Le sonreí provocadora y pensé que sería muy divertido si lograba escabullirme hasta los vestuarios. Todavía en bikini con la toalla en la cintura, me quité las sandalias y me fui corriendo entre jardines y caminos de cemento. Era más rápida que él, estaba segura de que no me alcanzaría, y no lo hizo. Cuando ya estaba riéndome dentro del baño de mujeres, la puerta se abrió y apareció él fingiendo ser un monstruo.

—¡Largo de aquí! —le grité mientras lo empujaba hacia fuera.

De pronto, caímos en la cuenta de que eran las tres de la tarde y que no había nadie en los baños, ni siquiera las mujeres de la limpieza. Él volteó hacia todos lados y me rodeó por la cintura.

—Te atrapé y estamos solos. —Movió las cejas con descaro.

No lo dudé ni un segundo, lo tomé de la mano y lo llevé al área de las regaderas. Nos encerramos en el último cubículo, todavía incrédulos por lo que estábamos haciendo. Un torbellino de besos y caricias nos asaltó. No teníamos preservativo, pero ya no había vuelta atrás. Nos deshicimos de los trajes de baño y dejamos correr el agua para cubrir los ruidos. Él me arrinconó contra la pared, tomó mi pierna, la enredó en su cadera y después se acomodó para entrar en mí. Un escalofrío me recorrió dejándome ausente. Todo se desvaneció a mi alrededor, solo existían él y su cuerpo amándome con fuerza.

Cuando terminamos, me quedé sujeta a su cuello luchando por volver a la realidad.

—Te amo —susurró él, y me besó en el hombro.

La sensación cálida que me envolvía comenzó a desaparecer, pero dentro de mí el universo se expandió y sentí que el mundo brillaba bajo un manto mágico. Esto era el amor, lo que cantaban los poetas, lo que escribían, lo que pintaban los artistas: un flujo maravilloso que lo inundaba todo con resplandor. No sé cuánto tiempo duramos abrazados, pudo ser un segundo o una eternidad.

De un momento a otro, se escuchó la algarabía de un grupo de mujeres que entraban en el baño. ¡¿Qué demonios acababa de hacer?! La realidad me abofeteó después de mi primer orgasmo. ¡Qué estúpidos! Estábamos encerrados en la última regadera, sin más ropa que los trajes de baño mojados y una toalla. Lo peor de todo era que lo habíamos hecho sin protección. Quería morirme ahí mismo. Santiago, todavía aturdido, se giró para enjuagarse en el agua que

caía de la regadera. Tomó mi toalla que colgaba de una percha en la puerta y se secó.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —Me cubrí la cara con las manos. Él recobró la conciencia de apoco, se puso el *short* y murmuró:

—Esperar aquí hasta que no haya nadie otra vez.

—¡Lo hicimos sin protección! ¡Somos unos idiotas! —le recriminé casi en silencio.

Quiso abrazarme, pero yo me separé. Me di un regaderazo y volví a ponerme el bikini mientras intentaba pensar con claridad. Él se recargó en la pared. Sus ojos me veían como un animalito triste y asustado. Me acerqué a él y puse las manos en su pecho.

—¿Y si me quedé embarazada?

—Pues vamos a ser papás —intentó sonar divertido, yo entrecerré los ojos, furiosa. Bajó la cabeza, luego agregó con seriedad—: Zoe, yo… Yo voy a estar contigo siempre, pase lo que pase.

Cuando salimos del baño, ya eran las cinco de la tarde. En un momento de silencio, con el pelo ya casi seco, salí envuelta en la toalla mientras Santiago se quedaba esperando. Solo había una mujer de la limpieza en el área de los casilleros, pensé que tenía que sacarla de ahí para dejar la zona libre y que él pudiera escapar. Le dije que uno de los sanitarios estaba atascado, que se me había caído algo dentro, que si podía venir conmigo. Me miró con expresión de asco al tiempo que se encaminaba hacia ese apartado y yo le hacía una seña a Santiago para que saliera corriendo. La mujer revisó los baños y se entretuvo un rato, luego me dijo que alguien habría entrado después que yo y había solucionado el problema.

Lo que siguió a eso fue peor. Me pasé la noche sin dormir, imaginándome un futuro horrible. Yo, Zoe Villafaña, que siempre hacía todo bien, terminaría teniendo un embarazo adolescente. No volvería a jugar tenis, mis padres me repudiarían, las arpías del equipo se regodearían ante mi desgracia y Santi terminaría odiándome cuando mi cuerpo se deformara, cuando no supiera hablar de otra cosa más que de leche y pañales. ¡Me quería morir! A las cuatro de la mañana no pude más y decidí investigar en internet. La recomendación de la mayoría era tomar la pastilla del día después. Pero ¿cómo demonios iba a conseguirla si tenía solo dieciséis años y mi madre me llevaba y traía a todos lados? Leí casos muy variopintos, anécdotas, aventuras, incluso un robo a una farmacia. ¿En serio? ¿Tendría que convertirme en delincuente? Entre toda aquella fatalidad, encontré una página que recomendaba hablar con mis papás y contárselo, era mejor su ayuda ahora que después. Sonaba lógico, aunque terminaran tan decepcionados de mí que, quizás, no volvieran a dirigirme la palabra.

Me armé de valor, temprano por la mañana le pedí a mi mamá que viniera a mi habitación y se lo confesé todo. Mi papá quiso entrar, pero ella le dijo que eran cosas de mujeres, que era mejor que no se metiera.

—¿Desde cuándo están teniendo relaciones?

—Desde el día de mi cumpleaños —murmuré, avergonzada.

—Eso dijo Blanca —sentenció. Yo me quedé estupefacta. ¿La mamá de Santiago lo sabía? ¿Cómo? ¿Por qué? ¿De qué me estaba perdiendo? Ella negó con la cabeza—. Se creen muy listos, que nos engañan. ¡Cuando ustedes van, nosotros ya venimos!

—¿Santi se lo dijo? —pregunté con la voz temblorosa, se me rompía el corazón de pensar que lo había hecho sin avisarme.

—¡Zoe! ¡Dios mío! Ese niño te está dejando tonta. ¡Claro que no! —me regañó casi gritando.

Se llevó una mano a la cara y suspiró—. Ya sabíamos que iba a pasar, desde el Baile de la Rosa, ese día hablé con ella, luego quedamos para tomar café.

—¿Y cómo lo sabían?

—Porque sí, porque se les notaba… Están enamorados, así es el amor. —Me miró con ternura, aunque seguía visiblemente molesta.

Le sonreí, había algo en esa charla que me hacía sentir bien, la sensación de que mi mamá podía entenderme y guiarme al mismo tiempo.

—Es bonito el amor, ¿verdad? —le pregunté sin pensar.

—Sí, pero es difícil, muy difícil.

Me extrañó, en aquel momento no pude entender a qué se refería, para mí era fácil y sencillo, nos queríamos, estábamos juntos y siempre íbamos a estarlo. ¡Qué equivocada estaba!

Fuimos al ginecólogo y llegué a casa con anticonceptivos para tres meses. De camino, mi mamá me dio un sermón que estaba más relacionada con la moral y las apariencias que con la prevención. El mensaje era claro, no teníamos permiso para hacerlo, no iban a facilitar los encuentros y no debíamos hablar de esto con nadie porque nuestra reputación estaba en juego. Me pareció ridículo, considerando que ahora iba a tomar la píldora y que ya ni siquiera teníamos que preocuparnos por los condones.

Sin embargo, después de todo aquello, las reglas sí se relajaron y tuvimos más tiempo para estar juntos. A Santi le prestaban más el coche y a mí dejaron de acosarme a preguntas. Cuando pienso en aquellos días, una atmósfera llena de destellos se presenta ante mis ojos. Nuestro lugar favorito era el mirador, donde pasábamos mucho tiempo observando las estrellas después de hacerlo. Hablábamos de mil cosas, yo soñaba con ser tenista y ganar campeonatos, él me contaba todo sobre del mundo del automóvil, de los motores, su evolución y del futuro lleno de coches eléctricos.

Un día de esos, cuando nos metíamos en el coche para volver a casa, Santi encendió el radio. Un ritmo melancólico lo envolvió todo mientras una voz se desgañitaba cantando:

And if you have a minute, why don't we go.
Talk about it somewhere only we know?
This could be the end of everything.
So, why don't we go somewhere only we know?
Somewhere only we know[3].

Santiago tarareó la melodía con sus ojos puestos en mí.

—Esa canción es muy triste —mascullé.

—Bueno, depende, también quiere decir que siempre vamos a tener un lugar al que volver si un día no estamos juntos.

—¿Un día no vamos a estar juntos? —aniñé la voz con una expresión mohína.

—No, pero por si sucede —respondió, seguro de sus palabras, y se acercó a besarme.

§

En septiembre de 2011, convencí a Santiago para que se uniera al equipo de tenis varonil que

entrenaba a la misma hora que nosotras. No era un buen tenista, pero no le molestaba perder porque aprovechábamos la entrada o la salida de las prácticas para dejarnos llevar escondidos en cualquier rincón. Cuando lo recuerdo, pienso que éramos unos inconscientes, que nos arriesgábamos demasiado, pero éramos tan jóvenes que no había otra cosa más importante que eso.

Por otro lado, mi puesto como la mejor del equipo se tambaleaba. Estefanía estaba esperando su turno y todas las demás querían verme caer. Había días que me llenaba de furia, que golpeaba con la raqueta como una bestia, otros, en cambio, estaba más pendiente de observar a Santiago con su *short* ajustado que de las pelotas que me lanzaban. El torneo se acercaba y Jaime me pidió que me quedara después de la práctica para hablar conmigo:

—Zoe, estás bajando muchísimo tu rendimiento. Todavía no me creo la paliza que te puso Daniela ayer. ¿Qué te pasa? ¿Es que no quieres participar en el torneo este año?

Me encogí de hombros, claro que quería, aunque ya no era mi prioridad. En aquel entonces, todo mi mundo giraba alrededor de Santiago. En la escuela había comenzado a bajar mi promedio y también había recibido una llamada de atención por ello.

—Sí, quiero, pero ya no sé cómo —murmuré entre dientes.

—Mira, yo… A mí no me corresponde decirte nada. Es solo que no me gusta ver como se lo das todo a él.

Su comentario me irritó, pero tenía razón, no quedaba ni sombra de la Zoe del año pasado. Si por asomo tuviera que jugar con la doble de Serena Williams, terminaría humillada delante de todos, incluso del propio Santiago. Le prometí que me concentraría. Luego me fui caminando en dirección de la cancha donde él practicaba. De repente, me vi de fuera, ahí de pie, presenciando cómo todo se complicaba y sentí un frío que me helaba los huesos.

Santiago no se esforzaba ni un poquito, jugaba a pegarle a otro del equipo con las pelotas que le caían mientras su entrenador negaba con la cabeza. Me tiró una bola y se echó a reír, a mí me dieron ganas de llorar.

—No vengas más —le dije cuando salió de la cancha. Él me miró sorprendido.

—¿Por qué?

—Porque no te interesa, porque me distraes muchísimo y este año no voy a ganar el torneo, puede que ni siquiera participe.

—Yo… No es mi intención —balbuceó—. Fuiste tú la que me convenció de venir, yo vengo por ti.

—Pues ya no quiero que vengas —respondí con los ojos llenos de lágrimas.

—*Baby*, no te enojes conmigo, *please*.

—Es que no sé qué me pasa. Si mi papá se entera, además de estar distante como está, se va a decepcionar muchísimo. Él quiere que sea la mejor y yo… ya no sé cómo —le confesé sollozando. Se acercó despacio para rodearme con sus brazos.

—No digas eso, tú eres la mejor, siempre vas a serlo, al menos para mí.

—¿Aunque no gane? —susurré, limpiándome las lágrimas.

—Aunque seas una *loser* —rio.

—*Stupid!* Eso no tiene sentido —le contesté, burlona.

—No, no lo tiene. Hace mucho que todo lo relacionado contigo dejó de tener sentido —sentenció con seriedad, y me dio un beso en la frente.

§

Faltaban tres semanas para el torneo y yo había estado entrenando al máximo, pero mis resultados no eran ni la mitad de buenos que los del año pasado. Le había pedido a mi papá que viniera los fines de semana a practicar conmigo, pero había sido en vano. Siempre tenía pretextos, decía que estaba trabajando en unas exportaciones de pieles muy importantes y que debía ir a la oficina los fines de semana. Un día a la hora de la cena, intenté ser más convincente para que viniera por lo menos el domingo. Era muy bueno retándome y ayudándome a sacar más fuerza, lo necesitaba.

—Papá, ¿crees que podrías venir este domingo al club? Estaría bien —le pedí con los ojos juguetones. Él estaba distraído y apenas me escuchó.

—¡Ah! Eso —Hizo una pausa, le dio un trago a su copa de vino y se aclaró la garganta—. Pídele a Santi que vaya, o a Ulises, yo tengo muchas cosas en la cabeza.

Me quedé en silencio, volteé a ver a mi mamá, que lo observaba con recelo. Uli no despegó los ojos del plato. ¿Qué estaba sucediendo? ¿De qué me había perdido?

Después de la cena, me acerqué a la puerta de la habitación de Ulises y me percaté de que no hablaba con él hacía siglos.

—¿Qué está pasando, Uli? —susurré.

—¡Lárgate! —respondió con desprecio.

—Oye, vine en buen plan. ¡Eres un patán!

—¡Y tú, una zorra! —gritó mientras me daba con la puerta en la cara.

Me estremecí, nunca me había hablado de esa forma. Ese había sido un golpe bajísimo, además, técnicamente, no lo era, porque sí, ya no era virgen y nos pasábamos mucho en el club, pero nadie lo sabía, ¿o sí? Todo se tambaleaba y yo no tenía ni idea de lo que estaba por venir.

Terminé entrenando los fines de semana con Santiago, como si a eso se le pudiera llamar entrenar. Me da risa cuando me acuerdo de que tenía que chantajearlo con premios sexuales para despertar su lado competitivo. A fin de cuentas, seguíamos siendo unos inconscientes.

Así, llegó el torneo en noviembre de 2011. Me quedé en cuartos de final y nadie, a excepción de Santiago, vino a ver mis partidos, ni siquiera mi madre, que desde hacía meses se quejaba de migraña. Pensé que no me importaba, lo tenía a él, el único capaz de llenar todo de luz.

§

En 2012, nuestra vida se transformó y yo no quise darme cuenta. Empecé a abandonar el tenis, faltaba a los entrenamientos porque en la prepa dejaban mucha tarea, o eso decía. La realidad es que ya no me motivaban, no era capaz de seguir el ritmo y me frustraba con facilidad. Sentía nostalgia por aquellos días cuando Jaime sabía en cinco minutos qué me pasaba, cuando los partidos de práctica eran divertidísimos y no un suplicio. Lo único bueno de todo aquello es que el equipo había cambiado, se unieron nuevas chicas y ya no les importaba chismorrear sobre los demás, todas tenían sus vidas fuera de ahí y el ambiente era mucho más relajado.

Santiago volvió al equipo de fútbol y también faltaba mucho porque pasaba tiempo con un grupito que consistía en dos amigos del club y tres de su preparatoria. Los conocía a todos,

parecían muy educados cuando yo estaba, pero Santiago solo me contaba barbaridades sobre ellos. Buscaban cualquier pretexto para emborracharse en la bodega personal de algún padre, incluso fumaban marihuana.

—Me da miedo que te juntes con ellos —le confesé un día mientras estábamos abrazados viendo las estrellas en el mirador.

—No son peligrosos, hacen lo que hace todo el mundo.

—¿Todo el mundo quién? ¡Yo no hago esas cosas! —le contradije con el ceño fruncido.

—Bueno, tú no porque tú tienes que hacer todo bien y los ñoños de tus amigos ni me digas. *Holy shit!* ¡Qué hueva!

—¿Qué les pasa a mis amigos?

—No sé, son tan rosita fresita. Ese Rubén, no lo aguanto más de media hora.

Me quedé en silencio, tensa. Poco a poco me fui levantando hasta que le pedí que nos fuéramos.

Luz y Rubén eran mis únicos amigos, con quienes pasaba la mayoría del tiempo, y no me gustaba que hablara así de ellos. Eran mi refugio porque en mi casa la situación se había enrarecido mucho más de lo que quería admitir. Mi madre y mi hermano se la pasaban encerrados en sus habitaciones y a la hora de la cena todo eran caras largas y discusiones encubiertas. No entendía nada y me daba pavor preguntar si tenía algo que ver conmigo y mis relaciones con Santi, aunque ya hubieran pasado seis meses de todo aquello.

Luz era mi mejor amiga, esa chica regordeta e inocente en quien podía confiar por completo. Todo le parecía bien, todo era bonito y romántico, vivía en otro mundo y aunque a veces eso era un problema, la mayoría del tiempo hacía mis días más alegres. Rubén, por otro lado, acababa de unirse a nosotras y era divertidísimo, con sus comentarios afilados y perspicaces, además, era experto en moda y sociedad. Alguna vez llegó a decirme que tenía un *crush* con Santi y a mí me dio un ataque de risa.

—Rubén, búscate a uno como tú, a Santi no le gustan los hombres.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó él, risueño.

—¡Lo sé y punto! —le gruñí mientras Luz se reía a carcajadas.

§

En mayo de ese año, Santiago cumplió dieciocho años. Su mamá quiso que le organizáramos una fiesta sorpresa entre las dos y yo me esmeré muchísimo. En el jardín de su casa, pusimos una pista de baile y contratamos a un DJ, invitamos a toda la gente del club, incluidas las del equipo que, últimamente, eran más simpáticas conmigo. Yo me había pasado días haciéndole un álbum con todas nuestras fotos desde chiquitos y quería dárselo cuando pudiéramos ir al mirador a solas.

El día de la fiesta, mi principal cometido era distraerlo, así que le dije que nos veíamos en mi casa porque tenía que darle su regalo. Llegó muy puntual, con sus pantalones caqui y su camisa azul de rayas. ¿Por qué era tan guapo? No me acostumbraba, no lograba hacerlo cuando la mayoría de las mujeres se giraban para verlo. Me colgué de su cuello y lo besé en los labios.

—¡Felicidades, *baby*! Ya eres mayor de edad.

—Técnicamente, ya no soy un *baby* —se burló.

Cuando entramos en la casa, le di una caja pequeña envuelta para regalo y él la abrió con voracidad. Dentro había una miniatura de un Porsche blanco del año 75, el coche que soñaba tener. Se emocionó muchísimo.

—¡Guau! ¿Dónde lo conseguiste? ¡Está increíble!

—En una tienda de antigüedades del centro comercial —contesté, entusiasmada.

Se quedó mirando el pequeño coche, escudriñándolo, entonces me habló del motor y las especificaciones reales. Yo lo escuché con curiosidad. Al final, se acercó a mí y me rodeó los hombros con ternura.

—¿Sabes que es lo mejor de este regalo? Que significa que me escuchas, que me conoces muy bien. —Hizo una pausa para besarme y luego me susurró al oído—: Eres lo más bonito que me ha pasado en la vida.

La sala se iluminó, no supe cómo, pero lo hizo. Todo comenzó a parecer más brillante y nítido. La emoción me subió por la cara y se me coló en los ojos en forma de lágrimas. Nuestra historia había pasado vertiginosamente, hasta llegar al punto en el que me sentía muy unida a él, como si por momentos fuéramos la misma persona. Lo besé en los labios con suavidad y nos quedamos abrazados.

Después de un rato, me puse de pie y le dije que teníamos que irnos, que la sorpresa principal estaba en su casa y que no debíamos llegar tarde. Sospechaba algo, pero no se imaginaba lo que se iba a encontrar cuando abrió la puerta y vio un auténtico festival en su jardín. Unas bombas de confeti explotaron y su canción favorita, *Titanium*[4], inundó el ambiente mientras la gente lo felicitaba. Me quedé ahí contemplándolo, pensé que era una especie de ángel que había bajado del cielo para alegrarnos la existencia. Él volteó a verme entre los invitados y me guiñó un ojo.

Más tarde, cuando la gente estaba bailando, él se deshizo de su papel de anfitrión y vino a abrazarme. Yo estaba sentada en un sofá de jardín con Luz y Rubén, quien se aceleró cuando lo vio venir:

—Zorra, te estoy odiando mucho, ¿cómo lo hiciste para ligarte a ese ser tan hermoso? —suspiró.

—Porque ella también es un ser hermoso —le contestó Luz entre risas mientras yo lo acuchillaba con los ojos.

Santiago me tomó de la mano y tiró de ella para llevarme a una esquina, donde estuviéramos apartados, me abrazó por la cintura y habló con suavidad:

—¿Tú organizaste todo esto?

—No… Bueno, yo ayudé, obvio, pero fue tu mamá, dale las gracias a ella.

—¿Sabes que ella también te quiere mucho? —preguntó, ilusionado.

—Eso está bien —le dije con la expresión tímida.

—Y yo, yo te amo tanto —exhaló, mirándome a los ojos, y puso sus manos en mi cara—. Siempre, pase lo que pase, yo te voy a querer siempre.

Luego acercó su boca a la mía en un beso muy delicado. Se me llenaron los ojos de lágrimas otra vez, me había arrasado con su declaración y no supe cómo reaccionar. Nunca pensé que me tomaría tanto tiempo entender que cuando alguien promete amor para siempre con el corazón en la mano, es verdad, aunque no sea eterno.

AHORA
VII. LA MESADA

Mayo – Junio 2022

Estoy confirmando con la responsable de *marketing* de una cadena de farmacias todos los diseños que se han mandado realizar para el cambio de imagen cuando veo acercarse a Álvaro a mi escritorio e indicarme con la mano que vaya a su despacho. Me pongo de pie, desconecto la *laptop* y lo sigo todavía con el teléfono en la oreja. Me deshago como puedo de la llamada. Cuando ya estoy dentro de su privado, me siento en una de las sillas frente al escritorio y, mientras él se acomoda en su lugar, yo lo miro con cautela.

—¿Cómo va eso? —pregunta sin interés.

—Bien, se han mandado a producción todos los diseños, llegamos a la fecha de cambio de imagen sin problema.

—Me alegro —responde, desganado—. ¿Hablaste con Joana? —indaga, apoyando los brazos en el escritorio. Mi úlcera se queja porque sabe que eso es señal de problemas.

—No, esta semana no —contesto con la voz firme, estoy en guardia y quiero ser capaz de librar esta nueva batalla.

—Pues tienes que hablar con ella todos los días, ella debe sentir que estás ahí, que estamos empujando el Complejo Ikal más que ella misma.

Asiento, no sé de dónde ha sacado eso, no lo creo necesario cuando todo funciona bien, pero está claro que no es el caso, así que supongo que su solución suena lógica. Miro el reloj que tiene en la pared de la izquierda, en veinte minutos tengo que estar en una reunión en la central de una línea de transportes para una nueva campaña. Si hay tráfico, voy a llegar tarde. «¡Odio llegar tarde!», me quejo impaciente en mi cabeza.

—¿Qué pasó? —le pregunto con aspereza esperando que vaya al grano.

—Que está insegura con los *pop-up* que le habían encantado. Tiene problemas para ejecutar la estrategia y siente que eso no avanza. —Traga saliva—. Quiere que todo ese trabajo lo hagamos nosotros y, obviamente, no está en el presupuesto.

—¡Pero es el centro de la campaña! —le contesto, desesperada.

—Ya lo sé —responde, ufano, mientras se echa hacia atrás en su sillón, luego me pregunta con soberbia—. ¿Qué propones?

«¡Matarla, por ejemplo!», le respondo en silencio, furiosa. Aprieto la mandíbula, respiro. ¿Cómo demonios voy a proponer algo si me acabo de enterar del problema? Necesito pensarlo, pero no sé a qué malditas horas si hoy después de la reunión tengo que ir a la prueba del vestido de novia. Tampoco he terminado el proyecto de la empresa de pisos y azulejos que acepté como nuevo cliente para subir mis ingresos. Siento que me está entrando una taquicardia al tiempo que la bilis hace que el dolor de la úlcera sea inaguantable. Empiezo a sentir que la frente se me llena de sudor y el contenido de mi estómago se regurgita. Me entran ganas de vomitar. ¡Ay, no, por favor! ¡Qué vergüenza! Intento reprimirlas respirando con profundidad en tanto que Álvaro me mira extrañado. Las ganas no hacen más que ir en aumento, los ácidos estomacales me suben por la garganta. Voy a vomitar, no hay duda. Me pongo la mano en la boca y salgo corriendo del

despacho; como no llego al baño, termino de rodillas en un bote de basura a los pies del escritorio de mi «queridísima» Regina, que me observa horrorizada.

«¡Maldita sea!», injurio al percatarme de la situación tan patética en la que estoy. Todavía con la vista nublada, intento ponerme de pie, pero las rodillas no me responden y vuelvo a caerme al suelo. Siento que los ojos de toda la oficina están sobre mí, pero nadie se acerca. «¡¿Qué tanto miran, estúpidos?», quisiera gritarles si pudiera hablar. No sé cuántos minutos pasan hasta que aparece Cata, la contadora. Me ayuda a levantarme, toma el bote de basura y me encamina al baño, saliendo de la oficina diáfana por un pasillo.

—Siéntate aquí —me indica al colocarme sobre el váter—. Te voy a traer un vaso de agua.

Me quedo ahí unos minutos notando como mi cuerpo lucha por recomponerse. Cuando llega Cata con el vaso, me encuentra de pie frente al lavabo, mojándome la cara.

—¡Niña, siéntate! —me ordena mientras yo vuelvo a sentirme dueña de mis movimientos. Suspiro y le tomo el vaso de agua para bebérmelo de un solo trago.

—Ya estoy bien, Cata —carraspeo, y la miro con ternura—. Muchas gracias.

—¡Menos mal que estaba cerca! —Se indigna—. Estaban todos viendo cómo te arrastrabas por el suelo. ¡Qué poca humanidad! Es que una cosa es que no les caigas bien y otra que no se compadezcan de alguien en peligro.

La miro sorprendida y vuelvo a darle las gracias mientras cierro la puerta del baño. «Una cosa es que no les caigas bien», me repito con guasa. Siento otra punzada por dentro, me digo que no me importa, ya lo sabía, todos me odian. La gente nunca soporta a los que brillan más que ellos y, por supuesto, estaban disfrutando al verme en esa situación tan ridícula. Niego con la cabeza. ¡Tonterías! ¡Como si fuera la primera vez que me pasa! En ese momento soy consciente de que la reunión con la línea de transportes está por empezar y en cascada se me aparece toda la retahíla de pendientes.

Cuando abro la puerta del baño, me encuentro con Álvaro, que me espera con las manos en los bolsillos.

—¿Estás bien? —Sonríe y me pone una mano en la espalda.

—Sí, gracias —le contesto, avergonzada, agachando la cabeza.

—Nunca me imaginé verte así. —Se acongoja. Yo aprieto los labios y lo miro apesadumbrada, de pronto, siento como se me llenan los ojos de lágrimas. Él sonríe con amabilidad—. Tienes demasiadas presiones, crees que puedes con todo, pero no, tienes un límite, como todo el mundo.

—¿Eso qué significa? —Lo miro con inseguridad.

—Eso, simplemente eso, Zoe. —Hace una mueca paternal—. Dale a Maribel tu lista de pendientes, que llame a la gente que tenga que llamar y les diga que hoy no puedes atenderlos. Tómate el día libre y descansa.

Asiento con la cabeza y salgo del pasillo del baño cabizbaja. Me acerco como puedo a mi escritorio, recojo mis cosas con rapidez y cruzo la oficina hasta la recepción ante las miradas chismosas de mis compañeros.

Me subo al coche vencida. Me fijo en la hora, en cuarenta y cinco minutos tengo que estar en la casa de vestidos de novia en donde estará Rosy, que insistió en acompañarme porque mi mamá hoy no podía. «¡Deja de entrometerte en todo! ¡Puedo ir yo sola!», me enrabieto provocando que mi estómago vuelva a revolucionarse. Abro la ventanilla, respiro. Me cuesta reconocerlo, pero no tengo fuerzas para soportarla, si me obligo a ir, terminaré vomitando sobre

el vestido. Tomo el teléfono y cancelo la cita, acto seguido, la llamo.

—Rosy, ¿estás ocupada?

—No, mi Zoe —responde ella con la voz empalagosa—. Para ti, nunca estoy ocupada.

—Lo siento muchísimo, pero tengo un problema en la oficina y no voy a poder llegar a la prueba. Tuve que cancelar la cita —le miento para que no indague en mi salud ni haga un escándalo con esto.

—Pero ¡¿cómo?! —Se sorprende mientras modifica su tono—. ¡Ay, no, Zoe! No puedo con ese trabajo tuyo, ¡te explotan! Es que no te veo bien, no estás disfrutando de este momento tan lindo. Ya se lo dije a David, que haga cuentas contigo y empieces a recibir tu mesada desde ahorita.

—¿Mi mesada? —le pregunto, atónita, porque no esperaba oír lo que acaba de decir.

—Preciosa, ya no te entretengo —cambia la conversación abruptamente—. Le recordaré a David que hable contigo. Te mando un beso.

A continuación, escucho el inconfundible timbre del fin de la llamada. Eso no ha sido una declaración ni una sugerencia, es nada más y nada menos que un aviso de lo que va a suceder. Me lo había advertido mi madre, lo había visto venir, pero no me imaginé que llegaría tan pronto y de esta manera. «¡¿Mi mesada?!», me río con cinismo, qué eufemismo más simplón para el consabido «sueldo de esposa». Suspiro derrotada al tiempo que enciendo el coche y me dirijo a mi casa.

Cuando entro en el departamento, la luz que entra por el balcón del fondo contrasta con la oscuridad del pasillo. El efecto me ciega y siento que me fallan las piernas, otra vez. Me voy a tientas al sofá de la sala, me descalzo y me tiro hacia atrás como un costal de papas. El techo blanco con la lámpara de cristal minimalista me observa con tristeza. «¡Soy una ruina!», me digo en apenas un hilo de voz. Me percato de lo obvio, me estoy quedando sin fuerza para enfrentar lo que se viene. Nunca creí volver a verme en esta situación, pero tengo tantos frentes abiertos que ya no sé cómo esquivar las balas.

Tomo la bolsa, saco el celular para evadirme y entro en la red social. Las mismas publicaciones que se hacen eco unas a otras, las mismas fotos con caras diferentes, ¡qué aburrimiento! Estoy por apagar el teléfono cuando me encuentro con una actualización de Santiago. Es una foto con su perro, un gran danés negro. Lo abraza como si se tratara de un peluche y su expresión de ternura lo secunda. Sonrío casi sin querer a la vez que leo la descripción: «El Chapo, *the one and only since 2013*».

El corazón me brinca en el pecho y la sangre a tropel hace que me retumbe la cabeza. Como sucede últimamente, no me lo puedo creer, miro patidifusa la pantalla y releo la frase cinco o seis veces. Aunque me niegue a aceptarlo o quiera darle mil vueltas, lo sé, es una indirecta para mí y aquella frase que le solté con tanta soberbia hace dos semanas. Me sale una risilla decepcionada y niego con la cabeza al dejar el teléfono a un lado. Reconozco que cuando se trata de Santiago, mis pensamientos son muy retorcidos. Por una parte, me pone feliz que piense en mí, que me envíe mensajes cifrados para mantener un delicado hilo de conexión; pero por otra, me aflige que haga referencia a una de mis frases más crueles, poniendo a su querido Chapo por encima. Suelto una carcajada sin querer. «¿Quién le pone el Chapo a su perro? Solo tú, mi Santi».

No sé a dónde queremos llegar con todo esto. Pensándolo bien, no sé ni cómo dejé que comenzara. Debí rechazar su solicitud de amistad, no tenía ningún sentido después de tanto

tiempo. ¡Fue su culpa! ¿Por qué se acercó? ¿Y esa manía de abrazarme como si fuera lo más preciado que tiene? Me produce un desasosiego inexplicable, es que solo recordarlo me pone los pelos de punta. Pero él siempre ha sido así, hace lo que le da la gana, va tras aquella luz que sabe que lo hará feliz y no le importan las consecuencias. Quizás si él hubiera encontrado a alguien con quien tuviera algo parecido a lo nuestro, nada de esto habría pasado. «¡Ni madres! ¡Como yo no hay otra!», fanfarroneo porque esa idea me asquea. Sé a la perfección que si Santiago ha sido tan inestable en sus relaciones amorosas, es porque no ha llegado a sentir que encontró a la mujer adecuada para él, una por la que haría cualquier cosa, como lo hizo por mí. Si existe eso que llaman «amor de la vida», somos nosotros, aunque hayan pasado nueve años y no estemos juntos. Podrán argumentarme cualquier cosa en contra, decir que es relativo, que fue una niñería, pero en el fondo de mi corazón lo sé, sin ninguna duda, yo soy su *the one and only*, como él lo es para mí, y por eso usé esa frase para herirlo.

Exhalo con fastidio, estoy cansada de estos pensamientos en bucle. Le he dado más vueltas de las que me gustaría al día del Porsche. Me he debatido entre la hipótesis de que yo supuse, erróneamente, que él buscaba algo más que enseñarme el coche hasta llegar a la teoría de que todo fue planeado, y él cambió de guion cuando yo interrumpí nuestra cercanía, contestando la llamada de David. Al final, he concluido que no importa, porque yo voy a casarme con él y todo lo relacionado con Santiago son solo fantasías que me ensucian la mente. Sin embargo, hoy, en el pozo en el que me encuentro, su idea se me antoja como un pequeño rayo de sol que me ilumina, aunque esta foto sea el único contacto que hemos tenido desde aquel día.

Repienso nuestra última conversación y me río con cinismo. ¡Qué mala soy! ¿Cómo demonios se me ocurrió decirle que iba a invitarlo a la boda? Por supuesto que no quiero que vaya, y menos acompañado de la adolescente número doscientos con la que sale. Además, para que eso suceda, tengo que enviarle la invitación, incluirlo en la lista, correr el riesgo de que David y Rosy se enteren antes de la boda y empiecen a indagar cómo he vuelto a tener contacto con él. ¡Problemas asegurados que no me convienen para nada!

Creo que lo mejor es que deje las cosas como están, que no haga ningún movimiento, el silencio es, en sí mismo, un mensaje. Si no vuelvo a darle señales y no le envío ninguna invitación, quedará implícita la verdad. «Sí, pensé que querías algo más, me aterraba la idea y al mismo tiempo me moría de ganas de que me lo pidieras, aunque terminara rechazándote. ¿Por qué? No lo sé. Porque soy así de complicada y egocéntrica. Pero te amo, siempre te voy a amar y quería comprobar que tú todavía sientes lo mismo». Mi estómago se queja ante esa última declaración, me hago un ovillo y me abrazo a uno de los cojines del sofá. Siento como se moja con unas lágrimas que no me han pedido permiso para salir. Una somnolencia me arrasa, cierro los ojos y, antes de dejarme vencer por el sueño, me repito: «Tengo que seguir con mi vida, como lo he hecho durante todos estos años, y mi vida es y será junto a David».

§

Hacía mucho tiempo que no dábamos un paseo por el rancho a caballo, pero después de la semana tan caótica que he tenido, me pareció que era el plan perfecto para desconectar y propiciar un acercamiento con David. La realidad es que estoy cansada de que seamos solo dos figuras decorativas que actúan como novios y que no tienen nada que decirse. Me aproximo a él

mientras acaricia a la yegua que voy a montar. Me gusta la expresión de su cara, con los ojos destellantes y la forma en que sus labios gruesos le hablan al animal. Lo abrazo por la espalda y él sonríe.

—Me haces cosquillas.

—Te haría otras cosas si quieres —me río traviesa, sin soltarlo. Ese tipo de provocaciones siempre funcionan.

Él me mira por encima del hombro y esboza una sonrisa. Luego suelta la yegua y se gira hacia mí, dejándome un beso fugaz en los labios. «Otra vez no tiene ganas», me digo con decepción. Le doy la mano para que me ayude a montar y cuando ya estoy arriba, él se encamina a su caballo.

Salimos a trote, recorriendo un sendero con árboles frutales hasta llegar al estrecho camino que conduce a un montículo que tiene buenas vistas. Él se detiene en la entrada y hace el amago de volver.

—Vamos a las piedras, porfa —le pido aniñando la voz sin mover la yegua.

Él asiente y seguimos por el camino. Nos bajamos de los caballos y los dejamos atados a un árbol. Me mira con desgano al tiempo que yo tiro de su brazo para obligarlo a subir. Cuando llegamos a la cúspide, suspiro entusiasmada.

—Este lugar me trae buenos recuerdos —le sonrío mientras le hago una señal para que se siente conmigo al costado de una roca, en una pequeña planicie donde se puede admirar el paisaje.

—Es un buen lugar para hablar de cosas importantes —me interrumpe él al sentarse, yo volteo a mirarlo y levanto las cejas.

—¿Como qué cosas? —pregunto con recelo.

—Básicamente, dos —sonríe, traga saliva y su semblante se endurece—. Mi mamá me contó lo de tu trabajo, que tienes muchísima presión, que te estás perdiendo los preparativos, que no lo estás disfrutando. —Suspira—. Yo sé lo importante que es para ti, lo mucho que te has esforzado, pero creo que todas las etapas llegan a su fin, y no puedes estar en un lugar donde ya no estás bien.

Los ojos se me nublan, sus palabras me remueven por dentro. Sé a qué se refiere con todo eso y no quiero ni oírlo. De repente, sin saber por qué, me lleno de dudas, pienso que quizás esté hablando de nosotros, que podría estar terminando nuestro compromiso. No estamos bien, a quién queremos engañar, pero antes de que pueda decir nada, él interrumpe mis desvaríos.

—Además, todavía tenemos que preparar la casa. Yo me estoy encargando de la obra y los terminados, pero la decoración y los muebles es mejor que los elijas tú. La casa es muy grande, vas a tener que estar pendiente de muchas cosas. —Carraspea—. Es mucho trabajo, no creo que quieras que mi mamá decida por ti.

Parpadeo para disimular mi sensiblería y me recompongo para hablar con firmeza.

—Pero todo esto va a durar solo unos meses. ¿Qué voy a hacer después?

—Con la casa y los compromisos sociales tendrás mil cosas en que entretenerte. —Me dedica una sonrisa condescendiente y concluye—: Además, queremos ser papás pronto, ¿no?

«¡¿Cómo?! ¡¿Qué?! ¿De qué me perdí?», le cuestiono exasperada en mi cabeza. Es verdad que hemos hablado de hijos, pero más como en un juego. Nunca dijimos cuándo, mucho menos en un futuro tan próximo. Estoy a una semana de cumplir veintisiete, mínimo podríamos esperar hasta

los treinta. Eso son tres años. ¡Tres años en los que puedo seguir trabajando en lo que me encanta!

Me yergo sobre la roca, intentando escoger las palabras correctas.

—Es que yo no quiero dejar mi trabajo ahorita, justo esta semana solucioné un problema con los *pop-up* del proyecto de Tulum. Joana y Álvaro se quedaron impresionados. —Sonrío con ilusión al recordarlo—. Quiero que ese proyecto sea todo un éxito, que antes de que acabe el año el complejo esté vendido. Joana y yo nos entendemos perfecto, estoy aprendiendo mucho, no quiero dejarlo a la mitad.

—Pero la boda es en cuatro meses, no vas a poder trabajar toda la madrugada o los fines de semana como antes cuando tenías este tipo de proyectos —niega, desesperado.

—¡¿Por qué no voy a poder?! ¿Porque tú y tu mamá ya lo decidieron? —le contesto con altanería.

—¡No me hables así! —me responde en un tono de voz firme, paternalista, mientras se pone de pie—. Lo primero es el respeto.

—Lo siento, David…, yo… —intento disculparme al tiempo que me levanto, pero él me interrumpe.

—La mesada va a ser el doble de lo que ganas en la agencia, dime si necesitas más —concluye, y se da la vuelta para bajar del montículo.

Lo sigo como en un sueño, más bien, como en una pesadilla, ninguneada, sintiéndome más tonta que nunca por haberme creído que casarse con el príncipe heredero era como vivir en un cuento de hadas. Mientras voy descendiendo por entre las piedras, me digo que no, que no puedo dejar que me manejen de esa manera, que me traten como una marioneta. Él está de pie junto a la yegua y me tiende la mano para que con el apoyo pueda subir, pero yo lo ignoro, me sujeto a la montura, apeo un pie y de un salto ya estoy arriba. Desde ahí lo miro con desprecio.

—Tienes razón, no voy a poder encargarme de arreglar la casa en estos meses, así que después de la boda podemos seguir viviendo separados o puedes venir a vivir con mi mamá y conmigo al departamento hasta que acabe el proyecto y me ocupe de todo.

Él me mira entrecerrando los ojos; con el gesto lleno de ira, se voltea y se sube a su caballo. Cuando ya está arriba, me dedica una mirada petulante, pero yo no me intimido y con la cabeza altiva agrego:

—No voy a renunciar a la agencia, ni ahorita ni después, que te quede claro. —Luego tiro de la rienda y me voy a galope por el camino.

ANTES
VIII. OCASO

Junio 2012 – Noviembre 2012

Cumplí diecisiete años en el verano del 2012, y en ese entonces, mi vida parecía estar estancada en aquella rutina de exámenes de la preparatoria, entrenamientos en los que ya no me esforzaba y una familia que se caía a pedazos. Mis padres solo se hablaban para discutir y Ulises, que ponía de pretexto la universidad, se encerraba eternamente en su cuarto. Santiago y yo nos veíamos tres veces a la semana, una de ellas el fin de semana en el que después de cada cena o fiesta terminábamos en el mirador. Me gustaba, era nuestro refugio, pero a veces me sentía comprometida a tener relaciones con él, aunque no tuviera tantos deseos. Lo que a mí de verdad me hacía feliz de esos encuentros era cuando antes o después del acto, nos quedábamos hablando, cuando yo podía abrirle mi corazón, contarle que no entendía nada de lo que pasaba en mi casa y que estaba muerta de miedo. Él no decía mucho, pero me escuchaba con atención y eso era suficiente.

Para las vacaciones de julio y agosto, Santiago había planeado un viaje a Nueva York con sus amigos. Era el regalo que todos habían elegido después de terminar la preparatoria y antes de entrar a la universidad. Estaban emocionadísimos. Yo me alegraba por él, porque era bonito verlo feliz, pero luego pensaba en mí y me moría de envidia y de celos. ¡Se iba a ir dos meses y me iba a dejar sola! ¿Qué iba a hacer allá con esa banda de calenturientos? ¿Salir? ¿Emborracharse? ¿Rodearse de gringas facilonas? Al principio, intenté ser una novia comprensiva que lo apoyaba. Tampoco tenía opciones, se iba a ir, no me había pedido permiso ni parecía necesitarlo. Hasta que un día exploté en el centro comercial.

Lo había acompañado a comprar ropa para el viaje. Lo mínimo, decía él, porque se compraría más cosas allá, pero quería estar preparado. En los probadores de una tienda, mientras él se medía una camisa gris y ponía una expresión de suficiencia frente al espejo, me hirvió la sangre. Sentí que lo odiaba por ser tan guapo, por adularse con la mirada. ¿A dónde iba a ir con esa estúpida camisa? ¿Por qué quería estar más guapo de lo normal?

—Me voy —le dije con los ojos enervados.

Él volteó sorprendido y se quedó viendo cómo salía hecha una furia de los probadores. Le tomó tiempo reaccionar, pero lo hizo y fue corriendo detrás de mí.

—Zoe, espera —levantó la voz—. ¡¿Qué te pasa?!

Me solté de su mano, que me sujetaba el antebrazo con fuerza, y le grité en medio de la tienda:

—¡Déjame!

—¡Ey! ¡Tranquila! —trató de calmar la situación, luego suavizó la voz y entornó los ojos—: *What's wrong, baby?*

—¡Vete al demonio! —le contesté, todavía enojada; un segundo después se me escapó una risa cínica—. O vete a New York, que es lo mismo.

—*Baby…* —sonrió, relajando los hombros—. ¡Es eso! Nadie me creía que no te habías enojado.

—¿Y qué esperabas, Santiago? ¿Que diera brincos de alegría? ¿Que me emocionara por lo

bien que te ves con esa estúpida camisa y lo mucho que vas a ligar con ella? —lo acribillé con los ojos entrecerrados.

Se acercó a mí risueño y me rodeó los hombros, luego me susurró al oído:

—No voy a ligar con nadie, voy a pensar en ti, a enviarte muchos mensajes y fotos. Te voy a llamar también, ya cambié el plan del teléfono, tenía que elegir tres números con tarifa especial y uno de ellos es el tuyo. —Me dio un beso en los labios y concluyó—: Confía en mí, por favor.

No tuve más remedio que aceptarlo. Todo cambiaba a pasos agigantados y yo estaba muerta de miedo, me sentía tan indefensa. Solo me quedaban mis amigos y pasé con ellos más tiempo del que me hubiera gustado. Vimos todas las temporadas de *Friends* juntos, Luz estaba obsesionada con esa serie. Fuimos al cine, nadamos en la piscina y leímos tantas revistas de moda que hubo días que no pensaba en otra cosa más allá de los artículos y fotos publicitarias. Fue entonces cuando Rubén y yo decidimos que estudiaríamos Marketing. Fantaseábamos con dirigir campañas glamorosas y ser Miranda Presley en *The devil wears Prada.*

A finales de agosto, una semana antes de que empezaran las clases, Santiago volvió. Fui a recogerlo al aeropuerto con sus papás y Mateo, era una sorpresa y él se puso tan contento cuando me vio que corrió hacia mí y me abrazó en volandas. A Blanca no le gustó no ser la primera a la que saludara, pero le dio un ataque de risa cuando Santiago lo notó y le dijo que no fuera celosa, que madre solo había una.

Esa noche fuimos a cenar, me dio tantos regalos y *souvenirs* que me sentí como en día de Reyes. Él estaba muy emocionado contándome todo lo que había visto y hecho durante el viaje. Se moría de risa cuando me narraba cómo había terminado vomitando bajo el puente de Brooklyn y otras cuantas peripecias.

Cuando terminó la cena, nos fuimos a nuestro escondite y lo hicimos dos veces. Después de la última vez, decidimos salir del coche para ver las estrellas sobre el capó. Yo me abracé a él con fuerza, él se rio.

—Oye, no me aprietes tan fuerte, ya no tengo más dentro.

—¡Cerdo! —le contesté, golpeando con mi frente su brazo—. Te extrañé tanto.

Él me miró con ternura.

—Yo…, yo no te extrañé tanto, la verdad, quiero decir, pensé mucho en ti, pero había tanto que ver y descubrir.

Se me encogió el corazón, lo apreté otra vez y no le dije nada más. Algo dentro de mí me susurró que no podía reclamarle por ser honesto conmigo y romper la magia del momento cuando por fin estábamos juntos. Como si fuera un relámpago, un escalofrío me recorrió desde la cabeza hasta los pies y, en ese instante, justo ahí, tuve una visión. No íbamos a estar juntos para siempre, iba a terminar antes o después, y más valía que fuera consciente de ello. Cuando nos soltamos y nos subimos al coche para volver a casa, le tarareé aquella canción que hablaba de un lugar que solo nosotros conocíamos y al que siempre podríamos volver.

§

En septiembre de ese año todo volvió a cambiar. Santiago entró en la universidad y tenía unos horarios horribles, nunca coincidíamos en el club y entre semana él siempre tenía algo que hacer. Nos veíamos los sábados, íbamos a comer o al cine porque él quería las noches para irse de antro

con sus amigos. Había intentado que lo acompañara, pero yo seguía siendo menor de edad y siempre teníamos algún problema. Poco a poco, comenzamos a distanciarnos y cuando estábamos juntos, no hacíamos más que pelear.

Un domingo después de otra exhibición de coches, sus papás me invitaron a tomar café a su casa. Don Santiago y Blanca eran amabilísimos conmigo y se desvivían en atenciones, a Santi eso le venía de perlas y quería incluirme en todos los planes familiares.

—*Baby, please!* Si no vienes, mi mamá me asfixia. Distráemela tantito, porfa —me suplicaba con voz dulce y yo terminaba accediendo.

Ese día, mientras tomábamos café en la terraza principal de su casa, Blanca quiso indagar sobre lo que hacíamos los sábados. Estábamos sentados en un sofá gris de jardín de tres plazas, Santiago entre Mateo y yo, frente a dos sofás individuales a juego donde descansaban sus padres. Él me había advertido sobre no darle detalles a su madre y no contarle que yo me iba a dormir cuando él se emborrachaba con sus amigos, pero ese día no pude mentir.

—Zoe, tengo una pena con tu mamá, tengo que llamarla. Santi siempre se queda tan tarde en su casa, yo le pido que se regrese temprano. Y él, mira, le entra por uno y le sale por el otro —agregó, señalándose los oídos mientras Santiago y Mateo tenían la vista puesta en el último Ferrari a través de la pantalla del teléfono.

—No te preocupes, Blanca. Ayer no estaban.

—¿No? ¡¿Cómo qué no?! Santiago me dijo que habían cenado juntos —se desconcertó, y mi cara comenzó a arder. Blanca guardó silencio, desvió la mirada y agregó con tono acusatorio—. Bueno, es normal que me mienta, ustedes tendrán que tener su privacidad.

Sentí que la cara estaba a punto de explotarme. Ella sabía que ya no éramos vírgenes, había pasado un año de todo aquello, pero que lo insinuara delante de mí era lo más bochornoso que me había sucedido en la vida. De repente, la vergüenza se transformó en rabia y me arrasó. ¡Era su culpa! Se había ido con esa banda de borrachos a intoxicarse con Bacardi y ahora parecía que habíamos estado teniendo relaciones toda la noche en mi casa. ¡¿En qué lugar dejaba eso a mi familia?! ¡Inaceptable! Sin pensarlo, apreté su pierna con fuerza y le pregunté quisquillosa:

—Santi, ¿qué hiciste ayer después de cenar en mi casa? Yo no sé qué decirle a Blanca porque yo me dormí a las once viendo una película.

Él me miró confundido, con la expresión atemorizada, se acomodó en el sofá y esos segundos le dieron el tiempo que necesitaba para improvisar una broma:

—¿Esto es un complot contra mí? —rio, señalándonos con el dedo, luego concluyó, ufano—: Tranquilas, tengo amor para todas.

Se acercó a darme un beso en la mejilla para levantarse después y abrazar con fuerza a su mamá.

Lo odiaba, juro que, a veces, el amor que le tenía se transformaba en odio. ¡Tan zalamero! Se reía de todo y de todos, hacía lo que le daba la gana y su único objetivo en la vida era divertirse. Y yo, ¿yo qué? Yo lo había convertido en mi centro, pero para él yo solo era su estúpido accesorio, al que usaba hasta para engañar a sus papás. ¡Eso no se iba a quedar así!

Cuando me llevaba de regreso a mi casa, observé cómo se desviaba del camino en dirección al mirador.

—Hoy no, Santiago. Llévame a mi casa —sentencié.

—*Santiago-llévame-a-mi-casa* —me imitó forzando un timbre agudo, pero serio a la vez.

—¡Eres un payaso! —le grité.

—Otra vez… Ya tenemos drama —añadió con fastidio.

—Estoy harta de ti, de tus enredos. Lo único que te interesa es irte de fiesta con esos borrachos.

—Bueno, sí son unos borrachos, pero son mis amigos —se mofó. Segundos después, la expresión furiosa de mi cara lo hizo endulzar la voz e intentar tomar otro camino—. *Baby*, ya sé que nos vemos poco, pero eso no significa que no te ame. Tú deberías aprovechar y salir con tus amigas.

—¿Cuáles amigas, exactamente?

—No sé… Las tuyas, Luz y Rubén —masculló, levantando las cejas, después se concentró en estacionar el coche porque ya habíamos llegado a mi casa.

—Estoy todos los días con ellos, no tengo ganas de verlos el fin de semana.

—O no sé… —se quedó pensativo—, las del equipo de tenis, ya no te odian.

Desvié la mirada, era verdad que ya no me odiaban, que eran amables conmigo y que intentaban motivarme para que retomara los entrenamientos con más dedicación. La nostalgia me invadió, como en un sueño me vi compartiendo con ellas tantas tardes y confesiones. Recordé el año en que había sido campeona y ellas me habían apoyado, incluso habían hecho pancartas para la final. Había dado en el clavo, necesitaba ocupar mi tiempo en otra cosa. Si me lo proponía, todavía podía matarme a entrenar y ser campeona ese año, mi último año en la liga juvenil. «Emborráchate todo lo que quieras, Santi. Ya no me voy a quedar a esperarte», le respondí en mi mente. Me acerqué a darle un beso muy apasionado y me fui de golpe sin decirle nada más.

§

Le dije a Jaime que iba a entrenar todos los días y que quería volver a ganar, que ya había hablado con la dirección del club y hasta convencido a mi mamá para que pagara las clases extra.

—Zoe, faltan dos meses, no eres realista.

—¿Por qué no? ¡Mi condición no es tan mala! —me quejé como una niña.

—Primero tendrías que superar a Estefanía y Daniela, ellas no han bajado el ritmo como otras. —Clavó sus ojos en mí.

—¡Ay, ya! ¿Cuándo me vas a perdonar por haberte cambiado por Santiago? —respondí yo, risueña.

—¡¿Me estás coqueteando?! —Sonrió al tiempo que cruzaba los brazos.

Yo solté una carcajada, sí, lo estaba haciendo. Si una cosa había aprendido durante ese tiempo, era el poder que tenía una mujer guapa. Supongo que lo había descubierto con Santiago, pero había sido con Rubén y con esas revistas de moda donde la práctica y la teoría habían convergido. Si antes podía ser muy convincente y no parar hasta conseguir lo que quería, ahora tenía un arma mucho más afilada y sabía usarla.

—Zoe, Zoe, Zoe. —Negó con la cabeza—. No uses eso conmigo, te conozco desde que tenías pañales.

—Perdón. —Incliné la cabeza con una risilla traviesa.

—Si faltas a una sola práctica, estás fuera, ¿entendido?

Así volví a entrenar de nuevo, a convertir el tenis en lo más importante de mis días. Era

increíble la energía y el buen humor que me daba el deporte. Las chicas del equipo me aceptaron, me incluían en sus conversaciones, me contaban sus cosas. Era divertido estar con ellas y olvidarme de todo lo demás. Estefanía no dudaba que pudiera robarle el puesto, incluso se ponía nerviosa cuando le tocaba enfrentarme, pero Daniela era diferente. Ella quería cobrarme, de algún modo, las rencillas del pasado y se ponía muy competitiva conmigo. Cuando comencé a ganarle, estuvo una semana sin hablarme, luego se le pasó, todas estábamos creciendo y aprendiendo a ser más tolerantes.

Faltaban dos semanas para el torneo, yo estaba muy nerviosa porque todavía perdía algunos partidos contra Estefanía y si no era la mejor del equipo, ¿cómo sería capaz de vencer a las demás? Intentaba mentalizarme. Jaime me daba grandes pláticas sobre eso. «Ir con miedo es perder la mitad del partido», me repetía hasta la saciedad y yo me aferraba a sus palabras.

A Santiago lo veía poco, tenía que obligarlo a buscarme en el club, pero cuando venía, solo se le ocurrían perversiones y tonterías. Supongo que quería revivir el otoño pasado, esos días en los que todo giraba en torno a estar juntos. A mí me daba ternura, era divertido recordarlo y al mismo tiempo darnos cuenta de lo mucho que habíamos cambiado desde entonces.

Ese día había ganado el partido de práctica contra Daniela y Santiago me esperaba en la grada. Había seguido los golpes con atención y festejado cada punto. Cuando salí de la cancha, me abrazó orgulloso.

—¡*Baby*, eres la mejor!

—Si no llego a semifinales, seré un fracaso —agregué yo, pensativa.

—¡No empieces! —se quejó—. Te has esforzado muchísimo, lo que consigas será suficiente. ¿Hay algo que yo pueda hacer para que te sientas más confiada?

—No sé… Darme amor —le pedí con los ojos juguetones y él soltó una carcajada, luego se puso serio y añadió:

—Quizás es mejor lo contrario, que no venga a distraerte.

Le sonreí. A pesar de todas las discusiones de los últimos meses, seguía siendo él, mi Santi adorado que se preocupaba por mí y que me apoyaba en todo lo que me proponía. Lo besé con delicadeza y le susurré:

—Ya no me distraes, ahora me animas.

Recogimos las cosas y nos fuimos caminando en dirección a los vestuarios. Eran casi las ocho y el club comenzaba a quedarse desierto. Dijo que me esperaba en la puerta mientras Daniela también entraba a los cambiadores.

Me estaba duchando cuando oí que mi teléfono sonaba sin descanso. Marcaban una y otra vez con urgencia. Era rarísimo, nadie me llamaba a esa hora y menos de esa forma. Salí de la regadera con la toalla atada al cuerpo. Daniela, que estaba terminando de cambiarse, me miró confundida.

—No sabía si llevártelo.

Fui hasta mis pertenencias y vi el nombre de Ulises en la pantalla, quise contestarle, pero el aparato dejó de sonar en ese momento. Intenté devolverle la llamada y sonaba ocupado. Me llevé la mano a la cabeza, confundida, sentí que el estómago se me encogía. Otro presentimiento me decía que algo horrible acababa de suceder. Todo mi cuerpo se estremeció y me quedé ahí, de pie, todavía estilando con la pequeña pantalla frente a mi cara. Dos minutos después, apareció Santiago por la puerta con la expresión desencajada.

—Perdón, perdón. —Desvió la mirada al ver a Daniela a medio vestir—. Zoe, vístete rápido, tenemos que irnos, tu papá tuvo un accidente.

AHORA
IX. FELIZ CUMPLEAÑOS

Mayo – Junio 2022

Mientras me maquillo frente al tocador recibo la primera llamada de feliz cumpleaños del día. Es, como siempre, mi querido Ulises, que me habla de camino al trabajo.

—*Happy birthday to you! Happy birthday, dear Zoey!* ¡Sapo verde eres tú! —entona casi con profesionalidad y acento impecable.

—Gracias, Uli —le respondo, ilusionada, asegurándome de que mi sonrisa se oiga del otro lado de la línea.

—¿Y? ¿Cómo amaneciste? ¿Qué plan tiene la princesa hoy? —pregunta en tono burlesco.

—¡Cállate!

—¿Tu príncipe no te sorprendió anoche con fuegos artificiales? —insiste él, mezclando su saña con diversión.

—*Nop* —contesto, seca, tratando de esconder mi desencanto. ¿Cómo explicarle que mi vida se ha vuelto una pesadilla en las últimas semanas?

—Me contó mi mamá que quiere sacarte de trabajar desde ahorita, y lo del caserón en el que vas a vivir —continúa él, animado.

—No sé en qué tono te lo haya contado, pero no es como tú lo estás poniendo —replico endureciendo la voz. Me queda claro que no se está dando cuenta de lo que dice. «Sacarme de trabajar, como si fuera mi dueño. ¿Puede detenerse un momento a analizar lo horrible que suena esa frasecita?», me revoluciono por dentro.

—Y, ¿cómo es? —se queja sin entender a qué me refiero—. Zoe, en serio, si tú ya no quieres, me caso yo con David —dice soltando una carcajada.

Me quedo en silencio, siento un nudo en la garganta que me corta el aire. Me lleno de ira y desesperación, no solo por las circunstancias, sino porque con esos comentarios, Ulises está cerrando cualquier vía de escape donde yo pueda contarle cómo me siento. Después de unos segundos, él intuye que su frase no ha sido nada acertada.

—Hermanita, no te enojes. Es una broma. —Suspira—. Aquí, en el mundo de la gente normal que trabaja sin descanso, que hace malabares con el dinero y discute con su pareja por eso, tu vida parece un sueño.

—No sabes lo que dices, Uli —murmuro con la voz entrecortada.

—¿Tan horrible es? —se extraña.

—Soy solo una figura de decoración, lo que yo opine no importa, si estuvieras con nosotros una hora, te pondrías a llorar de aburrimiento —le suelto ya sin poder contenerme.

—Bueno, Zoe —pronuncia él, condescendiente—, tampoco le pidas peras al olmo. David siempre ha sido así, sus conversaciones son sobre deportes, el rancho y la constructora, nunca ha tenido más repertorio. Ocho años después, no entiendo por qué te molesta.

—Ya lo sé, pero antes podía hablarle de mí, de mi trabajo, de mis metas, de lo que estaba consiguiendo. De un tiempo acá no le interesa. Es como si yo hubiera dejado de importarle, como si me viera solo como la esposa que debe hacer lo que dice su mamá y darle hijos. ¡¿Sabes

que ya quiere ser papá?! —Me sale una carcajada cínica—. Aunque no sé cómo lo va a lograr, ya ni siquiera quiere tener sexo.

Escucho la respiración profunda de Ulises. Supongo que cuando ha marcado mi número solo esperaba felicitarme y que nos dijéramos palabras de cariño, ahora que nuestras interacciones son tan pocas. Pero no, se ha encontrado con este disparate que es la primera vez que logro poner en palabras. A mis pensamientos los interrumpe la campanilla de una alarma.

—Zoe, tengo que colgar. Tienes que hablar con él. David es un buen tipo, estará muy estresado. Seguro que pueden arreglarlo —zanja él con un deje de preocupación.

—Supongo que sí —suspiro.

—Te quiero mucho, hermanita.

—Y yo a ti, Uli —le respondo con la voz temblorosa, y me quedo observando su foto en el teléfono al terminar la llamada.

Un desasosiego me recorre entera. Vuelvo a mirarme en el espejo y me retoco con un pañuelo de papel esas lágrimas que no he dejado salir. No sé para qué le he contado todo eso. Su realidad es tan distinta a la mía que es imposible que vuelva, aunque sea en pensamientos, y logre entenderme como si no hubieran pasado siete años desde su partida.

La idea del tiempo se me clava en el pecho. Me parece inverosímil que haya pasado tanto, que pueda rememorar aquella época como si fuera ayer y viajar a la noche en la que me dijo que se iba, cuando el mundo volvió a arrasarme.

Recuerdo que hacía menos de seis meses que yo había empezado mi relación con David y me había volcado en él, haciendo a un lado a todo el mundo, entre ellos a Ulises. Él se había quejado, una o dos veces, pero luego había vuelto a encerrarse en sí mismo. Un día a la hora de la cena me burlé de las horas que pasaba enclaustrado en su habitación estudiando:

—No vas a sacar once en los exámenes si es lo que quieres.

Él intercambió una mirada seria con mi mamá y ella asintió.

—Con nueve en todo, estaría bien —masculló en medio de una sonrisa tímida—. No creo que llegue a más porque todavía no termino los ensayos y las aplicaciones, y tengo que enviarlas antes del 10 de diciembre.

—¿De qué hablas? —Lo miré con recelo.

—Va a aplicar en unas universidades técnicas de Maryland y de los alrededores para un máster —nos interrumpió mi mamá fijando sus ojos en mí.

El silencio oscureció la mesa, nos miramos entre los tres y asumimos que se acercaba otro final. Quise llenarme de rabia, indignarme porque nadie me había dicho nada, pero ¿acaso me había interesado? Esa era yo, la que no podía ver más allá, la que se aferraba a cualquiera que pudiera hacerme sentir que era invencible y olvidándome de todos los demás.

Tenía que decir algo, pero solo pude dar un trago de agua y sonreír sin ganas.

—Hay más cosas en la vida que ser la novia de David Arteaga —soltó Ulises con ayuda de una risa burlona.

—¿A qué te refieres? —le contesté levantando la voz porque su broma afilada y cruel no venía al caso. Se iba a ir, nos iba a dejar solas y ya no quedaría ni rastro de la familia que un día habíamos sido.

—¡Relájate! Quiero decir que yo no tengo nada que me ate y quiero hacer mi vida —contestó sin apenas alterarse.

—Pero puedes hacer tu vida aquí, no sé… seguir en la universidad o buscar un buen trabajo en alguna empresa. No creo que sea tan difícil, podemos preguntarle a alguien —contesté, apresurada, con las palabras saliendo a borbotones.

—¿Preguntarle a quién? ¿A David? ¿O a su familia? —Entornó los ojos—. No quiero que nadie me haga el favor porque tú eres su novia, quiero conseguir oportunidades por mí mismo y sin que duden si seré o no igual que mi padre.

Tomó su vaso con furia, se lo bebió de golpe, se limpió la boca con una servilleta y se levantó con su plato en la mano sin decir nada más. Miré de reojo a mi madre, pero ella se distrajo con un nuevo bocado, como finiquitando la conversación.

Revolví la comida con el tenedor y segundos después le di las buenas noches imitando los gestos de Ulises. ¿Cómo no lo había visto venir? ¡Era tan obvio! Si mi madre había urdido un plan para llenarme de fuerza y prometerme un futuro, también lo había hecho con mi hermano. Él tenía que irse, buscar su sitio en el mundo, lejos de la mala herencia que llevaba en la frente, y qué mejor lugar que Maryland para no empezar de cero y cobijarse bajo el abrigo de mi tío Tony.

Cuando me iba en dirección a mi habitación, pasé por la suya y me quedé fuera, quise tocar e intentar hablar con él; no obstante, solo pude pegar la cara a la puerta y dejar que las lágrimas corrieran por mis mejillas. Yo, que desde siempre estaba obsesionada con ganar, tenía que aceptar que en esta vida no hacemos más que perder por el camino, no lo sabía, pero todavía me quedaban muchas lecciones para entenderlo.

Los seis meses que pasaron entre la noticia y su partida, me esforcé en acercarme, en pasar tiempo con él, en compartir algunas de sus estrafalarias manías, como ir a desayunar quesadillas a una fonda del centro los domingos. Decía que era un placer masoquista, que ir ahí le recordaba los días después de la ruina y cómo había cosas extraordinarias, incluso en los momentos más dolorosos.

Me hizo prometerle que no iba a llorar el día de la despedida, y cada vez que mi cara se entristecía, se burlaba de mí. De cualquier forma, era difícil empañar su ilusión con el vacío irremplazable que iba a dejarnos.

Entonces llegó el día, una madrugada fresca de julio. En el horizonte se desdibujaba una línea anaranjada entre el gris de la ciudad y la oscuridad de la noche. Ulises manejaba con cautela y una balada de Luis Miguel en el radio sonaba hueca. Había sido tanto el tiempo que había temido aquel día que me parecía irreal que hubiera llegado. Me iba a hacer tanta falta, aunque fuera imposible ponerlo en palabras o en lágrimas.

Antes de que pudiera salir de aquel trance melancólico, vi aparecer el pequeño aeropuerto de nuestra ciudad ante mis ojos. Bajamos del coche sin mediar palabra y seguimos a Ulises rumbo al área de registro. Él se cubrió con la capucha de su sudadera y volteó para hacerme una señal con la mano, como si fuera a cantar *hip hop*. Sonreí unos segundos, pero fueron el inicio del duelo. Cuando él se giró y siguió la línea de los pasajeros, me eché a llorar como una niña. Mi madre se abrazó contra mí. Podría jurar que en aquel momento escuché el crujido de su corazón rompiéndose en medio de los sollozos que trataba de acallar. Sacó un pañuelo de su bolsa y me secó las lágrimas, luego otro para enjugarse el rostro dándose pequeños toques.

Ulises apareció unos minutos después ya solo con su mochila y un portafolio en la mano.

—¡Me lo prometiste! —me regañó mientras me daba un capirotazo en la frente.

—¡Cállate! —le respondí, tallándome la cara entre risas.

Él me abrazó fortísimo.

—Todo va a salir bien —sentenció en mi oído.

Luego se abrazó a mi madre en silencio. Nos miró con una sonrisa bribona y lágrimas en los ojos, para después girarse como si nada y perderse tras el control de seguridad.

Ahí empezó un nuevo capítulo en nuestras vidas.

Volvió a casa por Navidad los cuatro primeros años, pero ya en 2019 parecía otro. Aunque llegara a su antigua habitación y fungiera de hombre de la casa ayudando a mi madre a reparar desperfectos, podíamos notar que todo había cambiado. Su mentalidad se volvió americana, debatiéndose entre la intensidad y la inmediatez. A veces su interior ardía apasionado, pero un minuto después ya estaba en búsqueda del siguiente estímulo.

No sé por qué me resulta raro que no me entienda. Debería sorprenderme, en todo caso, que se tome el tiempo de llamarme, interesarse por mí y escucharme, ahí donde mi vida suena como un melodrama de bajo presupuesto.

§

De camino al trabajo repienso las palabras que me ha dicho Ulises esta mañana. «Tienes que hablar con él». Me río con sarcasmo ante ese consejo que es casi imposible llevar a la práctica. Me basta recordar cómo me ignoró David aquella tarde después del paseo a caballo y de que le dijera que no iba a dejar el trabajo. Luego, cuando llegó el momento de volver a la ciudad, guardó un silencio sepulcral, haciéndome sentir que yo no era digna de ir sentada a su lado. Al final, se despidió con un beso helado y murmuró un «buenas noches» apretando los dientes. Después, ha intentado hacer como si nada, me habla de detalles prácticos, me cuenta alguna nimiedad o me da la mano mientras mira el teléfono.

Es todo tan obvio que no sé qué estamos esperando para terminar con esta farsa que ya no se sostiene por ningún lado. El corazón me aprieta por dentro, se queja. No debo casarme con él, aunque sea lo que siempre quise. Me repito aquella pregunta que he venido haciéndome: ¿cómo hemos llegado hasta aquí?

Me esfuerzo en rememorar los inicios, a tono con los recuerdos que me han asaltado esta mañana.

Fue en el verano de 2014, cuando participamos en unos talleres de formación profesional en la universidad. David y Ulises estaban en el mismo equipo y se llevaban bien, aunque ya lo conocíamos de antes porque habíamos sido vecinos suyos. Mejor dicho, nosotros vivíamos en el residencial que había desarrollado la constructora de su familia. Mi antigua casa, una de las ciento cincuenta que había en el complejo, era minúscula comparada con la suya, que ocupaba cuatro lotes y estaba junto a la Casa Club.

Recuerdo que lo había visto antes por los jardines de la universidad y en la cafetería. En aquel entonces había pensado que me alegraba de que la vida buscara equilibrarse. Tenía una expresión muy seria, con el ceño fruncido, parecía que siempre estaba enojado. Llevaba su pelo oscuro en un corte sin gracia, usaba polos de colores neutros, pantalones caqui y lentes de nerdo. No tenía nada especial y era muy tímido, pero aquel verano me contemplaba de una forma que yo solo recordaba de alguien más.

Aquellas miradas suspendidas entre el deseo y la obnubilación las conocía muy bien, asé que

lo supe: él era mío; estaba loco por mí, sin ninguna explicación, y yo solo tenía que evitar hacer algo inadecuado para asegurarme el mejor futuro que podría haber soñado.

Salimos durante tres meses, cumpliendo con todas las formalidades que se esperaban de nosotros, hasta que empezamos nuestra relación.

Cómo olvidar la primera cita, sus nervios, la forma en que apareció deslumbrándome en un Cayman rojo del año y la sensación de no morirme de amor, hasta encontrarlo cada vez más atractivo por la forma en la que la vida era tan sorprendente a su lado.

Mi madre, Luz, incluso Ulises, me dijeron que no debía salir con él si no despertaba sentimientos en mí, pero me pareció que exageraban. En mi cabeza, todavía puedo rememorar una conversación con Luz y Rubén en la universidad, cuando ella me observó cándida y me advirtió:

—Una cosa es andar con alguien, equis de la vida, para experimentar, y otra es salir con alguien que no te gusta, pensando en algo más con él solo porque vive en la casa más grande de la ciudad.

Yo le devolví una mirada llena de indignación. En el mundo de ilusiones donde vivía Luz, eso era lo más lógico. ¿Por qué ibas a salir con alguien pensando en el futuro si no lo conocías y tampoco te encendía ninguna chispa? Pero yo no vivía en ese mundo, mi realidad era cruel y práctica. Tenía dos cartas afortunadas: mi físico y mi fuerza, y las iba a jugar a muerte.

Con el tiempo, me acostumbré a él, logré quererlo, incluso me moldeé a su imagen y me adapté a las tradiciones y a la moral católica de su familia. Supongo que el hecho de que yo proviniera de una familia desestructurada ayudó a que encontrara lo que necesitaba en su entorno. Por otro lado, reprimí al máximo mis impulsos y el recuerdo del amor loco que había vivido con Santiago.

Todavía escucho los pensamientos que me repetía con diecinueve años. Aquel mantra: «No puedo tener lo que quiero, pero lo que tengo es mucho mejor de lo que nunca habría podido desear». O aquella lógica en donde el amor se me aparecía como una construcción más que un relámpago en medio de la noche.

Solía decirme que todo ser humano era digno de amor, me explicaba que todos teníamos dos caras: una detestable y otra de la que cualquiera se enamoraría. Pues yo debía enamorarme de la cara amable de David, de su mesura, de su sentido de la responsabilidad, de lo dulce que era y, sobre todo, de su adoración por mí. Y aquel era el argumento más convincente, la joya de la corona: él se moría por mí. ¿Acaso no merecía nuestro amor quien más nos quería?

Ocho años después, no sé a dónde ha ido a parar aquella devoción. Es como si el tiempo la hubiera corroído, como si al transformarme en la novia digna de él, me hubiera fundido con el decorado y él ya no pudiera verme.

¿Qué nos queda? ¿La rutina? ¿Las conversaciones huecas? ¿Nuestra unión perfecta y desconectada?

Me digo que no puedo seguir, ser tan deshonesta conmigo misma, pero, al instante, una parte de mí, llena de furia, se rebela. Me grita que no puedo dejar mi futuro al azar. Si decido cancelar la boda, seré una escoria social, todas las puertas se cerrarán en mi cara y volveré a pasar por aquello que me juré que no se repetiría. Se me pone la piel de gallina. «¡Jamás! Vamos a casarnos y será la boda del año», me ordeno categórica.

§

Cuando llego a la oficina, Maribel, la recepcionista, me sonríe con picardía.

—¡Muchas felicidades, Zoe!

—Gracias —le respondo sin esconder mi recelo y entrecierro los ojos, no sabía que ella estaba al tanto de mi cumpleaños.

—Vino un muchacho a traerte esto hace ratito —responde con los ojos morbosos, y me extiende en la recepción un sobre amarillo que tiene mi nombre en letras mayúsculas. Yo levanto las cejas sorprendida y lo tomo disimulando desconfianza.

—¿Mi novio? —le pregunto, aunque es más una conjetura que me hago.

—No, no. No era tu novio, era otro muchacho… Un muchacho guapísimo —agrega ella con efervescencia.

Frunzo el ceño y me giro para entrar en la oficina diáfana. Repaso de nuevo mi nombre con los ojos y las palabras de Maribel me explotan en la cara. ¡Santiago! Su letra fea y apretujada, ¡¿cómo olvidarla?! Me río con ilusión. De repente, vuelvo a escuchar mi nombre de una voz grave en la entrada y volteo con sobresalto.

El corazón me late a mil por hora mientras la úlcera me acuchilla por dentro. Pero no, no es él, es un repartidor que trae un arreglo floral de tulipanes blancos y rosados. Sonrío con desgana, sé quién los envía. Me acerco otra vez y los recojo.

Ya en mi lugar, con las flores esplendorosas ante mí, dudo entre abrir el sobre que me ofrecen o sucumbir a esa carta misteriosa, casi ilegal, que descansa en el escritorio. «Lo primero es lo primero», me digo. Soy así de lógica y racional. Con dos dedos, retiro el sobrecito de las flores, lo abro y leo las letras impresas que David habrá escrito en un correo o dictado por teléfono: «¡Felicidades, corazón! ¡Que Dios te conceda muchos años más conmigo!».

La úlcera me patea de nuevo. «¿Qué significa esto, David?, ¿que si no son contigo mejor que no me conceda nada?». Agacho la cabeza, me recompongo, no puedo dejarme llevar por esa clase de pensamientos, malinterpretar todo, seguro que no lo escribió con eso en mente, pero yo no me libro de la idea de que me estoy volviendo de su propiedad. Tomo aire, me digo que tengo que dejar de desvariar.

Mis dedos me desobedecen, se desplazan saltarines hacia el sobre amarillo y acarician mi nombre escrito por Santiago. Lo giro y desenredo con cuidado el hilo rojo que lo cierra. Me tomo mi tiempo, disfrutando el misterio, la adrenalina. ¡Maldita sea! ¡Qué sensación más placentera!

Cuando meto los dedos en el sobre, me encuentro con una fotografía un poco más grande de la medida estándar, tiro de ella y el pasado me engulle con voracidad.

En la escalinata del salón de fiestas donde se celebró el Baile de la Rosa hace once años, aparece mi papá abrazado al suyo y mi mamá junto a Blanca dos escalones abajo. Al lado Mateo, Ulises, Santiago y yo, todos tomados con los brazos en los hombros mientras yo tengo las manos atadas en el frente. Las sonrisas son radiantes, genuinas, menos la mía, que es más bien la mueca de alguien obnubilado que siente que está rozando el cielo.

Acaricio con un dedo la cara de mi padre, hacía tanto tiempo que no lo veía, que no pensaba en él. Los ojos se me llenan de lágrimas. Suspiro con fuerza y mi dedo avanza por el papel hasta llegar a Uli, y, al final, a la carita de ángel de un Santiago con diecisiete años.

La nostalgia que me provoca la foto se vuelve una tormenta feroz de cielo ennegrecido que me

cala hasta los huesos, y me deja titilando en medio de la vida sin sentido que llevo.

Doy vuelta a la fotografía como en un acto reflejo, buscando algo que me rescate o vuelva a dejarme a la deriva. Un mensaje escrito con esa letra casi ilegible se burla de mí:

«Esta foto estaba en un álbum de la familia, no sé si tengas una copia, yo tengo diez años pensando en regalártela por tu cumpleaños y por fin lo hago. Supongo que es mi año de hacer las cosas que siempre he querido y de cerrar las cuentas pendientes.

Espero que tú hagas lo mismo.

¡Feliz cumpleaños! Que cumplas cien años más.

Santiago».

SEGUNDA PARTE

(Antes y ahora)

ANTES
X. EL ABISMO DESPUÉS DEL CIELO

Noviembre 2012

Santiago conducía con precaución, no era su estilo, se notaba que estaba casi tan aturdido como yo. Afuera, el tráfico de la gente que volvía del trabajo era pesado, agresivo, con los coches desafiándose unos a otros. Ulises debió decírselo por teléfono y él hizo cómo pudo. Se encogía de hombros ante mis preguntas y con una pequeña sonrisa, me rozaba la cara con un dedo, luego me tomaba de la mano en los semáforos. Repetía que no le había dado detalles, solo que tenía que llevarme lo más rápido posible. ¿A mi casa? Pero si era una urgencia, ¿por qué no íbamos al hospital? Supongo que yo no quería perder la esperanza, aunque en el fondo lo supiera, me ataba la vida por un delicado hilo.

Mi mamá y Ulises estaban en el recibidor atentos a nuestra llegada. En cuanto escucharon el coche de Santiago, corrieron por el acceso de doce metros que separaba la puerta de roble de la entrada principal. Mi madre tenía la boca curvada hacia abajo y se cruzó de brazos como resguardándose del frío mientras Ulises se acercaba apresurado a abrazarme. Me apretó tan fuerte que pensé que me iba a romper, y entonces comenzó a sollozar en mi hombro como un niño chiquito.

—¡Se murió, Zoe! ¡Se murió! —repetía entre gritos ahogados.

El mundo se ennegreció en ese momento. Como si todo se quedara en pausa, noté que mi respiración se espaciaba, los sonidos a mi alrededor se acallaban y todo se tronaba terriblemente oscuro. La cara se me llenó de lágrimas y, de pronto, pensé que no era cierto, que eran gotas de agua que nada tenían que ver conmigo. ¿Estaba lloviendo? ¡Era eso! Mi pelo, que estaba empapado por el regaderazo en el club, me servía de testigo, porque yo sentía que diluviaba y que el agua derretía todo a mi alrededor. Santiago puso su mano en mi espalda y, tirando de mi brazo, me acunó en su pecho. El aroma de su cuello me envolvió, pero ese pequeño segundo fue un destello que se apagó cuando mi madre le pidió que se fuera porque teníamos que estar solos.

No sé cómo entramos en la casa, mi siguiente recuerdo nos ubica sentados alrededor de la isla de la cocina. Mi mamá colocó una cápsula y un vaso de agua para cada uno y, con sus ojos dominantes, nos ordenó que la tomáramos. Ulises y yo nos miramos, sentí que teníamos otra vez ocho y diez años porque asentimos con la cabeza y obedecimos sin rechistar. Ella caminó hasta la cabecera de la mesa y se sentó con propiedad. Bajé la cara, no estaba lista, no quería escuchar los detalles, quería despertar de esa pesadilla, tener ocho años otra vez, pero su voz grave me interrumpió.

—Los cuerpos quedaron en muy mal estado. Lo van a incinerar.

«¡¿Los cuerpos? ¿Cuáles cuerpos?! ¡¿De qué demonios está hablando?!», pensé mientras la fulminaba con los ojos. Ella continuó:

—No me mires así, Zoe. Yo no tengo la culpa de nada y ahora todo el mundo sabrá que iba en el coche con su amante y que murieron juntos.

«¡¿Cuál amante?! ¿Qué vulgar telenovela me está contando?». Mi cerebro era un amasijo de preguntas torpes. Volteé a ver a Ulises, él afirmó con la cabeza mientras se limpiaba los ojos con

un pañuelo. Me tomó del codo suavemente y dijo con un hilo de voz:

—No queríamos que lo supieras, esto tiene mucho tiempo.

Otra vez se iba la luz, ¿quién había vuelto a apagar todo? La oscuridad era tan bestial que hacía que me zumbaran los oídos. De pronto, sentí que me asfixiaba, que tenía una pelota en la garganta que me iba a ahogar. Quería gritar como una desquiciada, pero no podía. Lo miré con los ojos suplicantes, quería que me dijera que era una broma, que mi papá estaba bien, que vendría al torneo. Porque el torneo era en dos semanas y yo me había preparado para que otra vez estuviera orgulloso de mí, para que festejáramos todos juntos, como la familia ejemplar que éramos. Entonces la voz de mi madre sepultó mis sueños.

—Zoe, es mejor que lo sepas todo de una vez, que estés preparada porque nuestra vida no va a volver a ser la que era. —Los ojos se le llenaron de lágrimas y parpadeó para disimular—. Tu padre estaba con esa tipeja desde hacía más de un año, cuando empezaron sus viajes a Michoacán y todo eso de la exportación de piel de cocodrilo. Esa mujerzuela lo engatusó en todos los sentidos, que era un gran negocio, que iba a ganar millones. De la SEMARNAT ya los estaban investigando y todavía la tipeja le convenció de comprar más pieles y pagar en efectivo. ¡Imagínate! Llevaban un millón de pesos en bolsas negras de basura en la cajuela. La empresa está intervenida, las cuentas, todo, desde la semana pasada, y tu adorado padre no me había dicho nada. Que se iba, que era un viaje de negocios, fue el último mensaje del hijo de…

—¡Cállate! ¡Cállate, que no quiero escucharte! —le grité desde el fondo de mi corazón.

¡¿Cómo podía mentir así?! Inventar todo eso solo porque tenían meses peleando. No era justo. Y ahora lo insultaba con esas expresiones tan soeces, ¿cómo se atrevía? ¿Y mi papá? ¿Mi pobre papito dónde estaba? ¿Si su cuerpo estaba destrozado significaba que no lo iba a volver a ver nunca? No pude soportar esa idea. De repente, todo se tornó negro mientras yo me quedaba flotando en el abismo. Mi cabeza no resistió más y perdí la consciencia.

§

Cuando me desperté, un hilo de luz muy tenue entraba por la ventana. Escuché la voz de mi mamá darle instrucciones a Juanita, la muchacha de la limpieza, aunque ella la contradecía turbada:

—Pero ¿no limpio la sala antes?

—No, Juanita, no va a venir nadie. Tú concéntrate en empacar toda la cristalería.

Quise cerrar los ojos otra vez para que esas indicaciones tan extrañas no tuvieran nada que ver con la realidad paralela y horrible que me habían contado. Aquello no era verdad, era una pesadilla, yo iba a ir a la preparatoria y por la tarde, a entrenar. Tenía que llamar a Santiago para que me recogiera del club otra vez, porque no pude darle un beso de despedida en medio de toda su bromita de mal gusto. Tomé el teléfono del buró para enviarle un mensaje, entonces la realidad arremetió contra mí.

Santiago: *Baby*, es horrible
lo que está pasando,
tú papá, los chismes…

Lo siento muchísimo.
Solo quiero decirte que
estoy aquí,que voy a estar
a tu lado en todo.
Te amo, no lo olvides.

No me había levantado de la cama y ya me había derrumbado. Sentí como las lágrimas caían por los costados de mi cara como de una fuente. De improviso, la puerta se abrió y mi mamá apareció en medio de la poca luz. Yo cerré los ojos al tiempo que ella corría las cortinas. Se acercó a mí sin reparar en los ruidos. Cuando ya estaba a mi lado, se sentó en la cama y, con un pañuelo que sacó de su pantalón, me secó las lágrimas. Luego puso su mano en mi mejilla.

—Mi niña, mi pequeña Zoe —murmuró—. Nunca pensé que tú tuvieras que pasar por algo así… Siempre creí que tu vida sería ideal, casi como tú: tan lista, tan decidida, tan fuerte. Con esos ojos miel tan bonitos, con ese cuerpo atlético y, de repente, esta tragedia —sollozó.

Puse mi mano sobre la suya. No sabía qué decirle, ella también había perdido a su esposo, uno que le había sido infiel, pero su esposo, al fin y al cabo, la persona que un día fue su amor, y ahora todo había terminado. La vida era así de trágica, siempre terminaba, yo había tenido esa visión y la estaba comprobando.

—Tienes que levantarte, vestirte… De negro, luto riguroso para irnos a la funeraria. No sé qué nos espera, quién vaya a ir. Es un escándalo, esta ciudad, tú lo sabes, es como un pueblo chico y ahorita somos la comidilla —apuntó con la voz enfurecida. En ese momento, me di cuenta de que ella también necesitaba sentir que estábamos de su parte y sin saber cómo le respondí:

—No te preocupes por eso, mamá. Nosotros no hicimos nada malo y estaremos juntos, que es lo importante.

Me levanté y la abracé con fuerza. Aquella desgracia era real y más me valía comenzar a aceptarlo.

§

No guardo muchos detalles del funeral, creo que todo aquello quedó oculto en un lugar muy profundo de mi memoria, se llenó de polvo y telarañas porque es demasiado doloroso como para revivirlo. Solo tengo dos recuerdos muy nítidos: que al contrario de lo que pensó mi madre, hubo muchísima gente que vino a darnos sus condolencias, y que yo me acurrucaba en el pecho de Santiago mientras él me acariciaba el pelo con dulzura e insistía: «¿Qué necesitas? Pídeme lo que quieras».

Todo lo que sucedió después del entierro fue mucho más mundano y prosaico como para olvidarlo. Cuando llegamos, Juanita ya tenía empacada en cajas la mitad de la casa. Nos quedamos petrificados ante la escena; mi madre que se había propuesto enfrentar la situación con pies de plomo, nos miró con gravedad y ordenó:

—Tienen cajas en sus habitaciones, empaquen todo, a Juanita no le va a dar tiempo y los acreedores carroñeros no van a respetar el luto. Mañana a las cinco de la mañana vendrá la mudanza.

—¿A dónde vamos a ir? —preguntó Ulises como un témpano de hielo.

—A un departamento de tu tía Esther.

—¡¿En el centro?! —me alarmé—. ¿Cuánto tiempo vamos a estar ahí?

—Todo el tiempo que podamos pagar la renta —sentenció mi madre.

—Claro, aunque sea tu prima, no te lo iba a dejar gratis —rio Ulises, sarcástico.

Estábamos en la ruina. Todavía era muy joven para dimensionar el significado de esa expresión, pero ya sabía que no era nada bueno. De un día a otro, tuvimos que dejar la casa donde nacimos. Pasamos de una residencia de cuatrocientos cincuenta metros cuadrados a un departamento de ochenta en el centro de la ciudad. Nos quitaron todo, solo nos quedó el seguro de vida de mi padre que garantizaba nuestros estudios y la manutención hasta que termináramos la universidad. Mi tío de Maryland le compró un coche a mi madre que no podía estar a nuestro nombre porque sería embargado. Por supuesto, no volvimos al club.

Ese también fue un golpe muy duro para mí. Estaba todavía en *shock* por todo lo acontecido, no lograba asimilar que no era una broma o una pesadilla de la que despertaría. Tenía la ilusión de que volveríamos a nuestra vida de antes, a las discusiones a la hora de la cena porque mi papá no escuchaba a mi mamá, porque se había olvidado de un compromiso social importantísimo. Es que tenía mucho trabajo, el pobre trabajaba tanto… Por eso no estaba, por eso, últimamente, no tenía tiempo para nosotros. Era eso, no estaba relacionado con que él llevara una doble vida o con que su relación con mi madre estuviera rota. No, eso no podía pasar en mi familia. Así, un día, mientras me debatía entre esos pensamientos, recibí un mensaje.

Jaime: Zoe, no he querido molestarte antes.
Me imagino por lo que estás pasando
y se me parte el alma.
Nos vas a hacer mucha falta en el torneo,
ya me avisaron de la dirección
que abandonas el equipo.
En algún momento pensé que
quizás podrías jugaren honor a tu papá,
pero ya me informaron que
tu situación ha cambiado.
Para mí es una gran pérdida,
siempre fuiste mi mejor alumna.
Te deseo lo mejor,
aunque no hace falta porque
tú siempre consigues lo que quieres.

Estupefacta, releí el mensaje más de cinco veces. Me había olvidado del torneo, ¡¿cómo era posible?! ¿Qué día era? ¿Miércoles, domingo? Me había pasado todos los días ayudando a mi mamá a ordenar el departamento. Ella había dicho que tenía permiso para faltar a la prepa dos semanas y que era mejor que no me apareciera ahí bajo los efectos de los calmantes que me habían recetado. A Santiago no lo había visto desde el entierro, él me llamaba, intentaba contarme historietas divertidas, pero yo solo podía responderle con monosílabos. Quería venir a verme y yo no me sentía preparada para recibirlo en «eso» que ahora era mi nueva casa y bajo

los efectos de las pastillas. Le daba largas, le decía que mejor mañana, pero ese mañana no llegaba. Ahora caía en la cuenta de que faltaban cuatro días para el torneo. ¡¿Por qué nadie me había avisado antes?! Me enervé y llegué a la cocina hecha una fiera.

—¡Deja de drogarme! —le grité a mi madre, que estaba haciendo la comida. Ella me miró con seriedad, levantó las cejas y volvió a su oficio—. ¡Te estoy hablando! ¡Como no eres capaz de decirme que estoy fuera del torneo, me drogas con esos estúpidos calmantes!

—Zoe, esas no son formas —sentenció con la voz firme.

—¡¿Y cuáles son las formas?! —me arrebaté, todavía más encolerizada. Ella suspiró, se recargó en el fregadero y comenzó a hablar tratando de mantener la calma.

—Las formas son las de siempre. No porque vivamos aquí tienes que dejar la buena educación. Al contrario, te servirá para salir de este lugar. —Volvió a suspirar—. No «te drogo» como dices, qué expresión tan fea, por cierto. Te doy las pastillas que recomendó el médico para tranquilizarte. Y respecto al torneo, no te había dicho nada porque se me pasó.

—¿Y me lo dices así? ¿Como si nada? —aniñé el tono mientras los ojos se me llenaban de lágrimas.

—Siéntate —pidió ella mientras hacía lo mismo en la mesa de la cocina—. Me llamaron del club dos días después de que muriera tu papá. Adeudaba las cuotas de medio año, pero había firmado unos pagarés. Obviamente, yo no lo sabía. Así que no podemos ir, e incluso, tenemos una deuda con ellos. —Se aclaró la garganta y me miró a los ojos con cariño—. Zoe, tienes que ser más fuerte de lo que eres, tienes que entender que tu vida no volverá a ser la que era.

—¿Y cómo va a ser mi vida ahora? —le pregunté con la expresión atemorizada.

—Una vida mucho más difícil. Una vida de la que saldrás adelante, pero para eso debes tener un plan y no desviarte de él por nada ni por nadie.

—¿Qué plan es ese? —indagué con desconfianza.

—Terminar la preparatoria y la universidad con muy buenas calificaciones, buscarte un buen trabajo y ser la mejor en él, rodearte de gente que te convenga —se quedó en silencio, después agregó de puntillas sobre las palabras—: y casarte con un niño de buena familia.

—Con Santiago —respondí yo, casi sin pensar. Mi madre negó con la cabeza.

—Santiago está muy chico, no va a entender tus nuevas circunstancias, tus planes. En diez años, cuando estén en edad de casarse, no creo que sigan juntos.

—Pero él dijo… Él dijo que me iba a querer siempre, que iba a estar conmigo pasara lo que pasara —titubeé, viendo como las lágrimas me salían a borbotones y caían sobre mi regazo.

Ella me miró con ternura y se levantó a abrazarme. Luego, no agregó nada más.

§

Santiago se cansó de que le diera largas y vino a verme un día por la tarde. Lo esperaba desde hacía una hora y él solía ser puntual. Cuando abrí la puerta que daba al salón, me miró con el semblante preocupado.

—Lo siento, *baby*. No había estacionamiento en ningún lado. ¿Ustedes cómo le hacen? ¿Dónde se estacionan?

—Ahora solo tenemos un coche, un Jetta blanco, y lo estacionamos a la vuelta, en una pensión. —Le sonreí con la cabeza baja.

Él entornó los ojos, incrédulo. Entonces recordé que solía decir que los Jetta eran los coches más aburridos del mundo, cualquiera tenía uno y eso era ser muy poco original. Desvió la mirada y me abrazó.

—¿Cómo vas, *baby*? —preguntó, rozándome con el dedo índice en la mejilla. Yo levanté las cejas y le indiqué con la mirada que se sentara en el sofá, que estaba prácticamente frente a la puerta.

Me acomodé a su lado, nerviosa, no sabía qué decirle, si lo había oído todo o le faltaban detalles, si aquello cambiaba las cosas entre nosotros. Él me interrumpió:

—Lo primero que quiero decirte es que te amo y que estos días sin ti han sido eternos. —declaró después de besarme con suavidad. Sus palabras me llenaron de confianza, pensé que tenía que contarle todo, que era mejor que lo supiera, me aclaré la garganta y me dispuse a hablar.

—Mi papá iba en el coche con su amante, estaban traficando con pieles de cocodrilo… —Él me frenó con su dedo en los labios.

—No tienes que darme explicaciones.

—No, pero quiero que lo sepas… Todo el mundo lo sabe, quiero que tú lo sepas por mí. Estamos en la ruina, tenemos muchísimas deudas. Lo único que los acreedores no van a tocar es el dinero para la escuela y la manutención.

—¿Y crees que eso cambia lo nuestro? —preguntó, indignado.

—No…, no lo sé, espero que no —titubeé—. Pero ya nada va a ser como antes, ya no voy a poder verte en el club y tendrás que venir aquí. No sé… Este lugar es deprimente.

Si antes no había querido hacer observaciones sobre el departamento, ahora salían de mi cabeza sin pedirme permiso. Las paredes en tonos salmón con dinteles blancos, las cortinas con estampados de aves, ¿quién había decorado esa pocilga? Nuestros muebles, todos de estilo minimalista, chocaban con el lugar, como si hubieran sido sacados de una subasta. Santiago inspeccionó la sala con recelo. Luego, se aproximó a mi oído, juguetón.

—Objetivamente, es muy feo —rio—. Pero tú lo salvas. Cualquier lugar donde estés tú es el lugar más bonito del mundo para mí.

Se me escapó una risilla. Hacía semanas que no me reía, pero para eso estaba él, y casi se me había olvidado lo alegre que era todo a su lado. Entonces lo besé con dulzura.

Nos quedamos abrazados, jugando con nuestras manos en silencio. Supongo que él no sabía qué más decir. Yo, por mi parte, tenía muchas preguntas. Quería que me contara cómo había reaccionado su familia, sus amigos, si había ido al club y le habían comentado algo; sin embargo, todas esas cuestiones se tornaron absurdas cuando quise preguntarle por mi papá, si todavía se acordaba de él, de la tarde que había ido a mi casa y habíamos jugado Monopoly entre risas. Empezaba a aterrarme que todos esos buenos recuerdos se me olvidaran, que toda la suciedad que rodeaba ahora su idea se llevara consigo el hecho de que un día había sido un buen padre que pasaba tiempo con su hija.

De un momento a otro, Santiago se aburrió de estar ahí y propuso salir un rato.

—Me dijeron que por aquí hay una taquería muy famosa, creo que es la primera de la ciudad. Nunca he ido, la verdad es que tenía años que no venía al centro. —Hizo una pausa, como para evitar un comentario imprudente—. ¿Qué tal si vamos? Ya sabes que yo siempre tengo hambre.

Lo miré apretando los labios. No tenía ganas de comer, mucho menos unos tacos grasientos en

una taquería de barrio, pero quería complacerlo, así que afirmé con la cabeza.

—Voy a avisarle a mi mamá.

Me levanté y me dirigí por el estrecho pasillo que llevaba a las habitaciones. Toque en la puerta de mi madre y ella salió para saludar a Santiago. Antes de despedirnos en la entrada, nos advirtió:

—Bueno, váyanse con cuidado, y mejor quítate el reloj, Santi.

El edificio donde ahora vivíamos era el mejor de toda la calle, sin embargo, seguía siendo un conjunto de departamentos para gente de nivel más bien bajo. Estaba situado en la calle principal que terminaba en la plaza donde estaba el Ayuntamiento, pero por las noches la calle solitaria y obscura era escenario de asaltos y violaciones. Había una patrulla que vigilaba la zona, aunque resultaba insuficiente. México seguía viviendo una de las épocas más inseguras de su historia, y nosotros debíamos ser precavidos porque saltaba a la vista que no pertenecíamos al barrio.

Cuando salimos del edificio, tomé su mano con cierto recelo. ¡Era todo tan raro! Siempre nos habíamos visto en lugares lindos, iluminados, seguros. Ahora parecíamos dos borreguitos a punto de ser degollados. Pensé en las palabras de mi madre, que Santiago no iba a entender mis nuevas circunstancias. ¿Las habría entendido yo si hubiera sido él quien hubiera caído en desgracia? Quizás no. Así que me propuse no juzgarlo y aprovechar cada instante que nos quedara juntos.

AHORA
XI. LAS BATALLAS PERDIDAS

Junio 2022

Siento como todo mi cuerpo se estremece, volviéndose más pequeño, flotando y permitiéndome ver la realidad desde un lugar más elevado. «Es mi año de hacer las cosas que siempre he querido y de cerrar las cuentas pendientes. Espero que tú hagas lo mismo». Releo las frases una y otra vez. Intuyo lo que Santiago ha querido esconder entre las palabras: yo soy una de sus cuentas pendientes y está cerrándola con esta foto. Está dando por perdido el último intento; se está despidiendo de mí, de una vez por todas y para siempre. Se me llenan los ojos de lágrimas.

Ahí, frente a los tulipanes alegres y coloridos, todo se torna gris, fatuo. Vuelvo a tener dieciocho años, a sentir como una parte de mí se pierde con él. «¿Cómo dejé que esto sucediera? ¿Cómo me expuse a pasar por lo mismo?», me pregunto a punto de desmoronarme. Si los rescoldos hubieran ardido antes, hace tres o cuatro años, todo sería más fácil. Yo habría dejado a David sin pensármelo dos veces, porque el futuro con él sería igual de incierto, pero ahora es demasiado tarde.

«Santi, ¿por qué esperaste tanto tiempo? ¿Por qué no me reviviste antes?», suspiro mientras busco un pañuelo en la bolsa y saco el teléfono también.

Me quedo viendo la pantalla, dudando si debiera contactarlo y darle las gracias. Fantaseo con un encuentro, imagino lo que me diría si me tuviera enfrente, en la forma en la que me pediría explicaciones y lo que yo le diría:

«Santi, yo no podía hacer nada, tú me lo prohibiste. Creí que no tenía derecho después de lo que hice, aunque siempre estuvieras en mi cabeza como telón de fondo. El primer año pensé tanto en ti, en buscarte, pero siempre acababa convenciéndome de que era muy tarde. ¡Qué ingenua! ¡No sabía lo que significaba eso realmente! Después te vi con Daniela. ¡Con Daniela, mi archienemiga! ¿Cómo pudiste hacer eso? No fui consciente, pero fue en ese momento cuando entendí que tenía que continuar con mi vida. Entonces apareció David. ¿Y tú, qué hiciste mientras tanto? Seguiste igual que siempre, entregándote a toda clase de placeres, pasando de una a otra sin miramientos. ¿Qué podía hacer yo? Eras el tipo menos recomendable de la ciudad. ¿Y ahora qué? Reapareces reformado, con metas, más hombre que nunca, cuando ya no hay marcha atrás».

Niego con la cabeza, me reacomodo en el asiento. «Yo no soy así, yo no sucumbo ante el sentimentalismo», me recrimino. Hace mucho que me volví una dama de hierro: fría, calculadora y mala. Antes intentaba disimularlo; de un tiempo acá, ya no me importa. Ya he aceptado que esta es mi forma de protegerme para que la vida no pueda herirme, aunque por dentro esté tan sola.

«La decisión ya está tomada», me repito. Acto seguido, enciendo el celular y abro la aplicación para escribir un mensaje.

Yo: Corazón, muchas gracias

por los tulipanes.

¡Están divinos!

Nos vemos esta noche para celebrar juntos.

§

Sentada en el sofá de mi departamento, con la vista perdida en el cielo que se asoma por los ventanales del balcón, mi cabeza es un amasijo confundido. Repaso mi vestido azul eléctrico y las sandalias de tacón plateado. Intento ignorar mis pensamientos, en especial aquellos que siempre tienden a Santiago y a la despedida del otro día. Me esfuerzo en pensar en David, en la distancia que hay entre nosotros, incluso en la cena de mi cumpleaños, cuando me regaló los aretes de esmeralda y todo parecía prefabricado, de cartón. Me gustaría encontrar una solución, pero no sé cuál. De pronto, el timbre corta mis reflexiones y me devuelve a la realidad.

Cuando abro la puerta, me encuentro con un David impecable de sonrisa dulce. Lleva una camisa blanca con finísimas rayas azules y un pantalón gris que se le ajusta a su trasero de buena manera. Me cuelgo de su cuello, rozo mi nariz contra su piel y, sin haberlo previsto, su olor a Tom Ford me provoca. De improviso, la pregunta que se había quedado sin contestar encuentra su respuesta y se me ocurre algo que podría acercarnos.

—Mi mamá no está —le susurro al oído.

—¿Cuántos años tienes? —me responde él con una sonrisa pícara.

—No sé, ¿veinte? —le sigo el juego con una risilla, él frunce el ceño y se desembaraza de mí.

—Zoe, ¿en serio? Si no hicimos algo así cuando teníamos veinte años, ¿lo vamos a hacer ahorita?

Me muerdo un labio con descaro y tomo su mano para llevarlo a mi habitación. En el camino, por el pasillo, él se detiene de golpe y tira de mí en dirección contraria.

—¿Por qué haces esto? ¿Para que termine viviendo aquí contigo y con tu mamá después de la boda? —me suelta con saña.

Mi corazón se detiene un segundo, trago saliva. Conociéndome, sabe que esto puede ser cualquier cosa, una burda manipulación cuando menos. Pero por extraño que parezca, lo he improvisado hace dos minutos al sentirme atraída por él. Bajo la cabeza, sin pensar demasiado, me doy permiso de hablarle con sinceridad.

—Estás muy guapo hoy, hueles muy bien y me dieron ganas de hacerlo contigo, solo eso. —Desvío la mirada con tristeza.

Se le dibuja una sonrisa de lado y una luz de ternura se cuela en sus ojos. Despacio, se acerca y me abraza por la cintura, luego me besa, primero con suavidad, saboreando sus labios con los míos, hasta que el calor va envolviéndonos y los besos se vuelven más largos y profundos. Con la poca coherencia que me queda, se me ocurre cambiar las reglas y dejar de hacer lo que siempre hacemos.

—Ya no quiero seguir jugando a ser la niña reprimida y pudorosa —le susurro al oído mientras voy desabrochando su camisa y la tiro al suelo, luego continúo con sus pantalones y meto la mano para tocarlo.

Minutos después, me deslizo hasta el suelo para darle placer con mi boca. Él, extasiado, me mira sin parpadear con las manos a los costados. Cuando creo que puede llegar el final, lo suelto

y me pongo de pie. Me desnudo al tiempo que voy dando pequeños pasos que me conducen a mi habitación.

Él, como sumido en un trance, me sigue y cierra la puerta. Sin decir una sola palabra, se abalanza sobre mí, me gira dejando mi espalda contra su pecho y toma mis manos para apoyarlas en el tocador que está a unos metros de la puerta. Ahí, frente al espejo, me penetra con fuerza.

—Hazlo despacio, que dure mucho tiempo —lo instruyo con un hilo de voz.

Él intenta seguir mi consejo, de un momento a otro, se detiene, cubre mi cuerpo con el suyo y cuela la mano entre mis piernas. Se queda ahí unos minutos hasta que mi respiración empieza a entrecortarse. Toma mi cuerpo por la cintura, impulsándose con velocidad hasta que terminamos al mismo tiempo por primera vez.

«¡No lo puedo creer!», me sorprendo, ilusionada, mientras voy recomponiéndome. Me giro, todavía con el pulso disparado y lo rodeo con mis brazos por el cuello.

—¿Por qué nunca me habías hecho algo así? —susurro con una expresión juguetona.

—Yo… No sé, no quería faltarte al respeto —me responde, confundido, sin adueñarse de sí mismo todavía.

—Pero voy a ser tu esposa, podemos hacer lo que queramos —le contradigo.

—No creo que esté bien que te trate así —sentencia, indeciso, con sus manos apenas tocándome por el torso.

—Lo hiciste superbién. ¿Cómo puede ser? ¿Dónde aprendiste? —me mofo porque sé que no es el hombre más experimentado del mundo. Él frunce el ceño y murmura a la defensiva:

—¿Quieres tener esta plática? ¿Te gustaría que te preguntara dónde aprendiste a hacer una felación?

Su respuesta me hiela la sangre. Despacio, retiro las manos y desvío la mirada. No puedo creer que me haya atacado de esa forma. No en este momento tan especial en el que estaba sintiendo que volvíamos a tender un puente entre los dos, que me sentía feliz ante la idea de nosotros. Me quedo en silencio, sin saber qué responderle, pero él vuelve a atraerme hacia sí por la cintura.

—Corazón, lo siento —se disculpa—. Es que, tú lo sabes, yo tengo una educación que me hace sentir mal si te trato de esta forma. Además, no es lo que nosotros hacemos, mucho menos en casa de tu mamá, es una falta de respeto.

Yo sigo atónita, sin poder pronunciar una palabra. Todo ha sido tan inesperado: la necesidad que tenía de sentirme unida a él y mi cuerpo revolucionado al estar tan cerca. No he encontrado otro camino que cambiando las reglas del juego, siendo un poco más yo y menos el papel de «novia perfecta» que represento. A cambio de eso, él arremete contra mí usando mi pasado, algo que nunca había hecho. Soy consciente de la máscara que me he impuesto, de la forma en que me he adaptado a la honorabilidad de su familia, pero a unos meses de la boda, no puedo seguir con esa falsa idea de buenas costumbres, que por lo visto él tampoco cumple. Porque ¿dónde ha aprendido lo que acaba de hacer? ¡Viendo pornografía, seguro!

Estoy a punto de echárselo en cara, pero antes de que las palabras salgan por mis labios, me recuerdo qué es lo que quiero: volver a ser una pareja que se entiende y casarnos como habíamos planeado. Resisto, me digo que debo hablarle de los cambios, con sutileza, sin enfrentarlo o ponerlo en evidencia.

—Tienes razón, quizás esto no fue lo más decente. Pero podemos experimentar más cosas, con amor, solos tú y yo en algún hotel. Nuestra intimidad es solo nuestra, no tiene que ver con esa

«educación».

Él asiente con la cabeza y yo lo beso en la boca con suavidad.

—Te quiero, corazón —murmuro, y me recargo en su pecho.

—Yo también —responde, apretándome contra él.

Quiero sentir que todo está reordenándose, que las dudas se disipan, como si se tratara de las nubes de un temporal que se van retirando para que la claridad entre, pero me doy cuenta de que recuperarnos nos llevará mucho más tiempo. Me preparo mentalmente para decírselo, para pedir que se esfuerce por acercarse a mí, de pronto, él me interrumpe sin ningún preámbulo.

—Corazón, tenemos que vestirnos o llegaremos muy tarde a la fiesta de mi tío Claudio.

§

El cóctel en el jardín de la casa de su tío Claudio, para ciento cincuenta personas, parece más elegante de lo que es. Todos vestidos para la ocasión se distribuyen en mesas altas y pequeños sofás. La mayoría de las mujeres de la familia están a la izquierda de la pista, donde un conjunto de *jazz* toca brioso. Antes de saludarlas, nos encontramos con los tres primos de David. El primero en saludarnos es Juan Carlos, el mamarracho de la familia que siempre tiene un comentario inoportuno que dedicarle a todo el mundo.

—¡Los futuros novios! —exclama, chocando la mano de David con sonoridad, luego repara en mí y me saluda con un beso—. Casi señora de Arteaga, ¿cómo estás?

—Bien. —Sonrío desconfiada y levanto las cejas.

—¿Cómo van los preparativos? —insiste él.

—Bien —repito sin darle importancia.

—Zoe, tú no te estreses. —Hace un gesto con la mano y una risilla irónica se le escapa—. Pídele a David que te contrate una Samanta González que haga el trabajo sucio. —Suelta una carcajada, carraspea y voltea a verlo con un gesto desafiante—. Esa es la clave para estar relajado. ¿O no, primito?

David aprieta la mandíbula y endurece el gesto. Me toma por el antebrazo y, dedicándole una mirada de odio, se deshace de la situación.

—Ahorita vengo, vamos a saludar a mi mamá y a mis tías. —Da un paso apresurado llevándome con él, luego resopla enfurruñado—. No le hagas caso, es un pendejo.

Me desconcierta, «¿Qué fue eso?, ¿por qué parece que hay entre ellos más tensión de la habitual?». Juan Carlos no es santo de nadie en la familia, encarna todos los vicios: vago, mujeriego y bebedor. Tiene un puesto en la constructora y siempre comete errores estúpidos. Eso sin mencionar que cada vez está más resentido porque será David quien termine siendo el presidente. No obstante, aquí hay algo más, un mensaje oculto. ¿Qué tiene que ver Samanta, la secretaria de David, en todo esto? Estoy todavía dándole vueltas al asunto cuando ya estamos rodeados de las mujeres de la familia.

Las saludo con efusividad y ellas corresponden. Me entretengo unos minutos de más con la tía Isabel, la esposa del tío Claudio, y con el rabillo del ojo, descubro cómo mi suegra le hace un gesto a Sofía, mi cuñada, para que me deje un lugar junto a ella. «Otra treta», me digo todavía sonriendo.

Apenas me estoy sentando, su voz empalagosa me avasalla.

—Preciosa, ¿ya hablaste con Mariana? —pregunta sin irse por las ramas—. Agregué una barra de carnes frías y un cortador de jamón ibérico. También pensé en un pequeño espectáculo para que la gente no se aburra en lo que llegan ustedes a la fiesta. ¿Qué piensas?, ¿te dio las opciones?

Todo lo que ha sucedido en las últimas semanas, me ha dejado sin la energía suficiente para oponerme y he terminado diciéndole que sí a todo, sin estudiar las opciones. Sonrío con cordialidad.

—Sí, ya le di el OK —afirmo, y me distraigo con los canapés y la bebida que me ofrece un mesero.

—Pero ¿qué espectáculo elegiste? ¿Los mimos o los bailaores?

—¡¿Propusiste unos mimos?! —le pregunto, casi escandalizada.

—¿No los viste? —insiste ella con una mirada de decepción.

La verdad es que ni siquiera me tomé el tiempo de reírme de sus ideas estrafalarias, como he venido haciendo, pero hoy no me deja escapatoria: «¡Es una boda, no una fiesta infantil!», me burlo para mis adentros sin decir nada, no necesito un problema más a la lista. Ella da un trago a su limonada y hace una mueca de disgusto.

—Sigues estresadísima con tu trabajo, ¿verdad? —pregunta con saña, levantando la voz al tiempo que las tías que están alrededor dejan sus conversaciones y se inmiscuyen en lo que es algo más que un simple comentario—. ¡Ay, esta niña! ¡Que no quiere dejar de trabajar! ¡¿No sé qué vamos a hacer con ella?! —exclama en tono chillón y acaramelado.

Las risas que provoca su observación, a medio camino entre la condescendencia y la burla, me hielan la sangre y el canapé de salmón que tengo en la boca se vuelve casi imposible de tragar. De improviso, una sensación extrañísima me arrasa, como si pudiera verlas desde lo alto y no fueran más que una bandada de cacatúas graznando. Aun así, el tufo a humillación no desaparece y guardo silencio porque estoy en desventaja. Me digo que no tengo más opción que sonreír, como si hubiera sido una broma cualquiera, pero Rosy ha estado esperando este momento y no va a desaprovecharlo.

—Lo de la casa, ¡bueno! —Se escandaliza al tiempo que se lleva la mano a la sien como si fuera imperdonable—. Pensaba ayudarte, pero, preciosa, es tu casa y tiene que ser a tu gusto. No retrases más eso porque no va a estar lista para cuando vuelvan de la luna de miel y eso sí no te lo vamos a perdonar.

—¡Claro que no! —la secunda la tía Isabel con una risa hueca—. Tienes que tenerla lista porque vamos a querer una fiesta de inauguración.

Mi sonrisa comienza a desvanecerse entre las risotadas y comentarios de apoyo. No es necesario que busque una forma de defenderme porque Rosy acaba de aplastarme como a un mosquito enfrente de todas. De repente, siento que mi estómago se queja con furia. El canapé que no podía tragar lucha por salir de nuevo. Doy un sorbo a mi limonada, pero es insuficiente. Me levanto en silencio y corro en busca del baño más cercano.

No reparo en nada ni en nadie, solo en la imperiosa necesidad de no vomitar enfrente de toda la fiesta. Al final, entrando por un pasillo lateral por el que se accede a la casa, logro mi propósito.

Cuando ya han pasado unos minutos, después de enjuagarme la boca y tratar de entender por qué mi cuerpo reacciona como lo hace, escucho que alguien llama a la puerta: es David.

—Zoe, ¿estás bien? —Su voz grave se me antoja más familiar que nunca y abro al instante. Él

me espera con la expresión preocupada y se acerca a abrazarme—. ¿Qué te pasa?

—No sé, es la segunda vez que me sucede —le respondo, apenada, mirando al suelo.

—¿Cómo? ¿No me habías dicho nada?

—Hace unas semanas, en la oficina —le digo tratando de quitarle importancia.

—¿Estás embarazada? —pregunta él con la cara desencajada mientras yo me mofo y frunzo el ceño.

—Me embaracé hace tres horas y ya casi voy a dar a luz. —Suelto una risilla.

—Bueno, no sé, antes.

—¡¿Antes?! ¿Cuándo? —endurezco la voz—. Teníamos más de dos meses sin tener relaciones.

Él hace una mueca de disgusto, sintiéndose herido, guarda silencio un momento y, al final, agrega con ese aire paternalista con el que me trata últimamente.

—Si es la segunda vez que te pasa, deberías ir al médico, ver qué es lo que tienes. ¡La salud es lo primero!

Asiento, es probable que sea mi úlcera, el estrés y la forma en que mi cuerpo quiere advertirme que estoy a punto de venderle mi alma al diablo. Nada que no sepa. Trago saliva y lo miro, intentando que no se pierda la débil conexión que logramos hace unas horas.

—Tienes razón, voy a ir a revisarme esta semana —susurró, y luego me abrazo a él, como si quisiera llenarme de fuerza para enfrentar la tormenta de comentarios impertinentes que me esperan al volver a la fiesta.

«Yo puedo con eso y más», me animo porque no tengo alternativa.

ANTES
XII. EL DÍA DE LA INCREDULIDAD

Diciembre 2012

Volví a la preparatoria a principios de diciembre para los exámenes semestrales. Luz me había sacado copias de todos los apuntes y quería llevármelas al departamento, pero yo me negué una y otra vez hasta que un día me llamó por teléfono muy insistente.

—Reinita, a mí no me importa dónde vivas… Yo lo hago por ti, porque eres mi mejor amiga y quiero ayudarte.

—Te vas a reír mucho cuando te lo diga —contesté yo, sarcástica.

—Nunca me burlaría de algo así —condenó ella con la voz grave.

—Vivo en el centro, en la calle que va a la plaza principal.

—¿Y eso qué, Zoe? ¡Cállate! Mi abuelita, la mamá de mi mamá, vive tres calles atrás, en una casa del año del caldo —respondió, ufana.

En ese momento recordé que sí, que su mamá no era una señora de bien y que mi mamá decía que quién sabía de dónde había salido porque hacía comentarios muy impertinentes. Así que acepté recibirla y cuando vino, actuó tan natural que pensé que tenía mucha suerte de que ella fuera mi amiga.

Pero no todos eran Luz, la mayoría eran más Rubén, que no sabía cómo portarse conmigo. Algunas veces me trataba con pinzas, intentando no hacer ningún comentario que pudiera resultar hiriente; otras era tan desconsiderado y presuntuoso como yo lo había sido y no hacía más que hablar de frivolidades. Intentaba no juzgarlo y él, por su parte, buscaba cómo hacerme saber que le importaba.

—Reina, ¿te cuento algo? —me dijo a la salida del penúltimo examen—. Ayer, cuando estaba dando una vuelta con mi perro, vi a una señora poniendo carteles de «se vende» en tu casa y ¿sabes qué hice? —preguntó con una risilla malévola—. Me esperé a que se fuera y los quité todos.

—¿Y eso para qué sirve? —me reí, entornando los ojos.

—Para que nadie viva ahí, no soporto pasar por tu casa y pensar que no estás —sentenció.

De alguna forma, vivir en el mismo residencial nos había hecho amigos. Era extraño pensar en nosotros sin esos quinientos metros que separaban mi antigua casa de la suya, y me descubrí deseando que nuestra amistad no terminara.

§

Después de los exámenes llegaron las vacaciones de Navidad y la exagerada decoración decembrina se convirtió en una obscenidad ante mis ojos. ¿Qué demonios les hacía tanta ilusión? Hacía frío y los días terminaban más pronto, la unidad familiar era una falacia, no había más que pruebas a mi alrededor. Empezando por Santiago, cuyo único objetivo era engañar a sus padres; siguiendo por Luz, que vivía encerrada en una burbuja de cristal y la trataban como si tuviera diez años; continuando por Rubén, que era hijo único y llamaba «mamá Chayo» a su nana

porque sus padres no le hacían ni caso; y mi familia, ¡no, bueno!, se llevaba la medalla de oro. Los cuatro hermanos de mi padre y sus familias, prácticamente, habían desaparecido desde el accidente. Tenían empresas dedicadas a las pieles y temían que la reputación de mi padre los ensuciara, así que lo tildaban de oveja descarriada e irresponsable que nada tenía que ver con ellos. Mi abuela paterna padecía Alzheimer y desde el suceso había tenido un brote muy grave, ya no reconocía a nadie. Solo quedaba la familia de mi madre, que era tan pequeña que casi no contaba.

Mis abuelos, que ya no estaban, habían sido emigrantes vascos de la guerra civil española y se habían conocido en la Ciudad de México. Se casaron ahí y tuvieron dos hijos: mi madre y mi tío Antonio. Habían terminado viviendo en el centro del país porque un primo de mi abuela vivía aquí y se había casado con la hija de un político con mucho dinero. Esa pareja había tenido solo una hija, que se llamaba Esther. En resumen, la única familia que teníamos era mi tío Tony, que vivía en Maryland, y la prima de mi madre, Esther, con quien ella tenía una relación espinosa. Así que cuando pensaba en la cena de Navidad, se me revolvía el estómago ante tal panorama.

Santiago hacía lo que podía para sacarme alguna sonrisa. Durante los exámenes, cuando estaba libre de la universidad, pasaba a recogerme y nos quedábamos en el coche hablando y escuchando música. Él era muy paciente conmigo, aceptaba que solo quisiera abrazarlo, que no le dijera casi nada. Para entretenerse se ponía a contarme especificaciones de motores y modelos de coches millonarios. Yo asentía, simulando que lo escuchaba, pero la realidad era que me pasaba el tiempo memorizando las facciones de su cara y las muecas que ponía cuando se entusiasmaba, parecía irreal lo guapo que era.

Cuando las vacaciones empezaron, me preocupaba qué íbamos a hacer para vernos. Él había dicho que podía venir al departamento a visitarme, pero luego se había corregido, era mejor pasar por mí sin estacionar el coche e ir al cine o a comer algo. No lo culpaba, yo habría hecho lo mismo.

Me recogió cuatro veces en la puerta del edificio y las cuatro veces fuimos al cine a ver películas aburridísimas de acción. Recuerdo que la última vez que estuvimos ahí, cuando salimos de la sala y tiramos la basura de las palomitas y los refrescos, me dedicó una mirada de fastidio:

—Ya llené mi cuota de cine, no vuelvo por aquí en un año por lo menos.

Esbocé una sonrisa desganada. ¿Qué significaba eso?, ¿qué íbamos a hacer ahora? Preferí no decirle nada y caminamos en silencio hasta el coche.

Más tarde, en la puerta del edificio, antes de que yo me bajara, se quedó observándome con la poca luz de la calle.

—Te extraño, Zoe —murmuró.

Entendí en el momento a lo que se refería, a dónde quería llegar con eso. Los ojos se me llenaron de lágrimas, pero parpadeé y elegí hacerme la tonta.

—¿Me extrañas? Si estuvimos toda la tarde juntos. —Fingí sorpresa soltando una risilla irónica. Él se acercó y puso su mano en mi mejilla izquierda.

—*You know what I mean, baby!* —sonrió, luego desvió la mirada.

Con recelo, deslicé mi mano sobre la suya y le di un beso delicado en el dorso, después intenté responderle suavizando el tono:

—Lo siento, pero no tengo cabeza para pensar en eso.

Él se arremolinó en el asiento, echó para atrás los hombros y sujetó el volante con fuerza.

—¡OK! *Gotcha!* —concluyó.

Cerré la puerta del coche y me fui. Nada más, ni un «te quiero» ni un «te llamo mañana». Las palabras de mi mamá volvían como un eco. Claro que no lo entendía. Para él había pasado un mes y medio desde que habíamos tenido relaciones, para mí, el accidente y la ruina habían sucedido ayer. Yo seguía instalada en el día de la incredulidad, cuando esperas que algo mágico ocurra y todo vuelva a ser como antes.

Después de entrar al edificio, mientras subía por esas solitarias y horribles escaleras que parecían de un hospital, las lágrimas se me escaparon. El sexo con Santiago había sido lo más divertido e intenso que había vivido. Se me había colado por el estómago con los besos que me hinchaban los labios y había florecido como una enredadera que nos envolvía y nos mantenía muy unidos. Pero, inevitablemente, después de un tiempo, nos aburrimos y quisimos buscar otras emociones; él, con sus borracheras y yo, volviendo al tenis. Entonces la enredadera comenzó a secarse.

¿Qué les quedaba a las parejas después del sexo? ¿Lo que tenían mis padres? ¿Lo que mi padre había encontrado en otra y nos había llevado a la desgracia? ¿De qué demonios se trataba todo esto? Cuando pensaba en el acto desprovisto de todo el romanticismo, me parecía una mera actividad física, como hacer deporte, comer… ¿No podía ser igual de banal e insulso? La madurez de ese entonces no me alcanzaba para comprender el significado y compromiso que el sexo representaba. Si mi curiosidad me había salvado de la moral y me había permitido experimentar muchísimo más que la mayoría de las niñas de mi edad, el sinsentido de la vida me imposibilitaba para seguir disfrutando. Me limpié las lágrimas antes de meter la llave en el cerrojo. Algún día encontraría la respuesta para todas esas preguntas, algún día volvería a abrir esa puerta.

§

Tardó cuatro días en llamarme. Él había sido el que se había ido casi sin despedirse, ¿acaso estaba pensando que yo lo iba a llamar? ¡Jamás! Si seguía por ese camino, en unos meses, cuando estuviera mejor, iría al antro al que él iba y, con solo mover un dedo, me convertiría en la novia de alguno de sus estúpidos amigos que me miraban lascivamente cuando él no se daba cuenta. «Santi, Santi, Santi. Yo todavía soy Zoe Villafaña, ¡que no se te olvide!», me envalentoné cuando vi su nombre en la pantalla.

—¿Estás enojada conmigo? —me preguntó con voz arrepentida después de saludarme. No respondí y ante ese silencio él decidió continuar—: Lo siento, es que a veces soy un imbécil.

—¿A veces? —me reí, irónica.

—¡Eres genial! —contestó entre carcajadas—. No hay otra como tú, ¿verdad?

—Búscala y luego me cuentas —le indiqué con una risilla.

—Ya, *baby*, ya entendí —zanjó. Hizo una pausa y se aclaró la garganta—. El próximo sábado es la cena de navidad del club y te compré un boleto, pero si no quieres ir, no pasa nada.

Me quedé callada, la cena del club era uno de los eventos del año a la que todo el mundo iba en sus mejores galas de invierno. Era la oportunidad que teníamos cuando éramos niños para ir a una fiesta de adultos y en la que muchas del equipo de tenis habían besado a alguien. A mi mente llegó la cena del año pasado, cuando yo había ido con mi familia y él, con la suya. Estuvimos

bailando toda la noche, pero justo antes del sorteo de socios y empleados, nos escabullimos entre la gente y terminamos en el pasillo de servicio. Al principio nos moríamos de frío, al final estábamos sudando. Los recuerdos eran muy graciosos hasta que los equiparé con la realidad, entonces respondí casi en silencio:

—No sé… Me voy a sentir muy rara.

—¿Por qué? Todo el mundo te conoce, les dará mucho gusto volverte a ver.

—¿Tú tienes ganas de ir? —pregunté, inquieta.

—Si tú no vienes no, pero mi mamá, ya la conoces, tengo que ir —se quejó.

Supuse que había sido idea de Blanca invitarme y me alegré. Habíamos hablado poco, sin embargo, el día del funeral, me había dicho que me quería mucho, que podía contar con ella, que estaría ahí. Tenía ganas de verla, pretender que nada había cambiado, salir de ese lugar chabacano que me estaba amargando la vida. Eso sin mencionar que todas las del equipo estarían ahí, incluida Daniela, que ya no tenía novio.

—Está bien, vamos —acepté, casi sin pronunciar las palabras.

§

Mi mamá se quedó mirándome con el semblante serio, agazapado entre el regaño y el desconsuelo, mientras dejaba el libro que leía en el buró.

—No es buena idea, Zoe —sentenció.

—¿Por qué no? —intenté sonar natural para evitar los enfrentamientos.

—Ven, siéntate —me pidió con dulzura, señalando la cama—. Hace tiempo que entendí que contigo las prohibiciones no funcionan. Nunca tuvimos estos problemas antes de Santiago porque tú hacías lo que tenías que hacer a la perfección. —Se aclaró la garganta—. Cuando empezaron a andar, pusimos todas las reglas que pudimos. Los vigilábamos sin descanso, pero fue imposible, contra la naturaleza no hay nada que hacer. —Rio con ironía, luego desvió la mirada y me tomó la mano—. Lo único que me quedó fue guiarte y que tú tomaras tus propias decisiones, algunas malísimas, por cierto. Uli los vio en el club, escondidos… En fin, no quiero hablar de eso. Ahora, la situación es la que es, en unos meses serás mayor de edad, terminarás la prepa, entrarás en la universidad y tendrás que administrar el dinero del seguro para tus estudios. Yo voy a ayudarte, aconsejarte, pero serás tú quien decida. En esta ocasión, es lo mismo, yo opino que no vayas. Tenemos una deuda con ellos, no sé cómo te vayan a tratar o los comentarios desafortunados que puedas escuchar de otras personas.

—Yo solo voy a estar con Santi, ni siquiera tengo ganas de hablar con nadie —le rebatí, decidida.

—Pero a Santi lo puedes ver en otro lado —se quejó.

—¿En dónde, mamá? ¡¿En dónde?! ¡¿Aquí?! —le contesté, alterada.

—Zoe… —intentó tranquilizarme.

—Blanca quiere que vaya. Además, ¿sabes cuántas hay esperando a que Santiago Moralba esté solo para abalanzarse sobre él? —levanté la voz.

—Hay muchas niñas en todos lados, en la universidad, en las discotecas a las que va.

—En la cena del club tú sabes lo que pasa. No quiero ni pensar en Daniela… —la interrumpí, molesta.

—Entonces, no es Santiago, es Daniela.

—¡No entiendes nada! —gruñí—. Voy a ir, aunque no te parezca buena idea —espeté mientras me levantaba y salía de su cuarto.

§

Revolví el clóset más de cinco veces. Para cada evento de ese tipo solía comprarme algo muy bonito, pero ese año no me atrevía ni a preguntárselo a mi mamá. Todavía no había cobrado el dinero del seguro, lo que correspondía a ese mes y medio. Estábamos embargados, ni siquiera teníamos posibilidad de tener cuentas bancarias, sobrevivíamos con giros de efectivo de Western Union que mi tío Tony nos enviaba. Me tumbé en la cama derrotada, tomé el teléfono y me decidí a perder el tiempo en las redes sociales. Haciendo *scroll* me apareció Luz con un vestido corto precioso, de terciopelo negro con escote de corazón, seguramente era nuevo, nunca se lo había visto. Pensé que le quedaba demasiado apretado, aunque eso era lo de menos, porque ella sí era feliz, o eso parecía al salir tan sonriente disfrutando de una celebración familiar. *Voilà!* ¡Ya sabía qué iba a ponerme! La llamé y dijo que sí al instante, incluso se ofreció a traerme el vestido al departamento después de visitar a su abuelita. Mi mamá tenía razón: «Rodearme de gente que me conviniera». Si quería salir de ese lugar, tenía que seguir el plan que ella me había propuesto, aunque yo quería agregar algo más: no perder a Santiago.

Él me había dicho que pasaría a recogerme a las siete, aunque la cena empezaba a las nueve. Otra vez, sabía a dónde iba con eso. No estaba lista, seguía sin entender nada, pero esa confusión se convertía en una furia que me empujaba. Pensé que era más útil tomar acción que dejarme arrebatar por el sentimentalismo. Él me quería y yo lo quería a él, iba a luchar por mantenernos unidos, aun cuando implicara hacer algo que no deseaba.

Llegó puntual y estacionó el coche lo más cerca que pudo del edificio. Vestido impoluto con traje y corbata negra, caminó por las calles y tocó el interfono. Bajé enseguida con los tacones matándome por las prisas, pero todo se me olvidó cuando abrí la puerta y lo vi ahí, casi como un modelo de revista. Me lancé a abrazarlo.

—*Gorgeous!* ¿Cómo puedes ser tan guapa? —me susurró él al oído.

Nos fuimos de la mano caminando hasta el estacionamiento entre curiosos que nos miraban mientras daban su paseo sabatino. A mi cabeza vinieron los recuerdos del Baile de la Rosa, cuando éramos tan ideales que la gente no podía dejar de contemplarnos. Quizás esa noche tendríamos un poquito más de esa sensación, quizás eso me ayudaría a paliar todo el dolor que llevaba dentro.

Al llegar al coche, Santiago hizo un ademán divertido y me abrió la puerta. Luego se encaminó a su lugar, se subió rápidamente y preguntó con la voz fingida:

—¿A dónde, señorita?

—A las estrellas —pronuncié con un hilo de voz mirándolo a los ojos.

No lo pensó dos veces, puso esa lista de canciones romanticonas que nos gustaban a los dos y condujo alocado hacia el mirador. Durante el trayecto, yo no hacía más que mirarlo de reojo, concentrarme en la música e intentar atraer las sensaciones que él solía provocarme. Cuando parecía que todo estaba funcionando, que sentía deseo otra vez, algo en mi interior me frenaba de golpe. Todas las escenas recientes y siniestras se desplegaban ante mí y me aturdían.

En medio del caos que había en mi cabeza, llegamos al mirador. Él me ojeó con una sonrisa traviesa, se quitó el cinturón de seguridad y se abalanzó sobre mí sin recato. Intenté seguir el juego de su boca con la mía, pero su urgencia me lastimaba. Quería decirle que parara, que ya no tenía ganas, cuando él metió la mano entre mis piernas. Tiró de las medias y las bajó, luego con desesperación jaló la ropa interior, rompiéndola en el acto.

—¡¿Qué haces?! —Me separé de golpe. Él se quedó petrificado.

—Yo… Tú dijiste… Yo —tartamudeó, luego se acomodó en su asiento y desvió la mirada mientras resoplaba.

—¿Cómo voy a ir a la cena así? —le pregunté, apesadumbrada.

—No es la primera vez que pasa esto —se excusó.

—No, no me refiero a eso… Hoy tenía que estar perfecta, en la cena todo el mundo va a mirarme con lupa.

—¡Nadie se va a dar cuenta! —respondió con fastidio.

Nos quedamos un rato en silencio. Nuestra canción comenzó a sonar y yo apagué el radio bruscamente. Él agachó la cabeza y musitó:

—Yo pensé que tú querías.

—¡Es que sí quería! Pero todo se complicó en mi cabeza… Lo siento —suspiré, intentando no ponerme a llorar.

Él volteó a verme, me sonrió apenado y puso su mano sobre la mía.

—Está bien, *baby*. Lo intentaremos otro día.

§

El club utilizaba la recepción como salón de fiestas y disponía las mesas alrededor de un pequeño escenario y una pista de baile. En la entrada, el presidente y algunos miembros del consejo daban la bienvenida mientras dos *hostess* recogían los boletos e indicaban los asientos. Nos formamos en una fila de gente elegantísima y unos señores que estaban delante de nosotros nos saludaron con cortesía.

Conforme la fila avanzaba, yo logré distinguir a dos o tres personas conocidas, y a Daniela con sus padres. De pronto, en medio de la concurrencia, mis ojos se toparon con el presidente. Le sonreí con cierto recelo, pero él me fulminó con la mirada. Mi mamá tenía razón: ya no éramos bienvenidos. Como en un sueño, vi al presidente susúrrale algo a uno de los consejeros y a este acercarse a nosotros para sacarnos de la fila.

—Señorita, no es posible que antiguos socios que han estafado al club asistan a la cena —me explicó con seriedad.

Sentí como los ojos de todo el mundo se clavaban en mí, las pulsaciones de mi corazón se extendían a mis manos mientras mi cara estaba a punto de explotar. Me quedé atónita, incapaz de dar crédito a lo que estaba sucediendo. Desvié la mirada y, entre la muchedumbre, vi cómo Daniela levantaba la cara mientras me observaba con una media sonrisa. En ese momento, la voz alterada de Santiago me distrajo.

—Pero ella viene como invitada mía, los socios tenemos derecho a traer invitados.

—Lo siento, joven. Son instrucciones del consejo.

—¿Cuál consejo? ¿El presidente? ¡Que venga y me lo diga en persona! ¡Que se lo diga a mis

papás! —vociferó Santiago mientras toda la gente comenzaba a cuchichear.

Me ardía la cara. ¡Eso no podía estar pasándome a mí! Intenté tranquilizarlo apretándolo del brazo, pero él se giró a la entrada y gritó:

—¡¡Señor presidente, venga aquí y córranos usted mismo!!

El presidente se distrajo con una de las *hostess* y le dio unas indicaciones para después perderse en la fiesta. Escuché alguna risa, expresiones sueltas: «¡Qué vergüenza! ¿Qué hace aquí? ¡Qué mal gusto! ¡Qué poca educación!». Las caras de la gente parecían a punto de devorarme al tiempo que me miraban con desdén. No pronuncié una sola palabra, no pude, solo quería desaparecer, volverme invisible.

Santiago sacó su teléfono al tiempo que me dedicaba una mirada dulce para intentar confortarme:

—No te preocupes, voy a llamar a mi papá, ahorita lo arreglamos.

Yo tiré de su brazo y, suplicándole con los ojos, murmuré:

—No, no. No lo llames. Vámonos. No quiero estar aquí.

Él asintió encaminándose conmigo hacia el estacionamiento. De pronto, sin que yo lo hubiera podido prever, se volteó encolerizado y gritó:

—¡¡Zoe no estafó a nadie!! ¡Fue su papá! ¡Él fue el estafador! ¡Ella no tiene la culpa de nada!

El mundo volvió a oscurecerse como una noche sin luna. Pasmada, observé mi mano que sujetaba la suya y sentí que todo se rompía, que no importaba cuánto tratara de mantenernos unidos, no teníamos futuro.

—Era mi papá, Santiago —le dije con firmeza al soltar su mano—. No hables así de él.

—Perdón, perdóname… No quise decir eso. —Se llevó las manos a la cabeza, derrotado—. No sé qué me pasa, yo no soy así. De verdad, lo siento.

Intenté limpiarme las lágrimas que me caían sin permiso con el dorso de la mano y le supliqué abatida:

—Llévame al departamento, por favor.

Arrancó el coche, pasamos por delante de la puerta donde todavía algunos rezagados nos lanzaban miradas de desprecio. Los observé con actitud desafiante. Una furia me colmó desde la punta de los pies hasta la cabeza. Nunca me habían humillado de esa forma. «¡Es la primera y última vez que algo así me pasa! ¡Saldré del hoyo en el que caí! ¡Pondré el nombre de mi familia y de mi padre en la primera línea! Y ese día, todos los que acaban de menospreciarme se arrepentirán», me juré en silencio.

AHORA
XIII. TROYA VA A ARDER

Julio 2022

Miro el reloj con impaciencia, tengo quince minutos al teléfono y Joana sigue instalada en un bucle de quejas porque no ha podido encontrar a la persona que se encargue de promocionar el Complejo Ikal por las principales ciudades del país.

—Todo vuestro plan de *marketing* se va al garete si no tengo a esa persona antes de que termine el mes —sentencia ella con ese acento español tan peculiar que tiene—. Es que en esta zona no hay profesionales suficientes. Podría traer a alguien de Barcelona, pero es que necesito que sea mexicano, que sepa cómo se cuece todo aquí.

—¿Por qué no le das otra pensada a las soluciones que te di? —insisto sobre lo que hemos estado hablando.

—No sé, Zoe —contesta, desesperada—. Ya te lo he dicho, no puedo estar ni un día fuera, tengo que estar aquí para supervisar los avances. *Mare meva!* Si estando aquí todo va como va, imagínate si me voy.

—Déjame pensar en algo y te escribo, ¿OK? —le respondo para salir del problema.

—Vale, vale. Pero que no pase de hoy —asiente ella por fin, y termina la llamada.

Me quedo pensando que, si las entrevistas *online* son insuficientes y no puede salir de Tulum, tendría que contratar a los *head hunters* que le recomendé, quienes seguro le han enviado presupuestos altísimos por sus servicios. *My Gosh!* Como si fueran a descubrir el hilo negro. A mí me tomaría una o dos semanas. Pongo el anuncio en tres redes sociales, en la universidad, los entrevisto a todos en una tarde y lo tengo. Un momento. ¡Claro! ¡Eso es lo que tengo que hacer! Si esa persona no aparece, Joana terminará pidiendo que replanteemos el plan de *marketing*, lo que supone muchísimo más tiempo y trabajo para mí, pero si yo encuentro a la persona como un favor, mato dos pájaros de un tiro: me ahorro trabajo y me la gano para siempre. «¡Zoe, eres un genio!», me emociono mientras abro el nuevo correo que voy a escribirle.

Le doy al botón de enviar y sigo con mi interminable lista de pendientes. Me masajeo el cuello. En momentos como este, me pregunto si mi «queridísima» Rosy no tendrá razón y debería aceptar la mesada de una vez por todas. Al segundo, me arrepiento: «¡Ni se te ocurra!». Después de haberme enfrentado a ellos, de marcar el límite, cambiar de opinión solo me hará más débil ante sus ojos y terminarán anulándome por completo. Me aprieto la frente con la mano mientras la pantalla me ilumina y los sonidos de la oficina se vuelven casi ensordecedores.

Tres horas después estoy lista para volver a casa. Atorada en el tráfico del viernes por la noche reviso la pantalla del teléfono y recuerdo que David se ha ido otra vez a ver el fútbol con sus primos y que estoy sin planes. De pronto, recibo un mensaje.

Rubén: ¿Qué plan tienen hoy?
¿No quieren venir a mi casa a tomar algo?

Yo: ¡Qué suerte tienes!

Hoy estoy libre.
Te caigo en media hora.

Veinte minutos después estoy en la calle aledaña de la entrada del residencial del club de golf. Justo en ese momento, veo pasar a David en su coche, como si acabara de salir de su casa. Me desconcierta, en su último mensaje, hace dos horas, ya estaba en casa de sus primos. «¿Habrá pasado algo?», indago preocupada y lo llamo para averiguar. Una vez, dos veces. Voy a intentar una tercera cuando ya estoy frente a la caseta de seguridad y el guardia, que ya me conoce, se acerca a mi ventanilla.

—Señorita, se acaba de ir el joven David. —Hace una expresión con los dedos y exclama—: ¡Nomás tantito y sí lo alcanza!

Me quedo expectante, sin agregar nada. «La gente del servicio siempre se entera de todo», me digo con un mal presentimiento en la boca.

—¡Uy! Tuve toda la tarde para venir y llegué cuando ya se había ido —le respondo, risueña, para que él siga la conversación y suelte la sopa.

—Sí, así mero, el joven no salió en todo la tarde hasta ahorita —agrega él, simpatiquísimo.

«¡Caíste!», sonrío de oreja a oreja y entonces le desvelo mi verdadero propósito.

—En realidad, no venía verlo a él, vengo a ver a Rubén, al 225.

Él me mira con cara de espanto y me abre el pendón para que pueda pasar el coche. Acelero con brío. «¿Qué te traes entre manos, David? ¿Por qué me mientes?», me pregunto con indignación, llenándome de especulaciones, ninguna mejor que la anterior. Cuando llego a la casa de Rubén, dudo en volver a llamarlo o no, pero me digo que no, que ahora tengo una carta a mi favor y que es mejor no jugarla hasta que sepa qué es lo que me está escondiendo.

En ese momento, veo cómo Rubén sale por la puerta y me saluda animoso. Me bajo del coche y dejo que me abrace con todo ese cariño que nos tenemos.

—*I missed you so much!* —exclama al soltarme.

—Ya sé, es que no me creo que nos veamos solo una vez al mes, ¡es horrible!

—Ni me digas —responde, acongojado, y se muerde el labio inferior.

Me hace pasar a la casa y me indica las escaleras del sótano, donde tiene un salón de juegos y esparcimiento. Me señala uno de los sofás mientras él se acerca a una barra de cristal que hay en una esquina y se dispone a servirme una copa de champán rosado sin preguntar.

—¿Está bien o prefieres otra cosa?

—¡Excelente! ¿Qué celebramos? —le contesto con una sonrisa.

—¡La vida, *honey*! —Se ríe y me extiende la copa llena para después chocarla con la suya.

Se sienta en el sofá contiguo y me cuenta sobre sus últimos proyectos en el trabajo, su viaje más reciente a Monterrey y un sinfín de historietas relacionadas con Cristián. Yo me río de esa maravillosa forma de hacer un mundo de un grano de arroz y le contradigo de vez en cuando para que se enoje y siga divirtiéndome. De un momento a otro, cuando parece que ya se ha cansado de ser el protagonista, cambia la conversación.

—Reina, pero ya, hablemos de ti. —Rellena su copa y hace lo mismo con la mía.

Yo lo observo en silencio, si tuviera que contarle todos los líos en los que estoy metida y el último que acabo de descubrir hoy mismo, me pondría a llorar como una Magdalena, y no, no queremos eso. Hoy celebramos que estamos juntos. Con simpleza, le sonrío y me encojo de

hombros.

—Ya sabes, los preparativos de la boda, los eventos, el trabajo…

—¡¡La casa!! Reina, ¡la casa! *Oh my Gosh!* El otro día saqué al perro en la tarde y pasé por ahí de chismoso. Eran las cinco y quedaban dos albañiles; como que no quiere la cosa, me colé. —Hace una pausa, suspira y corta el aire con la mano—. Reina, ¡es casi como esta casa, pero nueva! ¡Aluciné! Lo mejor de todo es que vamos a volver a ser vecinos.

Asiento con la cabeza y doy un trago a mi copa, en otros tiempos habría hablado orgullosa durante horas sobre ella, pero tengo tantos problemas que ya no logro ilusionarme con nada.

Su teléfono suena con una inconfundible melodía de Taylor Swift y él me hace un gesto con el dedo porque debe contestar. Lo observo pasearse por la sala, con ese aire suyo, tan vívido, y sonrío al repasar con los ojos sus pantalones rojos, su camisa estampada con pequeños Mickey Mouse, los tenis blancos a juego y su melena castaña de siempre. Si alguien lo hubiera diseñado, no habría salido tan deslumbrante. Le hago una mueca de cariño y él me guiña un ojo.

Cuando la llamada termina, por fin, se acerca con una mano en el pecho y se sienta en el mismo sofá que yo. Me acaricia el pelo al tiempo que comienza a hablar en un susurro, como si fuera a contarme algo de vida o muerte.

—Reina, no sé si debería decírtelo. —Se aclara la garganta—. Pero después del día del rooftop bar, yo creo que ya podemos hablar de esto.

—No, no podemos —le contesto riéndome para dejarle claro que sé que se refiere a esa prohibición tajante que les hice hace años sobre hablarme de Santiago.

—¡Ay, ya! ¡Si no te lo cuento, me ahogo! —exclama como abanicándose con la mano.

—Tienes años ahogándote y nada —me río.

—¡Déjame hablar! —Me corta con el dedo índice—. Es que hace dos semanas fui al japonés, al de siempre, con Cristián, y lo vi ahí. Iba con una niña superjoven, no sé, veinte, veintiún años.

—Típico de él —respondo entre dientes con un deje de tristeza.

—Pero, escúchame, ¡es que eras tú! —Se lleva la mano al pecho al tiempo que yo frunzo el entrecejo—. Era igualita a ti, con el cabello castaño largo, los ojos miel, flaquita, un poco más chaparra y con la nariz más tosca, pero todo lo demás… Es que te juro que pensé que eras tú. —Yo suelto una carcajada incrédula y él continúa—. Nos acercamos a saludar, yo no me podía creer que estuvieras ahí con él. ¡Casi me muero cuando vi que no eras tú, sino una copia barata!

—¡No te creo nada! —exclamo, muerta de risa porque me parece más que inverosímil.

—¡¿Por qué me voy a inventar algo así?! —Gesticula con las manos—. Obvio, ya me conoces, le hice cara de: ¡Güey! ¡Güey, ya supérala, por favor!

—¿Y él qué hizo? —le pregunto casi en silencio.

—Se hizo el tonto, se volteó a otro lado.

Le doy un trago a la copa de champán, el alcohol y las noticias de Santiago me nublan la consciencia. Me gustaría contarle lo que pasó el día de mi cumpleaños, confesarle que yo tampoco lo he superado, pero ponerlo en palabras solo hará que la confusión en la que navego termine por volverme más loca de lo que estoy. Además, ¿para qué?, si ya encontró una doble. Intento disimular, convencerlo y convencerme de que ya no siento nada, entonces me acomodo el cabello y exclamo con altanería:

—¡Pobrecito!

—Reina, ¡¿en serio eres tan cabrona?! —me interrumpe, entrecerrando los ojos—. ¿No te da

ni poquita lástima?

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que me ponga a llorar por él? —le respondo con fastidio.

—¡Tranquila! —me contesta él a la defensiva—. Pensé que igual todavía sentías algo, no sé, el día del bar me pareció.

Le doy un trago a mi copa y decido contarle los detalles de la boda para terminar con este tema que no va a ningún lado. Entretanto, una parte de mí desea de corazón que esta vez él sí encuentre lo que perdimos hace tantos años.

§

Otro lunes de reunión en la oficina. Para no perder la costumbre, soy la primera en llegar. Mientras me ocupo de encender todo, veo aparecer a Álvaro por el pasillo con un aire turbado al tiempo que Maribel revolotea a su alrededor, tratando de no perder ninguna de sus instrucciones. Lo saludo y él me señala su privado. «¡Problemas!», me advierto.

Entro a su despacho y cierro la puerta tras de mí, tengo un leve agujero en el estómago, todavía no soy inmune a sus desplantes. Él se apoya en el escritorio con los nudillos y me mira con aire desafiante.

—¿Pensaste que no me iba a enterar? —me ataca sin preámbulo.

—¡¿Cómo?! —le contesto alzando la voz para tratar de nivelar la situación.

—Lo de Joana, Zoe, lo de Joana —responde con furia mientras se levanta del escritorio y se lleva las manos a la cintura.

—¿Qué de Joana? —contesto, altanera, dispuesta a no perder territorio.

—¡Que vas a trabajar para ella a espaldas de la oficina, que le vas a conseguir al agente sin facturar un solo peso! —exclama él, desesperado.

—¡¿Cómo lo sabes?! —le pregunto, buscando una forma de escapar del problema.

—Eso no importa, lo sé y te metiste en un buen problema —contesta, firme, sin cambiar su postura corporal.

—A ver, no creo que sea para tanto —intento rebajar la tensión—. No pensé que fuera necesario molestarte con esto. Ella no encuentra a la persona y yo me ofrecí a hacerlo para que el plan continúe y no tengamos que cambiar la estrategia. No hay tiempo, en tres meses no va a estar todo y con la boda…

—¡La boda! ¡Claro! —me interrumpe él con expresión burlona.

—¿Qué pasa con la boda? —indago, entrecerrando los ojos porque ese gesto no viene al caso.

—Mira, Zoe, te lo dije en el viaje, tu vida va a cambiar, quieras reconocerlo o no. A mí no me importa, pero lo único que sé es que ya me ha pasado antes con otras ejecutivas y lo veo venir. Cuando menos me lo espere, me vas a dejar colgado con los proyectos. —Suspira y se lleva una mano a la cara—. Aunque esto sí que no me lo esperaba. ¡No mames, Zoe! —Vuelve a llenarse de ira—. ¡Haciendo chanchullos! ¡¿Tú, la futura señora de Arteaga?!

—¡¿De qué hablas?! —levanto la voz, indignada, tratando de asimilar la situación—. Estás muy equivocado si crees que yo quería cobrarle por debajo del agua, esto es algo que iba a hacer gratis y en mi tiempo libre para ahorrarme trabajo y problemas. —Exhalo con decepción y cruzo los brazos bajo mi pecho—. Porque sí, tienes razón, mi vida está cambiando muchísimo.

Él se queda callado, se lleva una mano a la frente y me da la espalda, luego voltea mientras se

mete las manos en los bolsillos, como dispuesto a hacer una tregua.

—Pues menos mal, porque yo de verdad confiaba en ti. —Desvía la mirada—. De todas formas, hacer algo así a mis espaldas amerita que te despida.

Contengo la respiración, estupefacta, a punto de un colapso nervioso. Él toma aire y niega con la cabeza.

—Son demasiados años, Zoe —susurra—. Y aunque no te lo diga, normalmente, te aprecio. Solo por eso, voy a dejarlo pasar, pero quedas fuera del proyecto de Tulum. Entrégale todo a Regina.

Atónita, deshago los brazos y me quedo como una estatua, sin poder reaccionar. Álvaro se gira y enciende la *laptop*. Salgo de su privado sin atender a mis movimientos. Siento que mi cuerpo se revoluciona por dentro, apenas soy consciente de lo que me rodea y como en un trance me dirijo al baño. Cierro la puerta de golpe con el estómago en la garganta y me miro en el espejo. «¡Esto no puede estarme pasando! ¡La única cosa que iba bien! ¡Lo único que me mantenía motivada! ¡Me lo quita, así, como si nada! ¡Después de todas las horas que le he dedicado!», sollozo, todavía sin poder entenderlo.

Comienzo a pensar en cómo se ha enterado, en llamar a Joana o en algo que me dé una solución, aunque no voy a encontrarla. Conozco a Álvaro, le encanta marcar su territorio, dejar claro que él es quien tiene la última palabra. Haga lo que haga, no me devolverá el proyecto. De pronto, sin saber cómo, aparece la respuesta frente a mis ojos. ¡Fue la rastrera de Regina! Desde que llegó a la agencia no ha hecho más que meterse en mis asuntos, en buscar cómo ganarme terreno. ¡Por supuesto que fue ella! Si yo misma la descubrí husmeando en mis archivos, seguro que encontró la forma de entrar a mi correo. «¡Maldita! ¡Te vas a arrepentir! ¡Me las vas a pagar! ¡Cuando menos te lo esperes!», me sulfuro.

Me limpio la cara intentando tranquilizarme, no es momento para reaccionar. Cualquier movimiento que haga en falso podría traerme consecuencias peores. Necesito mantenerme en guardia, con bajo perfil hasta que encuentre la forma de cobrármela o recuperar el proyecto. «Yo puedo», me digo con una opresión en el pecho, viendo cómo poco a poco mi vida se oscurece.

§

Son las ocho de la noche y me parece que he estado trabajando por semanas enteras. Un cansancio terrible me azota, dejándome casi sin fuerzas después de cerrar la puerta del departamento tras de mí. Con las últimas reservas que me quedan, me descalzo y me dirijo al baño para lavarme y desmaquillarme.

Miro en el espejo la expresión de derrota que se me dibuja en la cara y los ojos se me llenan de lágrimas. El corazón se me contrae, como si quisiera avisarme de que esto no es lo peor que me pasará. Otra vez, como hace años, veo las señales del desastre. El proyecto de Tulum no ha hecho más que resistirse, generarme problemas en todos los frentes de mi vida, incluso fue lo que me llevó a reencontrarme con Santiago y esa historia absurda que solo me ha hecho daño y me ha alejado más de David.

Me mojo las manos, me las lleno de jabón y me lavo la cara. Me digo que estoy desvariando. Que lo de David viene de antes, su distanciamiento, el tiempo que le tomó pedirme matrimonio, la forma en que me ha orillado a preparar la boda con su mamá. ¿A quién quiero engañar con

todo esto? Ni que decir de la última novedad: descubrir que me esconde algo, que me miente como yo le he mentido a él. No me atrevo ni siquiera a abrir esa caja.

Una lágrima se me escapa mientras una voz firme dentro de mi cabeza me susurra: Troya va a arder, aunque no quieras.

El estómago se me revuelve otra vez, intento sujetarme al lavabo, contener la respiración. Todo el día explicándole a la trepadora de Regina sobre el proyecto, apenas me dio tiempo para comer un sándwich, si termino vomitándolo, mi cuerpo no me lo va a agradecer. «¡Regina, maldita rastrera!», repito en mi mente y esa simple idea me ataca. Ya sin poder contenerme, termino vomitando en el váter.

De pronto, el sonido de unos pasos me desconcierta. El esfuerzo que acabo de hacer está a punto de anularme, no logro ya situarme en la realidad. Mi madre, que acaba de llegar, se queda estupefacta al verme de rodillas junto al baño.

—¡Zoe, mi niña! —Se acerca alarmada—. ¿Qué pasa?, ¿qué te pasa?

Me levanta como puede, me ayuda a enjuagarme la boca. No sé de dónde saca fuerzas, pero siento que me lleva casi a rastras a mi habitación. Cuando ya estoy en la cama, tirada de bruces, ella sale apresurada por la puerta. Cada vez me cuesta situarme más en la realidad. Una sensación de sueño comienza a vencerme, y ya sin fuerzas, me dejo llevar.

§

Cuando abro los ojos, veo la expresión preocupada de mi madre mientras su mano sujeta la mía. Todavía somnolienta, me pregunto cuánto tiempo ha pasado y dónde estamos. De un momento a otro, siento que no somos nosotras las de ahora, sino las de antes, hace veinte años, cuando ella vigilaba mis fiebres y me arropaba por las noches.

Ella ajena a todos mis desvaríos, se pone de pie y llama a alguien.

Por la puerta de una habitación verdosa que no conozco entran dos enfermeras ataviadas con todo el equipo. Una de ellas revisa el gotero que cuelga a mi lado. La otra me habla; en muecas que me cuesta reconocer, toca mi cara y me señala los ojos con una luz. Giro la cabeza con brusquedad.

—¿Qué pasa, mamá? ¿Dónde estamos?

—¡Muy bien! —Sonríe la enfermera—. Estamos aquí en el hospital, revisándola, señorita.

—¿Qué horas son? ¿Por qué estamos aquí? —la ignoro, dirigiéndome a mi madre.

—Hágale preguntas, todas las que pueda y que vuelva a dormirse —me interrumpe la otra enfermera, instruyendo a mi madre al tiempo que ella asiente.

—¿Qué día es hoy? —me pregunta mi madre mientras las enfermeras van saliendo de la habitación.

Entrecierro los ojos, reflexionando. Recuerdo que hoy había reunión en la oficina y, de repente, todo aparece en cascada ante mí. Se me nubla la vista, la desvío y le respondo con un hilo de voz:

—25 de julio.

—¡Ay! ¡Qué susto, Zoe! —Exhala ella, aliviada, se lleva una mano al pecho y me pregunta—. ¿Qué pasó hoy? ¿Por qué te encontré así?

—Perdí el proyecto de Tulum —respondo casi sin pronunciar las palabras.

—Mi niña… —Se acerca a abrazarme—. ¿No vas a cambiar nunca? ¡Siempre obsesionada con ganar! —declara ella, animada, y sonríe con ternura. Segundos después se aclara la garganta dispuesta a aleccionarme—. Zoe, ese proyecto eran puros problemas. Eras la única que no quería verlo. No ibas a terminarlo. ¡Faltan tres meses para la boda! Y todavía no te ocupas de la casa.

—¡¿Te vas a poner de su parte?! —le contradigo con la voz débil, pero llena de saña.

—No, mi niña. No se trata de eso, se trata de lo mejor para todos. —Endurece la expresión y carraspea—. Te lo dije antes y te lo repito: el nivel de vida que vas a tener con David no es gratis. Vas a tener que cumplir con otras obligaciones, no te van a permitir no hacerlo. Eso no va a ser compatible con el trabajo tan exigente que tienes en la agencia. Mira, tu salud empieza a resentirlo.

—¿Y el crédito, mamá? —le pregunto, intentando incorporarme.

—Eso es lo de menos, puedes pagarlo con la mesada, no te van a pedir cuentas. —Suspira ella, como si habláramos de niñerías.

—Mamá, hicimos eso para marcar un límite, para que entiendan que no van a tratarme con una marioneta —le respondo con la voz entrecortada, viendo cómo todo lo que temía se cumple.

—Pues nos equivocamos —concluye, resignada, baja la cabeza en una pausa. Luego me advierte sin más—: Si quieres casarte con David, tienes que asumir que tu vida va a ser así.

Las lágrimas se me escapan sin pedirme permiso mientras me voy recostando en la cama. Mi madre me arropa con la sábana y me seca las lágrimas con un pañuelo. Cierro los ojos, dejándome ir, aceptando mi derrota. Ya solo escucho como su voz, que me pide que descanse, que me habla sobre análisis y estudios médicos, se va alejando y haciendo hueca.

ANTES
XIV. ENTRE UN ZOMBI, UN MONSTRUO Y UNA BRUJA

Enero – Febrero 2013

Fuimos a comer *sushi* el sábado por la tarde, víspera del Día de los Santos Reyes. La coincidencia era tan irónica que no quise mencionarlo, pero cuando el mesero se fue dejando la carta sobre la mesa, él se adelantó.

—¿Sabes qué les pediría a los Reyes este año? —me preguntó con una sonrisa un tanto infantil mientras tomaba mi mano. Yo quise devolverle el gesto sin éxito. «¿Qué, Santi? ¿Qué te falta a ti, que lo tienes todo?», pensé al mirarlo con condescendencia—. Que me dijeran la fórmula para hacerte sentir mejor.

La ternura de sus palabras me envolvió, entonces le sonreí con los ojos iluminados. Parecía la frase de un niño de tres años que comienza a entender el mundo y sigue lleno de bondad e inocencia. De pronto, sin que lo previera, ese mismo pensamiento me asqueó: «¿Qué hago yo con un niño que todavía cree en los Santos Reyes?». Él me miraba con dulzura, así que elegí el sarcasmo para no herirlo directamente.

—¿Una fórmula matemática o química? ¿Una receta mágica para solucionar mis problemas?

—No, *baby*, no… No lo dije en ese plan. *Take it easy, please!* —contestó, apesadumbrado.

—Ya lo sé —murmuré, bajando la cabeza—. Lo siento, sé que tus intenciones son buenas, pero a veces dices cosas que… No sé, ¿cuántos años tienes? ¿Quieres una fórmula para hacerme sentir bien? Ya existe, Santi, se llaman calmantes y los tomé casi un mes. —Suspiré desolada—. Los días que no quería verte porque tienen efectos secundarios horribles, te dejan como un zombi.

—Perdón, perdóname… No es mi intención. Siempre terminamos peleando y yo no quiero pelear contigo… —se disculpó, cabizbajo. Se quedó en silencio unos segundos para después hablar con brío—: Yo quiero estar contigo, pasármela bien. Quiero… —se interrumpió a sí mismo mientras se le dibujaba una sonrisa traviesa.

—¿Qué, Santiago? ¿Qué quieres? —me burlé. Él bajó la mirada y, reaccionando con rapidez, tomó el menú de la mesa, lo abrió al azar y señaló el primer platillo que encontró con el dedo.

—*Ice tempura!* —exclamó como si estuviera en otra conversación—. ¿Lo compartimos? ¿Qué prefieres: vainilla o chocolate?

Yo solté una carcajada. No cabía duda de que tenía ese don, un talento irremplazable para salir triunfante de las situaciones más complicadas y hacer reír a todo el mundo, incluso a mí, que ya nada me daba risa.

—¿No te parece rarísimo que el pan esté caliente y por dentro la nieve esté congelada? ¿Cómo le harán? —siguió él para evitar que pudiera interrumpirlo y cambiar el tema.

Nos reímos durante un rato hablando de comidas que nos resultaban imposibles de cocinar. Después le pedí que me contara del viaje del que acababa de volver, de las cosas divertidas que había visto en Los Ángeles y de las tonterías de su hermano Mateo. Me distraía escucharlo, era como si estuviera en otra realidad y nada de lo que me amargaba existiera. Vinieron a mi mente los recuerdos del día de su cumpleaños, cuando pensé que era un ángel que nos hacía felices a

todos, y me sentí mal por no estar a la altura, por martirizarlo con el oscurantismo de mi vida. En el fondo, no entendía por qué todavía no había terminado con nuestra relación.

Después del vergonzoso suceso de la cena de navidad del club, cuando me bajaba del coche, él dijo que era el peor día de su vida. Yo reaccioné mirándolo con odio porque para mí era otro más. Él volvió a disculparse, me abrazó y se despidió con un «te quiero» apagado. Me llamó dos días después para contarme sobre un coche que había comprado su padre para otra exhibición y no volvimos a hablar de la cena. Entrelíneas quiso invitarme al evento, pero yo me hice la tonta porque no quería volver a aparecer en público.

El día de Navidad fue al departamento a llevarme un regalo, un perfume que un día había probado en una tienda con él. Yo, a cambio, le di unas galletas que había hecho con mi mamá, un intercambio injusto monetariamente hablando. A él pareció no importarle y se dedicó a reírse de los muñecos de nieve que no me habían quedado bien decorados. Luego se despidió porque tenía que preparase para el viaje que cada año su familia hacía a Los Ángeles en esas fechas.

Durante el viaje me envío algunas fotos, me llamó en Año Nuevo, pero nuestras conversaciones eran cada vez más impersonales. Para resarcirlo, yo, que no solía ser muy cariñosa, lo llenaba con cursilerías que él correspondía. Era todo un teatro, nunca habíamos estado tan distantes. Sin embargo, ese día en el restaurante japonés, después de hacerme reír a carcajadas, pensé que quizá había una esperanza, no podía dejar que la única luz que alumbraba mis días se apagara.

Cuando salimos del restaurante, le sugerí que fuéramos al mirador. No sabía si estaba lista o no. Durante la comida había logrado evadirme, quizás, si me concentraba mucho, lo conseguiría otra vez y todo podría volver a funcionar. Él condujo en silencio, sin apresurarse. Se estacionó en el lugar de siempre y noté como se ponía muy nervioso. Me miró como un animalito asustado y apretó los labios. Era yo quien debía tomar la iniciativa, aunque no supiera si era lo que quería. Me acerqué a él, lo besé en la mejilla, luego fui cubriéndolo de besos en la oreja hasta bajar a su cuello. Él me sujetó por la cintura con su mano derecha mientras murmuraba, cauteloso:

—*Baby,* ¿puedo quitarte la ropa?

No le respondí, seguí besándolo en el cuello hasta llegar a su boca mientras lo ayudaba a quitarme los zapatos, las medias y la parte baja del cuerpo, quedándome solo con el suéter largo que hacía de vestido. De pronto, con un movimiento brusco, tomó mi pierna derecha y me colocó a horcajadas sobre él. Se me escapó una risilla mitad divertida, mitad nerviosa. Me separé con cuidado para poder mirarlo a los ojos.

—Te amo —susurró.

—Y yo a ti.

Desabroché su pantalón mientras él buscaba el preservativo. Luego, sin más, me acomodé sobre él. Solté un gemido ahogado, había pasado tanto tiempo que el placer se confundía con ardor. Intenté moverme con ritmo, apoyándome en sus manos y brazos, que rodeaban mis piernas, pero me sentía muy torpe. Mi cabeza no dejaba de recorrer pensamientos sombríos, en tanto otra parte de mí quería entregarse a la pasión. Unos minutos después, noté como su cuello se tensaba y su cabeza se recargaba contra el respaldo. Había durado muy poco, pero lejos de sentirme frustrada, me alegré. Recargué mi cabeza en su pecho y él me apretó contra sí.

—No sabes cuánto te he extrañado —musitó.

§

Tenía muchas ganas de volver a la prepa, estaba harta de dar vueltas en ese departamento tan feo, con esas cortinas que un día cobrarían vida, me envolverían y terminarían asfixiándome. Nunca había visto tanta televisión, *realities shows* esperpénticos de gringos tontísimos que hacían que después de tres o cuatro horas la cabeza estuviera a punto de estallarme. Otros días me dedicaba a hacer rutinas de ejercicio en los ochenta centímetros que separaban mi cama del escritorio, me sentía como un preso en su celda.

Cuando llegó el momento de volver a clases, yo estaba desesperada. Nunca tuve muchos amigos, no me hacían falta. El primer año de preparatoria empecé a juntarme con un grupo de niñas que conocía de antes, se habían vuelto algo así como las más populares, pero eran tan falsas, envidiosas y aburridas que cuando Luz entró al grupo, no dudé en acapararla y alejarla de las demás. Rubén, que también pertenecía a ese grupo, tuvo algunos enfrentamientos con ellas y entonces decidió unírsenos. Ellos eran mi contrafuerte, se habían encargado de calmar los rumores, además de evitar que se acercaran a mí. Me hacían sentir protegida y lista para ir por mi siguiente reto: tener el mejor promedio del semestre, asegurarme el ingreso en la universidad y la carrera que había elegido.

Así pasaron las tres primeras semanas del año, conmigo haciendo resúmenes coloridos y planes de futuro. Estuve barajando la idea de unirme al equipo de atletismo de la prepa, pero los entrenamientos eran muy tarde y mi madre tuvo que negármelo con desolación.

—Todavía no sé cuándo cobraremos el seguro, no puedo llevarte y recogerte dos veces al día, la gasolina está muy cara.

—No te preocupes —respondí sin inmutarme mientras volvía mis ojos al plato a la hora de la cena.

«La gasolina está muy cara», me repetí, divertida. Jamás pensé que mi mamá me diría eso o que el precio de la gasolina me impidiera hacer algo, pero aquí estábamos, sobreviviendo como podíamos. Todo era tan paradójico. A veces, me parecía que éramos el *reality show* con el que alguien se estaba muriendo de risa, alguien como Santiago.

Desde el día del restaurante japonés no nos habíamos vuelto a ver. Durante la semana teníamos horarios muy diferentes y los fines de semana él los tenía llenos de eventos a los que yo no quería acompañarlo. Tampoco tenía ganas de que viniera al departamento, cada día me avergonzaba más de vivir ahí. Era la tercera semana, alguno de los dos debía ceder e insistió en que fuera con él a unas carreras de coches el domingo.

—Quiero llegar muy temprano al autódromo porque me van a colar para ver los coches antes de la carrera —me dijo, entusiasmado—. Es mejor si tú llegas más tarde, ¿te podría llevar tu mamá?

—No creo, es que «la gasolina está muy cara» —le respondí imitándola. Él soltó una carcajada.

—¿Sí?, ¿está cara? —preguntó, incrédulo—. Yo puse ayer, creo que está igual que siempre.

Intenté pasar de puntillas por la conversación y cambié de tema. Era obvio que no sabía ni cuánto costaba la gasolina. Que había ido a llenar el depósito del coche y había pagado con la tarjeta de su papá sin fijarse. No entendía nada, quizás nunca iba a hacerlo. Para evitar una pelea, acepté verlo en el autódromo, pero ese día, por la mañana, le envíe un mensaje para cancelarle.

Cuando llegó el viernes, me di cuenta de que apenas habíamos intercambiado un par de mensajes esa semana. Y esa tarde, al ver su nombre en la pantalla, supuse que, en el tiempo muerto después de comer, se había acordado de que tenía una novia a la que decía querer mucho.

—*Baby*, ¿ya te olvidaste de mí? —preguntó, cariñoso.

—¡¿Yo?! —exclamé, punzante.

—*Slow down!* No te marqué para pelear. ¡Qué hueva! —respondió con fastidio.

—¿Para qué me marcaste entonces? —intenté neutralizar mi tono.

—Para platicar, para preguntarte si quieres hacer algo hoy en la noche.

—¿Algo como qué?

—Como estar juntos, por ejemplo. No sé, cenar, ir a… No sé, algo, lo que quieras —dijo aniñando la voz.

—¿Ir al mirador, por ejemplo? —respondí con sarcasmo—. Santiago, no soy una prostituta a la que llamas cuando tienes ganas. ¡Vete a la chingada!

Colgué el teléfono, furiosa, lo tiré contra la cama y rebotó cayendo al suelo, me apresuré a levantarlo. ¡Qué estúpida! ¡Lo que me faltaba era quedarme sin celular! De rodillas, mientras revisaba el aparato, me sentí tan abrumada que rompí en llanto. ¿Por qué le había dicho eso? ¿Por qué había sido tan grosera? Él no había sugerido nada, era probable que lo deseara, pero no lo había pedido. ¿Qué me estaba pasando? Si no nos habíamos visto, era porque yo no quería ir a ningún evento, porque no quería que viniera a verme y porque lo había dejado plantado el día de las carreras. ¿Lo quería cerca y lo maltrataba para alejarlo de mí? ¿A dónde quería llegar con todo eso? Me quedé mirando el infinito y desde lo más profundo me respondí: «Al final». Por primera vez lo aceptaba, no quería ni podía seguir viviendo así, con esa incertidumbre atrapada en mi pecho.

Recordé una frase de mi padre, un día cuando perdí contra él y Ulises en el Monopoly y reaccioné lanzando al aire todos los billetes que tenía cerca.

—No te enojes, Zoe. —Se acercó a abrazarme—. En lugar de hacer tu berrinche, aprende de tus errores. «El que pega primero pega dos veces» —dijo con una sonrisa, citando la sabiduría popular—. O en otras palabras: «La mejor defensa es un ataque». Si ya sabes que Ulises siempre quiere comprar las propiedades más caras para después cobrarte las rentas más altas, no lo dejes, cómpralas tú primero.

Era eso, yo no podía seguirle el ritmo, él terminaría por aburrirse, por cansarse de mí y entonces me dejaría, me rompería el corazón, y mi corazón, el pobrecito, ya no podría soportar otra desilusión. Mi única salida era pegar primero.

§

Teníamos una semana sin hablarnos. Él estaba esperando una disculpa y yo, sinceramente, no sabía lo que estaba haciendo. Algunos días me hundía, revisaba todas sus redes sociales y le escribía mensajes de amor que luego borraba. Otros, me hacía la fuerte, me evadía con vídeos y televisión para no pensar en él. Se acercaba el 14 de febrero y eso empezaba a preocuparme. Los años anteriores habíamos celebrado con toda la parafernalia de la que hacen despliegue los amores juveniles: globos de corazón, peluches, cartitas de amor, etc. Todo estaba a punto de derrumbarse, pero terminar antes o durante esa fecha, me parecía insoportable, así que unos días

antes me decidí a llamarlo.

—¿Quién eres? —contestó, risueño.

—Un monstruo —me reí.

—¡Nah! Tienes una voz muy bonita para ser un monstruo.

—Lo siento —murmuré con un tono muy dulce.

—Todavía estoy enojado contigo. No te pedí ir al mirador, no era mi intención —afirmó lleno de seriedad—. Siempre malinterpretas lo que digo.

—¿No querías ir al mirador, seguro? —le contesté al tiempo que soltaba una carcajada burlona —. ¿Y si te hubiera dicho que fuéramos?

—¡Eres muy difícil, *baby*! —se quejó entre risas—. Nunca te voy a decir que no si es lo que quieres decir —hizo una pausa y se aclaró la garganta—, pero no es lo único que me importa. Te amo y quiero estar contigo, en serio, ya no sé cómo hacerle para que lo entiendas.

Me desarmó completamente. De un momento a otro, tuve otra visión: era como si me observara desde fuera y me viera convertida en una bruja. Él no se merecía que yo lo tratara así, aunque la realidad fuera innegable. Sin pensarlo demasiado, dejé que mis palabras fluyeran llenas de sinceridad.

—Santi, perdón, de verdad, perdóname. No debí decirte eso, ser tan grosera. —Suspiré—. Todo esto es muy *heavy*, ya no puedo hacer lo que tú haces, ir a dónde tú vas. ¡Es horrible! El día de las carreras no fui porque no me atreví a pedírselo a mi mamá. ¿Sabes que no pude entrar al equipo de atletismo de la prepa porque ella no puede llevarme a los entrenamientos?

—¡No manches! ¿Por qué? —se sorprendió.

—Porque no puede gastar tanto en gasolina.

—Lo siento —dijo con la expresión ahogada—, yo pensé que estabas bromeando.

—No, Santi, ser pobre no es ninguna broma —lo interrumpí endureciendo la voz.

—No sé qué decir…

—Nada, no tienes que decir nada —agregué, rendida. Nos quedamos en silencio unos segundos, entonces intenté recomponernos—. Te escucho respirar como cuando me abrazas muy fuerte.

—Te abrazaría muy fuerte si estuvieras aquí.

—¿Podemos hacer un plan para San Valentín? Algo bonito y romántico, ir al mirador, aunque sea la última vez.

—¡¿La última vez?! ¡¿Por qué dices eso?! —exclamó con una mezcla de sorpresa y enfado.

—Perdón, perdón… No sé lo que digo —me excusé, rápidamente, luego aniñé la voz tratando de ser lo más dulce posible—. ¡Porfa, porfa! ¡Di que sí! Vamos a cenar o a dónde tú quieras.

—¡OK! Te perdono, *baby* —sonrió—. Paso por ti a las ocho.

§

Lo esperaba en el rellano del edificio con un vestido color burdeos que él me había acompañado a comprar un año antes. Con las mangas bombachas de gasa y de corte imperio, me llegaba por encima de la rodilla. Llevaba unos botines negros que cazaban con las medias, el pelo suelto ondulado y el maquillaje más exagerado de lo normal. No sabía a dónde íbamos, no había reparado en eso, solo quería que fuera una cita inolvidable y me había vestido para la

ocasión.

Cuando oí el claxon, abrí el portón de un tirón y caminé con gracia hasta el coche. Él se quedó mirándome sin pestañear.

—¡No manches! ¡Eres malísima! —dijo sonriendo cuando ya había entrado en el coche.

—Si quieres, me bajo y me voy —le respondí mofándome.

—O sea, digo, ¿mira cómo me tratas? —Entrecerró los ojos.

—¡¿Esto es tratarte mal?!

—¡Me estás volviendo loco! —exclamó entre risas—. Me mandas a la chingada, me cuelgas el teléfono, luego me llamas para que hagamos un plan de San Valentín y te arreglas así. Ya en serio, ¿qué quieres?, ¿matarme?

—¡Qué tonto eres! —contesté riéndome mientras echaba los ojos atrás.

Se acercó a besarme apasionadamente hasta que el coche que estaba detrás del suyo tocó el claxon. No quiso decirme a dónde íbamos, solo que había preparado una sorpresa y que él también tenía sus armas. Una risa exagerada me salió del pecho, del mismo lugar que albergaba una profunda tristeza con todo aquello. ¿Matar?, ¿armas? ¿En qué momento, todo el amor que nos teníamos se había transformado en una guerra para herir al otro y evitar ser herido? Él tenía razón, no quería matarlo, pero sí despedirme de alguna forma.

Cuando vi que entrábamos al residencial donde vivía, me inquieté.

—¿Vamos a tu casa?

Él me puso su mano derecha en los ojos mientras sujetaba el volante con la otra.

—¡No veas, *baby*! ¡Vas a arruinar la sorpresa!

Me quitó la mano cuando la puerta eléctrica de la cochera se abría.

—¡Ay, no, Santi! ¿Qué hacemos aquí? ¡Qué oso que Blanca me vea así en San Valentín!

—Si Blanca te ve así, se va a morir de envidia —me guiñó un ojo—, aunque tenga cuarenta y tantos le gustaría ser tan joven y bella como tú.

—No le digas Blanca, ¡es tu mamá!

—Como la estoy engañando, me siento mejor si la llamo Blanca, menos culpable. —Soltó una carcajada—. Pero no te preocupes, no está, le dije que nosotros íbamos a ir a cenar *sushi* y que yo volvía temprano, entonces ella organizó una cena fuera con mi papá.

—¿Y qué vamos a hacer? —Lo miré con una expresión desconfiada y divertida a la vez.

—Ya verás.

Me tomó de la mano y me llevó entre los coches al lateral, luego por un pasillo que daba a la parte trasera de la casa. Ahí, abrió una puerta de hierro donde había otro pasillo y unas escaleras de caracol muy altas.

—¿A dónde vamos? ¿Me voy a matar con los tacones en estas escaleras? —me quejé.

—Si quieres, te cargo.

Comencé a reírme al tiempo que él ponía sus manos en mi cintura y se quedaba detrás de mí para ayudarme a subir. Así llegamos a la azotea, en el cuarto piso. No había nada, pero él lo había acondicionado. Había delimitado un área cuadrangular con lucecitas en el suelo, dentro había puesto una mesa con un mantel blanco, decorada con velas y pétalos de rosa. Separado por un metro o menos estaba una especie de sofá inflable con unas mantas. Yo me reí señalándolo:

—¿Y eso para qué es?

—Para ver las estrellas, no seas mal pensada —sonrió.

—¿Tú arreglaste todo esto? —pregunté, incrédula.

—Más o menos, tuve que sobornar a Mateo y rogarle a doña Mary y a don Julián para que no me delaten con sus patrones, ya sabes. —Echó los ojos hacia atrás. Acto seguido, sacó el celular de su pantalón y se distrajo en él.

De una pequeña bocina brotó una melodía de piano muy romántica. Yo me colgué de su cuello mientras le besaba la cara.

—¡Es superbonito! ¿Cómo hiciste todo esto?

—Como pude, pero quería hacerlo porque te amo —susurró.

Entonces tomé su cara y mojé mis labios en los suyos con delicadeza, después cada vez más desesperada. Él se separó jadeante, puso su dedo en mi barbilla y acercó su cara a la mía de nuevo:

—¿Tú no me amas? —preguntó, confundido, yo afirmé con la cabeza—. ¿Y por qué no me lo dices?

Yo bajé la mirada y sin responder volví a besarlo con intensidad. No quería mentirle. Algo en mi interior se negaba a decir que lo amaba para que él no usara eso en mi contra cuando lo terminara. No sabía de dónde salían esas ideas tan retorcidas, ni cómo era posible que una joven de casi dieciocho años pudiera ser tan ruin, pero así era y no había marcha atrás. Metí mi mano en su pantalón y él solo pudo deslizar su cabeza a mi hombro y quedarse ahí, extasiado, mientras me apretaba el trasero por debajo del vestido. De un momento a otro, reaccionó quitándose mi mano de encima.

—Espera, no quiero acabar así, yo… Ven —musitó, llevándome del brazo al sofá. Luego como si bailara con la música se tumbó sobre mí y empezó a desvestirme con premura—. Quiero quitarte toda la ropa, besar cada centímetro de tu cuerpo.

Rápidamente, nos quedamos desnudos. Hacía un poco de frío, quince o dieciséis grados, lo normal para esa época del año, y podíamos ver cómo el vapor de nuestras respiraciones nos envolvía, en tanto, intentábamos arroparnos con las cobijas.

Nos dimos cuenta de que era la primera vez que no estábamos condicionados por el pequeño espacio del coche o por la ropa que debía estar medio puesta para vestirnos con agilidad si alguien nos descubría. Nos regodeamos en esa libertad y nos dejamos llevar durante largo rato, explorándonos a fondo y en diferentes posturas.

Cuando terminamos la última vez, él descansaba sobre mi pecho mientras yo le acariciaba el pelo. Deseé quedarme ahí para siempre, detener el tiempo y que aquello se repitiera una y otra vez hasta el infinito. El rozó mi cara con su nariz y me miró con intensidad:

—Siempre voy a recordar este día, hasta cuando sea viejito y pierda la memoria.

—¿Aunque pierdas la memoria? —me reí, irónica.

—No me acordaré de nada ni de nadie, solo de ti y de este momento.

AHORA
XV. SIN VUELTA ATRÁS

Julio – Agosto 2022

La pequeña sala de espera de la consulta de la ginecóloga está llena de mujeres embarazadas. Me pregunto si no es una indirecta de la vida y me río para mis adentros con cinismo. El lugar acristalado con paredes rosa palo, decorado con flores y bebés, me repele y no encuentro otra forma de salir airosa que mofarme: «¡Tanta cursilería junta! ¿A quién se le ocurrió?». Miro el reloj de la pared izquierda, en media hora tengo que estar en la prueba del vestido de novia a la que no he podido ir, y no sé cómo voy a lograrlo. «Si el doctorcito de urgencias no me hubiera mandado a hacer tantos estudios… Tampoco era para tanto, lo que pasó el otro día fue solo que no había comido bien y mi úlcera, nada más», gimoteo porque me niego a aceptar que mi cuerpo es más débil de lo que me gustaría.

—¿Zoe Villafaña? —busca una asistente vestida de blanco, y me señala una puerta para que sea la siguiente en pasar.

Me levanto de un salto, me dirijo a la puerta y entro apresurada en el consultorio que conserva la estética de la sala de espera. La ginecóloga, una mujer de cincuenta y tantos que nunca había visitado y a la que me derivó el médico de urgencias, me aguarda sacando unos papeles de un sobre. Me pide que me siente con amabilidad.

—¿Zoe? ¿Está bien si te llamo Zoe? —pregunta, insegura, y yo asiento con una sonrisa—. Vamos a ver, ¿cuándo fue la última vez que tuviste una revisión ginecológica?

—El año pasado, creo en noviembre o diciembre, antes de Navidad —le respondo, recelosa, tratando de adivinar a dónde va con esto.

—No tengo tu expediente, por eso te lo pregunto. ¿En esa ocasión salió todo bien? ¿Te dieron alguna recomendación especial?

—No, nada, solo seguir con la píldora anticonceptiva —contesto, intentando ocultar que un escalofrío acaba de recorrerme el cuerpo.

—Bueno, esto era un estudio rutinario donde se hacen distintas pruebas para asegurarnos de que todo está bien; entre ellas, la prueba del virus del papiloma humano que, desafortunadamente, esta vez salió positiva.

—¡¿Cómo?! —pregunto, estupefacta, sintiendo que la sangre se me baja a los pies y las manos empiezan a temblarme de manera incontrolable. Ella desvía la mirada y asiente ante mi cara de estupor. Intento palear la punzada agonizante que acaba de darme en el estómago, poniendo mis manos en el vientre. La miro incrédula, casi suplicante, y ella me extiende el informe—. Pero ¿esto es cien por ciento fiable? ¿No hay una posibilidad de que se hayan equivocado? —la cuestiono con el papel en la mano y un deje de altanería.

—A ver, el cien por ciento de fiabilidad no existe, pero en nuestro laboratorio son muy profesionales —sentencia ella para luego dedicarme una media sonrisa y explicarse con un tono más delicado—. El resultado es preocupante, porque es algo que puede traer muchos problemas, que hay que vigilar. Existen diferentes cepas del virus y se calcula que el diez por ciento de la población femenina está contagiada, pero no a todas las mujeres afecta de la misma forma.

—Y solo se contagia a través de las relaciones sexuales, ¿verdad? —la interrumpo con esa pregunta que me está quemando por dentro mientras los ojos se me rasan. Ella asiente de nuevo, el gesto de su cara se descompone y curva los labios delatando que ha estado en esta situación tan incómoda y no quiere repetirla.

Me levanto de un golpe con taquicardias que me ahogan, sintiendo que todo mi cuerpo va a disolverse en el ácido que navega en mi estómago. Me llevo las manos a la cabeza. La doctora llama a la asistente, que entra apresurada con un vaso de agua, mientras yo no soy capaz de reaccionar.

—Tranquilízate, siéntate, por favor —me pide la ginecóloga después de levantarse de su escritorio. Acercándose a mí, me toma por un brazo y me obliga a sentarme de nuevo, luego me extiende el vaso.

El agua disuelve la bilis, pero las manos me tiemblan como si supieran que hemos llegado al final.

—¿Mejor? —pregunta la ginecóloga, poniendo su mano en mi hombro en señal de consuelo. La miro con los ojos llenos de lágrimas, sintiendo que el camino que he elegido se desmorona.

—Es que yo solo tuve relaciones con mi novio, que se supone que solo tenía relaciones conmigo y con el que me voy a casar en tres meses —le confieso con un hilo de voz. Ella me mira con tristeza, baja la cabeza y se yergue para después darse la vuelta y volver a su silla detrás del escritorio.

—Lo siento mucho, Zoe. —Niega con la cabeza y aprieta la mandíbula con disgusto—. Si supieras la cantidad de veces que me ha pasado esto. —Luego carraspea para volver a su papel de profesional médica y alejarse del drama—. Lo importante ahora, con respecto a tu salud, es que sabes que lo tienes, entonces todos los esfuerzos van a ir encaminados a la prevención. De momento no hay que tomar ninguna medida porque no hay lesiones, pero debes volver a revisión en tres meses.

Asiento, me limpio las lágrimas con las manos temblorosas. Casi sin saber cómo, le doy las gracias y salgo lo más rápido que puedo del lugar.

Tengo que usar el elevador para llegar al estacionamiento, pero en el pasillo me encuentro con una mujer embarazada que ríe de la mano de un hombre. Me miran con curiosidad y la estampa me parece insoportable. Me doy media vuelta y bajo por las escaleras como en un trance, fuera de mí. «¡Lo sabía! ¡Lo sabía!», me repito llena de ira al enfrentarme a la realidad que he negado todo este tiempo.

Mi cabeza deja caer como en una fila de dominó todas las pistas que David ha ido dejando y que yo no he querido ver. Cuando descubrí que me había mentido; todos los fines de semana que puso pretextos para no hacer planes juntos; las cenas con clientes hasta tan tarde; su inapetencia sexual; la última vez que tuvimos relaciones, cuando yo no entendía dónde había aprendido lo que hizo; todas las veces que estuvo más pendiente del celular que de mí. ¡Claro! En la prueba del menú, el Ing. S. González que le enviaba el emoticono de una carita avergonzada; el comentario de Juan Carlos: «que te contrate una Samanta González que haga el trabajo sucio». ¡Qué asco! ¡Nada más y nada menos que con la secretaria!

«¡Maldito cerdo, ¿cómo pudiste?! ¡¿Cómo pudiste?! Te llenabas la boca hablando de respeto, de educación, mientras te revolcabas con otra», me digo, enardecida, caminando sin sentir el cuerpo en dirección al coche. En ese momento, escucho un claxon ensordecedor. La luz de los

faros del coche me ciega en la poca claridad del sótano que funciona como estacionamiento. «¡Cuidado!», me grita el conductor y yo sigo mi curso ignorándolo.

Me subo al coche y sin poder evitarlo, lloro de frustración. ¡Lo sabía! Sabía que mi vida se estaba enredando de nuevo, que el compromiso con David era una bomba a punto de explotarme en las manos. ¿Pero esto? ¿Cómo demonios me dejé engañar de esta forma? Yo, que me creo más lista que nadie, solo soy la marioneta de ese cretino. El niñito de mamá que se conformaba con mis migajas cuando teníamos veinte años, que me daba cátedras de moralidad, por el que yo cambié, no resultó más que un putero, como todos los de su calaña, como mi propio padre.

Sollozo con amargura, anulada, viendo cómo el futuro por el que había apostado desde hace ocho años ya no existe.

Me había prometido que no me iba a volver a pasar lo mismo, que nadie iba a volver a humillarme, y no soy más que un hazmerreír que repitió la historia de su familia. Cancelaremos la boda y seré la comidilla de la ciudad otra vez. ¡Sí ya lo soy, seguramente! Quién sabe cuánta gente esté enterada de esto porque si Juan Carlos lo sabe, es solo un secreto a voces.

Una llamada interrumpe mi ruina: es mi madre. Me quedo viendo la pantalla. «¿Cómo se lo voy a decir a ella?», me pregunto, llena de vergüenza. Cuelgo el teléfono, intento limpiarme las lágrimas, tranquilizarme. Otra llamada, esta vez es Rosy. Me percato de que me están esperando en la prueba del vestido, una risa cínica y ácida me sale de dentro. Vuelvo a colgar y apago el celular para que nadie más me moleste.

§

Cuando abro la puerta del departamento, me doy cuenta de que no sé cómo he manejado hasta aquí sin parar de llorar. El espejo del recibidor me muestra mi cara desastrada, el maquillaje corrido, la nariz, los ojos y la boca hinchados. Tomo un pañuelo de papel de la caja que mi madre tiene ahí y me limpio, como si me importara. Doy unos pasos hacia la sala observando la luz y las nubes que se van moviendo por la ciudad en el cielo grisáceo a través del ventanal. Entonces me dejo caer en el sofá, derrotada.

Todo se parece tanto a aquel día, hace diez años, cuando mi vida se derrumbó, pero, en esta ocasión, una voz muy lejana, casi silenciosa, me susurra que es lo mejor que me pudo haber sucedido.

Me descalzo y subo las piernas para abrazarme a ellas por las rodillas. Los recuerdos del pasado reviven como si fuera ayer: empezando por la mañana que no quería despertar; los días en estado catatónico, tomando calmantes, pero, sobre todo, el día que vi la luz. Aquella mañana, cuando mi mamá me alumbró el camino con un plan que me prometía que no volvería a estar en la ruina. ¡Qué ironía! ¡Ha sido ese estúpido plan el que me ha vuelto a hundir!

He perdido el proyecto más importante de mi carrera, la posición que me iba a dar ser la esposa de David, y a él. Lo he perdido a él, aunque, siendo honesta, hace ya mucho de eso. ¿Qué me queda? ¿Mi madre, que sobrevive como puede; Ulises tan lejos, haciendo su vida; Rubén y Luz, a quienes prácticamente no veo? Me cubro la cara y lloro desconsolada. Me digo que este es mi castigo por haber perdido antes que todos a la persona que más he querido en mi vida: Santiago.

Pienso en los días que vienen, en la ruptura, en el escándalo, en las miradas burlonas y

lastimeras que va a dedicarme todo el mundo. Yo, que tenía la vida solucionada, con esa casa nueva y enorme que nunca tuve interés en decorar, con una mesada que doblaba lo que ganaba en la agencia. Y ahora, ironías de la vida, ya sin el proyecto de Tulum, mi sueldo se ha vuelto una miseria. Suelto una carcajada mordaz al recordar que tengo un crédito en el banco para una boda que no se va a llevar a cabo.

—Zoe, ¿estás en casa? —me interrumpe la voz de mi madre, que entra desconcertada por la puerta principal.

Me limpio la cara como puedo al tiempo que la veo dirigirse a la sala por el pasillo acompañada de Rosy. El estómago se me revuelve solo de verla. Me pongo de pie de un salto y, sin ningún recato, arremeto contra ella.

—¡Tú! ¡Tú lo sabías y lo consentías! —le grito, encolerizada—. ¡Lárgate! ¡No quiero volverte a ver nunca!

—Pero… ¡Zoe! ¡¿Qué te pasa?! —me corta mi madre sin dar crédito a la escena que está presenciando.

Rosy me dedica una mirada de odio y se gira con altanería endureciendo sus gestos, luego camina hacia la puerta y desaparece. En ese momento, mi cara vuelve a llenarse de lágrimas y me la cubro con las manos. Mi madre se acerca con rapidez y me acuna en sus brazos.

—Estás aquí, en casa, conmigo, todo va a estar bien —me consuela con la voz dulce.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —le pregunto entre sollozos, limpiándome la cara y volviendo a dejarme caer en el sofá

—Tuve un mal presentimiento cuando no llegaste a la prueba y no respondiste al teléfono. Llamé a la agencia, luego me acordé de la ginecóloga y marqué al consultorio. La asistenta se preocupó, me dijo que habías salido alterada de la consulta, que era mejor que no estuvieras sola. —Suspira, aliviada—. Pero ya estoy aquí contigo, sea lo que sea, vamos a solucionarlo, te lo prometo.

—En realidad, me he quitado un peso de encima —murmuro en un suspiro, y en mi rostro se dibuja una expresión derrotada pero llena de sinceridad.

§

Abro la pequeña cajita color menta y observo por última vez el pesado anillo de compromiso que he llevado en la mano todos estos meses. Quisiera atrapar el destello de los diamantes, encontrarlo tan hermoso como el día que me lo dio, pero toda la belleza desaparece cuando pienso en cómo mi vida se colapsó después de que me lo pusiera. El anillo se convirtió en un grillete que anunciaba mi futura esclavitud.

Repaso las palabras de mi madre la noche en que todo se terminó y suspiro con serenidad.

Había pasado el día a trompicones con escenas de llantos y ratos de calma. Pero por la noche, cuando nos dispusimos a cenar y nos sentamos en la pequeña mesa blanca de la cocina, alrededor de un vaso de leche y unas galletas, ella me miró con una sonrisa desahogada.

—Me pone furiosa pensar que estás infectada con ese virus, que puedes enfermarte por su… por su puterío —vociferó, apretando la mandíbula. Luego hizo una pausa y retomó intentando hablar con mesura—. Pero al mismo tiempo, me alegro tanto de que te hayas librado de ese compromiso absurdo, de esa familia. Nunca entendí por qué te dejaste guiar por ellos, por qué te

volviste tan recatada, por qué te fuiste perdiendo a ti misma.

—Pensé que era la solución a todos mis problemas, que iba a demostrarle a todo el mundo quién era yo —le respondí, apenada, bajando la cabeza.

—Escúchame, Zoe, escúchame bien —sentenció—. Tú no tienes que demostrarle nada a nadie, ni siquiera a ti misma. Tú tienes que vivir, disfrutar lo que haces, amarlo, como cuando jugabas tenis, ¿te acuerdas? Las personas que te queremos de verdad te vamos a querer siempre, pase lo que pase.

—«Pase lo que pase» —repetí con una media sonrisa—. Santiago me decía eso.

—¡¿Santiago?! —se sorprendió ella, levantando las cejas, luego se le escapó una risilla y negó con la cabeza.

Tomé un trago de leche y me quedé con la mirada perdida. En mi cabeza apareció la idea loca de correr a buscarlo, de pedirle perdón, pero me frené de golpe: no, ahorita no. No se merece ser el premio de consolación.

El sonido agudo del timbre me saca de mis divagaciones y me levanto tranquila a abrir la puerta. Del otro lado, me encuentro con un David decaído que viste una camisa azul cielo arrugada de haberla llevado todo el día. Me observa nervioso y desvía la mirada al suelo. Me hago a un lado y lo dejo pasar para seguirlo después.

Ya en el salón, duda sobre el sofá en que debe sentarse, pero yo le señalo el de la izquierda, que está frente a la televisión. Se acomoda curvado hacia delante y entrelaza sus manos mientras sus brazos descansan en sus rodillas. Vuelve a mirarme con temor.

—No hay vuelta atrás, ¿verdad? —pregunta casi sin pronunciar las palabras.

—No —le respondo, seca, después de un bufido sarcástico.

—Zoe, déjame explicarte cómo pasaron las cosas, no es lo que tú piensas —intenta disculparse.

—No me interesa, no quiero los detalles —resoplo, tratando de no encenderme y dar un paso en falso.

—Es que solo quiero que sepas que fue una aventura sin importancia, que ya se terminó, que ella es lo que es. No tiene nada que ver contigo, tú ibas a ser mi esposa, ella…

—¿Ella qué, David? ¿Ella es tu «amante» porque nunca será digna de ser tu esposa? ¿A ella si puedes contarle tus cosas, «faltarle el respeto»? —lo interrumpo con una risa virulenta—. ¡Vives en la época de la colonia! No sabes la suerte que tengo de que todo se haya terminado por tu culpa.

—¡Zoe, por favor! —me contesta llenándose de cólera.

—Mira, si te pedí que vinieras, no fue para esto, tampoco para despedirme de ti, hace tiempo que tú y yo ya no tenemos nada que ver, los dos lo sabemos. Quería que vinieras para devolverte el anillo y para pedirte que te hagas cargo del crédito que pedí para la boda —le suelto, extendiéndole los papeles del banco que había dejado en la mesa del centro.

—Pero… tú dijiste que tu parte de la boda la iban a pagar con los ahorros de tu familia —indaga, asombrado, echando el cuerpo hacia atrás.

—Ya ves, no eres el único que miente, aunque yo por lo menos no puse tu salud en peligro —le espeto con insolencia. Luego carraspeo para continuar imponiéndome ante él—. Si es verdad que tú y tu familia tienen tantos principios, estarás de acuerdo que es lo mínimo que puedes hacer.

—OK —responde con un hilo de voz, apretando la mandíbula y tomando los papeles—. ¿Es todo?

—Sí.

—Entonces me voy.

Se pone de pie de un salto y sale apresurado hacia la puerta mientras yo pierdo la vista en el ventanal por el que se aprecian las luces de la ciudad. Me queda un hueco en el estómago, una sensación de tristeza. Hubo un tiempo en que llegué a tener sentimientos por él, que le tuve mucho cariño, pero hace meses, quizás años, que eso se apagó y solo nos quedaron las formas.

ANTES
XVI. *DECIR ADIÓS ES CRECER*[5]

Primavera 2013

Los días que siguieron al 14 de febrero fueron una especie de tregua. Queríamos vernos a diario y, aunque no lo conseguíamos siempre, buscábamos la forma de lograrlo. Yo me quedaba esperándolo una hora afuera de la prepa o me iba a casa de Luz, que vivía en un residencial muy cerca del suyo. Él venía a verme por la noche, muy tarde, y yo me esforzaba por ignorar el lugar donde tenía que recibirlo. Nos divertíamos haciendo bromas, me ayudaba con la tarea de Matemáticas y Física y, por supuesto, me hablaba de automóviles y todo lo que se pudiera relacionar.

No recuerdo el motivo, pero no volvimos al mirador. Lo hicimos dos veces más, una en el coche, dentro de una casa abandonada en el residencial de Luz, a las tres y media de la tarde, con los cuerpos y la ropa pegajosa; otra, debajo de la escalera de mi edificio mientras me sentía como una mujerzuela. Una cosa era hacer travesuras en el club o en el mirador, otra, terminar en lugares tan sórdidos como esos. Cuando pienso en aquellos días, viene a mi mente una sensación agridulce de desearlo mucho y sentir que mi vida con él no iba a ningún lado.

Nunca fui especialmente religiosa, aunque me educara en colegios católicos y fuera el código de conducta en el medio en el que me desenvolvía. Mis padres no eran practicantes, mientras que mis abuelos eran polos opuestos: la familia de mi padre, aquellos que nos habían desconocido con la desgracia, eran de golpe de pecho y misa los domingos; en cambio, en la familia de mi madre, eran poco creyentes. Aun así, yo quería aferrarme a algo, me descubría por la noche pidiéndole a Dios con lágrimas en los ojos que me ayudara a pasar por aquellos días y, sobre todo, a que lo mío con Santiago funcionara. Pero Dios no escucha a los infieles.

Una noche, a principios de marzo, él llegó más tarde de lo normal porque había vuelto a entrenar fútbol en el club. A mí no me gustaba la idea, aunque no podía decirle nada. Por conversaciones triviales estaba al corriente de que Daniela y alguna otra se acercaban a él con el pretexto de interesarse por mí. Todo era mentira, ninguna de ellas me escribía en redes y eso me mantenía alerta. Sin embargo, esa noche el problema fue mucho peor. Después de pasar el rato juntos, entre bromas, caricias y besos, cuando él iba a buscar el coche para volver a su casa, en la entrada de un estacionamiento público, dos muchachos de apenas quince o dieciséis años lo amenazaron con una navaja y le quitaron hasta las llaves del coche. Antes de dárselas, Santiago apretó el botón de pánico, haciendo que la alarma saltara con gran escándalo, uno de los jóvenes se abalanzó sobre él e intentó clavarle la navaja, pero él se defendió con el brazo. En ese momento, la patrulla que vigilaba la zona llegó y los maleantes huyeron. Santiago terminó en urgencias con seis puntos en el antebrazo derecho.

Cinco días después del suceso, mi madre dijo que necesitaba hablar conmigo. Sentadas en la mesa de la cocina, me preparó un té de limón con miel. Cuando lo puso frente a mí, me miró con tristeza y suspiró.

—Blanca me llamó ayer —sentenció mientras yo la observaba impávida, casi temerosa, intuyendo que sus palabras iban a golpearme—. Mira, ella no es mala persona, pero está muy

asustada con lo que pasó y yo me pongo en su lugar. La vida de su hijo está de por medio. Imagínate que le hubieran clavado la navaja en otro lado.

—Pero… ¿qué te dijo? —me impacienté ante la introducción que hacía.

—Me dijo que no quería meterse, que no lo había hecho antes, que le daba mucha tristeza por lo que estábamos pasando, pero que no por eso iba a dejar que Santiago siguiera arriesgándose. Que si tú querías seguir con él, tenías que entender que no era él quien tenía que bajar de nivel, que, en todo caso, eras tú quien debía adaptarse, aunque hubiera situaciones como la cena del club. Que tenías que hacer de tripas corazón, ir a donde él fuera y aguantar a la gente impertinente —exhaló, rendida, con los ojos fijos en mí. Hizo una pausa y luego concluyó, como quitándose un peso de encima—: No me gustó su llamada, ¿qué quieres que te diga?, pero la entiendo. Obviamente, Santiago no sabe nada de esto.

Bajé la mirada, tomé la taza de té y la cuchara, atónita, no era capaz de hablar, de pensar, incluso. Era como si me hubiera quedado fuera de la realidad con la noticia. Mi madre volvió a suspirar.

—Me hubiera gustado no tener razón, que todo fuera diferente, mi niña —se le llenaron los ojos de lágrimas—, pero la vida es como es.

—Ya lo sé, mamá —contesté yo sin despegar la mirada del remolino que se formaba en el té alrededor de la cuchara.

Me desmoroné. Lo sabía, sabía que iba a terminar, pero llegaba el momento y no estaba lista. Me llevé las manos a la cara y me eché a llorar, desconsolada, casi sin poder respirar. Mi madre se abrazó a mí y lloró conmigo.

—Tú vas a poder con esto, mi niña —dijo con un hilo de voz, limpiándose las lágrimas. Guardó silencio, luego su voz se recompuso—. Yo voy a estar aquí para que sigas adelante y todo va a mejorar, te lo prometo. No puedes dejar que esto te apague, que te haga creer que no vas a volver a querer a alguien, que no vas a volver a sonreír.

Cuando logré tranquilizarme y nos reímos de la mancha de lágrimas que le había dejado en su blusa, la miré con curiosidad.

—¿Cómo sabes que voy a terminar con él? Podría… podría ceder a las condiciones de Blanca.

—Te conozco, Zoe —carraspeó—. Sé que eres muy orgullosa y no quieres que algo como lo que pasó el día de la cena del club te vuelva a suceder; también sé que lo quieres y sabes que es lo mejor para los dos.

§

¿Cuál es el mejor lugar para terminar con alguien a quien amas? Exacto: ninguno. Sin embargo, yo tenía que pensar en el después. A Luz se le ocurrió que fuera en su residencial, que hablara con él en el parque que había dentro y luego volviera a su casa. No estaba segura de que la idea funcionara, porque no estaba en mi terreno, pero tampoco quería que él volviera al centro después de lo que había sucedido, así que acepté la propuesta.

Cuando Santiago llegó por mí y tocó el claxon en la entrada de la casa de Luz, el corazón parecía a punto de explotarme.

—Me gusta cómo se mueve tu faldita de colegio de monjas —dijo, risueño, mientras entraba en el coche, luego fingió la voz de un chófer—. ¿A dónde la llevo, señorita? Sus deseos son

órdenes para mí.

Me quedé en silencio y desvié la mirada.

—Vamos… vamos al parque…, al que está aquí —tartamudeé al final. Él frunció el ceño mientras todo su cuerpo se tensaba.

—¿Qué pasa, *baby*? —preguntó con recelo.

No respondí, me limité a indicarle un lugar para que se estacionara. El ambiente se crispó, los sonidos del coche retumbaban en el silencio como sierras afilándose. Bajamos sin pronunciar una sola palabra y lo dirigí a una banca a la que le daba la sombra un mezquite muy grande.

—¿Cómo sigue tu brazo? —le pregunté con la vista perdida en los juegos infantiles cuando nos sentamos. Él lo giró en un acto reflejo y se descubrió un poco la venda.

—Ayer me quitaron los puntos, me va a quedar una cicatriz —dijo, mostrándome su brazo con orgullo y sonrió—: marcas de guerra.

No había nada divertido en aquella situación, pero no pude más que imitarlo. Quise preguntarle si le dolía y al instante me arrepentí. Si algo había aprendido en ese entonces era que había heridas mucho más dolorosas que las físicas, y yo estaba a punto de causarle una de esas. Me quedé en silencio, no sabía qué palabras usar para que el daño fuera mínimo. Él, extrañado, me pasó el brazo por los hombros.

—Ya dime, ¿qué pasa? Me estás asustando —me interrogó con una sonrisa.

Me zafé de su abrazo con delicadeza. El sol lo derretía todo con su intensidad de las tres de la tarde y yo sentía que se me helaba el cuerpo, empezando por las manos.

—Santi, yo… —titubeé

—¡¿Estás embarazada?! ¡Es eso! —exclamó mientras se daba un golpe con la mano en la frente—. No es que me mate la idea, pero ya que. Además, si lo piensas, vamos a tener que vivir juntos y eso sí que…

—No, no estoy embarazada —lo interrumpí violentamente—, déjame hablar.

Él abrió sus pequeños ojos rasgados más de lo normal y en cámara lenta vi cómo se le llenaban de agua.

—Ya no funciona, Santi —sentencié con la voz entrecortada.

—¡No mames, Zoe! ¡No me digas eso! —gritó mientras se ponía de pie y se llevaba las manos a la cabeza. Las lágrimas le mojaron la cara y su sonrisa eterna se curvó a la inversa. Se me desgarró el alma, nunca lo había visto llorar. Me levanté para intentar consolarlo, pero cuando me acercaba, él me sujetó los brazos, arrebatado—. ¡No me toques!

—Santi…, yo… No quiero que pienses que esto es tu culpa, yo lo intenté… Intenté que esto funcionara, pero mira lo que te pasó. Yo no puedo seguir causándote problemas, siendo una carga —quise explicarle mientras sollozaba, él me soltó con furia.

—¿Tú lo intentaste? ¿Segura? —gruñó—. Porque desde hace meses el único que lo intenta soy yo, el que hace de todo para verte, el que se traga todos tus dramas, tu «ahora sí», tu «ahora no», ¡¿y tú lo intentaste?! ¿Qué intentaste, exactamente? ¡¿Quererme?! ¡Porque si me quisieras de verdad, no estarías terminando conmigo!

—No digas eso, por favor —le respondí con la voz apagada—. Yo no quiero hacerte más daño.

—¡¿Más?! ¿Crees que me puedes hacer más daño? —Me fulminó con los ojos. Yo bajé la mirada y la cara se me llenó de lágrimas. Me limpié como pude, luego pretendí excusarme.

—Santi, yo sé que ahorita no lo entiendes, que piensas que soy una malagradecida, pero con el tiempo vas a entender que no podíamos estar juntos, que era lo mejor para los dos.

Se quedó en silencio, viendo el suelo mientras se secaba los ojos con una mano. Los segundos pasaron y se me hicieron eternos, entonces se decidió a hablar con tono áspero.

—Te vas a arrepentir, los dos los sabemos. —Se aclaró la garganta—. Pero ahora te toca escucharme: yo no soy un juguete con el que te consuelas o te diviertes según te conviene. Ya decidiste que se acabó, ¡a la chingada! ¡Se acabó en serio! No me busques, no me llames. Te voy a bloquear de todo, para mí, hoy, como si te hubieras muerto —sentenció, luego se dio la vuelta y se fue.

Me quedé inmóvil con la respiración encerrada en la garganta, acuchillándome por dentro. No era como si me hubiera muerto, me estaba muriendo de alguna forma. Todo lo que en mí quedaba de niña se iba con él. Quise correr tras él, pedirle perdón, abrazarlo. No fui consciente, hasta ese momento, que ya no era posible, que ya nunca me iba a sostener en sus brazos. Lo había perdido, casi igual que a mi papá. El mundo volvió a oscurecerse y me pareció el lugar más horrible y vil que existía.

§

Había sido muy ingenua al creer al pie de la letra aquella máxima popular de quien pega primero pega dos veces. Lo había roto y me había roto con él. La única ventaja que tenía era que estaba prevenida, aunque no sirviera de mucho, porque, ¿cómo se arregla con antelación algo que va a romperse? Volví a tomar los calmantes, esta vez unos más fuertes que tenían efectos somníferos, porque los primeros días me los había pasado en vela, llorando.

Mi mamá estaba asustada, no entendía cómo podía llorar tanto, incluso más que con la muerte de mi padre. Lo que ella no lograba vislumbrar es que todo el llanto contenido se desbordaba cuando ya no había contrafuerte. Pensaba en Santiago, en lo que pudiera estar haciendo, en cómo estaría, pero les había suplicado a todos que no me lo mencionaran, aunque yo lo pidiera. Así que aguantaba la curiosidad. Él había cumplido su palabra, como siempre, me había bloqueado de todas las redes sociales, hasta los mensajes. En dos ocasiones, durante aquellas noches eternas en las que me ahogaban los recuerdos, revisé las cuentas de sus amigos. No encontré nada, ninguna foto o comentario, era como si nunca hubiera existido. Luchaba por convencerme de lo contrario, buscaba pruebas de que no me lo había inventado, pero cada vez era más difícil, porque en momentos de arrebato y decisión rompía recuerdos o eliminaba fotos.

Los días seguían su curso y mi mamá no paraba de repetirme que estaría bien, que pasaría, que todo iba a mejorar y me distraía con cualquier cosa en la cocina. Incluso Ulises, que se había encerrado tanto en él mismo y pasaba mucho tiempo en la universidad, se preocupaba por entretenerme. Se había aficionado al póker y organizaba partidas interminables después de cenar.

Un día, cuando mi mamá se había ido a acostar y nosotros habíamos despertado nuestra bestia competitiva, se levantó al final de la partida, fue a la cocina y sirvió dos copas de vino.

—Todavía soy menor de edad, ¿recuerdas? —me reí.

—¡Bah! Te queda un mes —respondió mientras se acercaba a la ventana que daba a la calle. Luego rebuscó en su chamarra que estaba en el sofá y se encendió un cigarro.

—¡Mi mamá te va a matar! —exclamé, divertida.

—Ya lo sabe, le vale. O sea, digo, tiene cosas más importantes de que preocuparse —suspiró, observando el cigarro entre sus manos.

Me quedé sin palabras. Su figura se me antojo más gris y vieja que nunca. Me recordaba a los hombres atormentados que vuelven de la guerra en las películas, con la mirada perdida y la expresión melancólica. Un escalofrío me recorrió. Aquí estaba él delante de mí, saliendo de su escondrijo, tratando de animarme, ¿qué había hecho yo por él durante ese tiempo? Recordé aquella vez que me había llamado «zorra» y la confesión de mi mamá sobre que él nos había descubierto escondidos en el club. Desde que Santiago había entrado en mi vida, Ulises se había vuelto una figura anodina, de utilería, en la que nunca reparaba. Era la peor hermana del mundo y no me había dado cuenta. Él, en cambio, se compadecía de mí, como si entendiera por lo que estaba pasando, ¿cómo era posible? ¿Es que a él también se le había roto el corazón? ¿Quién? ¿De qué forma?

—Nunca te cayó bien Santiago, ¿verdad? —le pregunté de improviso, sin pensar demasiado.

—No sé —respondió, luego le dio una calada al cigarro—. Era cagado, el payaso del equipo, pero tampoco me parecía la gran cosa, no para que todos fueran detrás de él como borregos.

—¿Te daban celos? —me reí, irónica. Él bajó la cabeza, dio otra calada y suspiró.

—Bueno, no de los del equipo, de ti… —tartamudeó—. Tú te volviste loca, te olvidaste de todo el mundo, solo te importaba él.

—Lo siento, Uli —musité, desviando la mirada y buscando la copa para darle un trago.

—Es lo que pasa, ¿no? Cuando uno se enamora, se vuelve loco —sonrió.

—¿Y tú, Uli? ¿Te has enamorado alguna vez? —pregunté, risueña.

Él bajo la cabeza y pronunció las palabras con desgano:

—Una vez, pero ella no se enamoró de mí. Entonces no fue tan grave, ni me volví tan loco como tú. —Me miró con ternura y, sacando su celular, continuó—. Escucha esta canción, a mí me ayudó a entender lo que había pasado y seguir adelante.

Una música *rock indie* inundó la estancia mientras yo miraba la copa. La letra se me fue colando en el pecho, era como si la hubieran escrito para nosotros.

Separarse de la especie por algo superior
no es soberbia, es amor.
Poder decir adiós es crecer[6].

Cerré los ojos y las lágrimas me cayeron en el cuello. Ulises me regalaba en esa canción la respuesta a aquellos días cubiertos de humo. Tenía que crecer, dejarlo atrás, tomar toda la fuerza que Uli y mi mamá me daban, que sacaban de no sé dónde para mí. No debía dejarme abatir por todo aquello, todo iba a mejorar, ellos confiaban en eso. Yo debía hacerlo también, debía estar a la altura, sobreponerme.

§

A principios de junio, cobramos, por fin, el dinero del seguro. Era una cantidad muy grande que compensaba los meses en que no nos habían pagado. Mi madre quería devolverle a mi tío Tony todo lo que nos había prestado, pero él no quiso. Así que con ese dinero pudimos

cambiarnos a un edificio nuevo, cerca de la zona donde siempre habíamos vivido. Gracias a unos conocidos, mi madre entró a trabajar como agente de seguros para un buen despacho y, como ella había prometido, todo comenzó a mejorar.

Por supuesto, no volvimos a tener el nivel de vida de antes, pero vivíamos mejor y podíamos darnos pequeños lujos.

El nuevo departamento era muy moderno, de estilo minimalista, con acabados de madera y cristal, tenía ciento veinte metros cuadrados y hasta un balcón que fuimos adornando con muchas plantas. Recuerdo que, cuando todo quedó decorado a nuestro gusto, pensé en él, en que quizás si hubiera sido más paciente, lo habría podido recibir ahí, pero ya era demasiado tarde.

AHORA
XVII. LA VIDA DA MUCHAS VUELTAS

Agosto – Septiembre 2022

Llamo a Álvaro para pedirle tres días de vacaciones y le cuento todo lo que ha sucedido. No omito ningún detalle, es mejor que lo sepa por mí, en cuestión de días, será del dominio público. Cuando termino con mi historia, Álvaro suspira.

—Lo siento muchísimo. No sé qué decirte.

—Con que me des los tres días libres, es suficiente —me río casi sin ganas.

—¡Ay, Zoe! —exclama con una sonrisa que puede escucharse por el aparato—. Tómate el tiempo que necesites, manda un correo general a los clientes y no pongas fecha de vuelta. Lo primero es que estés bien.

—Muchas gracias —respondo, suavemente.

—Es que… —resopla con una risa irónica—. ¡Qué niñito tan estúpido! Hacerte eso a ti, que brillas a miles de kilómetros.

—Gracias —le contesto yo, con la voz baja y tímida.

—Recupérate pronto, descansa y luego *pa'lante*, que no hay otra —me anima antes de despedirse.

Cuelgo el teléfono con una sensación que me reconforta por dentro. No hay muchas personas en mi vida, pero las que están, las que me quieren de verdad, como dijo mi madre, no hacen más que dedicarme palabras bonitas, alegrarse por haber dejado ese camino rumbo a perderme y animarme a seguir.

Tres días después, según lo estipulado, llego al trabajo antes que nadie. Solo está doña Mary terminando de limpiar la oficina. Le sonrío y ella me saluda con efusividad.

—¡Buenos días, licenciada! ¡Qué bueno que ya esté de vuelta!

—Buenos días, doña Mary —le sonrío, avergonzada. Ella intenta seguir con sus labores, pero siento sus miradas curiosas mientras me acomodo para empezar a trabajar. Pienso que una buena forma de iniciar mi nueva vida es siendo un poco más amable y considerada con los demás. Así que, en lo que mi computadora se enciende, me giro para hablar con ella—. Usted, ¿cómo está?

—¿Yo? —pregunta ella, extrañada, y yo asiento con la cabeza—. Bien, licenciada, gracias a Dios. Ya sabe, aquí haciendo mi chamba, luego me voy a mi casa a las doce y a las cuatro entro en otro trabajo. —Hace una pausa y se acerca para continuar bajando la voz—. Pero usted no se ve mal y eso me da mucho gusto.

—Ya se enteró de lo que pasó, ¿verdad? —le pregunto con una leve sonrisa para tantear el terreno.

—¡Ay, ya ve como es la gente, que le encanta el chisme! —se sorprende ella, llevándose una mano al pecho mientras sujeta un plumero con la otra—. Yo estaba terminando de limpiar la cocina y escuché como Maribel le contaba a la otra licenciada que usted ya no se iba a casar porque su novio se había ido con la secretaria.

—¿Les daba gusto o qué? —indago sin perder la sonrisa, y me echo hacia atrás en mi asiento.

—No, no. No diga eso —se escandaliza—. Ellas estaban bien admiradas, es que, ¿cómo le

puede hacer eso su novio a usted, que es una mujerona? Imagínese qué nos queda a las demás.

—Le puede pasar a cualquiera —le respondo al levantar los hombros, como queriendo quitarle importancia.

—*Pos* la verdad sí, *pa'*que nos hacemos. Los hombres nomás están con eso en la cabeza, en la que aparezca una piruja, se les mete el chamuco y ya valió —afirma ella con la voz enardecida.

—Así es, doña Mary, ¿qué le vamos a hacer? —le contesto, apretando los labios para suscribir su sabiduría popular.

—Bueno, pero hay algunos que no son así. Yo conozco unos cuantos. Mi esposo, el que se fue al norte, ese, otro mendigo, desgraciado, pero otros no. —Niega con la cabeza, luego intenta consolarme—. Usted está rebonita, no se preocupe, seguro que ahorita que ya está soltera, le salen galanes por todos lados y encuentra a uno decente.

—Gracias, doña Mary —le sonrío con dulzura—, pero ahorita es lo que menos me interesa.

—Tiene razón, usted enfóquese en su carrera y ya Dios dirá. —Se encoge de hombros y se despide—. Bueno, me doy la recia que si no, van a llegar todos y no va a estar listo.

Afirmo con la cabeza, tratando de expresarle con los ojos que le agradezco sus palabras de aliento. Me quedo pensando que, a pesar de lo antipática que resulto, a la gente en el fondo no le gustan las desgracias ajenas. Es probable que todos se sientan conmovidos e intenten ser más amables conmigo, aunque no lo merezca. Suspiro. Quizás sea una señal para dejar de ver la vida como solía verla, con esa frialdad y soberbia.

Poco a poco, van llegando los compañeros y todos me saludan intentando ser cordiales, pero sin aspavientos. Yo sonrío, más que de costumbre. Han sido días raros, en donde el maremoto en el que vivía se ha terminado y me ha traído una sensación de alivio y tranquilidad que no había experimentado nunca. Como si me hubieran liberado de una cárcel. Me siento libre, expectante, incluso llena de ilusión.

De un momento a otro, veo entrar a Álvaro con ese despliegue de siempre, rodeado de Maribel y otras dos ejecutivas, listas para pedirle unos minutos. Entre sus pasos acelerados repara en mí, me dedica una sonrisa muy grande y me señala su privado con el dedo. Espero a que se deshaga de las demás, entonces me levanto con calma y me dirijo a su oficina.

—Ya estoy aquí. —Le sonrío apretando los labios.

—¡Tres días exactos para recuperarte! —Niega con la cabeza mientras va haciéndose en su lugar y sacando unos papeles de su portafolio.

—No necesitaba más —le respondo con seguridad al sentarme en las sillas para visitantes.

—Ahora a dar guerra, como siempre —se mofa él y yo le sonrío un tanto avergonzada. Se aclara la garganta y continúa—. He estado pensando que, fuera del proyecto de Tulum, tus comisiones se quedaron en muy poco. Antes, bueno, no me preocupaba, pero ahorita creo que es algo en lo que puedes enfocarte. Tengo una lista de contactos, gente que puede estar interesada en proyectos grandes, empresas de aquí y de ciudades del centro de la república. Creo que podrías ocuparte de eso —concluye él con una recomendación que ya estoy encajando como una orden.

—Sí, es buena idea —afirmo con la cabeza.

—¡Genial! Te paso la info por correo y ya te encargas —zanja él, y se concentra en encender su computadora.

—¿Es todo?

—Sí. —Sonríe ya sin hacerme mucho caso, de pronto, levanta los ojos y exclama—. ¡Me alegra mucho que estés de vuelta!

Le regreso el gesto, me levanto con tranquilidad y salgo del privado con una sensación agridulce: por un lado, me complace que se preocupe por mí, que busque la forma de motivarme tomando en cuenta mi situación; pero, por otro lado, lo que de verdad me haría feliz sería recuperar el proyecto de Tulum. Me digo que no es tan fácil y, por primera vez, me da por ponerme en los zapatos de Álvaro. Entiendo que yo no debí ocultarle lo que iba a hacer y que él no puede jugar con los clientes. No puede decirle a Joana que lo que hice fue inadmisible y retirarme del proyecto para luego volver a incluirme como si nada. Cuando llego a mi escritorio, suspiro con aire nuevo y comprendo por primera vez en mi vida que es probable que todo se vuelva más sencillo y llevadero si considero a los demás en mis deseos. Una sonrisa triste se me dibuja en la cara. «Habría sido mejor saber esto antes», me digo.

§

Después de tres semanas de intentos fallidos con clientes potenciales, mis ánimos y la nueva visión que tenía de la realidad están por los suelos. Hay algo en mi interior que sigue instalado en esa obsesión con el proyecto de Tulum. No puedo evitar parar la oreja y querer enterarme de las últimas novedades que se le escapan a Regina de vez en cuando. Justo ayer escuché que el proyecto está paralizado porque Joana no ha encontrado al agente y no quiere pagar un extra para que la agencia haga ese trabajo por ella. De pronto, sin saber cómo, se me ocurre una idea alocada: ¿y si me postulara yo para ese puesto? ¡Sería justo lo que necesito! El sueldo es mucho mejor que el que tengo, además, sería mi oportunidad para cambiar de aires por un tiempo, ver otras cosas y trabajar con Joana, que me encanta. Me quedo pensativa frente a la pantalla; para Álvaro, sería una traición y, por otra parte, mi mamá, la pobre, se quedaría solita. Chasqueo la lengua, parece tan irreal que yo pudiera hacer algo así. Mi teléfono me interrumpe, es un mensaje del grupo que tengo con Luz y Rubén.

Luz: Amores, no lo voy a conseguir.
Trabajo el sábado hastalas ocho,
no me da tiempo de ir y volver.
Vamos a tener que posponer la reunión.
Lo siento mucho :(
Tenía muchas ganas de estar con ustedes
y abrazar a Zoe.

Rubén, que está escribiendo antes que yo, contesta primero.

Rubén: No podemos cancelarlo.
Yo propongo que te visitemos nosotros,
llegamos el viernes en el vuelo
de las cinco de la tarde y
nos volvemos el lunes

en elde las seis de la mañana.
No acepto un no como respuesta.

La verdad es que suena más que bien, un fin de semana lejos de aquí con ellos sería como lluvia en el desierto.

Yo: Estoy comprando los boletos.

Luz: ¡Qué emoción!
Avísenme a qué hora llegan.

Mi cara no puede esconder el entusiasmo que me da que todo se haya organizado en un minuto, saber que ellos están siempre para mí. Vuelvo a mirar la pantalla y entonces me doy cuenta de que es hora de irme a casa. La idea de cenar con mi madre me arropa después de este día anodino, en el que no he logrado avanzar en ninguna dirección.

Cuando llego, mi madre ya está en la cocina, afanándose en asar un pescado a la plancha con verduras. Me dedica una mirada de cariño mientras yo me acerco a abrazarla por la cintura y le doy un beso en la mejilla.

—¡Mi niña! —suspira ella, achuchándome con la cabeza—. ¿Cómo te fue hoy?

—Bueno, normal —respondo, desganada, yendo al fregadero para lavarme las manos.

—Mmm… eso no suena bien —dice ella, ladeando la cabeza—. Cuéntame.

—Es que tengo tres semanas contactando a las empresas que me pasó Álvaro y no veo ninguna luz verde por ningún lado, pero hoy se me ha ocurrido algo que… No sé, es medio rastrero y no me gustaría terminar así con Álvaro y con la agencia.

—A ver, ¿de qué se trata? —pregunta ella, curiosa, sin dejar de remover la comida que se fríe en la sartén.

—En el proyecto de Tulum todavía no encuentran al agente y he pensado que yo podría hacer ese trabajo perfectamente. Me gustaría pasar una temporada fuera de aquí y la idea de trabajar con Joana me parece superatractiva. Pero sería como traicionar a la agencia, en caso de que Joana me aceptara, claro. Y tú, no sé, te quedarías aquí sola… Eso no me gusta para nada.

—Zoe, no me pongas de pretexto. —Voltea a verme y entrecierra los ojos.

—No es pretexto, es la verdad, no quiero dejarte sola.

—Tú nunca me vas a dejar, aunque vivas a miles de kilómetros, siempre vas a ser mi niña —me dice con la voz animada, pero sin poder esconder la tristeza en sus ojos.

—No sé, mamá, no sé —titubeo, desviando la vista.

Ella se acerca a mí con pequeños pasos y me abraza cariñosa.

—Mira, yo creo que lo primero que tienes que hacer es hablar con Álvaro, de frente, decirle cómo te sientes, lo que piensas. No creo que él se oponga, son muchos años, lo entenderá. Además, puedes dejar la puerta abierta para volver cuando el proyecto termine. —Desvía la mirada y toma aire—. Y por mí no debes preocuparte. Yo quiero que tú hagas tu vida, lo que tú quieras, lo que te haga feliz. Eso es lo único que me importa, especialmente, después de lo que pasó.

Sus palabras me calan por dentro y hacen que se me nuble la vista; para disimular, bajo la

mirada al suelo y esbozo una pequeña sonrisa. Conforme pasan los días y las semanas me siento cada vez más estúpida por haberme metido en esa situación, cuando en mi interior sabía que el matrimonio con David solo me haría infeliz. Me quedo pensando en esa paradoja: ¿cuántas veces pensamos que una situación es una desgracia y es, en realidad, una bendición?

Aprieto los labios, mi mamá me suelta con suavidad y vuelve a remover la cena en la sartén. Intento memorizar cada rasgo suyo, su cabello castaño al hombro, peinado a la perfección, sus arracadas de oro y esa forma de vestir casual todos los días. Ella me observa de reojo y sonríe.

—¿Qué tanto miras?

—No sé, a ti, me gusta mirarte. —Me encojo de hombros y, con los ojos encendidos, concluyo —: Gracias, mamá, gracias por todo. Voy a intentarlo, quizás tenga suerte.

§

Son casi las ocho de la noche y sigo en la oficina. Cada día retraso mi hora de salida un poco más y, a este ritmo, terminaré formando parte del mobiliario. Ya se han ido todos y solo queda Álvaro, que nunca se va antes de las nueve de la noche. Sin que lo prevea, lo veo salir de su privado en dirección a la cocina y se me ocurre que quizás, cuando vuelva, pueda hablar con él de forma más relajada, casi como si fuéramos amigos. Una risilla nerviosa me ataca. La palabra amigos no entra en la descripción de Álvaro en mi cabeza. No he terminado esas ideas cuando lo veo acercarse de nuevo con un vaso de agua, entonces decido abordarlo.

—Álvaro, ¿tienes un momentito?

—Sí, bueno, en realidad no, pero dime —se burla.

—Tu lista de contactos es, cómo decirlo para que no suene mal, ¿inadecuada? —le confieso con sorna, y sonrío. Sé que mis bromas perspicaces son su debilidad, así que me he anotado un tanto antes de empezar.

—¿Qué quieres decir? —sonríe, negando la cabeza mientras se recarga en un escritorio que está frente a mi cubículo.

—Que en tres semanas todo el mundo me ha mandado al diablo, y ya no se me ocurre cómo abordarlos de nuevo —contesto ya con menos entusiasmo y unas notas de fastidio.

—No sé, Zoe, yo no tengo otros proyectos disponibles para ti por el momento. Quizás tengas que replantearlo una vez más. —Se encoge de hombros intentando zanjar la conversación.

—Ya lo sabía, por eso quería tener esta plática contigo. —Me aclaro la garganta—. Necesito un cambio de aires y escuché a Regina quejarse del proyecto de Tulum, que todavía no tienen el agente comercial. Pensé que ese trabajo sería ideal para mí, que me gustaría ofrecerme para el puesto, ¿si te parece bien? —le explico endulzando la voz, pero un segundo después reculo, desvío la mirada y afirmo con desgano—: Claro que no te parecerá bien, pero quería que lo supieras.

—¿Ya lo pensaste bien? ¿Ese proyecto va a durar un año, un año y medio máximo? ¿Qué vas a hacer después? Por eso no encontramos a nadie, porque nadie quiere un trabajo solo por unos meses —me explica, enérgico, mientras se lleva una mano a la barbilla y cruza la otra en el pecho.

—¿Podría volver aquí? —le pregunto, apretando los labios, avergonzándome de la arbitrariedad que quiero llevar a cabo.

—Te crees muy lista, ¿no? —Suelta una risotada para dejar claro que estoy excediendo los límites.

—No, exactamente —me río ya con tranquilidad—. Si quisiera hacerlo, lo haría. Llamo a Joana, me arreglo con ella y te digo adiós dos semanas antes sin decirte a dónde me voy. Luego, quizás, si lo necesito, vuelva a rogarte con la cola entre las patas para que me contrates. —Hago una pausa, después continúo risueña—. Eso sería lo que hubiera hecho antes, pero estoy cambiando.

Él niega con la cabeza y pierde la mirada en el horizonte, de pronto, como si hubiera descubierto el hilo negro, exclama:

—¡Tengo una idea mejor! —comienza a hablar con brío—. Aquí entre nos, Regina resultó un fraude y Joana no la soporta. Podemos hablar con ella, decirle que tú estás dispuesta a involucrarte en el proyecto al cien por ciento, que serás el agente de ventas y la conexión con la agencia. Obviamente, cobrarás por los dos trabajos —me recompensa, levantando las cejas—, porque tendrás dos trabajos. Yo creo que, en este momento de tu vida, puedes hacerlo si te mentalizas.

—Sería lo ideal para mí —me ilusiono—. Me mantendría con la cabeza ocupada.

—Será duro, eso debes tenerlo en mente —me indica, firme, y luego se aclara la garganta para cambiar a un tono más amable—. En caso de que no puedas, volvemos a darle el proyecto a Regina. —Hace otra pausa y se ríe con sorna—. Aunque seguirá involucrada, solo que ahora estará bajo tus órdenes.

—¡Eres un genio! ¡Es el plan perfecto! —Le aplaudo mientras suelto una carcajada divertida. Sin pensarlo demasiado, se me escapa—: ¡La vida da muchas vueltas!

Acordamos llamar a Joana al día siguiente y explicarle todo como lo hemos hablado, sin esconderle nada para que ella entienda la situación y decida aceptarla con todos los pros y contras. Sabemos que no va a decir que no, voy a solucionarle la vida, ¿qué más quiere? Así que nos alegramos por ser el buen equipo que siempre hemos sido.

Cuando terminamos la conversación, Álvaro me guiña un ojo y me da las gracias por ser como soy, pero, sobre todo, por ser honesta con él y dejarle confiar en mí. Yo le sonrío con timidez. Él se gira para volver a su despacho y yo me quedo pensando en su último gesto, entonces mi cabeza hace un clic. Hay algo en su manera de tratarme que se parece mucho a la forma en que mi papá me trataba. Se me nubla la vista. Hace tanto tiempo que huyo de su recuerdo, de todo lo que me hace falta de él, que dejo que el resentimiento sea mayor que la nostalgia. Quizás este tiempo fuera también me sirva para seguir transformando mi visión de la vida.

§

Apenas entramos a la sala de espera del pequeño aeropuerto de nuestra ciudad, Rubén me susurra con morbo en el oído:

—En los asientos del fondo, a la derecha, está Santiago con tu doble.

Contengo la respiración. No sé por qué no me extraña la coincidencia, en los últimos días no he hecho más que consolarme con su idea, como si de alguna forma lo hubiera invocado. Dudo qué camino debería tomar. Me siento confundida ante el hecho de que esté con otra y, al mismo tiempo, no puedo dejar pasar la oportunidad de volver a acercarme a él.

Todavía sin voltear a verlo, con la mirada en las maletas de mano, murmuro llena de inseguridad:

—Y, ¿cómo están? ¿Muy acaramelados?

—¡Nah! Cada uno con su teléfono —agrega Rubén con desprecio mientras se encoge de hombros.

—Quiero ir a saludarlo —le respondo, temiendo cada palabra que sale de mi boca.

—¡Ya vas! —exclama Rubén, divertido.

Antes de que pueda reaccionar, él tira de mi brazo y me lleva en su dirección dando pasos apresurados. Cuando ya estamos frente a ellos, hace gala de su desparpajo y lo aborda con voz entusiasmada.

—¡Santi! ¿A que no sabes quién quería venir a saludarte?

Me quedo estupefacta, abriendo los ojos más de lo habitual y esbozando una sonrisa boba en los labios. «Estúpido Rubén, ¿por qué eres tan descarado?», le recrimino en mi interior. Santiago, todavía con esa pose echada hacia adelante y el teléfono entre las dos manos, nos mira receloso. Siento que la sangre me sube a la cara y comienzo a enrojecerme, lo que me faltaba para ser más obvia. Él sonríe de lado y se le marca ese hoyuelo en la mejilla, luego casi en cámara lenta se pone de pie.

—Zoe —pronuncia sutil, y levanta las cejas para después abrazarme con esa fuerza con que lo ha hecho las últimas veces.

Vuelvo a sentir que desfallezco en sus brazos mientras mi mano le sujeta la espalda y mi otro brazo lo rodea con fuerza por los hombros. No sé cuánto tiempo pasa. El leve contacto de su respiración en mi cuello me deja con la piel de gallina, incluso cuando ya me ha soltado. Segundos más tarde, repara en Rubén, choca su mano con la suya y le da unas palmadas en la espalda.

—Rubencito, ¡qué coincidencia! ¿Qué hacen por aquí? —exclama, animado.

—Vinimos a tomar café, claro —le responde Rubén, sarcástico, luego suelta una carcajada sonora. Le seguimos el juego y nos reímos tratando de liberar la tensión. En ese momento, la jovencita que estaba a su lado se pone de pie con una sonrisa y se presenta con un beso.

—¡Hola! Yo soy Alejandra, su novia —se dirige primero a mí y después, a Rubén. Hace una pausa y, sin disimular que ha notado algo, toma a Santiago de la mano para terminar de marcar su territorio.

Una punzada en el estómago me ataca. Mi úlcera, que me había dado una tregua las últimas semanas, revive y me azuza instada por los celos. Como si la Zoe caprichosa que había desaparecido volviera del más allá dispuesta a hacer sus fechorías. Intento contar las respiraciones, mantenerme en silencio y le sonrío con amabilidad mientras la observo. Rubén no mintió al afirmar que tenemos muchos rasgos parecidos, también el mismo estilo de ropa: las dos con pantalones casuales, blusas de colores lisos y *sneakers* de plataforma.

De un momento a otro, sin poder evitarlo, quisiera pensar que yo soy más guapa que ella, pero ella es mucho más joven y aún conserva un aire de niña en sus facciones. Trago saliva, intentando ahuyentar esos pensamientos, cuando la voz de Santiago me interrumpe.

—Vamos a Vallarta para pasar ahí el fin de semana, ¿y ustedes? —pregunta distrayendo nuestra atención del hecho de que acaba de soltarle la mano y se la ha metido en el bolsillo del pantalón.

—Nosotros vamos a CDMX, a visitar a Luz. Ya sabes, alguien necesita cambiar de aires —le contesta Rubén, y me señala con los ojos.

Yo, incrédula, no sé cómo reaccionar ante tantos gestos innecesarios al mismo tiempo. Dubitativa, con la respiración que se me entrecorta, miro a Santiago a los ojos y aprieto los labios. Él imita mi gesto y dando por sentado que está al tanto de mis nuevas circunstancias, pregunta:

—Y… ¿cómo estás?

—Bien, tranquila. —Le sonrío, sin atinar en lo que debería decir, sintiéndome más fuera de mí que nunca. Como si él lo intuyera, me dedica una sonrisa enorme sin mover sus ojos de los míos. En ese momento, Alejandra vuelve a la carga, ya sin poder encubrir sus celos.

—Y ustedes, ¿se conocen de hace mucho? —pregunta, curiosa, señalándonos con el dedo.

—Algo hay de eso —le responde Rubén por mí, y luego suelta una risilla irónica.

—Es que nosotros nos conocimos hace cuatro meses y, bueno, ¡es increíble! Como si nos conociéramos de toda la vida, ¿verdad, mi amor? —afirma ella con la expresión desafiante.

—¡Ay, ternurita! ¡Qué linda eres! —contraataca Rubén, burlándose sin disimulo, mientras Santiago y yo intercambiamos miradas incómodas y avergonzadas.

Me digo que no quiero estar más en esta situación, que no quiero presenciar cómo Santiago ha terminado con esa niñita de kínder que, seguramente, no sepa ni limpiarse los mocos. Entonces los interrumpo y me despido de ella con tanta falsedad que mi úlcera vuelve a patearme el estómago.

—Un placer conocerte, Alejandra —articulo con una sonrisa al tiempo que me acerco a darle un beso—. ¡Que se la pasen superbién en Vallarta! —exclamo ya con los ojos puestos en Santiago y tiro del brazo de Rubén, que se despide de la misma forma que yo lo he hecho.

Me giro intentando salir de la situación lo más rápido posible, como si quisiera seguir el pulso de mi corazón. La confusión que parecía haberme dado tregua hace unas semanas me invade de nuevo, dejándome en una encrucijada de tristeza, decepción y celos.

Reparo en Rubén, en mi mano sujeta a su antebrazo, en la forma avasalladora en la que me ha obligado a presentarme ante Santiago, y me entran unas ganas enormes de ponerlo en su lugar. Busco un sitio alejado, tres o cuatro filas después de donde ellos están, y elijo las bancas que le dan la espalda. Cuando ya estamos sentados, estallo intentando modular mi voz:

—¡Te luciste! ¡¿En serio?! ¡No manches! ¿Así o más obvio?

—Reina, tranquilízate. Estas cosas se hacen al chile o no se hacen —me contesta él, burlón.

—¿Cómo para qué? —le respondo en medio de mi desconcierto, queriendo ocultar cualquier resquicio por el que mis celos queden expuestos.

—No sé… ¿Para recordarle que existes y que todavía lo quieres? —me responde con sorna, levantando las cejas.

—¿De dónde sacas todo eso? —espeto al fruncir el ceño—. Solo te dije que quería saludarlo y a ti no se te ocurrió otra cosa que soltárselo en la cara y luego, burlarte de su novia en plan arpía —le recrimino con la risa contenida tras los regaños.

—¡Por favor! No me vengas con cuentos a estas alturas —se carcajea, y yo lo imito, luego sentencia, divertido—: Te mueres de celos, no te atrevas a negarlo.

Pongo los ojos en blanco y me dejo caer rendida sobre el respaldo del asiento. Sí, estoy tan celosa, como cada vez que lo vi o supe que estaba con alguien más. No importa que yo lo haya

dejado, que haya preferido a David, en mi egoísmo inagotable, no soporto verlo con otra.

—Reina, déjalo que se divierta y sufre un poquito, que ya te tocaba —se mofa sin poder evitarlo, aunque en el fondo quiera consolarme.

—Es mi karma, ¿no? —le pregunto entre risas porque no tengo alternativa.

—Sí, reina. Ya sabes lo que dicen: en la vida pasas dos veces por el mismo camino, una por arriba, otra por abajo —me alecciona con un deje de ternura—. Ahorita estás por abajo. Pero no te preocupes, será pasajero. Por lo menos se lo dejamos claro, y si no te castiga demasiado, podrá volver a tener lo que siempre quiso.

Me río de su elocuencia porque no veo cómo puedan cambiar los papeles otra vez. El tiempo pasó y Santiago decidió pasar página, dejándomelo claro con aquella fotografía, mientras que yo no hice nada. Se me encoge el corazón, quizás, esta vez sí es demasiado tarde.

Entre todos esos pensamientos, se me ocurre que, si pudiera resumir el último mes, todo se centraría en el hecho de que la vida es como una rueda de la fortuna en la que, efectivamente, unas veces estás arriba y otras abajo. Para ejemplos, lo que pasó con el proyecto de Tulum. Yo, que me había propuesto vengarme de Regina, ni siquiera tuve que hacerlo a propósito, la vida volvió a reacomodar todo y la puso en su lugar. Pero en esta ocasión me ha tocado perder. La forma tan cruel en que traté a Santiago las últimas veces se me cobra ahora que estoy en este hoyo tan profundo. Me quedo pensando en que lo peor de todo no es que lo tratara así porque no lo amara, porque quisiera hacerle daño, mis gestos eran solo una forma de proteger mis intereses, de no claudicar ante él y abandonar mis planes de casarme. Exhalo con pesadez, ¡qué complicada es mi cabeza! Ojalá hubiera una forma de reiniciarla y alejarla de cualquier resquicio de rencor y miedo.

ANTES
XVIII. EL SOL DE LAS DIEZ DE LA MAÑANA

Verano – Otoño 2013

Es curioso cómo nos pasamos la vida temiendo los finales, como si después de ellos no hubiera nada: un agujero negro en el que estaremos completamente solos; sin nada que hacer; condenados al ostracismo de llorar nuestras pérdidas. No obstante, conforme vamos creciendo y aprendiendo, descubrimos que tras el final siempre hay un nuevo comienzo. Y como todo inicio, está lleno de oportunidades, incluso de una luz esperanzadora que se parece al sol de las diez de la mañana. Así recuerdo aquellos días, ayudando a mi mamá en casa, desayunando en el balcón, leyendo o los eternos días de alberca en la casa de Rubén.

Los tres estábamos muy entusiasmados porque íbamos a entrar a la misma carrera en la misma universidad y podríamos seguir siendo el mejor equipo del mundo. Rubén y yo nos reíamos mucho de Luz, que por fin tenía novio, pero todavía era demasiado inocente para su edad.

—Ay, Lucesita, ya te dijo Zoe que no, que los bebés no se hacen con los besos. No nos hagas más preguntas hasta que no le veas el pene —se mofó Rubén mientras echaba los ojos atrás, tumbado en una colchoneta inflable dentro de la alberca.

Yo estaba sentada en el borde, al lado de Luz, y no podía dejar de reírme.

—A ver, pero solo te tocó con los dedos, ¿no? —murmuré con una sonrisa burlona.

—¡Qué vulgares son! No les voy a dar más detalles —respondió, indignada. Se levantó y buscó su toalla.

—Si sigues así, no va a haber más detalles que contar —se burló Rubén—. El pobre Mauricio quiere acción, no jugar a las muñecas.

—¡Ya cállate, Rubén! —exclamó Luz entre risas, fingiendo que se enojaba—. Solo tenemos un mes, ¡¿cómo me voy a acostar con él tan rápido?! Además, cuando pienso en… en verle ESO, ¡me muero de asco! —confesó mientras bajaba la voz y se tapaba la cara con las manos.

Rubén y yo no podíamos dejar de reírnos y estuvimos toda la tarde imitándola. Luz era la niña más pura y buena que existía, ¿qué habría sido de nosotros sin ella? Aquel verano me dejó esa lección: que yo podía volver a sonreír; que todo se había perdido, pero había vuelto a poner el foco en las personas importantes de mi vida, como Rubén, Luz, incluso Uli, que me llenaban de amor y compartían nuevos momentos conmigo, como esas tardes de risas y confesiones.

§

Los primeros días en la universidad fueron confusos. Aunque nuestros horarios eran muy similares, Luz, Rubén y yo no teníamos todas las clases juntos y eso me hacía sentir un tanto insegura, porque me costaba mucho relacionarme con nuevas personas. Era paradójico, porque mientras yo no conocía a casi nadie, la gente sí sabía quién era yo, por el club, por Santiago, por el escándalo de mi familia, y aquello me hacía retraerme más. Si en la preparatoria todo el mundo había sido muy condescendiente con mi situación, aquí las cosas podrían torcerse en cualquier momento. Sin embargo, había un rescoldo de seguridad: Ulises. Él estudiaba Ingeniería

Electrónica en la misma universidad y, aunque su facultad quedaba en otro apartado, nos veíamos para desayunar o comer y compartíamos todos los trayectos.

Por supuesto, él también había resentido toda la situación. Sus mejores amigos siempre fueron los del club, pero con el escándalo y la ruina terminó alejándose de ellos. En la universidad, tenía tres compañeros con los que salía de vez en cuando, pero además de ellos tampoco se relacionaba con mucha gente. Recuerdo darme cuenta de que había muchas interesadas en él, que lo saludaban o sonreían más de lo normal. Sin embargo, Uli no se daba cuenta. La verdad es que era muy guapo, con su pelo castaño claro que se le rizaba en las puntas y él se esforzaba por no dejar crecer, sus ojos verdes y los labios gruesos. Por aquella época adquirió un aire nostálgico que lo hacía parecer misterioso e interesante. Un día, después de que una chica intentara sacarle conversación en la fila de la cafetería, me decidí a investigar qué pasaba.

—¿Estudia contigo?

—No —espetó, cortante.

—¿Quién es?

—No sé, una que me presentaron el otro día —contestó al sacar la cartera para pagar.

—¿No sabes cómo se llama?

—Eh…, no —respondió, desganado, intentando evadir el tema.

—Es guapa.

—No está mal —sonrió mientras me empujaba con la charola que ya teníamos los dos en las manos—. ¿Para quién trabajas?

Solté una carcajada y me dirigí a una mesa vacía. Cuando ya estábamos sentados, abrí la botella de agua y me aclaré la garganta.

—No te preocupes, no hablo con mi mamá de tus cosas. Pero, no sé, me da curiosidad, dijiste que te enamoraste y no fuiste correspondido. Aquí siempre veo a alguna que te hace ojitos y a ti te vale. O sea, digo, cualquier otro en tu lugar aprovecharía.

—¿Aprovecharía qué?

—No sé, saldría con muchas.

—Tú también podrías salir con muchos si quisieras —zanjó, aburrido.

—¡Argh! No tengo ganas de eso —suspiré, y tomé otro trago de agua—. Es muy complicado y duele mucho.

Ulises agachó la cabeza con una risilla malévola.

—Ahí tienes la respuesta a todas tus preguntas.

Le sonreí y no dije más. ¿Qué podía decirle? ¿Que éramos la pareja de hermanos más triste de la historia? Era verdad que ya no teníamos todos los lujos con los que habíamos nacido, pero no nos faltaba nada e incluso habíamos vuelto a vivir en la mejor zona de la ciudad. Nada parecía ser suficiente. Lo miré descorazonada, como queriendo preguntarle quién nos había lanzado esa maldición.

Cuando terminamos de comer, él se quejó.

—No comes nada, ni la mitad del plato.

—No tengo hambre —murmuré con una leve sonrisa mientras revolvía las sobras con el tenedor.

—Nunca tienes hambre, ¿por qué?

—No sé. —Me encogí de hombros.

La comida me aburría, todo me resultaba insípido y me llenaba con facilidad. Había perdido más de cinco kilos después de la ruptura y me costaba comer, era como si dentro de mí no cupiera nada más.

—¿Te acuerdas de que te comías dos platos de cereal con fruta después de los entrenamientos? —recordó burlándose, luego se quedó en silencio—. Deberíamos volver al deporte, me dijeron que los equipos de la uni están bien.

Al día siguiente, después de esa conversación, decidimos recomenzar con la actividad física. Ulises optó por el equipo de fútbol y yo pude entrar al equipo de atletismo. Hubiera preferido volver al tenis, pero me había anotado tarde y no había plazas disponibles.

Siempre me había gustado correr y pensé que era una buena oportunidad para probarlo. En un inicio, la experiencia me encantó, corría lo más rápido que podía, como si así pudiera escapar de algo. Mis piernas recuperaron la fuerza, poco a poco, y me ayudaban en los *sprints* finales. A veces sentía que volaba, con el corazón a punto de explotarme y esa sensación era mágica. En algún lugar de mi inconsciente, me hacía sentir que podía librarme de todo aquello; de mi lucha por mantenerme motivada; de seguir el plan que me había impuesto; de demostrarme a mí y a los demás que era la mejor. ¿Por qué necesitaba ser la mejor? ¿Para qué? Si un día, finalmente, desaparecía, ¿a quién le importaría si ganaba o no esa competición absurda en la que participaba todos los días en mi cabeza? «Pensamientos inútiles —me repetía—. Nada de eso sirve de algo. Lo que de verdad funciona es seguir adelante, como lo hacen mi mamá y mi hermano».

Dos meses después abandoné los entrenamientos. Era un deporte demasiado solitario que no me ayudaba a calmar mi ansiedad, no en la forma en que estaba acostumbrada con el tenis, así que de un día a otro dejé de ir. Ulises tampoco tardó en abandonar el fútbol. Había mucha competencia, jugadores de todos lados, no se sintió en casa. Creo que en el fondo fue el otoño y que algo en el ambiente deportivo nos deprimió más de lo que esperábamos.

En mi caso, creo que también influyó aquel primer encuentro con Santiago siete meses después de la ruptura. Aunque quise hacerme la fuerte, la verdad es que me hundí durante semanas.

Era viernes y habíamos ido a comer con mi tía Esther a un restaurante para festejar su cumpleaños. Al llegar, cuando nos dirigíamos a nuestra mesa, chocamos de frente con la suya, sus padres y su hermano Mateo incluidos. Blanca, su madre, fue la primera en levantarse de su silla y saludó a la mía, educadísima. Don Santiago me abrazó y yo me quedé estupefacta. Al final, todos quisieron disimular mientras Santiago y yo nos saludábamos, pero el silencio fue sepulcral. Evité mirarlo a los ojos al darle un beso de aire en la mejilla, él hizo lo mismo. Después desvié la mirada hacia su hermano y puse una sonrisa tonta, en realidad, me estaba muriendo por dentro. Sus padres se despidieron haciendo el amago de volver a sus lugares y nosotros nos encaminamos a nuestra mesa, fingiendo que nada había ocurrido.

Mi tía Esther todavía no llegaba, así que mi mamá aprovechó el entreacto y me observó llena de preocupación.

—¿Estás bien?

—Sí —contesté con la mirada vacía, casi tan hueca como esos pensamientos en los que no podía entender que fuera él, que existiera en la misma realidad que yo y estuviera tan lejos de mí.

—¿Te quieres ir? —me preguntó con una voz muy dulce que yo no esperaba.

Se me llenaron los ojos de lágrimas, pensé que alguien podría verme, así que me apresuré a

buscar un pañuelo de mi bolsa, me limpié con disimulo y tomé aire.

—No. Teníamos un plan. Nadie debe hacer que cambiemos nuestros planes, ni siquiera él —le dije con firmeza, parafraseándola. Ella sonrió satisfecha y puso su mano sobre la mía.

§

Se acercaba noviembre y en ese mes estaba la fecha maldita, el día que nos había cambiado la vida. Las cenas y los trayectos comenzaron a volverse muy serios. Algunos días, Uli apagaba el radio de improviso en el coche y abría la ventana con desesperación, como si le faltara el aire. Yo me quedaba en silencio, viendo la nada. Sentía que vivía en una paradoja: no entendía cómo era posible que hubiera vivido dos o tres vidas en un solo año y al mismo tiempo, sentía que todo podía volver a ser como era, que solo había un día de distancia, que bastaba con despertar de esa alucinación, llamar a Santiago y decirle que lo esperaba en el club después del entrenamiento.

Mi madre, en cambio, parecía otra persona. Estaba más guapa que de costumbre, con sus conjuntos elegantes para ir a trabajar. Tenía todo organizado y resuelto, se levantaba tempranísimo, dejaba todo ordenado, nos daba listas de quehaceres a todos, incluso a Juanita, que había vuelto a venir dos días a la semana. Por las tardes se iba a tomar el café con algunas amigas. Me daba la impresión de que se había liberado de una carga insoportable que la estaba oprimiendo. Un día la escuché hablar con mi tía Esther mientras tomaban el café en la sala.

—¡¿De verdad, Geny?! Es que no puedo creer que no vayas a ir a la misa. Tu suegra estará ahí, aunque ya la pobre no sepa ni cómo se llama, pero estará ahí, en primera fila.

—Mi exsuegra, querrás decir.

—Siguen siendo tu familia.

—¡Qué tontería! Esa gente ya no es nada mío. Después de la forma en que se portaron con nosotros, con el comunicado en el periódico de la empresa de Benjamín, diciendo que no tenían nada que ver con su hermano un día después del entierro. Si en algún momento se me pasó por la cabeza pedirles ayuda, esa puerta se cerró para siempre —se desahogó mi mamá con furia—. Además, ¿crees que no me han llegado sus habladurías? Que van diciendo por ahí que me veo muy bien, que entro y salgo como me da la gana, que soy una viuda alegre.

—Bueno, tampoco te lo tomes tan a pecho —soltó Esther tratando de calmar los ánimos—. Hasta parece que te quitaste años de encima.

—Lo que me quité fue a un marido sinvergüenza que me amargaba la vida. Y mi desgracia fue mi fortuna, porque me llené de ganas de salir adelante por mis hijos —respondió mi madre, ufana.

Esther guardó silencio unos segundos y volvió a la carga.

—¿Y los muchachos no van a ir?

—No les he dicho nada —suspiró—. No hablamos ya de eso, de nada relacionado con su papá, con el accidente y el escándalo. ¡En esta casa eso no existe!

—Pero lo llevan como una cruz, no sería mejor… —la cuestionó mi tía Esther con la voz puntillosa.

—Esther, tú no tienes hijos. Tú no sabes lo que es ver a tus hijos sufrir como han sufrido ellos.

Era verdad, habíamos obviado el tema. Mi madre, tan práctica y decidida, cambió la mayoría de los muebles cuando nos mudamos al nuevo departamento. No dejó nada que nos recordara el

tiempo de antes, no había ninguna foto, más allá de una pintura de mis abuelos maternos en un pasillo, las demás paredes estaban revestidas de cuadros minimalistas. Ulises bromeaba diciendo que vivíamos en un hotel. Pero todos lo preferíamos así: dejar el tema de lado, como si nunca hubiera existido, hablar del día a día, de la universidad, del trabajo de mi mamá, de los quehaceres y de los viernes de cine que habíamos organizado los tres. ¿Qué otra cosa esperaban que hiciéramos? ¿Que nos hundiéramos en la desgracia como lo hicimos los primeros meses?

§

El día del primer aniversario luctuoso, me desperté con una opresión en el pecho. Recuerdo que la noche anterior había estado pensando en que no debía afectarme, que sería un día como cualquier otro, que iría a la universidad con Ulises, tomaría un café con Luz y Rubén, comería con Uli y por la tarde me encerraría en mi habitación a hacer la tarea y ver unos cuantos capítulos de *Gossip Girls.* No valía la pena ni mencionar lo de la misa, estábamos bien así. Sin embargo, el día amaneció gris y la casa se llenó de neblina sin que pudiéramos evitarlo. A la hora del desayuno, mientras mi madre se tomaba un plato de fruta con yogur, Ulises se preparó un café. Rompiendo la rutina no escrita, se quedó frente a la cafetera y le dio un sorbo. Yo lo miré de reojo al tiempo que daba la tercera cucharada a mi plato de cereales. Sin preámbulo, espetó:

—Necesito fumar. —Se giró, saliendo de la cocina y dirigiéndose al balcón que estaba frente a la sala con su café en la mano. Mi madre hizo como que no lo veía y encendió su teléfono.

La respiración se me cortó, el bocado se fue por la vía incorrecta y comencé a ahogarme, me levanté precipitada hasta alcanzar el baño. Me quedé ahí un rato, contemplando mi reflejo frente al lavabo, intentando desviar la atención en un grano que me había salido en la frente. Mi madre tocó con los nudillos.

—¿Zoe?

—Sí, ya voy, ¿necesitas el baño? —contesté con naturalidad.

—No —respondió, seca, y escuché como sus pasos la conducían de nuevo a la cocina.

Cuando salí del baño, me sentí en una ratonera. No sabía a dónde ir, cuál era el lugar adecuado para que la incomodidad no me asaltara y terminara llorando con todo el maquillaje deshecho. Ulises entró con la taza en la mano pasando de largo, sin mirarme. Escuché como mi madre suspiraba en la cocina y pensé que necesitaba dejar de ser un fantasma por un día.

—¿Mamá? —pregunté, atemorizada. Ella salió y me dedicó una sonrisa.

—Trato de que sea un día común y corriente —sentenció.

—Yo también —respondí ya sin contener mi llanto.

Despacio se acercó a abrazarme y yo me recargué en su hombro. Otra vez volvía a hundirme. Pensaba que eso había quedado atrás, hacía un mes que no lloraba, quizás desde aquel encuentro incómodo con Santiago en el restaurante, pero aquí estaba otra vez, siendo más débil de lo que me gustaba.

Ulises nos observó de lejos secándose los ojos, mi madre le hizo un gesto y él vino a refugiarse también. Cuando logramos tranquilizarnos, Uli se aclaró la garganta y murmuró, apesadumbrado:

—Me llamó mi primo Jorge, por la misa. Después van a dejarle flores y yo quiero ir.

—Está bien —respondió mi mamá con firmeza, luego clavó sus ojos en mí—. ¿Tú quieres ir?

Me quedé en silencio. ¿Cómo sabía que yo tenía conocimiento de la misa? *My Gosh!* A veces me daba miedo que fuera tan perspicaz, que supiera las cosas sin que nadie le dijera nada. No sé por qué me sorprendía, yo misma tenía ese don. Sonreí limpiándome las lágrimas y afirmé con la cabeza. Ulises nos interrumpió:

—Aunque el último año con él fuera horrible, aunque se haya ido de la peor manera… Fue un buen papá, que nos quería, que nos apoyaba, y yo… Yo lo extraño mucho. Extraño la familia que éramos antes de que todo se fuera al demonio.

Mi mamá lo abrazó y le respondió casi en un susurro:

—Lo sé, lo sé, Uli. Perdóname, el rencor me ciega. —Se limpió las lágrimas con un pañuelo y, recomponiéndose, intentó hablar con firmeza—. Iremos, rezaremos por él, le dejaremos flores y le daremos las gracias por los años maravillosos que nos dio, aunque todo terminara como lo hizo.

TERCERA PARTE

(Ahora)

XIX. UNA BRISA DE ESPERANZA

Septiembre – Octubre 2022

Salimos del aeropuerto con una sensación de efervescencia, como si algo muy emocionante estuviera por sucedernos. La tarde todavía no cae y en el cielo unos nubarrones amenazan con algún aguacero típico de septiembre. Marcos se ofrece a cargar mi maleta y Luz y yo nos vamos tomadas del brazo mientras Rubén no puede evitar reírse de nosotras con sorna:

—¡Ay, las comadres! —exclama, soltando una carcajada y luego se corrige—: Digo, las reinas, déjenme, les tomo una foto —nos pide, sacando su celular del bolsillo, y nosotras posamos abrazadas la una a la otra.

—¡Estoy tan contenta de verte! —suspira Luz sin soltarme.

—Y yo a ti, pequeña —le correspondo.

—Cuando leí el correo de la cancelación de la boda, me puse a llorar solo de pensar en lo mal que estarías —me confiesa casi entre dientes, luego me aprieta con fuerza—. En fin, no es momento de tristezas, sino de alegrías. —Hace una pausa y se dirige a Rubén y a Marcos, que caminan delante de nosotras—: Oigan, pensamos que es mejor ir a dejar las maletas y luego ya irnos al centro de Coyoacán, pero de tranquis, que mañana yo trabajo.

Nosotros asentimos riéndonos de Luz, que un segundo después se tropieza con una piedra. No podemos evitarlo, parece que en esta «pequeña familia» cada uno tiene su rol y, aunque hayamos evolucionado, no nos libramos de él. Luz es ahora una chef profesional que trabaja en un prestigioso restaurante de cocina mexicana *gourmet*. En sus días de descanso siempre está conociendo lugares y tomando fotografías con Marcos. Hacen lo que les gusta y no les importa nada más, publican fotos en todo tipo de poses ridículas o sin glamur, pero se nota que son felices y que se quieren mucho. Sin embargo, para nosotros, Luz sigue siendo «nuestra niñita» y no podemos dejar de «bullearla» como a cualquier hermana menor.

Tengo que confesar que en este triángulo amistoso ha habido de todo: momentos en que Luz y yo hemos ignorado a Rubén; y otros en los que Rubén y yo hemos sido muy duros con ella. Como cuando se emborrachaba como si se fuera a acabar el mundo y terminaba la noche con cualquiera, o cuando decidió irse a buscar al desagradable de su exnovio a España[7]. Yo quería matarla, la verdad, no entendía cómo se le había ocurrido semejante idea. Rubén, por el contrario, la animó, le dijo que se fuera para que comprendiera todo. Y la pobrecita, obviamente, se dio de bruces. Se lo advertimos, pero no quiso escucharnos. ¿Qué puedo decir yo sobre eso si me acaba de pasar lo mismo? El refrán: «No hay más ciego que el que no quiere ver», no miente. Lo bueno de ese viaje fue que encontró su camino y conoció a Marcos. Recuerdo que cuando volvió, estaba muy cambiada, insistía mucho en dejar de hacer las cosas para demostrarle algo a la gente. Ese tipo de comentarios me cagaban. Siempre terminaba yéndome después de cualquier plática en donde ella hablara de eso, ahora entiendo por qué. Nos distanciamos un tiempo, también influyó que ella se fue a vivir a la Ciudad de México. Entonces ya solo nos veíamos cuatro o cinco veces al año y, dependiendo de las circunstancias, estábamos más unidas o no por mensajería. Con esta nueva reconexión, me queda claro que nunca voy a tener otra amiga como ella, por lo que me he propuesto no dejar que volvamos a distanciarnos.

Rubén interrumpe mis reflexiones con un gesto que señala a Marcos y a Luz peleándose por acomodar las maletas como dos niños chiquitos. Terminan dejando la opción de Luz y Marcos le ladra como un perro furioso, en respuesta, ella le da un lametazo en la cara y todos nos reímos. ¡Son únicos!

Cuando ya estamos dentro, Marcos enciende el motor y el radio, en ese momento *La incondicional* inunda el coche mientras la voz dulzona de una locutora nos advierte que asistimos a la semanal «hora de Luis Miguel». Rubén suelta una carcajada:

—¡Lo tenías preparado, Marcos! ¡No te hagas! —exclama, y todos nos reímos sin parar porque le copió el *look* noventero.

§

Entramos en un pequeño bar adornado con plantas de agaves en la entrada. La decoración en azul eléctrico y rosa mexicano es curiosa. No es el tipo de bar que yo frecuento, pero el lugar es lo de menos. Rubén, que viste una camiseta con un Snoopy, *jeans* y *sneakers* blancos, me mira con desdén.

—Desentonas un poquito, no hacía falta ese vestido verde, con unos *jeans* hubiera sido suficiente —me advierte, mirándome de arriba abajo.

—Menos mal que no me traje los tacones —me río, y él pone los ojos en blanco.

Sin saber cómo, Luz nos convence de empezar con tragos de mezcal. *Oh my Gosh!* No es lo que tenía en mente, pero ya qué más da.

Conforme transcurre la noche, nos vamos animando. Pedimos la tercera ronda y yo ya no sé muy bien si voy a poder salir en dos pies. De pronto, recibo una notificación en el celular, lo saco sin entender quién me escribe a las doce cuarenta y cinco de la noche y no me puedo creer lo que leo.

Santiago: ¿Qué andan haciendo?

¿Se la están pasando bien?

Me hizo muy feliz que vinieras a saludarme. J

Mi cara no puede disimular todas las emociones que me despierta este mensaje y Rubén no está para pasar por alto algo así.

—¡Uy! ¿Esa carita? ¿Quién te escribe? —pregunta, risueño.

—Nadie —le respondo, intentando una mueca de seriedad.

—¡¿Cómo que nadie?! —exclama él, y sin permitirme reaccionar, me arrebata el teléfono. Luego se lleva la mano a la boca en un gesto exagerado y lee en voz alta. Luz, que está a un lado con expresión incrédula, arma un escándalo pidiendo todos los detalles. Cuando Rubén le pasa el informe, ella me advierte con los ojos muy abiertos:

—Reina, ¿si te das cuenta de lo que significa este mensaje? —Se lleva la mano a la cara—. ¡Que se la pasa pensando en ti!

—Se la pasa pensando en mí después de acostarse con mi doble de veinte años —le respondo mientras frunzo el ceño, enrabietada, al imaginármelo en Vallarta con esa adolescente.

—Eso solo quiere decir que el sexo fue decepcionante —añade Rubén, burlón. Hace una

pausa y luego espeta, travieso—: A ver, vamos a averiguarlo.

Yo intento abalanzarme sobre Rubén para quitarle el celular, pero él no deja de moverse hasta que Luz me sujeta.

—¡Déjalo! Va a ser divertido, luego le dices que fue Rubén, ¿porfa? —suplica ella como una niña mientras él teclea sin parar.

Yo (Rubén): La verdad es que
me la pasaría mejor
si estuvieras aquí.

Cuando termina, lee lo que acaba de escribir en voz alta. Luz se carcajea al tiempo que yo me llevo las manos a las sienes. Me muero de vergüenza al pensar cómo terminará todo. En ese momento, Santiago responde:

Santiago: Estaría ahí
si me hubieras invitado.

Yo (Rubén): No te creo
te tocaba hacer de niñero
este fin de semana.

Santiago: ¿Zoe?
¿Estás borracha?

Yo (Rubén): ¿Santiago?
¿Tuviste mal sexo?

Santiago: *Wtf?!*

Con la última interacción, ya no puedo más, se está descontrolando por completo y ha llegado el momento de pararlo. Me pongo de pie y, ya sin reírme, le arrebato el teléfono a Rubén, pero cuando lo tengo en la mano, no sé cómo deshacer el lío en el que me dejé envolver. Entonces lo miro entrecerrando los ojos y le tiro el celular casi a la cara.

—¡Te pasaste muchísimo! ¡Ahora le dices la verdad y lo arreglas! —le advierto con el gesto endurecido.

Rubén me mira acongojado al tiempo que intenta esconder su risa. Toma el celular y, utilizando la función de teléfono de la mensajería, le hace una llamada a Santiago.

—Lo siento, Santi. Soy yo, Rubén, es que le quité el celular a Zoe, pero ya se enojó —se disculpa.

—*Someone is on trouble!* —Se mofa él—. ¡Qué susto me diste!

—Eso es lo que pasa cuando te pones a chatear con tu novia a un lado —le responde Rubén, socarrón—. ¿O qué? ¿La dejaste rendida y se durmió? —contraataca entre carcajadas.

—¡Eres tremendo, Rubencito! Pásame a Zoe, ya que estamos —zanja Santiago con una voz que suena entre molesta y divertida.

Rubén me extiende el teléfono sin parar de mover las cejas y yo siento que me estoy metiendo en una dimensión desconocida. Luz ha dicho que esto iba a ser divertido y lejos de eso, se está volviendo una tortura. «¡No vuelvo a dejarme llevar por este par de inmaduros!», pienso al ponerme el aparato en la oreja.

—Hola —titubeo.

—Hola —responde y puedo notar su sonrisa a través de las notas de su voz.

—Lo siento, ya lo conoces, no cambia. A veces es incontrolable y llevamos tres rondas de mezcales, ¡imagínate! —intento disculparme.

—Estuvo cagado —se ríe—, aunque hubiera estado bien que hubieras sido tú —dice en voz baja, como si le diera vergüenza admitirlo. En ese momento, se oye la voz de Alejandra, que lo llama a lo lejos. Él hace una pausa y, cambiando el acento, concluye—: Bueno, me tengo que ir. ¡Pásensela bien!

—Igualmente —respondo, y cuelgo la llamada al tiempo que yo misma me quedo suspendida entre las ilusiones rotas.

§

Dos horas de reunión de entrega del proyecto y puesta en marcha de la nueva forma de trabajo hacen que empiece a ver doble. Mientras, Álvaro recibe una llamada y Regina intenta hacer un recuento, yo pierdo la vista en la nada. Vuelve la resaca del fin de semana en CDMX y con ella la idea de Santiago, que parece que no va a abandonarme nunca. Me debato entre la tristeza de que las circunstancias siempre jueguen en nuestra contra y los celos neuróticos de saber que su relación con esa niña va avanzando. Mi úlcera vuelve a la carga y acompaña el recuerdo del momento en que la conocí y las interacciones tan básicas que ella tuvo conmigo. Bufo sin querer, la habría aplastado como un insecto con dos o tres frases, pero no, me quedé callada y no dije nada. Rememoro su: «¿Y ustedes se conocen de hace mucho?», y me entran ganas de vomitar. Tendría que haberle dicho algo como: «Nos conocemos, prácticamente, desde que nacimos y si quieres más información, niñita estúpida, hace menos de tres meses, mientras tú te hacías ilusiones, él declaró que yo era su cuenta pendiente». Niego con la cabeza, estoy desvariando, estos pensamientos son más que innecesarios.

Como queriendo escapar de mí, me pongo de pie y le hago una seña a Álvaro con los ojos. Salgo de la sala de juntas y me encamino por la oficina diáfana hacia el pasillo que conduce al baño, la cocina y el balcón en donde la gente sale a fumar. Me asomo por la puerta y la resolana me ciega, a lo lejos, la jungla de coches, cláxones y concreto me llena de desconfianza. No puedo creerme que en dos semanas todo lo que vea sea la espesura de la selva y el mar, aunque siempre me sentiré atada a este lugar que de alguna forma corre por mis venas.

Me quedo pensando en la sensación que tuve ayer cuando volvimos de CDMX. Aquella ciudad gigantesca que parece interminable hace que esta, rodeada de sus cerros y donde todavía se pueden distinguir las iglesias desde el aire, se asemeje a un pueblo. Y de alguna forma lo es, aunque en los últimos años haya crecido descontrolada y mucha gente de alrededor haya decidido instalarse aquí, el orden de las cosas permanece inalterado, en especial el de los círculos

sociales.

Por eso no es de extrañarse que la noticia de mi ruptura con David haya corrido como la pólvora. Ya me imagino el chismorreo que la gente debe disfrutar a mi costa. Me entristece pensar que ese es uno de los motivos por los que me hace feliz dejar este lugar, pero estoy asumiendo que ya no pertenezco a ese mundo y que tengo que esperar a que la resaca del huracán pase para reacomodar las ruinas.

Una sonrisa agradable, llena de ternura, se me dibuja en la cara cuando pienso en los pilares que seguirán inamovibles, aunque todo se reconstruya: mi madre, Ulises, Rubén y Luz. Este fin de semana con ellos dos me ha colmado de todo lo bello que hay en la vida y por lo que vale la pena luchar. Las risas, las conversaciones, incluso las discusiones que parecían un refrito de nuestros días de adolescentes tenían un aura casi hogareña; como si existieran en un infinito dentro de mí y vivirlo otra vez hubiera sido solo una proyección.

Suspiro, debo volver a la realidad, afrontar esa reunión a la que le quedan por lo menos dos horas más para terminar de darle las últimas instrucciones a Regina. Me río de la situación, de mí misma intentando tratarla con amabilidad, no era la venganza que tenía en mente hace un mes y medio.

Cuando la junta termina, Regina es la primera en salir de la sala. Pobrecita, confesaré que me ha dado lástima verla frente a mí con la cola entre las patas, aguardando mi ira justiciera. Supongo que eso era parte de su castigo. Tras ella se apresura Álvaro y, cuando termino de recoger mis cosas y solo me queda apagar la luz, él vuelve.

—Dos semanitas para irte a vivir al paraíso, me estás dando envidia —me dice con los ojos juguetones, alegrándose por mí.

—Sí, estoy muy emocionada, casi ni me lo creo —le contesto con la voz cantarina—. Pero, bueno, ya sabes que voy a estar viajando por toda la república, así que tampoco es que estaré en la playa con la *laptop* y un coco al lado.

—Algo habrá de eso también —responde, risueño. Luego hace una pausa y suspira —. Espero que vendas todo de volada y vuelvas porque te voy a extrañar mucho, aunque no lo creas.

Se da la vuelta y se pierde entre el barullo de la oficina.

De pronto, sin quererlo, viene a mi mente el día en que lo conocí cuando vine a la entrevista por el puesto de becaria. Recuerdo que entré en su despacho y él se levantó a saludarme con un apretón de manos. Iba vestido impoluto con una camisa rosa palo y unos pantalones grises, el corte de pelo de picos, ese que se llevaba a principio de los dosmil. Amable, simpático y avasallador. Se le notaba la ambición en los ojos y pensé que, si yo hubiera sido hombre, habría sido justo como él. Sobra decir que conectamos enseguida, la entrevista fue un miércoles y el viernes ya estaba en la oficina recibiendo una formación ridícula de otra practicante.

Así que yo también voy a extrañarlo después de estos siete años. Todo lo que he aprendido de él, todo lo que de alguna forma me ha dado. Aunque sea un tiburón feroz y avaricioso, tiene su corazoncito, en el fondo, muy dentro, enterrado entre presiones y responsabilidades, luchando porque este barco llegue a buen puerto y todos salgamos beneficiados.

§

Sábado, a las diez y cuarto de la mañana, me dispongo a abrir la oficina hoy que no hay nadie

y revisar con Toño, el diseñador, todos los proyectos pendientes que va a tener que trabajar con mi suplente. Me mira con la expresión cansada y cierto aire de superioridad.

—Si no me invitas a almorzar cuando terminemos, no te vuelvo a hacer ningún favor.

—Pensé que tu jefe te había pedido que vinieras voluntariamente a fuerzas —me mofo.

—Síguele, verás la próxima vez —me contesta, entre molesto y risueño—. Ni creas que todavía te tengo miedo, ya me enteré de que ya no vas a ser la «reina de la ciudad».

Abro los ojos de más en señal de alarma y no puedo evitar reírme.

—¿Ah, sí? ¿De qué te enteraste? —le pregunto, curiosa. Conforme pasan los días me gusta más ver mi situación desde fuera, es más divertida, casi como la Rosa de Guadalupe.

—*Pos* eso, que ya no te vas a casar con el dueño de la constructora, ese, el más picudo que llegó a venir por ti en una Hummer.

—Y sabes por qué, ¿no? —lo tanteo con un deje de altanería.

—Se andaba perjudicando a su secretaria… Bueno, eso escuché —me responde, encogiéndose de hombros para intentar disculparse. Luego, aprovechando la situación, me suelta—: Pero no te agüites, no es tu culpa. Si yo tuviera tanta lana y las morras se me tiraran, también habría caído.

—¿En serio me estás diciendo eso? —Entrecierro los ojos, tratando de contener una carcajada cínica que me sale de dentro. Entonces intento hacer las bromas a un lado y hablar con propiedad —. ¿Y dónde dejas el amor, el compromiso, los valores? ¿De verdad te parece lógico?

—No, no. Perdón, yo nomás digo… No es tu culpa —intenta excusarse él, bajando la voz y desviando la mirada.

—Pues no digas —le respondo, tajante, al señalarle que encienda la computadora.

Un regusto amargo me sube por la garganta, no solo está relacionado con que no he desayunado, sino con el hecho de que a la mayoría de los hombres les parezca normal y entendible mi situación. Yo, que busco una nueva perspectiva que me haga disfrutar la vida, alejada de la agresividad que provocan el poder, el dinero y el sexo, y ellos que se esfuerzan en recordarme que el mundo es una jungla.

De repente suena mi celular, le hago una seña a Toño y me levanto. Es Joana: una mujer de pies a cabeza que dirige un negocio fuera de su país. «Seguro que ella sí que sabe cómo vivir en esta jungla», me digo, divertida, antes de contestar.

—¡Zoe! Guapa, te llamo porque dijiste que podía llamarte cualquier día —me saluda ella con ese acento tan gracioso.

—¡Hola! ¡Claro que sí! Lo que se te ofrezca.

—Estos mexicanos tan amables —murmura ella, luego se aclara la voz—. Mira, esto es medio personal, a ver cómo lo ves. Si no te gusta la idea, me dices que no y santas pascuas —me explica ella, intentando que la practicidad sea el punto clave de su discurso.

—¿A ver? —contesto yo, curiosa.

—En la casita donde vivo hay tres habitaciones, he pensado que igual es buena idea que te quedes a vivir conmigo —me explica con brío. Después hace una pausa y continúa—: ¡Hombre! Ya sé que así, de primeras, resulta fuerte, porque trabajar y vivir juntas es excesivo. Pero es que aquí es un poco complicado todo, a veces no hay señal y cosas por el estilo. Creo que sería más fácil. No sé si tú ya tenías algo concertado o qué plan tenías.

—En realidad, solo había reservado una semana en el hotel donde me hospedé la otra vez, así que ¡me parece perfecto! —le respondo, animosa, porque no puedo creer que todo esté

acomodándose con tanta facilidad.

—No se diga más, entonces, Zoe, ya lo tienes —zanja ella, alegre.

Cuelgo la llamada con un buen presentimiento. La intuición, que me visita con frecuencia para advertirme de los peligros que estoy por enfrentar, hoy viene con buenas noticias, a llenarme con una brisa de esperanza. En solo siete días comienza este nuevo capítulo y no puedo estar más ansiosa y emocionada.

XX. LA RETIRADA

Octubre 2022

Hace tres noches que no puedo dormir. Tengo ya todo lo necesario preparado para el viaje, pero la intranquilidad y la nostalgia me atacan cuando estoy por cerrar los ojos y no hay manera de conciliar el sueño. Me levanto al baño, a tomar agua, y regreso a dar vueltas de un lado a otro. Ayer por la noche, mientras buscaba una infusión relajante en la cocina, apareció mi mamá envuelta en su bata azul y con la expresión cansada, se quedó mirándome desde el marco de la puerta.

—¡Qué susto! —casi grité yo al descubrirla en ese sitio.

—¿No puedes dormir? —contestó ella, acercándose a mí. Luego me abrazó por la cintura y me dio un beso en la sien—. Yo tampoco, mi último polluelo deja el nido en tres días. Es normal que estemos así, ¿no? —me explicó con una sonrisa que encubría toda la nostalgia que le provocaba la realidad.

—¿Ves?, es que por eso no quería irme —le contesté, enfurruñada, zafándome de su abrazo.

—Te recuerdo que te ibas a ir de todas formas. Más o menos en esta época ya te habrías casado y dejado el nido —me molestó ella con una sonrisa condescendiente.

—¿Tenemos que recordar «eso»? —Puse los ojos en blanco.

—No, claro que no —se disculpó ella, y en su cara se dibujó una sonrisa resignada—, pero estaba escrito. Yo de verdad creo que hay ciclos en la vida de las personas que están escritos. El nuestro estaba destinado a terminar en este tiempo.

Desvié la mirada y los ojos se me llenaron de agua, la voz se me cortó casi como la respiración y solo logré sacarla a trompicones.

—Pero… tal vez vuelva —susurré, apretando los labios. Luego me limpié una lágrima que había caído con la manga de la pijama y la miré a los ojos intentando recomponerme.

—Volverás de visita, como Ulises —sentenció ella, resignada—. Lo sé, mi corazón ya me lo advirtió.

Nos quedamos mirándonos unos segundos, queriendo fingir que no nos dolía despedirnos, terminar nuestra convivencia, hasta que decidí que no quería ser fuerte ni valiente ni perfecta y me lancé a abrazarla para darle las gracias por todo lo que me había dado y que ya era parte de mí.

—Te quiero mucho, mamá —le dije cuando ella tomó mi cara en sus manos para limpiarme las lágrimas.

—Y yo a ti, mi niña —suspiró, y se llevó a la cara el mismo pañuelo—. Se acabó nuestro tiempo, vendrá otro diferente, pero no será igual. Así que aquí repites esta lección que yo creo que ya sabías: el tiempo siempre se acaba, ¡aprovéchalo!

Volvimos a abrazarnos, esta vez ya sin lágrimas en los ojos, solo con todo el amor que nos teníamos.

Después nos soltamos y ella, con esa facilidad suya, encontró la infusión que buscaba, me la preparó y se quedó en la cocina hasta que me la terminé, lista para irme a dormir.

Hoy no sé si debiera ponerme en pie y repetir la escena de ayer, volver a despedirme de ella

porque parece que con una vez no fue suficiente. Decido ir a verla a su habitación, pero antes de levantarme, distingo un sobre amarillo en mi escritorio, debajo de unas carpetas y unos libros. Me quedo viéndolo, intentando recordar qué es y, de pronto, lo adivino como si de un eureka se tratara: ¡es la fotografía que me regaló Santiago por mi cumpleaños! El corazón se me nubla de emociones. Me pongo de pie para tomarla en mis manos, dispuesta a perderme en ella.

Cierro los ojos después de la primera vista, como si la impresión hubiera sido intolerable. Trago saliva, me enfrento a la fotografía otra vez, la repaso de izquierda a derecha y con la yema de dos dedos vuelvo a acariciar el rostro de mi papá, de Ulises y de Santiago. Una idea me aborda sin permiso, se relaciona con lo que sucedió ayer con mi mamá, el ciclo que se acaba con ella y la despedida que necesitábamos. Me quedo pensando que, salvo con Ulises, con ellos las despedidas fuero demasiado abruptas. Podría decirse que mi despedida con mi padre pasaba por el funeral o por aquella misa después del primer aniversario luctuoso, pero no. Desde que él desapareció, a mí solo me quedó el estupor y la nada. Con el tiempo todo se transformó en negación, incluso en rencor, pero sé que no habré sanado esta herida, que me perseguirá por siempre, si no la acepto y le doy la despedida que se merece.

Vuelvo a pasar mis dedos por su figura. «Papá», susurro. Me quedo en silencio y sin pensarlo, sin haberlo previsto, concluyo: «Mañana iré a despedirme de ti».

§

Una larga pared decorada con murales de catrinas y toda la parafernalia del Día de Muertos bordea el cementerio más antiguo de la ciudad. Está situado en los límites de la Zona Centro, a lado de un viejo mercado que todavía conserva sus portales y una avenida ancha que en su momento fue una carretera de salida.

La entrada con sus puestos de garnachas y todo tipo de venta ambulante me recibe expectante. La gente me observa curiosa. Yo, con mi ropa de ejecutiva, no soy el tipo de persona que visita este lugar un viernes a la una de la tarde. Hay un camino bordeado de grandes cipreses y en los laterales, hileras de nichos blancos se secundan unas a otras. Al fondo, en un espacio abierto, con árboles de diferentes tipos, mezquites, sobre todo, están las tumbas de la familia de mi padre. Los recuerdos de caminar por este suelo el día del entierro con la comitiva están llenos de humo. Creo que lo único que todavía puedo evocar era la forma en que Santiago me sujetaba en sus brazos, como si quisiera protegerme de todo. Pero no pudo.

Hago una pausa en mi camino antes de acercarme a la tumba. Siento que las manos me palpitan y que los ojos se me llenan de lágrimas, sin haber leído el nombre de mi padre todavía. Tomo aire y, con delicados pasos, llego hasta la cruz gótica que adorna su tumba. «Juan José Villafaña Pérez. 1968 – 2012». No hay más inscripción que esa, ni frases bíblicas ni palabras de amor de su familia. Parece que la vergüenza que rodeó su muerte borró todo el amor que sentimos por él. No entiendo lo que hizo, no sé si algún día lo haga, pero era mi padre y eso permanecerá por siempre. Me esfuerzo por recordarlo, más allá de mis preciadas memorias infantiles, las comidas, las tardes de juegos, los paseos, lo orgulloso que estaba de mí el día que gané el torneo, cuando me dijo que yo era la mejor.

Arrugo el gesto mientras se repite esa última idea en mi cabeza. «Eres la mejor, no lo olvides», sus palabras resuenan como en un altavoz. ¡Fue él! ¡Fue él quien me condenó! Fue él

quien me orilló a cumplir con ese papel para estar a la altura de lo que él esperaba de mí. Las lágrimas se me desbordan sin pedirme permiso. Me horrorizo ante la idea de que toda la visión de mi vida naciera de él. «Esa ambición, esa ansia de demostrar lo indemostrable, todo lo que me ha hecho tan desgraciada viene de él», me explico. Vuelvo a ojear su tumba y, por primera vez, lo entiendo. ¡Fue eso lo que lo mató! ¡Eso! Una ambición desmedida y un deseo enfermizo de estar por encima de los demás. La verdad me parece insoportable, me limpio las lágrimas como puedo y me doy la vuelta para salir del panteón lo más rápido posible.

Tres niños que mendigan en la calle me persiguen antes de que pueda alcanzar la puerta del coche en el estacionamiento. No soy capaz de oír lo que me dicen, pero niego mecánicamente, no solo para ellos, sino también para mí. Cuando ya estoy dentro del coche, lloro con desconsuelo. Los niños me observan a través de la ventanilla y cómo sus pequeños ojos se abren en señal de asombro. Es probable que no entiendan cómo alguien como yo sufre de esta manera.

En ese momento, como si una luz especial me iluminara, me limpio la cara y reparo en el sobre amarillo con mi nombre escrito por Santiago y la fotografía. Acaricio las letras con un dedo. «Si no hubiera sido por ti, mi Santi, no habría tenido esta revelación», me explico. De repente, como en un sueño, me ataca la imperiosa necesidad de correr a buscarlo, de aprovechar que estoy aquí hoy, porque mañana ya no será posible.

§

Las manos me tiemblan aferradas al volante mientras mi úlcera vuelve a revolucionarse. Llego más rápido de lo que me gustaría y estaciono el coche fuera, me digo que ver su cara de sorpresa será un placer añadido que no puedo perderme.

Al entrar en el taller mecánico, el mismo hombre de mono azul de la vez pasada me saluda al tiempo que se limpia las manos con un trapo y se aleja del coche en el que está trabajando.

—Buenas tardes, ¿está Santiago? —le pregunto, tímida.

—Sí, señorita, el ingeniero está arriba, ¿quiere que le avise?

—No, no se preocupe, así le doy una sorpresa.

Camino con cuidado hasta la escalera de metal que conduce a su oficina. Hay un ventanal grande cubierto con una persiana blanca, bajada a la mitad, por la que podría verme, pero está tan concentrado en la pantalla de su *laptop* que parece no nada más existe.

Repaso mis pantalones grises ajustados, mi blusa negra de cuello redondo y mis tacones negros y, de pronto, soy consciente de que no me he mirado en un espejo, que es probable que tenga el maquillaje corrido de tanto llorar. Me intimido, pero me digo que eso es lo de menos y me limpio los ojos con el dorso de la mano. Entonces toco en la puerta con los nudillos y el corazón a punto de explotar.

—¿Sí? Adelante —contesta Santiago con su voz grave.

—¿Se puede? —le sonrío por una rendija.

—¡Zoe! —Se levanta de un salto, animado, y se apresura a la puerta sin dejar de sonreír un segundo. Cuando ya está frente a mí, me abraza como solo él sabe hacerlo. Yo le correspondo y recargo mi cabeza en su hombro.

Pasan unos segundos, o minutos, no lo sé, el tiempo comienza a esfumarse. Poco a poco, él va deshaciendo el abrazo mientras deja su mano en mi espalda.

—¿Qué tienes? —pregunta en un susurro—. ¿Estuviste llorando? —Pone su dedo en mi cara cerca de mi ojo y yo desvío la mirada—. Ven, siéntate.

Me lleva a una de las sillas que tiene frente al escritorio. Me acomodo temerosa al tiempo que él se coloca frente a mí en la otra silla.

—Fui al panteón —le digo con la voz entrecortada y la mirada baja—. No había vuelto desde el entierro, y me acordé de ti, de todo lo que hiciste por mí —murmuro, y sin quererlo, vuelvo a derrumbarme. Él se queda atónito frente a mí y con sigilo acerca su mano a mi cara para limpiarme las lágrimas que se me han derramado. Una risa tonta se me escapa al tiempo que me descubro sentimental e ilógica frente a él—. Perdóname, no debí venir. Yo… No sé qué hago aquí —me excuso, intentando ponerme de pie.

Él me sujeta por el antebrazo para detenerme y habla con cautela.

—Pero ya estás aquí.

Aprieto los labios intentando contenerme, pongo mi mano sobre la suya y me digo que tengo que darle una explicación razonable y coherente.

—Quería darte las gracias por todo, despedirme de ti también. —Suspiro—. Porque eso fue lo que fui hacer al panteón, a despedirme de mi papá, porque me voy mañana.

—¡¿Te vas?! —se sorprende, echando hacia atrás el cuerpo y soltando mi brazo.

—Sí —afirmo, recomponiéndome, casi librándome de la nostalgia, y me yergo en la silla—. Voy a trabajar directamente en el complejo inmobiliario de Tulum.

—¿Y vas a vivir ahí? —pregunta con suspicacia.

—Sí, tendré ahí la base, pero estaré viajando por todo el país.

—¿Qué va a hacer la ciudad sin ti? —responde, entrecerrando un ojo con incredulidad y sorna al mismo tiempo.

Una risa boba me sale de dentro y la aprovecho para limpiarme la última lágrima y alejarme del drama.

—Entonces, te vas para no volver, ¿verdad? —indaga, desviando la vista mientras se toma de las manos en el regazo.

—No lo sé, el proyecto durará medio año, un año, lo que tardemos en vender el complejo.

Se queda mirándome con recelo, luego se aclara la garganta y cambia la expresión de su rostro a una más amable y menos verdadera.

—Pues me da mucho gusto por ti —afirma con una media sonrisa en los labios—. Seguro que es lo que necesitas, además, en la playita, rico. Vas a empezar una nueva vida increíble.

—Gracias —respondo en un hilo de voz. En ese momento, me percato de que ni siquiera he reparado en él, en cómo está, en su vida en general. Me aclaro la garganta y le pregunto—: ¿Y tú? ¿Cómo va todo?

—¡¿Yo?! —se sorprende al tiempo que yo afirmo con la cabeza—. Bien, todo bien, como siempre.

Me asalta la conciencia de que no debí venir, irrumpir en su vida de esta forma cuando él está bien, con sus proyectos, su familia, incluso con esa niña. Siento el resquemor de los celos, pero al mismo tiempo me digo que él se merece ser feliz y estar con alguien menos complicada que yo. Entonces la menciono casi sin querer.

—¿Y Alejandra?

—Bien —responde, y sus ojos parecen achicarse con desconfianza ante mi pregunta—. Estará

en la universidad, hoy en la tarde le prometí que iríamos al cine —agrega, tratando de sonar natural.

—Me da mucho gusto que la hayas encontrado. Te mereces que todo te vaya bien con los talleres, con ella. Me alegro mucho por ti —intento ser más real que nunca al tiempo que él esboza una sonrisa tímida y se queda en silencio.

Me digo que no tengo nada más que decirle, que si hace unos minutos lo sentía tan cerca de mí como antes, ahora no somos más que dos líneas que corren paralelas, destinadas a no volver a cruzarse.

De golpe me pongo de pie y él me imita; me despido casi sin ganas.

—Ya no te entretengo, seguro que tienes muchas cosas que hacer. Cuídate mucho.

—Tú también —murmura él, y me abraza, tenso.

Me dedica una sonrisa triste y camina de vuelta a su lugar al tiempo que yo me dirijo a la puerta y nos decimos adiós sin paliativos.

§

Reviso la lista de lo que tendría que estar en la maleta y luego de confirmarlo, me aseguro de que todo a mi alrededor esté en orden. En la pila de carpetas y papeles que he dejado en el escritorio todavía se distingue el sobre amarillo que intenté esconder ayer después de ver a Santiago. Un escalofrío me recorre entera, no puedo creer que nos despidiéramos de esa forma cruda y derrotada.

A mi mente viene el momento en el que me subí al coche y fue imposible contener el llanto de haberlo perdido de nuevo. Pero ¿cómo podía recuperarlo? ¿Cómo podía decirle que lo amo y que quiero estar con él si hay alguien más de por medio y yo me voy a ir tras el proyecto que más me ha entusiasmado en mi vida? Exhalo con tristeza: Santiago, mi eterno callejón sin salida.

Escucho el timbre, me deshago de toda la nostalgia, tomo la maleta con fuerza y me encamino a la puerta. Mi madre, que me espera en el pasillo, me dedica una sonrisa triste. Llegó la hora de irme de casa, de abandonar el nido, como dijo ella hace unos días. Es curioso cómo podemos asistir con indiferencia a los momentos más importantes de nuestra vida. Me abrazo a ella y la aprieto con fuerza al tiempo que me besa en la frente.

—¿Llevas todo? —pregunta, nerviosa, a lo que yo asiento con una sonrisa—. ¿Estás segura de que no quieres que te acompañe al aeropuerto? —insiste.

—No —respondo con impaciencia—, ya te dije que no quiero que te quedes ahí sola después.

—Me voy a quedar sola de todas formas —se burla ella.

—Lo siento. —Bajo la mirada con expresión culpable.

—No digas tonterías. Me va a encantar ver cómo disfrutas la vida, que me mandes fotos y me cuentes por teléfono todas tus aventuras —responde con entusiasmo y una sonrisa grande en la cara.

No sé por qué, pero le creo. Sé que me lo dice de corazón, porque cuando tú quieres a alguien de verdad, te alegras de todo lo bueno que le pase, por todas las cosas que logra, todos los lugares a los que llega, aunque sean lugares que para ti resulten inalcanzables. Al menos, eso es lo que me pasa con respecto a Ulises.

Vuelvo a abrazarla y ya, sin mirarla a los ojos, salgo del departamento y me apresuro al

elevador para que el taxi en la puerta no desespere.

De camino al aeropuerto, la ciudad que despierta despacito me parece una extensión de mí misma. Los pequeños comercios, las grandes superficies, los almacenes, las distribuidoras, las fábricas se secundan una a otra entre barrios de casas bajas y algunos edificios. Los árboles polvorientos del tráfico, los jardines descuidados, pero que, aun así, reverdecen, me llenan de melancolía. Es curioso, nunca creí que terminaría dejando esta ciudad. Siempre me sentí atada a ella, como si la historia de mi familia que ha corrido por sus calles durante varias generaciones me obligara a permanecer aquí, a recorrer la misma senda, incluso después de lo que pasó con mi padre. Creo que, en el fondo, sentía que alguien debía hacer el camino que quedó truncado tras su muerte. Hoy, todo eso se vuelve absurdo. Estoy aceptando el hecho de que las sentencias sobre las que asentaba mi vida no son más que falacias. Fue muy duro descubrirlo justo ahí, en el cementerio, frente a su tumba, pero supongo que nada ha resultado tan liberador.

En la salida a la ciudad, donde hace menos de diez años la empresa de la familia de David construyó una serie de vías y puentes que distribuyen el tráfico, me quedo pensando en la forma en que unas cuantas familias dirigen el futuro de la ciudad. Son como antiguos latifundistas que velan por sus intereses de distintas formas, con más o menos principios. Me queda un regusto amargo al pensar en David, en la responsabilidad que tiene sobre sus hombros y lo inmaduro que es. Una idea punzante acompaña ese pensamiento, la que me acusa de cómplice abusiva que se aprovechó de eso durante tanto tiempo. Niego con la cabeza, he pagado caro por ello, no es necesario darle más vueltas.

Nada puedo hacer ya con lo que pasó, con mis errores, mis temores o mis aciertos. Todo se vuelve pequeño tras la ventanilla, al igual que las calles, las iglesias, incluso el edificio en el que dejé a mi madre y al que todavía puedo distinguir entre las construcciones si me esfuerzo. Solo me queda el frente, ese horizonte que se tiñe de anaranjado ante un sol que sale decidido.

Me animo, me lleno de confianza, de aquel espíritu que me infundieron mi madre y Ulises hace algunos años. Tomo aire, dejo que la esperanza de lo que viene, los nervios y la ilusión de descubrir un nuevo mundo me colmen. No creo que haya más sed de vivir que esto.

XXI. TULUM

Noviembre 2022

Entre los manglares, la selva y la impresionante vista del mar turquesa, el aeropuerto parece una mancha desprovista de sentido. Por la megafonía, nos recuerdan las indicaciones para el aterrizaje mientras yo pierdo la mirada en el horizonte. Los tres días que estuvimos aquí hace unos meses me dieron solo una idea básica del lugar. La zona hotelera, el pequeño pueblito tratando de adaptarse a la vorágine turística y la zona urbanizada donde los desarrollos inmobiliarios de alto nivel intentan ganarle terreno a la selva. Siempre hay un precio que pagar.

Supongo que el apartamento en el que viviré con Joana estará en esa zona y que tendré que buscar una solución rápida para el problema del transporte, porque no puedo depender tanto de ella, aunque ella tenga esa sensación de que me debe algo. Si soy honesta conmigo, nunca ha sido real. No he hecho nada que no me beneficiara a mí primero, como todo el mundo, probablemente. Ese pensamiento me entristece, porque es algo en lo que de verdad quiero esforzarme, en hacer las cosas porque están bien, porque son lo correcto para todos, no solo para mí. Es posible que me lleve años alcanzar esa forma de vida, pero debo intentarlo.

Perdida en esos pensamientos armoniosos, escucho las indicaciones para bajar del avión y me apresuro entre los turistas y los grupos de amigos, listos para devorar unos días de sol y playa en el caribe mexicano. Me ajusto el pantalón de lino a la cintura y reviso que mi blusa a juego esté en su sitio, pero cuando ya estoy en la puerta del avión, un viento cálido y pegajoso me recibe en pleno noviembre. Me parece que esto es solo el inicio.

Ya en el área de llegadas, me encuentro a Joana concentrada en su teléfono. Trae puesto un *crop top* verde limón y una falda larga de algodón que le descubre media pierna. Me quedo pensando en la idea que tengo de ella, una mujer potente que arrasa allá donde va, pero, al verla, es más como una delicada belleza clásica, con su nariz grande y aguileña, sus ojos oscuros hundidos y ese cuerpo tan delgado sin apenas curvas. Me detengo frente a ella sin hacer ningún gesto hasta que levanta la mirada.

—Por fin llegas —se sorprende con una sonrisa.

—Perdona si te hice esperar mucho —me disculpo ante su saludo un tanto tosco.

—Nada, nada —responde, acomodándose el pelo, que le cae de un recogido malhecho con una pinza—. Estoy hablando con el decorador, que hay unos problemas con los azulejos del baño. Ya sabes. ¡Todo mal! ¿Por qué la gente no puede hacer bien su trabajo? ¿Tan difícil es? ¡Azulejos para doscientos baños! ¡Joder! Si no sabe hacer cuentas, que multiplique con una calculadora.

Abro los ojos con una expresión circunstancial, quiero reírme, pero no sé si eso de que «la gente no hace bien su trabajo» termine por revertirse en mi contra. Así que solo sonrío entre dientes.

—Perdona, es que a veces no puedo con la ineptitud. Mira, yo no quiero juzgar a nadie. En fin —se interrumpe a sí misma, toma aire y concluye con una sonrisa burlona—: ¡Menuda bienvenida te estoy dando! ¡¿Dónde me estoy dejando el rollito Tuluminati y las vibraciones

altas?!

—¡¿Tuluminati?! ¿Dé que hablas? —me río, recelosa, y entrecierro los ojos.

—Te explico en el coche, ¡vas a flipar! —contesta ella, risueña, mientras hace el amago de ayudarme con la maleta más pequeña.

Por la carretera que conduce el aeropuerto de Cancún a Tulum, no puedo dejar de pensar en la impresión que tuve la primera vez que vine y que hoy se repite: ese sentimiento de estar en otro país. La vegetación tropical que se va comiendo las construcciones cada vez más espaciadas y coloridas, las infraestructuras casi improvisadas, que nada tienen que ver con los desarrollos viales indispensables en el centro del país, me hacen pensar que esta zona vivió ajena a la vorágine urbanita en que nos acostumbramos a vivir desde hace cincuenta años. Joana se aferra al volante nerviosa y me mira con curiosidad.

—Es muy distinto a vuestra ciudad, ¿no? —pregunta como leyéndome la mente.

—Sí —respondo casi en silencio, luego intento continuar con la conversación—: Bueno, ya me imagino lo que debiste pensar tú cuando llegaste.

—De Barcelona al Caribe hay casi un mundo. —Suelta una risilla—. En realidad, hay un océano.

—¿Y por qué terminaste viviendo aquí? —le pregunto sin darme cuenta.

—No sé. Quería cambiar de aires, estaba de Project Manager en una de las empresas del grupo se estaban expandiendo aquí en Tulum, así que me presenté para el puesto. No sé, pensé que lo iba a tener todo y me dije que por qué no.

—¿Y no? —La miro con recelo.

—No, no lo tengo todo —se ríe ella divertida—. Pero ¿quién lo tiene todo? —Vuelve a reírse y se corrige con cinismo—. Qué tonterías digo, si Tulum está lleno de gente que lo tiene todo y, además, vibra alto.

—¡Eso! —asiento, intentando que mi desconcierto pase desapercibido—. Lo que dijiste en el aeropuerto, Tuluminati, ¿qué es eso? A ver, explícame.

—Es todo un movimiento. —Se aclara la garganta como si fuera a darme una lección importante—. Lo que pasó en los años sesenta y setenta, que los jipis de todo el mundo se fueron a vivir a Ibiza, se repite ahora en Tulum, pero con el rollito eco, orgánico, *raw*… No se pierden ni un ritual, retiro de yoga o, en su defecto, ceremonias de peyote y ayahuasca.

—No era exactamente el perfil del *target* que establecimos.

—Claro que no, estos son, no sé…, buscavidas de todo el mundo o hijos de papá incomprendidos —aclara, sin poder esconder cierto desprecio—. Nosotros nos dirigimos a inversionistas o gente pudiente que quiera comprar su casa de vacaciones, aunque de cierto modo deben sentirse atraídos por eso, al menos, estéticamente.

—¿No te gustan? —le pregunto, morbosa, desviándome del tema comercial.

—A ver, no los juzgo, he tenido experiencias muy interesantes y he conocido a gente muy amable, pero como en todos sitios la mayoría es solo pose, gente tratando de llamar la atención.

—En eso tengo experiencia —le contesto con cinismo, riéndome de mí misma, mientras ella hace una mueca de desconcierto—. Aunque si tengo que ser sincera, «el rollo holístico» me da mucha flojera.

—No lo digas muy alto —me advierte con una sonrisa—. En realidad, creo que lo más importante aquí es tener la mente abierta y observar mucho, eso hará que disfrutes todo lo que

este lugar ofrece.

§

«No, no lo tengo todo», las palabras de Joana en su introducción a Tulum todavía se escuchan en mi cabeza. El lugar, visualmente un paraíso, está lleno de todo tipo de insectos, reptiles y alimañas, sin mencionar el calor asfixiante que no da tregua en pleno noviembre y los problemas con el transporte, cortes de luz y agua. «¿Internet? ¿Señal? ¿Qué? ¿Cómo?», recuerdo este tipo de quejas que me sonaban más a pretexto cuando hablaba con Joana desde la agencia. Ahora entiendo por qué insistió en que viviéramos juntas, así se aseguraba que en la medida de lo posible podíamos aprovechar el tiempo y esquivábamos todos esos problemas técnicos. La vida diaria se vuelve una odisea, mientras que los momentos de descanso y diversión son experiencias únicas.

Tengo casi tres semanas aquí y ya asistí a mi primera clase de yoga, fui con Joana a comer a un restaurante precioso en medio de la naturaleza y tomamos unos *drinks* en un famoso *beach club*. Los más caros de mi vida, porque esa es otra historia, los precios son igual de exclusivos que el lugar y si seguimos con este ritmo, terminaré trabajando para «vivir experiencias únicas e inolvidables».

Si tengo que elegir la mejor vivencia de estas semanas, creo que me quedaría con el domingo en la playa al atardecer. Joana se quedó tumbada en una hamaca y yo decidí caminar por la orilla del mar, solo dejándome envolver por la fiesta de colores pasteles a mi alrededor. La arena, fundiéndose con el azul turquesa, y el sol al oeste, tiñendo de rosa el horizonte, me llenaron de un sentimiento de armonía que pocas veces había vivido. Por primera vez, pude verme a mí misma como una persona que disfrutaba, sin importar quién era, de dónde venía o qué historia tenía detrás.

§

La oficina en la que trabajamos es mucho más raquítica de lo que pensé. La primera vez que vine, solo pasamos por la recepción y la sala de reuniones, aunque al fondo se veían dos puertas y el pasillo. No me percaté de que en ese corredor había una pequeña área de descanso con una cocineta y que, tras la puerta en la que se leía «privado», estaba la oficina de Joana. Es un espacio de unos cinco metros cuadrados que en una esquina sirve de archivo. Ahí mismo, en un costado, ella mandó preparar un pequeño escritorio para mí y ya no me quedaron horas del día sin ella.

Como es natural, tanto tiempo juntas ha generado algunos roces, pero creo que hemos logrado una buena comunicación y no ha ido a mayores. Aun así, tengo que confesar que no hemos escapado del choque cultural. Si en un principio, cuando nos conocimos, conectamos enseguida, poco a poco van surgiendo áreas de la vida en las que somos diametralmente opuestas.

Joana no tiene reparo en desaparecer de vez en cuando y volver a contarme que ha tenido sexo desenfrenado con algún desconocido, o darme detalles innecesarios de una relación abierta que tiene con Jakob, un alemán muy guapo que es el prototipo de eso que llaman Tuluminati. Yo intento ser mucho más reservada, o lo intentaba hasta el sábado pasado.

Volvíamos de un *beach club* y queríamos seguir la fiesta en casa, pero el plan colapsó cuando a mí se me salieron unas lágrimas después de ver unas fotos que Santiago había posteado con Alejandra.

—¡Uy, uy! ¿Qué es eso? —me dijo con la voz dulce, y se acercó a abrazarme—. ¡Eso no! ¡Que no te vea yo llorando por el cabrón de tu exprometido! —exclamó en un regaño.

—Ojalá fuera eso —contesté yo, limpiándome las lágrimas y tratando de sonreír—, es mucho peor.

—¡¿Peor?! —se alarmó ella.

—Fue mi primer todo… Y yo lo quería muchísimo. —Me quedé unos segundos en silencio y me corregí—. Lo quiero muchísimo, lo amo, pero las circunstancias se empeñan en separarnos.

—¡¿Cómo?! —Me miró ella con la cara desencajada—. ¡¿Me estás diciendo que estuviste ocho años con un chico que no querías y con el que te ibas a casar, pero que en realidad seguías enamorada de tu primer todo?!

—Si lo dices así tan… tan *raw*, suena horrible, pero no fue así, exactamente —intenté justificarme, luego me aclaré la garganta para explicarme mejor—. Hace nueve años terminamos por situaciones muy dramáticas y un tanto ajenas a nosotros, y durante esos años casi no nos vimos, apenas nos saludamos cuando no tuvimos escapatoria. Pero justo cuando vinimos la primera vez a Tulum, nos encontramos en el aeropuerto y tuvimos una conversación muy…, cómo decirlo, íntima. Entonces las cenizas que quedaron entre nosotros se convirtieron en un incendio.

—¡¿Tú también le ponías los cuernos a tu prometido?! —me preguntó ella, impresionada.

—¡¡No!! —me escandalicé—. Solo nos enviábamos mensajes y nos vimos una vez. Fue un encuentro muy emocional, pero no llegó a pasar nada.

—¡Eso son cuernos! ¡No me jodas! —Soltó una carcajada—. ¡Cuernos emocionales!

—¡¿Tú me estás juzgando a mí?! —le pregunté con cinismo.

—Nada de eso, pero no sé, si tú ya estabas pensando en otro más que en tu prometido, era para darle dos vueltas al asunto, ¿no crees?

—Bueno, desde ese punto de vista, supongo que tienes razón —acepté como declarándome culpable.

—¡La tengo, tía! ¡La tengo! —se mofó—. Ahora que… ¿por qué no aprovechaste cuando terminaste con el otro? No sé, llámame loca, pero era tu oportunidad.

—Todo fue muy fuerte y no tenía cabeza para eso —le expliqué, desviando la mirada—. Luego, él ya estaba con otra. —En ese momento le extendí el celular y le mostré las fotos.

—¿Cuál otra? —me dijo, confundida, mientras sostenía mi teléfono frente a su cara.

—¡Ah, sí! —me reí—. La otra es una veinteañera que se parece mucho a mí.

—¿O sea, que él en realidad se muere por volver contigo? —me preguntó, frunciendo el ceño.

—No creo, porque si no, no estaría con ella.

—Pero ¿tú le has dicho que quieres estar con él, que lo quieres?

—A ver, no literalmente, pero le he dado pistas —me excusé.

—¡¿Pistas?! —se rio ella—. Mira, yo no sé cómo serán las cosas en tu ciudad, pero de toda la vida lo que funciona es decir las cosas de frente. Tú vas y le dices, «te quiero y quiero estar contigo» y ya está, no entiendo cuál es el drama.

—No es tan fácil… —contesté con una risilla incrédula.

—¡¿Qué dices?! —Negó con la cabeza—. Eso es lo más fácil del mundo. Claro que es mejor que se lo digas en persona, pero puedes preparar el terreno, enviarle mensajes, para que sepa que piensas en él.

Asentí con una sonrisa amarga y la abracé para darle las gracias. En su boca sonaba todo tan simple, pero en mi cabeza todo era caótico y peligroso. «Y si no me responde los mensajes; y si prefiere estar con ella; y si me rechaza…», pensé con recelo. Era eso, mi mente se llenaba de obstáculos para evitar cualquier posibilidad de rechazo. Me dije que tenía que intentarlo y, sin pensar dos veces, le escribí un mensaje.

Yo: Odio tus fotos con Alejandra.
No entiendo qué demonios haces con esa niñita.
Esta vez sí soy yo, y sí, también estoy borracha.

§

A las diez y media abro los ojos con pesadez. Los sonidos de la selva se cuelan por las ventanas y escucho como en la cocina la cafetera comienza a hervir. Me levanto y cuando pongo un pie en el suelo, me percato de que ayer tomé más de lo que recuerdo haber tomado en mi vida. Sin saber cómo, llego al baño y mi úlcera venga mis malas decisiones y falta de autocontrol. Estoy todavía intentando recuperarme cuando escucho los pasos de Joana hacia mi habitación.

—¿Zoe? ¿Todo bien?

Una risilla amarga se me dibuja en la cara mientras intento que no se preocupe y pienso con cinismo: «Todo mal». Haciendo acopio de mis últimas reservas, me doy un baño y salgo envuelta en una bata de algodón con la cara desencajada.

—¡Buenos días! —me saluda ella, entusiasta.

—¿Qué tienen de buenos? —gruño con fastidio, y ella suelta una carcajada sonora.

—¡Muchísimo! —se entusiasma—. Me he levantado a las seis de la mañana a clase de yoga, he visto el amanecer, he dado un paseo en bicicleta con el olor a mar de la mañana y he llegado lista para prepararte el café.

—¿Y cómo puedes hacer todo eso después de anoche? —le pregunto mientras me masajeo las sienes.

—Tampoco bebimos tanto. Lo que pasa es que a ti te falta práctica —responde ella, haciendo un gesto de simpleza con la mano mientras sirve una taza—. Con leche, ¿verdad?

—No quiero tener práctica en esto, funciono perfectamente tomando uno o dos *drinks.* —Me quejo al recibir el café y hacerle un gesto de agradecimiento. De pronto, recuerdo que ayer, bajo el influjo del alcohol, le envíe un mensaje a Santiago. Sin decir una sola palabra, me apresuro a mi habitación para descubrir si hay alguna respuesta. Con el celular frente a la cara, leo:

Santiago: Dijiste que
te alegrabas por mí.

Una punzada en el pecho hace que me encoja al tiempo que mi estómago vuelve a quejarse. La cara se me queda sin sonrisa y salgo de la habitación. Cuando llego a la cocina, Joana me

mira expectante, pero se concentra en darle una mordida a un pan tostado con mantequilla que sostiene en la mano. Yo, todavía en silencio, le extiendo el teléfono.

—Tenías razón, no va a ser fácil —me advierte después de devolvérmelo y dar un trago a su café. Yo asiento con la mirada perdida—. Lo heriste al no dejar a tu prometido por él y querrá vengarse de manera inconsciente.

—¿Cómo iba a hacer algo así? —Entrecierro los ojos—. Es que… no tenía ningún sentido. Él apareció de la nada, después de ocho o nueve años de silencio, y ya sé, ya lo sé que era obvio desde el minuto uno, cuando empezó a escribirme con tanta cercanía. Pero yo nunca le mencioné que entre David y yo no estaban bien las cosas, que hubiera posibilidad de cancelar la boda, mucho menos por él.

—Bueno… Tampoco hay que ser un genio para deducir que no estás bien con tu pareja si estás tonteando con alguien más —agrega ella, y la obviedad de sus palabras me molesta.

—No era tan fácil, Joana —me defiendo—. Tú no sabes cómo funcionan las cosas allá, la presión que yo tenía de todo el mundo.

—Zoe, permíteme que te diga que «todo el mundo» no existe. Es algo que tienes tú en tu cabeza, a la gente solo le importa lo suyo. Si se molestan en hablar de ti, es porque de alguna manera están aburridos y tu vida resulta interesante, pero, créeme, no les quitas el sueño.

—De todas formas, cuando la boda se canceló, él ya estaba con Alejandra, ¿qué se supone que debía hacer?

—Buscarlo, rogarle… Básicamente, lo que tienes que hacer ahora —se ríe ella al encogerse de hombros.

—Fui a buscarlo, no sabía qué decirle, solo quería estar con él, pero cuando le dije que me venía a vivir aquí, se volvió un témpano de hielo —le explico ya sin guardarme nada, porque la situación me sobrepasa por completo.

—¡¿En serio?! —exclama ella con una risilla incrédula—. ¿Qué esperabas? Le haces creer que vas a rogarle, pero en realidad no, te vas a ir y no te importa estar lejos de él.

—Haces que todo suene tan estúpido —me quejo mientras me cubro la cara con la mano y doy un sorbo al café.

—A ver, yo no soy ninguna experta, solo te digo lo que veo. —Se queda en silencio para continuar después—. Ahora lo que tienes que hacer es aplicar todas tus armas de seducción, incluso de *marketing* y, por supuesto, enfundarte en una coraza muy gorda porque te va a dar donde más te duele. —Suelta una carcajada sonora y levanta las cejas—: En tu ego.

Entrecierro los ojos con fastidio y doy por concluida la conversación. ¿Qué puedo decirle? Nunca me imaginé terminar en una situación similar. ¿Yo, detrás de alguien? ¡Por favor! Si me bastaba con mirar a un hombre durante cinco segundos para que pensara que tenía una posibilidad conmigo y se desviviera en atenciones hacia mí. Pero ahora, estar con el único que quiero estar implica arrastrarme tras él. ¿Qué me queda? Supongo que me lo merezco.

XXII. NAVIDAD

Diciembre 2022

Hace un mes y medio que me fui y ya estoy de vuelta, me diverto mientras sobrevolamos la ciudad rodeada de cerros amarillentos. Una parte de mí tiene la certeza de haber desafiado al tiempo y vivir más de lo posible cada día; otra me dice que no he hecho más que ir de la oficina al condominio con Joana entre la selva. Tenemos todo listo para iniciar con la promoción de ventas en enero y no puedo creerme esta sensación de tener algo a punto sin la presión del tiempo.

Sonrío casi sin quererlo cuando pienso en los días que voy a pasar con mi mamá, preparando la cena navideña y comprando los regalos, eso sin contar que Rubén organizó un día de comida que se extenderá a la cena y en donde prohibió que fueran las parejas. Luz se quejó, como siempre: «¿Qué voy a hacer con Marcos?». Rubén le dijo que lo dejara con su abuelita, yo me quedé callada y por un segundo me alegré de no tener ningún otro compromiso que no fueran ellos y mi familia. Pero el segundo pasó muy rápido, porque luego me acordé de Santiago, en lo duro que se está portando conmigo, y esa nube gris se cernió sobre mí.

Sinceramente, nunca me imaginé que fuera a pasar por una situación como esta. Me parece tan ridícula que me cuesta creérmela: yo fingiendo ser amiga de Santiago. ¡Por favor! Después de aquel primer mensaje agresivo en el que desaprobaba su relación con Alejandra, tuve que hacer de tripas corazón y pedirle perdón. Le expliqué que había tomado mucho más de lo que acostumbro, que era natural que me dieran celos, pero que no quería dejar de hablar con él ni compartirle todo lo que estaba viviendo. Por supuesto, él se ha dejado querer y cada vez que le he enviado una foto del «paraíso» diciéndole que me gustaría que estuviera conmigo, me ha respondido con una carita llena de corazones.

Estuve pensando en aparecer de improviso en su oficina, jugar con el factor sorpresa, pero me dije que, si era verdad que estaba cambiando, no debería actuar tan maquiavélicamente y permitirle tomar alguna decisión. Así que le conté que estaría una semana aquí, que luego volvería a pasar Año Nuevo en Tulum con Joana y que me encantaría verlos. Tengo que reconocer que mis dedos se quejaron ante semejante falsedad, pero, como bien dijo Joana, debo demostrarle que no me importa que mi ego quede pisoteado. Me respondió que iba a preguntarle a Alejandra y que ya pensaría en algo. La verdad es que me lo imagino resolviendo este lío y me parece muy divertido.

Después de bajar del avión, ya frente a la cinta del equipaje, saco con delicadeza el teléfono de la bolsa y lo enciendo. Hay mucho ruido a mi alrededor, en estas fechas los aeropuertos se vuelven los lugares más concurridos, pero yo no tengo prisa porque nadie me espera en la salida y me encontraré con mi madre en el departamento. Siento un burbujeo en el estómago cuando el celular se inicia y veo un mensaje sin leer, es de él, estoy segura.

Santiago: No tenemos ni un hueco
de aquí al veinticinco.
De hecho, solo el veinticuatro.

Podríamos ir a desayunar
algo sencillo ese día,
¿qué te parece?

«¡Excelente regalo de Navidad!», me burlo de mí misma con sorna. No tiene ningún sentido, quizás no consiga nada con todo esto, más allá de castigarme por haber sido tan cruel y deshonesta, pero supongo que ese será el aprendizaje. Le respondo al instante pidiéndole la ubicación, luego me distraigo en la maleta y en lograr salir de la marabunta de viajeros que se mueve con torpeza al ritmo de los villancicos de fondo.

§

Cuando llego al departamento, la decoración de Navidad puesta con mimo me recuerda de dónde aprendí esa pasión por los detalles. Mi madre llegará a casa después de las seis, y de alguna forma me alegra. Así, me da tiempo de volver a habituarme a este sitio que, hasta hace poco, fue mi hogar. Es una sensación confusa, como si el espacio se hubiera extendido, las paredes fueran más altas y la decoración minimalista más moderna e industrial, alejada de todo aquel empeño por lo orgánico y la vuelta a la «madre tierra».

Me acerco al balcón con pequeños pasos y lo abro. Un viento fresco me golpea acompañado del olor a caucho y gasolina del esmog que por primera vez puedo reconocer en mi ciudad. Es curioso cómo podemos redescubrir nuestro lugar después de estar fuera solo una pequeña temporada. Sonrío con tranquilidad, me doy media vuelta y vuelvo a entrar al departamento, buscando mi habitación. Me quedo de pie en la entrada, como si este lugar ya no fuera mío. Repaso con los ojos los muebles, el edredón, incluso el escritorio donde todavía están mis papeles y las carpetas de la agencia, pero me siento ajena. Como si viniera del futuro y pudiera reconocer la estela de la antigua Zoe: sus anhelos, ilusiones y frustraciones lo impregnan todo con cierto aire abatido, pesado, incluso. «¿Cómo me he quitado eso de encima?», me pregunto, extrañada, viéndome más libre, dispuesta a dejarme llevar y tomar el camino que sea necesario hacia aquello que me hace amar la vida. Niego con la cabeza y me mofo de mí misma: «El espíritu Tuluminati me está poseyendo».

De repente, el golpe de la puerta del departamento me saca de mis reflexiones, doy un par de pasos hacia atrás y me encuentro con la sombra de mi madre, que se ve desde el pasillo. Es una figura grácil que se alarga con facilidad y parece que va a difuminarse de un momento a otro, sin embargo, yo sé que es capaz de arroparme y llenarme de confianza. Sonrío mientras me siento más afortunada que nunca al verla en movimiento.

—¿Zoe? —me llama ella, interrumpiendo mis divagaciones.

—¡Mamá! —le respondo con emoción, y me apresuro por el pasillo para abrazarla.

—¡Ay, mi niña! —Suspira ella conmovida casi hasta las lágrimas—. ¡No sabes cuánto te extrañé! Estaba en la oficina pensando que ya habías llegado y dije, me voy temprano, ya cumplí con la reunión. Le pedí permiso a mi jefe y no hubo problema.

—Yo también te extrañé mucho —le sonrío llena de alegría—. ¡Y la decoración! ¡Te quedó preciosa!

—Me esmeré muchísimo por ti y por Ulises, para recibirlos como se debe —me explica, luego

hace una pausa y suspira con decepción—. ¡Qué tristeza que al final no pueda venir este año!

—Bueno, no te preocupes, seguro que el año que viene celebramos la Navidad todos juntos —la consuelo.

—Vamos a la cocina. ¿Ya comiste? —me indica ella, tomándome del antebrazo y guiando mis pasos.

Mientras ella cocina, yo me entretengo repitiéndole historietas de mis días en el Caribe. De un momento a otro, se acerca a mí y me pasa una mano por el pelo.

—Te veo más guapa. No sé, ¿hay algo que no me hayas contado? —pregunta con disimulo, yo entrecierro los ojos sospechando que ella sabe algo que no me ha dicho. Luego me digo que, si quiero que ella confiese, debo confesar primero.

—Pasado mañana voy a ir a desayunar con Santiago y su novia —le suelto como si estuviera hablando del tiempo.

—¡¿Santiago y su novia?! —repite ella, y me dedica una sonrisa mordaz—. No me habías contado nada de eso.

—Bueno, no había mucho que contar. Nos hemos estado escribiendo —le explico con naturalidad.

—Me encontré a Blanca el otro día en el supermercado y me preguntó por ti —agrega ella, siguiéndome el juego. Después, hace una pausa y se aclara la voz—. Me dijo que Santiago le había contado que te habías ido a Tulum y que ahora ustedes eran muy buenos amigos.

—¿Eso te dijo? —indago, disimulando mi sorpresa.

—Sí, solo eso —concluye ella, luego me dedica una mirada socarrona—. No esperes que te dé más información porque no dijo más.

—Sabes lo que estoy haciendo, ¿verdad, mamá? —le suelto ya, quitándome la máscara—, Joana le llama «picar piedra».

Explotamos en carcajadas y ya solo nos dedicamos a terminar de preparar la comida y disfrutar de estar juntas.

§

Llego antes de la hora y Rubén abre la puerta, enfundado en un suéter con un Rodolfo el reno.

—Ese *outfit* no te favorece nada —le digo sin esconder mi frivolidad.

—Reina, vuelve por donde viniste —se indigna, poniéndose una mano en la frente. Luego me abraza con cariño y me toma por la espalda para recibirme en su casa y conducirme al comedor, donde ya está la mesa puesta—. Este mes sin verte se me ha hecho eterno.

—¡Qué exagerado! Nos pasaba lo mismo cuando vivía aquí.

—Ya lo sé, pero es la perspectiva, cuando sabes que una persona está a una llamada de distancia, se siente que todavía es tuya.

—Yo no soy de nadie —le contesto con altanería, y los dos soltamos una carcajada.

Mientras se asegura de que todo esté dispuesto para la comida, me pide que le cuente los detalles, que no me deje ni una sola especificación sobre los lugares de lujo y si de casualidad he visto a algún famoso. Me divierto contándole acerca de la corriente bohemia y espiritual, de los personajes que puedes llegar a conocer y de cómo todo a veces se convierte en un circo de personas en crisis. Él echa los ojos atrás y me espeta casi sin consideración:

—Parece que fuiste al lugar correcto.

—Perdona, ¿me estás llamando perdida? —le respondo, fingiendo molestia mientras le doy un trago a mi copa de vino.

—A ver, no lo tomes como un insulto —intenta explicarme, y se aclara la garganta—. Solo pienso que te perdiste por el camino, que te pusiste metas que en el fondo no querías y te empeñaste en llegar hasta el final.

—Ya, ya lo sé —acepto mientras desvío la mirada—. ¿Por qué no me dijiste nada antes? Parecía que te alegrabas por mí, no sé, fuiste a ver la casa y todo.

—Reina, no sabía que eras tan infeliz, pensaba que solo estabas estresada. —Traga saliva y hace un gesto de decepción con la boca—. Es que nunca has sido una persona fácil, alguien que muestre su interior. De alguna forma, siempre te estás protegiendo, ocultándote.

—Así como me describes parezco una persona horrible, no sé —afirmo mientras bajo la cabeza e intento disimular que se me ha nublado la vista. Rubén se queda en silencio y se acerca a abrazarme.

—No eres horrible —suspira—, no digas eso. Solo eres difícil, pero al mismo tiempo eres deslumbrante, perspicaz, magnética. La gente quiere estar cerca de ti, pero luego no sabe cómo manejarlo. Luz y yo estamos acostumbrados, sabemos que es parte de tu encanto.

Me quedo abrazada a Rubén, pensando que no dice más que la verdad, que la mayoría de mi vida no he hecho más que ocultarme tras una máscara de perfección. Lucho constantemente por no mostrar lo que siento, por no parecer vulnerable, aunque lo sea como todo el mundo. En ese momento, el sonido del timbre nos interrumpe.

—Debe de ser Luz. Tarde como siempre —se distrae Rubén, y me suelta para ir a abrir.

Me pongo de pie para darle la recibida que se merece. Viene guapísima con un vestido de cuadros blancos con negro sobre un suéter de cuello de tortuga, el pelo recogido en una coleta y unas botas militares.

—¡Lucesita! ¡Ven acá! —Nos abrazamos durante un rato y luego ella se deshace en halagos.

—Me está dando mucha envidia tu bronceado caribeño —se queja, divertida—, yo tengo el bronceado de los fogones, ya sabes.

—¿Y Marcos?

—Al final se quedó en la casa con mi papá. —Carraspea y suelta una risilla—. Pobrecito, tiene que hacer de hijo adoptivo.

Intentamos ponernos al día sobre las últimas novedades, Luz nos cuenta sobre su trabajo y una receta que desarrolló con flores y achiote. Yo los sorprendo hablándoles del árbol donde sacan esa pequeña fruta y así, entre una conversación y otra, volvemos a disfrutar de lo que de verdad importa en la vida: estar con la gente que quieres, siendo tú mismo, sin tener que impresionar a nadie.

Cuando ya hemos pasado a la sala subterránea que hace de salón de juegos y esparcimiento, Luz se acomoda en un sillón y se queda viendo una foto de Rubén cuando era bebé. Sin más preámbulo que ese, suelta:

—No les he contado, pero Marcos y yo tenemos ganas de tener uno.

—¡¿Tú quieres ser la mamá de alguien?! —se burla Rubén, sin poder evitarlo.

—¡Oye! —se queja ella, lanzándole un cojín, mientras yo no puedo dejar de reírme.

—No sé, si tú crees que estás lista, ¿por qué no? —le digo con una sonrisa.

—Voy a cumplir veintiocho, podríamos esperar un poco más. No sé, no estoy segura, pero… —repasa la fotografía de Rubén, y suspira—. ¡Es que me imagino un bebé con la cara de Marcos y me muero de amor!

—¡Qué cursi eres! —se enfurruña Rubén, y le lanza el mismo cojín de regreso. Luego voltea a verme con la mirada traviesa y me ataca—: ¿Y a ti no te gustaría un bebé con la cara de Santiago?

Yo lo observo estupefacta con los ojos como platos mientras Luz se atraganta con el capuchino que se está tomando.

—¡¿Cómo?! ¡¿Santiago?! —carraspea y pregunta, incrédula—: ¿Todavía estamos ahí?

—Sí, reina, no pasamos de capítulo. ¡Un aburrimiento! —le aclara Rubén con fastidio.

—Mañana voy a desayunar con él y la famosa Alejandra —me río—. Es mi autorregalo de Navidad.

—¡¿Qué?! ¡¿Te volviste loca?! —pregunta Luz, anonadada.

—Estoy cumpliendo condena, a lo mejor ni sirve de nada, pero tengo que intentarlo.

—Pagaría por estar ahí, con palomitas y todo —se burla Luz.

—¡Y yo! —la secunda Rubén.

Me dispongo a seguirles el juego y aceptar que soy yo ahora quien está en sus horas más bajas. Me quedo pensando que esta es una buena técnica para rebajar la tensión y la incertidumbre. Como ver a un médico con una aguja o bisturí a punto de cortarte con él, descubrirte temiendo el dolor y deseándolo al mismo tiempo, para comprobar si hiere tanto como pensabas.

§

No he podido evitarlo y he salido tarde de casa para llegar cuando ellos ya estén ahí. De esta forma, me ahorro el trago amargo de ver cómo la lleva de la mano, le acomoda la silla o todo ese tipo de parafernalia. Por supuesto, me he probado cuatro o cinco *outfits* y al final he elegido uno discreto pero amenazante: un pantalón que me realza el trasero, unos botines negros de plataforma, un suéter rojo de mangas bombachas, el maquillaje sencillo y el pelo suelto. Me río de mí al pensar que ella podría llevar, exactamente, el mismo peinado que yo, porque su pelo es casi idéntico al mío.

Cuando me bajo del coche, respiro con dificultad. Siento un hormigueo en las palmas de las manos y mis piernas, más frágiles. Me pido volver a aquellos días en que ser la reina de las nieves era mi papel favorito, pero me noto casi imposibilitada.

Me asomo al restaurante de almuerzos mexicanos y los veo en una esquina, estudiando la carta. El lugar decorado con artesanías coloridas por cada rincón me hace pensar en la transformación que el estilo mexicano tiene en aquella zona de Quintana Roo. Como si lo hubieran estilizado y rebajado la intensidad para ajustarlo a un gusto más europeo. Me doy cuenta de que me estoy distrayendo de mi objetivo cuando ya estoy delante de ellos.

—¡Alejandra! ¿Qué gusto? —la saludo con un entusiasmo mezclado con falsedad. Ella me sonríe nerviosa y se levanta a darme un beso. Después me giro y saludo a Santiago con los ojos juguetones—. ¡Hola!

Él trata de forzar una sonrisa y me toma por un brazo mientras me besa en la mejilla. Puedo

notar su nerviosismo, incluso sus pensamientos, algo parecido a: «¿Por qué demonios me metí en este pedo?», y me premio por no soltar una carcajada. Cuando ya me he sentado, un mesero me aborda con rapidez.

—Señorita, aquí tiene la carta. ¿Qué le ofrecemos para tomar?

—Un jugo verde —le digo al ojear la mesa y ver lo que Alejandra ha pedido. El mesero asiente y se retira.

—Me encanta el jugo verde —afirma ella al darle un trago, luego se deja llevar por una extraña emoción—. Es como tomarte un *shot* de antioxidantes. ¡Ay! ¡Muero por ir a Tulum! Me dijeron que hay lugares de comida *raw* y veganos increíbles.

—Veo que ya te contaron todo sobre mí —le contesto, divertida, después de mirar a Santiago con una mueca burlona.

—Trabajas en la mejor agencia de la ciudad y llevas un proyecto en Tulum, ¡es que es mi sueño! —confiesa, ilusionadísima—. Yo también estoy estudiando Marketing, voy en el último semestre.

Me quedo en silencio con una sonrisa en la cara que no sé muy bien si es de ternura o de incomodidad. Desvío la mirada hacia Santiago y lo veo observarla con un gesto que parece avergonzado. Me advierto que debo ser amable, que la pobre niña no tendrá ni idea ni culpa de nada.

—¿Y no estás haciendo prácticas? —le pregunto, interesándome por su carrera.

—No, ahorita no. Es que sí quería, pero no me aceptaron en los puestos que me gustaban. Entonces preferí enfocarme en terminar el proyecto final —me explica. Hace una pausa y agrega —: De hecho, yo quería unas prácticas que ofrecían en tu agencia, pero se las dieron a otra compañera. Aunque ahorita que te conozco y que eres tan amiga de Santiago, igual me puedes pasar tu contacto y te envío mi CV.

—Alejandra, la acabas de conocer —le advierte Santiago en tono paternal, endureciendo el gesto.

—Déjala —respondo, poniendo mi mano en su brazo para tratar de calmar la tensión—. No pasa nada. Si nos conocimos el otro día en el aeropuerto y tú me has hablado mucho de ella —la justifico con una dulzura que, incluso a mí, me toma por sorpresa. Luego me dirijo a ella, amablemente, mientras rebusco en mi bolsa una tarjeta de presentación—. Mira, aquí tienes, mándame tu CV y veo qué puedo hacer.

—¡Ay! ¡Qué linda! —se entusiasma ella al revisar la tarjeta—. ¡Mil gracias!

—¿Y cómo te va por aquí? ¿Qué hiciste ayer? —nos corta Santiago, queriendo desviar la atención de lo que acaba de suceder.

—Todo bien. Ayer estuve con Rubén y Luz toda la tarde.

—Seguro se la pasaron genial —responde él con una sonrisa tímida.

—¿Son otros amigos del club? —nos interrumpe Alejandra con esa agitación juvenil que no la abandona ni un segundo—. Es que Santiago me contó que ustedes se conocen desde chiquitos, que son amigos del club, que jugaban tenis juntos.

—¡¿Jugábamos tenis juntos?! —me admiro, mirándolo con las cejas levantadas.

—Bueno… Tú jugabas tenis; yo, fútbol. Alejandra no me entendió bien —se explica tratando de pasar desapercibido.

—Puede ser, no me acuerdo —continúa ella, presa de una verborrea feroz—. Lo que sí me

acuerdo es que dijiste que eran muy deportistas y que no paraban en toda la tarde.

—¡En toda la tarde! —afirmo yo, tratando de contener una carcajada.

Cuando volteo a ver a Santiago, él entrecierra los ojos y aprieta los labios. De repente, como si asistiera a otra reunión, comienza a hablar de un coche antiguo que está pensando en comprar. Se enreda en no sé qué tantos detalles y especificaciones mientras Alejandra y yo lo observamos en silencio. El mesero viene a pedir la orden y cuando se va, Santiago parece ignorar nuestra falta de participación. Alejandra intenta interrumpirlo, pero él continúa como si no la hubiera escuchado. Su gesto me molesta. «¿Qué demonios pretendes con todo esto? ¿Por qué te aprovechas de su juventud e inocencia?».

En ese momento, el mesero llega con los platos de comida: para Alejandra, unas enchiladas verdes con huevo; para Santiago, unos huevos divorciados; y para mí, unos huevos rancheros. Hacemos una pausa ante el despliegue de color y olor de los platos preparados con mucho mimo. Alejandra quiere hacer un selfi, Santiago desvía la mirada y yo sonrío. Luego, mientras comemos, y para resarcir lo mal que se está portando Santiago, me esfuerzo en ser considerada con ella, en preguntarle sobre sus estudios y en contarle detalles interesantes del trabajo en la agencia.

Cuando el encuentro termina, nos encaminamos hacia la salida. Alejandra no para de hablarme de su proyecto final, como si yo fuera su profesora, mientras Santiago nos sigue distante e incómodo. Llega por fin la hora de despedirse y ella se lanza a abrazarme, está tan contenta que me hace sentir la peor persona del mundo. Para calmar mi conciencia, levanto las cejas y me acerco a despedirme de Santiago con un beso frío.

—¡Feliz Navidad! Cuídate mucho —espeto en un murmullo, y me doy la vuelta.

Una ventisca que azota la calle en ese instante me da en la cara, como si quisiera despertarme de mis malas decisiones. Fue una pésima idea propiciar este encuentro, intentar demostrar nada, la realidad es evidente: yo lo quiero, él me quiere y no debería utilizar a Alejandra de esa manera.

XXIII. ¿A QUÉ LE TIENES MIEDO?

Diciembre 2022 – Enero 2023

Después de unas cuantas horas trabajando para adelantar pendientes y evadirme de la realidad en mi escritorio de siempre, me dispongo a preparar la maleta. Al abrir el clóset, me encuentro con una caja de cartón que casi había olvidado que dejé ahí. Dentro hay un regalo que traje de Tulum para Santiago, pero que no era adecuado llevar el día del desayuno. Es una figura de un jaguar negro tallada en obsidiana. Cuando lo vi en una tienda, me recordó a él, a su pelo y a sus ojos rasgados. Me entristece pensar que se quedará ahí, que seguimos sumidos en este juego en el que finge que yo no le importo y yo me obligo a darle espacio. Me acerco al escritorio y tomo el celular que he dejado a un lado para revisar nuestros últimos mensajes.

Yo: Alejandra me envió
¿qué hago?

Santiago: No sé
lo que creas conveniente.

Yo: Sabes que no me cuesta nada
pedírselo a Álvaro,
que mañana mismo podría
estar trabajando en la agencia.

Santiago: Si te parece buena idea,
adelante.

No le contesté ese mensaje. Era obvio que me parecía una pésima idea, así que me limité a responderle el correo a Alejandra, diciéndole que no había vacantes, pero que la tendríamos en cuenta en futuros procesos. Cuando le di al botón de enviar, me invadió una tristeza muy grande. Pobrecita, ella pensando que yo podría ayudarla y, en realidad, soy un obstáculo en su vida.

Vuelvo a rumiar esa idea, me quedo pensando que, haga lo que haga, ya soy la bruja de su cuento y, sin poder evitarlo, mis viejas manías regresan. «Estas cosas se hacen al chile o no se hacen», rememoro las palabras de Rubén. Entonces me decido: «Voy a ir a verlo, a intentar todo lo que pueda y más».

Estaciono el coche fuera del taller otra vez y, al bajarme, doy una ojeada a mi reflejo en la ventanilla: un vestido entallado color champán de punto arriba de la rodilla, medias, botines de tacón, maquillaje y pelo suelto. Voy a jugarme todo a una carta, si esto no funciona, supongo que será hora de aceptar mi derrota. Cuando me asomo por la entrada, los dos mecánicos de la otra vez me miran sin poder reaccionar. «No, bobos, no es para ustedes», murmuro mientras sonrío sin ganas y señalo la oficina de Santiago. Me voy lo más rápido que puedo escaleras arriba y

cuando suelto la última respiración, ya estoy girando el pomo de la puerta.

Santiago me mira extrañado desde la silla de su escritorio y, poco a poco, entrecierra los ojos en un gesto divertido.

—¿Qué haces aquí? —pregunta mientras se pone de pie y se acerca a saludarme con un beso.

—Vine a verte. —Le sonrío con descaro rodeándolo por el cuello con los brazos. Él me sujeta por la espalda con una mano y se separa, abruptamente, dando un paso hacia atrás. Yo aprovecho para mostrarle el regalo—: El otro día no me pareció buena idea dártelo.

—¿Qué es?

—Una cosita que me recordó a ti. —Le sonrío con coquetería.

Él toma el regalo y rompe el papel tratando de abrir la caja al tiempo que se encamina al escritorio, y yo lo sigo. Desenvuelve con cuidado la figura de obsidiana y la mira con curiosidad.

—¿Soy un jaguar? —pregunta, divertido, y en sus gestos puedo observar que no da crédito a la situación.

—Para mí, sí —le respondo mientras me voy acercando a él—. Cuando me miras así, con sigilo, con tu pelo tan negro —le susurro al pasarle la mano por la cabellera.

Él sonríe con timidez, parpadeando despacio con cada roce de mis dedos en su cara y en su cabeza. Doy otro paso hacia él y me aproximo a su boca, dejándole un beso delicado en los labios. Él reacciona con lentitud, dejando la figura en el escritorio, y me sujeta por los codos.

—¿Qué haces? —pronuncia con un tono de voz que se debate entre el deseo y la indignación.

—Quererte —susurro con mis dedos acariciándolo mientras vuelvo a besarlo en los labios, esta vez con más profundidad.

Ya sin poder resistirse, me rodea con sus manos en la cintura y yo me cuelgo de su cuello al tiempo que nuestros labios se dejan llevar. De un momento a otro, él se separa y luego de perderse en mis ojos, con esa mirada temerosa, roza mi cara con su nariz, para volver a besarme rebosante de pasión.

El calor me envuelve, no soy capaz de hilar ningún pensamiento, solo puedo sentir con todo mi cuerpo y mi alma su presencia, su roce y un deseo feroz que no recuerdo haber sentido nunca con tal intensidad.

De pronto, sin dejar de besarme, se gira sobre sí mismo y con un impulso certero me sube al escritorio. Moviendo sus manos en mi cuerpo, atina a meterlas dentro de mi vestido y busca la forma de quitarme las medias. Yo bajo una de mis manos con la que me sujetaba a su brazo para ayudarle, pero él se detiene de improviso y recarga su frente en mi hombro.

—No, Zoe, no… Esto no está bien. Yo no puedo hacer esto —murmura con un bufido, y se echa hacia atrás.

Estupefacta, con el cuerpo revolucionado pidiéndome más, lo miro sin pestañear. Él se pasa la mano por el pelo y agrega casi sin voz:

—Yo me prometí que no iba a dejar que me ilusionaras otra vez, que me dejaras con la miel en los labios, enfermo de ti. —Suspira mientras se gira hacia la ventana de su oficina y me da la espalda—. Me prometí que la iba a querer a ella, que es transparente como el agua, que nunca me hará sufrir como tú lo hiciste.

—Pero…, Santi, tú me quieres a mí —balbuceo sin pensar, presa de la incredulidad del momento.

Él voltea y me mira apesadumbrado, sin poder soportarlo más.

—¡Me costó un huevo darle vuelta a la página! Un coma etílico, psicólogos. Y cuando pensaba que ya lo había superado, me encontraba contigo por casualidad y terminaba borracho días enteros. Hasta que empecé con los talleres mecánicos y esto se convirtió en mi salvavidas. —Se mete las manos en los bolsillos y desvía la mirada—. El día que supe de tu compromiso con David, no pude dormir en toda la noche. Y entonces, aquel día en el aeropuerto, me dije que ya era un adulto, que tenía que superarlo de una vez por todas, y alegrarme por la mujer que más he querido en mi vida. Por eso me acerqué a felicitarte. —Se pasa una mano por la cara y exhala rendido con la vista perdida—. Pero luego se me fue de las manos. El día del Porsche casi me vuelvo loco cuando preferiste contestarle a él y cortaste aquel momento, cuando me invitaste a tu boda. —Resopla, indignado, y mira al techo con desolación—. ¡¿Cómo pudiste ser tan cruel?! ¡Me sentí un pendejo! Volviste a romperme el corazón, igual que cuando tenía dieciocho años.

—Lo siento, lo siento muchísimo —respondo con la culpa carcomiéndome al tiempo que los ojos se me humedecen. Me acomodo la ropa y doy un paso en su dirección, pero él hace un gesto con la mano para frenarme.

—¿Después qué? Viniste por aquí y yo pensé que me ibas a pedir perdón, pero no… Solo venías a consolarte conmigo, a decirme que te ibas tras el proyecto. —Suelta una risotada sarcástica—. ¡¿En qué momento se me ocurrió que yo podría ser tu prioridad?!

—Santiago, no era el momento, yo… yo no estaba lista, necesitaba irme de la ciudad —intento explicarle entre sollozos.

—¡¿Y ahorita sí?! ¿Cómo sé yo que mañana no te vas a arrepentir? —me ataca con los ojos llenos de rabia—. No, Zoe, yo no puedo dejar que me hagas lo mismo otra vez. No puedo. —Niega con la cabeza y me esquiva la mirada.

Bajo la cara y dos gruesas lágrimas me recorren las mejillas. Vacilante, sin ser consciente de mis movimientos, busco la puerta para salir del lugar. El cuerpo me pesa más que nunca, con la sangre confundida después de hervir con las hormonas y congelarse ante su desprecio.

A trompicones llego al coche y ya, dentro de él, me derrumbo sobre el volante. Lloro con tanta amargura, igual que la primera vez que lo perdí. Me rechazó, prefiriéndola a ella, hiriéndome en donde más me duele, como dijo Joana. Y, sin embargo, lo más triste es que me dejó claro que no puede confiar en mí. Ahora soy yo la que va a tener que transitar ese calvario, la que va a tener que enfrentarse al hecho de que nuestra historia se acabó.

§

Hace tres semanas que estoy de regreso en Tulum, aunque no me he dado tiempo para disfrutarlo, porque me he obsesionado con afinar los detalles para que en una semana empiece la gira por las principales ciudades del país. Repaso una y otra vez las entregas y los plazos de montaje de los *pop-up* que tendremos en los mejores centros comerciales y las especificaciones de los eventos de promoción. Me aseguro de que los promotores locales conozcan al pie de la letra sus funciones y se enfoquen en conseguirme el mayor número de citas para cerrar ventas una vez que esté ahí. Joana, que en la oficina se congratula ante mi grado de perfeccionismo, en el departamento me mira con cara de fastidio. «Ya, tía, relájate, te va a dar algo», me dice cuando me ve en la mesa del comedor sin pestañear frente a la pantalla.

Tulum parece en estos días el epicentro del mundo, hay tanta gente que la sensación de

aventura que generaba la selva hace unos meses se convierte en un ambiente festivo y vacacional. Hoy es sábado y a Joana la han invitado a un festival de música tribal electrónica en un *beach club*. Ella se ha decantado por mí antes que por Jakob para ser su acompañante.

—Mira, que se vaya a tomar por saco. Un día, que los chacras no los tiene alineados, otro, que somos almas gemelas… Yo no puedo con su comportamiento errático —me dice mientras se acomoda en el sillón de la sala y yo permanezco sentada en uno de los bancos de la barra americana.

—No sé, ¿por qué es tan complicado? —le contesto yo al tiempo que le doy un sorbo a un vaso de agua de coco con hielo.

—La verdad es que lo que jode es que te digan que no —se queja ella mientras sube las piernas al sillón—. Porque en un principio todo era guay, te llamo o me llamas y siempre quedamos. No te agobio, ni tú a mí, solo cuando nos apetece. Pero desde hace un mes, te llamo y nunca puedes, luego me llamas desesperado como si hubiese sido yo la que te dijo que no. ¡Qué pereza, *mare meua*!

—Supongo que es mejor que te manden al demonio sin paliativos —me río con sarcasmo.

—¿Por qué lo dices? —se sorprende, entrecerrando los ojos—. A ver, tía, ¡es verdad! No me has contado qué pasó con el amor de tu vida.

—Prefiero no hablar de eso. —Me encojo de hombros tratando de evitar que el maremoto de emociones me arrase.

—¡Ah, amiga! Ahora entiendo por qué estás más *workaholic* que nunca —exclama ella como si hubiera descubierto el hilo negro.

—Solo quiero mantenerme ocupada, no darle vueltas al asunto. —Carraspeo—. Me rechazó. Me dijo que prefería a la niñita inocente porque yo le había hecho mucho daño. ¿Qué puedo hacer? —exclamo con fastidio. Joana apoya su cara en el dedo índice de su mano derecha y se queda pensativa.

—¿Y tú crees que es definitivo? —pregunta con la mirada puesta en la nada—. No sé, me parece como un gatito muerto de miedo que ataca porque siente el peligro.

—Prefiero pensar que ya no hay vuelta atrás e intentar reconstruir mi vida. —Me encojo de hombros.

—Es una buena estrategia, pero si por alguna razón él vuelve, rompe la cadena y perdónalo —afirma con la voz débil—. No sabes cuántas personas desearían haber perdonado a tiempo.

—Suena como si te hubiera pasado algo parecido —indago, curiosa.

—Bueno, supongo que nos pasa a todas. —Se aclara la garganta—. Mira, yo he sido una tía que siempre ha ido de uno a otro desde los dieciséis, a veces con dos al mismo tiempo, ya me ves. Pero ha habido dos personas que me han marcado, con las que desearía haber hecho un esfuerzo de más y no lo hice por orgullosa. Pensé que su vacío lo llenaría con facilidad. Ahora veo que no fue así, que debí ser menos definitiva y más humilde.

Asiento con la cabeza y, después de una pausa, afirmo:

—Pues no te fue mal, mírate, dirigiendo un proyecto en el «paraíso».

—Un «paraíso» lleno de mosquitos en donde no dejo de sudar ni un minuto —se ríe ella—. Estoy contenta con mi vida, con mi carrera, pero mis fantasmas me visitan por las noches para hacerme dudar si otra vida no me haría más feliz que esta —zanja al desviar la mirada, y yo imito su gesto.

§

Cuando llegamos al festival, el atardecer rosado está en su máximo esplendor. Una brisa cargada de olor a sal nos golpea con suavidad, casi al ritmo de la música. El lugar, lleno de camastros alrededor de una alberca sin fin que termina en el mar, está atestado de todo tipo de gente bailando como si de un ritual se tratara. En una de las esquinas está la barra y en la otra, un altillo donde el DJ parece cocinar los sonidos mientras baila.

Nos acomodamos con dos bebidas en la orilla de la alberca e intentamos disfrutar del ambiente. Durante más de una hora, apenas nos hablamos mientras permanecemos expectantes. De pronto, el famoso Jakob aparece de la nada, se sienta a su lado y la rodea con un brazo sobre los hombros. Ella lo mira desconfiada al tiempo que él se concentra en susurrarle algo al oído. Al final, logra convencerla y ella acepta la mano que él le ofrece y se va siguiéndolo.

Hago una mueca de fastidio, de alguna forma, me molesta que haya claudicado, que mujeres tan fuertes y decididas como ella caigan con facilidad ante sujetos impresentables como Jakob. Sonrío con pesadez, tampoco es sencillo escapar de aquello que de verdad te gusta. Igual que comerse ese delicioso postre cubierto de crema y salsa de chocolate que sabes que no te hará bien.

Antes de que pueda seguir con mis reflexiones, aparece un tipo en el lugar de Joana. Con una melena despeinada al hombro, un sombrero de ala grande, una bata larga de lino verde y unos pantalones *beige* a juego. No le falta ni el arete en la oreja para representar al prototipo de personajes que abundan por aquí.

Se acerca a mi oído y murmura sin permiso:

—Tienes un aura mágica.

—¿Perdón? —Lo miro entrecerrando los ojos con aburrimiento—. ¿Tengo cara de que creo en «auras mágicas»?

—No tienes que creer en ellas para que existan —me dice sonriendo mientras yo pongo los ojos en blanco—. Cuéntame, ¿por qué estás tan enojada?, ¿por qué tus reacciones son tan agresivas? —insiste él al tiempo que se acomoda la bata.

—Porque vienes a importunarme con tus tonterías, ¿por ejemplo? —le contesto con sorna.

—¡Ves! Mira la forma en que me hablas. Yo solo quería platicar contigo, conocerte, porque brillas de alguna manera, pero tú lo tomas como una ofensa.

—Estás invadiendo mi espacio y yo no quiero hablar contigo.

—Lo entiendo, pero creo que puedes decírmelo de otra manera, sin tanta agresividad.

—¡OK! Tienes razón, puedo ser más amable. —Suspiro—. En este momento no tengo ganas de hablar contigo.

—¿Por qué? —insiste él con una mirada juguetona.

—Porque no quiero, ¿tan difícil es de entender? —Frunzo el ceño.

—Vuelves a ser violenta —responde él con una sonrisa, luego continúa—. Yo no soy nadie para decírtelo, pero en días como hoy estoy inspirado, en un viaje de luz, y puedo percibir sensaciones que normalmente no puedo. Y veo que tu aura mágica está siendo limitada por el miedo. La agresión es la expresión del miedo, deberías darle una vuelta a eso. ¿A qué le tienes miedo?

—A gente como tú, que no entiende cuándo dejar en paz a las mujeres —le contesto con la voz enardecida y los ojos afilados. Él sonríe con decepción y se levanta para irse.

De improviso, me doy cuenta de que he vuelto a caer en la agresión de la que él habla y le hago una seña con la mano. Él me mira entrecerrando los ojos y vuelve a sentarse a mi lado.

—Lo siento, pero prefiero estar sola, no me interesa nada con nadie —le explico, y él asiente con la cabeza mientras vuelve a levantarse. Cuando veo que está por irse, le suelto burlona—: Y no, ya no le tengo miedo a nada.

—¿Puedo? —me pregunta, señalando el lugar donde estaba antes y vuelve a sentarse—. A veces creemos que ya no tenemos miedo porque ya vivimos lo suficiente. Pero en nuestro inconsciente tememos que nos vuelva a pasar lo mismo o nos sucedan cosas peores, porque ya sabemos que en la vida ocurren cosas desagradables.

—Bueno, todos tenemos miedos, es lo normal —cedo mientras doy un trago a mi bebida—. Miedo a perder a nuestros seres queridos, a que nos hagan daño.

—¿Ves?, esos son tus miedos, los primeros que se te han ocurrido —afirma sonriendo.

—Pero son los miedos de todo el mundo. —Entrecierro los ojos.

—¿Según quién? ¿Hay un estudio sobre eso? ¿Lo conoces? ¿Quién es el autor, cuáles son los porcentajes? —me pregunta con propiedad.

—Tú ganas, esos son mis miedos —acepto, negando con la cabeza—. ¿Qué debo hacer con ellos?

—Yo no sé, son tus miedos, tú deberías saberlo. —Se ríe él.

—Pero tú eres el experto, el iluminado neoespiritual que todo lo sabe —me burlo sin disimular.

—Yo no dije eso, eso es lo que tú crees, juzgas o percibes porque te hablo de cosas que no te gustan —me contesta, encogiéndose de hombros al tiempo que yo vuelvo a negar con la cabeza.

—Pues hablas de los miedos de la gente como si te hubieras doctorado en la materia.

—A lo mejor estoy doctorado en eso, tú no lo sabes y solo me juzgas —me contesta sin dejar de sonreír.

—No te juzgo, pero esta plática me está cansando, divagando sobre los miedos sin llegar a una solución… —Resoplo, abrumada ante la batalla dialéctica.

—¿Quieres que yo te dé una solución? —pregunta, divertido.

—Sí —le contesto, tajante, porque no puedo más con la escena.

—Lo opuesto al miedo, más que la seguridad, es el amor —explica él con la mirada puesta en el mar—. Hay miedos infundados que se van cuando nos acercamos y le damos amor a eso que tememos, pero otros, que vienen de heridas que alguien nos hizo, esos se curan con el perdón. Nunca vas a dejar de tener miedo si no perdonas de corazón a aquel que te hirió.

Siento como la realidad se pausa un instante, la música que antes resonaba en mi cabeza se vuelve un pitido tenue. La garganta se me cierra y los ojos se me llenan de lágrimas. «Todo este tiempo en pie de guerra, a la defensiva, tomando decisiones estúpidas porque no soy capaz de perdonar».

El chico que permanece a mi lado con actitud tranquila me observa con una sonrisa. Mueve su mano con suavidad hacia la mía y se detiene antes de tocarme. Yo le devuelvo el gesto mientras intento limpiarme una lágrima que se me ha escapado y afirmo con la cabeza. Finalmente, él pone su mano sobre la mía y la aprieta, luego se levanta y se pierde entre la gente. Me tallo los

ojos con el dorso de la mano, me esfuerzo en buscarlo, con su sombrero no debe de ser difícil reconocerlo, pero por más que volteo a un lado y a otro ya no lo encuentro.

XXIV. EL CAMINO DEL AMOR

Mayo 2023

Sentada en el punto de promoción temporal y tras cerrar la venta del departamento número ochenta y siete del Complejo Ikal, desentierro el teléfono, que se ha perdido en la bolsa, para consultar las últimas notificaciones. Entre ellas, me encuentro con un mensaje misterioso.

Rubén: *Breaking news!*
¡Llámame! ¡Urgente!

«Podría ser cualquier cosa, conociéndolo, desde una uña rota hasta su próxima boda», me digo, divertida, al intentar comunicarme con él.

—¿Por qué tanta urgencia? —le pregunto entre risas.

—¡Reina! Te extraño, ¿cuándo vuelves? —me contesta con melosidad.

—Antes de lo que crees. —Me aclaro la voz—. Estoy cerrando muchas ventas, en este momento nos quedan exactamente trece departamentos, más los que se echen atrás, unos quince. Claro que Joana vendió muchos *in situ*, ya sabes, gringos ricachones que no saben qué hacer con su dinero.

—Pero ¿dónde estás ahorita?

—En Torreón, solo me falta Monterrey —le respondo, entusiasmada—. ¡La joya del norte!

—Tú siempre tan *gold digger*.

—¡¿Lo estás usando como un insulto?! —exclamo con fingida indignación, luego suelto una risilla—. Porque para mí no lo es.

—Claro que no —se ríe él—. Ibas para reina de la ciudad, pero vas a terminar con un mecánico.

—¡¿Cómo?! —pregunto, extrañada, aunque con eso ya sé por dónde va y de qué se tratan sus noticias de último minuto—. ¡Desembucha!

—Me lo encontré afuera de una sucursal del banco, yo iba a hacer unas revisiones y él salía del cajero o no sé —confiesa, lleno de morbo.

—¿Y? —alargo la expresión, desconfiada.

—Me preguntó por ti, que cómo estabas, que cuándo ibas a volver. Yo me hice el loco, le respondí algo como: «Pero ¿no eran amiguitos de redes?». Y me dijo que no, que hacía mucho no se escribían y que no estabas muy activa por ahí. Como lo vi muy interesado, yo aproveché y le pregunté por la niñita esta, tu doble —agrega con una risilla.

—¿Eso le dijiste? ¿Y la doble de Zoe? —me sorprendo, burlona.

—¡Sí! ¡No tengo vergüenza! —exclama Rubén, como escandalizándose de sí mismo, y suelta una carcajada—. Pero, escúchame, me dijo que hace dos meses ya no anda con ella, que la diferencia de edad sí era un problema.

—¿Y? —repito.

—Reina, te mato si no haces algo —me amenaza sin filtro.

—Pero…

—Pero nada, en serio, ¡N-A-D-A! —exclama él ya en su papel de director de escena—. No quiero oír nada sobre tu orgullo herido. Te merecías que te rechazara porque, si mal no recuerdo, tú lo rechazaste muchas más veces.

—Rubén, no es una competencia de quién rechaza a quién más —me quejo bajando el tono—. No creo que valga la pena que me esfuerce si ya me lo dejó claro.

—Si se tomó el tiempo de preguntarme por ti y de darme detalles, es por algo —me explica con fastidio—. ¡Por favor! Nos conoce de toda la vida, sabe perfecto que yo te voy a contar todo como lo estoy haciendo. —Se queda en silencio unos segundos y continúa, divertido—. Espérate que no me haya puesto algún aparato en el coche para oír la conversación.

—No sé, no sé —titubeo sin poder esconder mi desgano.

—Yo solo te digo que si lo hubieras visto, no estarías pendejeando. —Toma aire y agrega con efervescencia—: Estaba guapísimo, con esa cara que parece de escultura, ese pelo negro despeinado, una camisa blanca de cuadrícula gris que se le pegaba a los pectorales y un pantalón que… *Oh my Gosh!* ¡Qué hombre!

—¡Estás fatal! Le voy a decir a Cristián. —Suelto una carcajada, luego me quedo en silencio, pensativa, antes de despedirme—: Te quiero, Rubencito. Gracias por ver por mí.

—Todo eso y más, mi reina. *Love ya!*

Cuelgo la llamada con la exaltación recorriéndome el cuerpo. Rubén tan intenso como siempre, con él no hay puntos medios. A veces no entiendo cómo no se cansa de vivirlo todo con tanto brío, pero creo que no sabe existir de otra manera. Sus palabras resuenan en mi interior hablándome de mi orgullo herido, de que me merecía su rechazo porque yo lo rechacé más veces. No sé si tiene razón, si nos hemos enfrascado en un vaivén del que no podemos salir por no ser capaces de perdonarnos de verdad, como dijo el «ser de luz» en aquel extraño festival de Tulum.

§

Cuando llego al hotel, lo primero que hago es prepararme un baño de espuma. Me desenfundo de mi traje de ejecutiva superventas y me desmaquillo frente a un espejo enorme que hace esquina y me ofrece tres versiones de mí misma. Cada una de ellas diferente, con una perspectiva más o menos certera, alejada de mí, de lo que soy o espero de la vida, o cercana, casi llena del fuego que a veces me arrasa.

Me veo a los ojos y la mirada que me observa del otro lado parece ser mía, pero no lo es. Aprieto los labios, nostálgica, añorando algo que no sé qué es, quizás todas las capas de armadura que me protegían. Todavía me cuesta creer todo lo que sucedió el año pasado, la persona que soy y que he recuperado de las cenizas y las pérdidas. Supongo que lo mejor de todo es que ahora soy capaz de reconocer y luchar por lo que quiero desde el fondo de mi corazón: volver a mi ciudad, estar cerca de mi madre, de Rubén y quizás, en un último esfuerzo y si él me lo permite, de Santiago.

Después de un rato metida en la bañera, juego con las manos y los pies suspendidos en la espuma. De un momento a otro, me hundo en el agua como para calmar la vergüenza que siento al volver a intentar algo con él. Al instante, salgo de golpe y me alcanzo una toalla para secarme

las manos y consultar el teléfono. Unos segundos después, ya estoy en su mundo.

Estudio sus últimas actualizaciones de perfil, las fotografías de su perro, de coches y comidas que corresponden a los dos meses, desde que aparece por última vez con Alejandra en la entrada del teatro. Una extraña curiosidad me asalta sin permiso: ¿qué habrá pasado? En realidad, me gustaba esa niña, era graciosa y vívida, con apenas una pizca de malicia en la mirada. Como si la vida la hubiera tratado muy bien y la hubiera llenado de amor a raudales. Yo, a su edad, no era nada parecido, ya se me había endurecido el alma y trataba de sobrevivir entre el miedo y la sed de venganza. Los ojos se me llenan de lágrimas. Nadie escoge su vida, probablemente, todos elegiríamos ser unos niños cándidos y buenos por siempre, pero pagaríamos el precio de no saber nada.

De un momento a otro, me digo que me pierdo en lucubraciones para escapar de lo que tengo que hacer. Así que, sin más preámbulo, escribo el mensaje pendiente.

Yo: ¿Estás ocupado?
¿Puedo llamarte?

Todavía no he dejado el teléfono en el banquito fuera de la bañera y ya tengo su respuesta acompañada del sonido de una campanilla.

Santiago: Estoy esperando
tu llamada.

Me amago al borde de la bañera, temiendo que el aparato pueda caerse dentro ante el nerviosismo que me genera volver a escuchar su voz, después de casi cinco meses de ausencia. Trago saliva y antes de poder evitarlo, ya escucho el tono de llamada en mi oído. Recargo la barbilla en el dorso de mi mano libre con un gesto resignado.

—*Baby* —responde él con aquella voz aniñada, y un torbellino de recuerdos me arrasa dejándome sin habla—. ¿Estás ahí? —insiste.

—*¡¿Baby?!* —exhalo, temerosa—. ¿Por qué me dices así?

—¿Ya no te gusta? —pregunta con una risilla traviesa—. Hace muchos años, en otra vida, te encantaba. ¿No te acuerdas?

—Claro que me acuerdo —resoplo en medio de una sonrisa triste—, pero han pasado tantas cosas y todo es tan diferente.

—Pensé que ibas a tardar más tiempo en buscarme —me interrumpe, dejando que una especie de tranquilidad fluya entre sus palabras.

Me quedo en silencio, se me ocurre preguntarle por qué no ha sido él quien me ha buscado, pero me detengo al darme cuenta de que solo voy a volver a esa competición absurda en la que llevamos tanto tiempo.

—No había visto que ya no estabas con Alejandra —le confieso, tratando de seguir en la misma sintonía—. Si te digo la verdad, desactivé tus actualizaciones.

—Me imagino.

—¿Y qué pasó? Parecía una buena niña —pregunto casi en silencio, avergonzándome de mi curiosidad.

—¿No lo sabes? ¿No hablas con los de tu agencia o qué?

—No —respondo, extrañada, mientras me echo hacia atrás en la bañera y dejo que el agua me cubra el pecho—. Aunque sigo trabajando para ellos, ahorita solo recibo instrucciones de Joana.

—Pues fue a preguntar si ya habían abierto vacantes. No sé cómo terminó hablando con la de recursos humanos, que le dijo que nunca le enviaste su CV.

—¡Ups! —respondo con una sonrisa pícara.

—Entonces vino toda indignada a reclamarme, pero, no te lo pierdas, me recriminó en una comida de la familia y Mateo soltó una carcajada.

—No me hubiera gustado estar en tus zapatos —le confieso sin parar de reírme—. ¿Cómo haces siempre para meterte en esos líos?

—¡¿Verdad?! ¡Es lo que no sé! —me da la razón entre risas—. Total, que ya me conoces, salí como pude del hoyo y ya después, cuando estábamos a solas, me tocó explicarle unas cosillas.

—¡¿Y ella qué hizo?! —exclamo, morbosa.

—¡Imagínate el drama! —se ríe con cinismo—. ¿Quieres los detalles?

—¡Qué malo eres! Te ríes como si fuera divertido romperle el corazón a una pobre e inocente criatura.

—A ver, claro que me sentí mal, pero es que ya sabía que eso no iba a ningún lado. Es muy niña y, sinceramente, me aburría mucho con ella, con sus conversaciones, con su forma de pensar. Yo trataba de alejarme, pero ella, no sé, se tomó todo super en serio y ya no sabía cómo pararlo y no lastimarla.

—¡La vida te lo va a cobrar! —le contesto, divertida.

—Contigo, ya lo sé —responde con una resignación juguetona, luego hace una pausa y murmura—. Cuando vuelvas, si es que un día vuelves.

—¿Y mientras tanto? —titubeo.

—Aquí voy a estar para que me llames por las noches —concluye, y en su voz se escucha un halo de ilusión.

Sin saber cómo tomar lo que acaba de decirme, me pierdo explicándole las últimas fases de la promoción y del proyecto. Luego le hablo de las cosas curiosas que he visto y probado en las diferentes ciudades que he estado mientras él me escucha divertido. Un pitido me avisa que la batería del teléfono está a punto de terminar y de golpe me despido, como si no hubiéramos vivido cinco meses de distanciamiento.

—Te llamo mañana, ¿va?

—Voy a contar las horas —responde él endulzando el tono.

Cuando no se oye más en el teléfono, con la oreja dolorida y la respiración todavía exaltada, vuelvo a sumergirme en el agua, que ya no tiene rastros de espuma y está fría. Casi no puedo creerme que hayamos recuperado la conexión con esa facilidad, después de lo que ocurrió, de la forma tan cruel en la que me rechazó. Niego con la cabeza, recuerdo que volver por ese sendero lleno de espinas solo me alejará de él. «Por el camino del amor, no por el del miedo», me digo, reinterpretando aquellas palabras que me cayeron como un regalo de un desconocido.

§

La puerta cristalina de la sala de juntas, que rentamos para negociar las ventas, se cierra como

llevada por el viento. Espero que los últimos compradores desaparezcan por el pasillo y se pierdan en los ríos de gente del centro comercial para saltar de emoción, porque ya está todo vendido. Jamás me imaginé que lograríamos colocar todo en seis meses, claro que las ventas que ha hecho Joana han ayudado muchísimo, pero, aun así, no puedo evitar pensar en la medalla que acabo de colgar en mi experiencia profesional.

Sin embargo, hay algo más, si Joana acepta que el proyecto ha concluido satisfactoriamente, puedo volver a casa. El corazón me sube por la garganta y la emoción se me desborda por todos lados. Me parece que el panorama se colma de colores pasteles, con la luz manando a raudales, como aquellos atardeceres magnánimos en Tulum. ¡Qué sabor más dulce! No hay nada a mi alrededor, más que una sala de reuniones acristalada, pero puedo sentir como me deslizo entre la ilusión y la esperanza.

Tomo el teléfono y hago una de las llamadas más importantes de mi vida.

—Zoe, cariño —contesta ella con amabilidad—. Dame un momento.

La escuchó despedir a alguien en inglés y cerrar la puerta tras él.

—¿Ya actualizaste el sistema de registro? —le pregunto, tratando de esconder la noticia.

—A ver, no, un momento —responde en voz grave mientras escucho como teclea en la computadora—. ¡¡Ah!! ¡¿En serio?! —grita, enloquecida.

—¡¡Sí!! ¡¡Todo vendido!! ¡¿Te lo puedes creer?! —exclamo, dejándome llevar por la sensación de victoria.

Nos felicitamos la una a la otra, sin escatimar en halagos y expresiones de cariño. De un momento a otro, ella interrumpe nuestro bucle de alegría:

—Oye, pero esto significa que ya terminamos el proyecto.

—Bueno, sí, ya no me necesitas más —le contesto, llenándome de satisfacción—. Te tocará contratar a alguien que te ayude con todas las gestiones y el papeleo.

—Pero, Zoe, eso significa que no vas a volver —se queja ella en medio de mi algarabía.

—No, ya no es necesario, ¿o sí? —murmuro, intentando esconder mis intenciones.

—Jo… No, ya no es necesario —se decepciona—. Siempre pensé que te obligaría a volver para que me ayudaras a terminar las ventas aquí.

—¡Oh! ¡Lo siento! —exclamo endulzando el tono.

—¿Es que no echas de menos «el paraíso»? —me chantajea.

—Claro que sí, siempre tendrá un lugar en mi corazón, igual que tú —le explico al tiempo que me lleno de ternura—, pero yo nací humana y no puedo vivir entre «auras mágicas» tanto tiempo —concluyo con una risa socarrona.

Ella suelta una carcajada. Me habla de lo mucho que ha disfrutado trabajando conmigo y lo agradecida que está. Intento corresponderle con una sonrisa que me llena los ojos de lágrimas mientras pienso que días como este son por los que merece la pena vivir.

Al final de la llamada, ella se pierde entre las últimas indicaciones para cerrar el proyecto. De un momento a otro, antes de terminar, agrega en tono juguetón:

—¿Entonces te vuelves a casa mañana?

—¿Mañana? —pregunto, incrédula—. Pensaba volver en dos días, aprovechando que el hotel está pagado. Así puedo trabajar aquí y cerrar todos los pendientes sin interrupciones.

—¿Ya no quieres volver? —pregunta ella sin esconder su curiosidad.

—Si supieras… —le respondo, divertida.

—No, no sé. ¡Cuéntame!

—Tenemos dos semanas hablando todas las noches por teléfono, y ya no anda con la niñita —me emociono al contarle.

—¿Por eso has vendido todo tan rápido? —se ríe con descaro—. Me habrías vendido a mí si hubieras podido con tal de irte tras él.

—No, tampoco te pases —la contradigo endureciendo la voz—. No habría dejado este proyecto por él, pero es increíble que por fin las circunstancias estén de nuestro lado.

—Me alegro mucho por ti —responde, dulcemente.

—Te contaré los detalles.

—Sí, eso —asiente, y luego me suelta, divertida—: Aunque primero quiero todos los detalles de las ventas.

Cuando dejo el teléfono en la mesa de cristal, siento un agujero de felicidad en mi estómago que parece haber vencido a mi úlcera. Me pongo las manos en la cara y sonrío con tanta ilusión que me duele. Pienso en llamar a mi madre, a Ulises, a todos, pero su idea es más fuerte que ninguna otra. Vuelvo a tomar el teléfono en mis manos mientras siento como mis dedos palpitan de emoción.

Yo: Regreso el jueves.

Prepara algo bonito y romántico.

Le escribo recordando uno de los momentos más importantes que vivimos juntos. Me contesta dos minutos después con una cara llena de corazones.

Santiago: ¡Oh! ¿Te acuerdas?

Somewhere only we know, a las ocho.

XXV. MANTENERSE EN RUMBO

Junio 2022

El olor a ambientador de flores se cuela por las ranuras de la puerta mientras meto la llave en el cerrojo. Una vez que abro, una sensación de armonía me invade. Dejo las llaves y la maleta en la entrada y con pasos sigilosos me deslizo por la sala hasta el balcón, donde la ciudad y el cielo grisáceo permanecen inalterables, casi como un *déjà vu* de mi vuelta a casa el diciembre pasado. En la escenografía nada ha cambiado en el último año, pero yo soy otra muy diferente, otra que empieza a entenderse a sí misma y a dejar de engañarse.

Vuelvo a entrar y me paseo por la sala y la cocina. «¿A esto sabe la vuelta al hogar? ¿Suave y cálido como un chocolate caliente?», me digo, acogiéndome a mí misma, porque mi madre no llegará hasta dentro de unas horas. Con pasos cautelosos, me dirijo a mi habitación. Sé que todo seguirá como lo dejé, pero el hecho de volver por tiempo indefinido me hace sentir que hay áreas de mi vida que deberían progresar de otra forma.

Repaso el escritorio con los dedos, el mismo que hace unos meses dejé casi vacío, y me detengo sobre el lado izquierdo, donde está el cajón. Repiqueteo encima de él y lo abro de golpe. Ahí está el sobre amarillo otra vez. Me alegro de no haber tenido una reacción colérica y romper el contenido, como habría hecho antes. Saco la fotografía con cuidado y la imagen de mi padre se me clava en el pecho. Sin que pueda predecirlo, lo veo con otros ojos, como si ya no fuera mi padre, sino una persona cualquiera, un hombre de cuarenta y pico años. Lo repaso con el dedo, la verdad es que era un hombre jovial. Me viene a la mente la forma que tenía de convivir con nosotros antes de que empezaran los problemas. Solía ser muy bromista y dulce, pero exigente y ambicioso. Alguien que tenía dentro una llama feroz que necesitaba saciar y que lo impulsaba hacia adelante sin descanso. Una sonrisa se me dibuja en la cara, puedo reconocer esa llama dentro de mí.

«¿Y lo demás?», me pregunto, y otra vez me inunda la sombra de la tristeza. «El amor es difícil», me respondo y recuerdo esa frase de mi madre cuando tuvo que llevarme al ginecólogo la primera vez. Si mi madre y él tenían ya veinte años juntos, y todo se había vuelto tan monótono, como suele volverse, como era mi relación con David al final, parece normal que él deseaba vivir una especie de juventud tardía. Bajo esa lógica lo de la amante ya no resulta tan dramático. Suspiro con fuerza, encuentro en mi pensamiento una luz que no había visto antes. Como iluminada por una clarividencia, entiendo que todo lo que pasó no tenía que ver conmigo, sino con él y sus propias batallas.

Me quedo pensando que lo que sucedió en su relación con mi madre no era algo que hiciera contra mí, y de pronto, me inunda la seguridad de que nunca habría deseado morir como lo hizo. Reflexiono sobre lo que vino después: la ruina, cuando lo perdimos todo y tuvimos que huir como ratas. Aun ahí, después de un tiempo, fue él quien nos tendió un salvavidas con aquel seguro del que vivimos en la universidad. Los ojos se me llenan de lágrimas y me dejo llorar, porque ya no quiero juzgarlo tan duramente como he hecho todos estos años. Ya solo quiero estar en paz con él, con su idea.

Meto la fotografía en el sobre y me digo que, de una vez por todas, es el momento de

perdonarlo como me dijo aquel chico en la playa. Salgo a trompicones de la habitación y me apresuro por el pasillo hasta la puerta, como si de un ahora o nunca se tratara.

Ya en el coche, la resolana del mediodía y el tráfico pesado me desesperan. Me pregunto si no estoy siendo demasiado dramática. Si esta forma nueva de actuar mía es la correcta, yo que siempre fui racional y contenida, me doy cuenta de que lo único que logré con ello fue una explosión final. Un cataclismo que me regresó a la casilla de salida, la que nunca estuve lista para dejar. Enciendo el radio, entre el ruido de mis pensamientos, y de pronto, una canción antigua, de los ochenta, que mi padre solía escuchar en el coche, aparece. Me río sin querer. Hay momentos en la vida que son así, pequeñas señales que se nos presentan para ratificar que hacemos lo correcto.

Cuando llego al cementerio, es casi la misma hora en la que vine la vez pasada, incluso, puedo dejar el coche en el mismo lugar, y en otro *déjà vu* recorrer la misma calle con los murales coloridos y llenos de calaveras. A la entrada, me ofrecen flores, pienso que sí, que mi padre se merece todas las flores del mundo y compro un ramo grande de crisantemos blancos. Me entretengo en observarlos, siempre me maravillan las formas geométricas que dibujan las flores si pones atención. Desvío la mirada, nerviosa, tímida, no lo sé. Me dejo envolver por mis pasos, por el camino del entierro, los recuerdos y el olor punzante de aquel día. Tengo un nudo en la garganta, ahora entiendo que eso nunca va a irse, pero me descubro con una sensación distinta. Como aquel mar turquesa que en los días de calma iba y venía en un baile, libre de cualquier estallido.

Antes de que quiera darme cuenta, ya estoy frente a su tumba. Releo su nombre, como hice la primera vez que vine, pero su nombre ya no me dice nada, porque para mí toda su idea se concentra en una palabra de cuatro letras: papá. La pronuncio, y los sonidos salen de mi boca casi con el timbre de una niña. La repito y luego me dejo llevar:

—Papá, vine a traerte estas flores y a decirte que por fin entendí que nada de lo que pasó lo hiciste para hacerme daño, que era tu vida y tus decisiones, que librabas tus propias batallas contra ti mismo, como yo hice después. Vengo a… perdonarte —pronuncio, y la voz se me rompe en ese momento.

Me limpio las lágrimas como puedo con el dorso de la mano y una risa tonta me sale sin querer.

—Aunque ya ni siquiera creo que necesites mi perdón, o que yo tenga derecho a dártelo, cuando lo que pasó no era en contra mía.

Me quedo en silencio, bajo la cabeza y me observo los pies dentro de las sandalias negras que llevo. Parece que ya no tengo nada más que decirle, pero, de pronto, las flores indómitas, llenas de vida, me susurran la última parte.

—Y vengo a darte las gracias por ser mi papá, por quererme como lo hiciste, por pensar en el futuro y dejarnos el seguro con el que pudimos salir adelante, por todos los buenos momentos que de ahora en adelante me voy a esforzar en recordar sobre lo que no fue tan bueno.

Me pongo en cuclillas y toco la lápida, está hirviendo y la palma de la mano se me quema, decido no moverla y entonces las últimas palabras se escapan de mi boca:

—Te quiero, papá.

§

Deshago el camino y vuelvo a casa como en un sueño. Cuando entro por la puerta del departamento, me pregunto cómo he llegado o si he cerrado el coche, lo he vivido todo sumida en un trance, cubierta de una sensación de calma que me mecía con suavidad. ¿Cuánto he tenido que luchar para poder alcanzar este estado? Habría sido más fácil empezar por allí antes de enfrascarme en una batalla por alcanzar logros y posesiones que solo me volvieron una esclava, que me llevaron por una senda donde estuve a punto de perderme a mí misma.

Mi madre se asoma por la puerta de la cocina con una sonrisa enmascarada en regaño:

—¿Dónde estabas? ¡Te marqué mil veces y no me contestaste!

Me acerco abrazarla y me dejo envolver por la emoción que me cobija siempre que estoy cerca de ella.

—Tenía que solucionar un asunto, pero ya estoy aquí —murmuro.

—¿Para siempre? —pregunta ella, incrédula, mientras deshace el abrazo y me sujeta por el codo.

—Para siempre es mucho tiempo, pero por una temporada sí —le digo entre risas—. ¡Vendimos todo! ¡En seis meses! ¡¿Te lo puedes creer?!

—Me das miedo, venderías aire si fuera necesario —se divierte, aunque no sé exactamente cuánto, porque hay en sus palabras algo de verdad—. ¿Y qué vas a hacer ahora?

—Comer contigo. ¿Pollo en salsa de champiñones? —indago mientras olfateo tratando de adivinar lo que está calentando en la cocina.

—Me falta el arroz —responde con una sonrisa.

Ponemos la mesa como un sueño que se repite en espiral. Me quedo pensando cuándo será el último día que lo haremos y si ese día sabremos que no volverá. La observo de reojo sentarse y acomodarse los cubiertos con delicadeza. Su rostro con más arrugas, esa expresión de calma que ha desarrollado con los años y a la que nunca le presté atención me recuerda lo dura que es la vida y lo fuertes que somos sin saberlo. Quisiera decirle que he estado en el cementerio, que por fin he entendido todo y dejado de cargar con ello, pero no sé cómo pueda tomarlo. Si en algún lugar de su comprensión o su silencio, podría romper este equilibro que en ella venero ahora. Quizás, lo mejor que puedo hacer con todo esto es vivirlo, sin decírselo a nadie, secretamente. Que solo puedan ver como brota la luz, aunque no sepan de dónde viene. Sonrío sin poder evitarlo, siempre me gustó conservarme y hay cosas que no hace falta que cambien. Mi madre voltea a verme de reojo.

—¿De qué te ríes?

—De nada… Solo estoy contenta —le respondo con los ojos encendidos.

—¿Qué tramas? —se queja ella, levantando una ceja y dejando el tenedor para limpiarse la boca.

—Nada que no sepas. Hablé con Álvaro y está encantado de que vaya a volver, dice que quizás a final de año pueda darme la coordinación.

—¡Ya era hora! —exclama ella como burlándose de la eterna promesa.

—No tengo prisa. Hay muchos proyectos nuevos, clientes interesantes en los que pensé durante los viajes.

—No cambias, ¿verdad? —Me mira con ternura.

—Hay cosas que no hace falta cambiar —parafraseo mis pensamientos mientras doy un trago

de agua y doy por concluida mi comida—. Y otras que vuelven después de cambiar.

—¿De qué hablas? —Entrecierra los ojos con una sonrisa, como si lo supiera antes de que yo se lo diga.

En ese momento, me pongo de pie con mi plato en la mano y le suelto divertida:

—Voy a descansar un rato, porque en la noche me voy a ir con él y no sé a qué hora vuelva.

Mi madre suelta una carcajada y niega con la cabeza. Lo sabe, como ella misma dijo un día: «Hay ciclos en la vida de las personas que están escritos».

§

Tengo un hueco en el estómago que no deja espacio para nada más, ni siquiera para la úlcera que desde hace unos meses se ha vuelto como un ratoncillo pequeño y tímido al que no le gusta mostrarse. Contrario a lo que podría esperarse de mí, no me he esforzado demasiado en arreglarme, me he puesto un vestido camisero de rayas azules y las sandalias blancas. Apago la música que resuena en el coche y me lo imagino ahí, con su polo y sus *jeans* ajustados, y no puedo parar de reírme como una quinceañera en celo. *Oh my Gosh!* Todo es culpa de Rubén y sus descripciones prosaicas, ¿por qué nunca sabe poner el límite a sus palabras?

Estoy llegando y ya me tiemblan las manos. Aprieto el volante observando por el parabrisas cómo el cerro va devorando el atardecer rosado que antes lo inundaba todo. El camino sigue casi igual al de hace diez años, lleno de curvas pronunciadas, nopales y polvo que se convierte en humo bajo las ruedas del coche. Cuando giro en la última vuelta, veo al fondo, como parte de la vista panorámica, la camioneta gris de Santiago. Se me corta la respiración, la sangre se me acelera y la siento correr bajo mi piel. Me estaciono al lado, con el corazón retumbándome en los oídos, muerto de alegría, de ilusión y, ¿a quién quiero engañar?, también de miedo.

Mientras me bajo, lo busco con los ojos, pero no lo encuentro y de pronto una música comienza a inundar el ambiente:

I walked across an empty land.
I knew the pathway like the back of my hand.
I felt the earth beneath my feet.
Sat by the river and it made me complete.
Oh, simple thing, where have you gone?
I'm getting old, and I need something to rely on.
So, tell me when you're gonna let me in.
I'm getting tired, and I need somewhere to begin[8].

Los ojos se me llenan de lágrimas y me quedo ahí, atónita, sin poder moverme, sin cerrar la puerta de mi coche siquiera. Él aparece por la parte de atrás con una sonrisa y se queda viendo cómo me limpio la cara con las manos. Luego, presa de la emoción, da cuatro pasos veloces y me abraza casi en volandas. Todavía sin soltarme, siento como su cara, que está junto a la mía, se está humedeciendo. Entonces me separo de golpe e intento limpiarle las lágrimas

—No llores, tonto —le digo entre risas.

—No llores, tonta —responde él, imitando mis gestos, incluso poniendo sus manos alrededor

de mi cara de la misma forma. Suelta el aire que estaba conteniendo y murmura—: No puedo creer esto, diez años después, dime que no es un sueño.

Sin decirle nada, rodeo con mis brazos su cuello y me acerco a besarlo. Rozo con mis labios los suyos y, despacio, nuestras respiraciones se deshacen.

—¿Esto se siente como en un sueño? —susurro sin separarme de él.

—Se siente mejor… ¡Mucho mejor! —exclama él, y me abraza tan fuerte que me parece que voy a terminar fundiéndome con su cuerpo. Luego de unos minutos, va soltándome de a poco, y cuando ya se ha separado de mí, me enseña otro sobre amarillo y declara—: Es lo más romántico que se me ocurrió.

—¿Otra foto? —le contesto, divertida, aunque sé que algo como eso haría que perdiera la cabeza.

Abro el sobre con cuidado y me encuentro dentro la imagen de una constelación con la fecha de mi cumpleaños en el año 2011 y una inscripción que dice: «El día que descubrimos nuestro lugar en el mundo».

—¿Le pusiste mi nombre a una estrella? —le pregunto, entrecerrando los ojos.

—Soy supercursi, ya lo sabes —confiesa él sin poder esconder su risa.

—Pero antes, ¿no tendríamos que hablar?, ¿aclarar las cosas?

—¿Qué cosas? ¿Que yo te quiero y tú me quieres? —pronuncia despacio, como temiendo sus palabras.

—Yo me porté tan mal contigo. Te rompí el corazón y no te lo merecías, pero estaba muerta de miedo y… te quería tanto —intento explicarme con la voz entrecortada hasta que me desgañito y solo me queda un suspiro lleno de lágrimas.

Él, que se ha retraído un segundo con la mirada nublada, da un paso al frente y me rodea con su brazo por la cintura mientras pone la mano en mi cara y me limpia las lágrimas con un dedo.

—Lo que pasó ya no me importa —afirma con decisión—. Solo me importa que ya no tengas miedo y que me quieras como ahora.

—Ya dejé el camino del miedo, ahora elijo el camino del amor contigo —le respondo con mis ojos puestos en los suyos mientras él toma mi cara con sus manos y me besa con todo su corazón, como siempre lo hizo.

FIN

EPÍLOGO

Dos años después

Diciembre 2024

Sentada en esta vieja banca repintada de verde, la vida pasa como una película ante mis ojos. El parque es el mismo, también los juegos infantiles, pero los colores que antes eran brillantes se han desteñido volviéndose tenues, de alguna manera acercándose al blanco, a la neutralidad, quizás como nosotros mismos. La vegetación ha duplicado o triplicado su tamaño, los árboles son más gordos y pesados, incluso el mezquite que todavía da sombra a esta banca.

Me río de mí, de tener el coraje de citarlo aquí para darle la noticia. Sé que podría haberlo elegido el mirador, que habría sido más natural, pero no podía dejar de pensar en que, justo en este parque, él lo había predicho de alguna forma, así que le dije que lo esperaba aquí porque tenía algo muy lindo que decirle.

Me quedo pensando que la vida va a trompicones, con vendavales que nos azotan y nos cambian de golpe y con temporadas, como esta, en el que todos los días se vuelven iguales y todo se desliza por un camino fácil y monótono. Claro que hay contratiempos, pero si estamos seguros de andar por el camino correcto, todo parece desvanecerse, dejando que lo que de verdad importa emerja. Y para mí, lo que ha llenado mis días de luz son todas las personas que quiero.

Esta temporada navideña he sido muy feliz conviviendo con Ulises y Mallory, su novia americana, en la casa de mi mamá. Todavía tengo el regusto dulce de la reunión el fin de semana pasado, cuando entre las risotadas de Rubén, Luz y una Mallory que no sabía si escandalizarse o reír, yo me senté al lado de Ulises aprovechando que Santiago entretenía a mi madre.

—Te extraño mucho, Uli —murmuré mientras apretaba la expresión de mi rostro.

—¿A mí? ¿Por qué? —se burló él, abrazándome por los hombros—. Sabes que siempre puedes llamarme y, además, ni me digas, con «Santi» otra vez por aquí —se rio.

Desvié la mirada hacia él y lo observé acomodándose el pelo, hablando con seguridad, y entonces le respondí burlona:

—¿No te encanta?

—A mí no, la verdad —me siguió el juego—. Es broma, yo estoy muy contento de que al final hayan conseguido estar juntos. Nadie se lo hubiera imaginado —agregó, conmovido—. Pero lo que más contento me pone es verte feliz y disfrutando la vida, como cuando eras chiquita.

—Me gustaría que volvieras, que disfrutaras la vida conmigo… Aunque ahora con Mallory —me quejé, decepcionada, y un segundo después caí en la cuenta de que eso no era lo importante —. Ella me encanta, es perfecta para ti, pero significa que ya nunca vas a regresar.

—No iba a regresar de todos modos —me respondió, encogiéndose de hombros, luego me abrazó con más fuerza—. Pero siempre voy a cuidarte y a quererte, aunque esté lejos. Siempre voy a ser tu hermano.

Se me llenaron los ojos de lágrimas e intenté limpiarme con el dorso de la mano. Ulises copió mi gesto y mi mamá, que estaba a mi derecha, como intuyéndolo, volteó a vernos con una sonrisa dulce en la cara. Al final, ahí estábamos los tres, la familia que nunca dejaría de existir en nuestros corazones.

Y ahora esta noticia, supongo que se alegrarán tanto como yo. «¿Y Santiago? ¿Estará preparado?», me pregunto con la sombra de la duda acechándome. Pienso que nuestra vida cambiará, que todo será más complicado, especialmente, con las responsabilidades que ahora tengo en la agencia, pero confío en que sabremos ajustarnos. Además, de alguna forma, siento que tengo a Álvaro de mi lado.

Quizás sea porque ahora puedo ponerme en sus zapatos. La verdad es que nunca pensé que dirigir un equipo fuera tan complicado, que hubiera que lidiar no solo con los proyectos y las fechas de entrega, sino con el orgullo, los celos y la necesidad de aprobación que cada uno tiene en mayor o menor medida. Parece sencillo, pero creo que es lo más complicado de todo. Me da risa cuando me acuerdo de las caras incrédulas y las reacciones heladas de Álvaro, y me descubro siendo él, muchas más veces de las que me gustaría. He llegado a confesárselo. A él le resulta tan gracioso que me pide que le dé detalles en esas comidas a las que me invita, porque quiere que le reseñe los informes en un lugar más tranquilo, harto de citas y reuniones.

Ya veremos cómo logramos reorganizarnos después de lo que viene.

De un momento a otro, todos los pensamientos se esfuman y me concentro en la realidad. Veo aparecer la camioneta gris de Santiago. «¡Ya está aquí!», me emociono al observarlo bajar mientras se repasa el pelo con la mano. Él me sonríe en la distancia al caminar apresurado hasta encontrarme, me da un beso fugaz en los labios y se sienta a mi lado.

—Más te vale que sea algo muy lindo porque odio este lugar —sentencia en un suspiro, y en su voz puedo distinguir una indignación divertida.

—Estamos reescribiendo la historia —le respondo con la voz dulce, y pongo mi mano entre las suyas, después agrego entre risillas—: Ya sabes lo que dicen: la comedia es la tragedia más el paso del tiempo.

—Ja, ja, ja. ¡Qué chistosita! —Entrecierra los ojos y añade con un timbre que suena burlón y molesto a la vez—: Me vale pito lo que digan, yo solo estoy pensando que fue aquí donde me rompiste el corazón.

—¿No tienes idea de lo que te voy a decir? —le pregunto todavía con un tono delicado, ignorando sus últimas palabras.

—No —responde él, ya sin esconder su fastidio.

Entonces le extiendo un sobre, él entrecierra los ojos y me lo arrebata con recelo para abrirlo con voracidad, como si fuera a zampar lo que tiene dentro.

—¡¿Embarazada?! —exclama con los ojos como platos y una sonrisa boba en los labios.

—¡Sí! ¡¿No es increíble?! —contesto, conmovida, y me lanzo a abrazarlo. Toda la vida que late por mis venas se revoluciona. Si es verdad que existen los momentos más felices en la vida de cada persona, este es uno de ellos para mí.

Él me toma entre sus brazos y me aprieta con tanto amor que las lágrimas comienzan a mojarme la cara. Poco a poco, se separa de mí y descubro que a él también se le han humedecido los ojos.

—¡Un bebé, tuyo y mío! —susurra con la mirada llena de amor—. Siempre lo deseé, siempre lo supe. No creo que en este momento haya un hombre más feliz que yo en el mundo.

---

1 *Somewhere Only We Know*, de Keane.

2 *So, This Is Love*, de Ilene Woods.
3 *Somewhere Only We Know*, de Keane.
4 *Titanium*, de Sia.
5 *Adiós*, de Gustavo Cerati.
6 *Adiós*, de Gustavo Cerati.
7 Puedes leer la interesante historia de Luz en el primer libro de la serie: *Rumbo a encontrarte*.
8 Somewhere Only We Know, de Keane.

AGRADECIMIENTOS

En esta ocasión, comienzo dando las gracias a todas las lectoras que le dieron una oportunidad a la primera entrega de esta serie: *Rumbo a encontrarte*; porque sin ser conscientes o expresándolo con palabras, me animaron a seguir escribiendo y a enfrascarme en este nuevo proyecto.

En especial, quiero agradecer a mi hermana, Anita; a mis primas: Mónica, Montse y Marijo; y mis amigos: Mariana, Mónica, Lisa y Ernesto, por su cariño invaluable, por alentarme y volcarse conmigo como lo hicieron con la primera novela. Gracias también a antiguas amigas y compañeras que han reaparecido para apoyarme en esta aventura: Dulce, MariCarmen, Fátima, Diana Resina, Karolina Karas

y todas las que me dejo en el tintero.

Continúo agradeciendo a la comunidad de *#bookstagrammexico* y *#bookstagramespaña* que me han recibido de una forma muy acogedora. Gracias por su tiempo, sus palabras y su motivación que me ha ayudado en gran medida al desarrollo de esta historia.

Así mismo, muchísimas gracias a mi querida Paola C. Álvarez, por el trabajo tan profesional que realizó en este proyecto, por todas sus anotaciones y excelentes consejos.

Por supuesto, gracias a mi familia por su respaldo incondicional y a mis hijas por su curiosidad alrededor de «mis cuentos».

Y finalmente, gracias a Héctor, mi amor en las buenas y en las peores, sin ti esta historia no sería posible.